

— Vigdis Hjorth —  
**LA HERENCIA**

Traducción de  
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo



Mármara Ediciones ✨ Nórdica Libros

Vigdis Hjorth

LA HERENCIA

Novela

Traducción de  
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo



*Hacer como un acto voluntario lo que tienes que hacer.*

Slavoj Žižek

Mi padre murió hace cinco meses, en un momento oportuno o inoportuno, según se mire. Yo creo que él no habría tenido nada en contra de desaparecer de una manera tan repentina justo entonces, hasta incluso pensé que se había caído a propósito cuando me lo dijeron, antes de conocer los detalles. Se parecía demasiado a lo que se lee en las novelas para poder ser casual.

Durante las semanas anteriores al fallecimiento, mis hermanos habían mantenido una enardecida disputa sobre un anticipo de la herencia, en relación con las casas de la playa de la familia en las islas de Hvaler. Y solo dos días antes de que mi padre se cayera, yo me había unido a la disputa poniéndome de parte de mi hermano, en contra de mis dos hermanas pequeñas.

Me enteré de esa disputa de un modo extraño. Un sábado por la mañana que esperaba con mucha ilusión porque no tenía nada más que hacer que preparar una intervención en un seminario sobre teatro contemporáneo en la ciudad de Fredrikstad por la tarde, llamó mi hermana Astrid. Era una mañana despejada y hermosa de finales de noviembre, el sol brillaba casi como en primavera si no hubiera sabido que eso era imposible y si no hubiera visto los árboles sin hojas elevarse hacia el cielo o el suelo rojizo de hojas. Me sentía feliz, preparé café, me hacía ilusión ir a Fredrikstad y dar una vuelta por el casco antiguo de la ciudad al acabar el seminario, caminar por los terraplenes mirando al río, con la perra a mi lado. Me metí en la ducha, cuando salí vi que Astrid había llamado varias veces. Seguro que tenía que ver con esa colección de artículos que le estaba ayudando a redactar.

Contestó al teléfono con voz susurrante. Espera un momento, dijo, había interferencias, como si se encontrara en una habitación con aparatos eléctricos. Espera un momento, repitió, susurrando de nuevo, yo esperé. Estoy en el hospital Diakonhjemmet, dijo, ya la oía mejor, las interferencias habían desaparecido. Se trata de mamá, dijo. Pero todo ha ido bien. Ya está fuera de peligro.

Sobredosis, dijo, mamá se tomó anoche una sobredosis, pero todo ha acabado bien, solo que está muy cansada.

No era la primera vez que sucedía, pero en los otros casos habían ocurrido tantos sucesos traumáticos antes que no me había sorprendido. Mi hermana repitió que nuestra madre estaba fuera de peligro, pero que había sido dramático. Mi madre la había llamado a las cuatro y media de la madrugada: He tomado una sobredosis. Astrid y su marido acababan de volver a casa de una fiesta y no podían conducir, Astrid llamó a mi padre, que encontró a mi madre en el suelo de la cocina y que a su vez llamó al vecino, que era médico; este acudió y dudaba de si era necesario avisar a una ambulancia, pero lo hizo para quedarse tranquilo, y la ambulancia llegó y llevó a mi madre al hospital, donde se encontraba ahora, fuera de peligro, pero muy muy cansada.

Por qué, pregunté, Astrid se mostraba vaga e incoherente, pero poco a poco fui comprendiendo que las emblemáticas casas de la playa de Hvaler habían sido traspasadas a mis dos hermanas, Astrid y Åsa, sin que nuestro hermano Bård hubiese sido informado al respecto, por un valor de tasación que, al enterarse, le pareció demasiado bajo. Había protestado y armado un escándalo, dijo mi hermana. Ella le había enviado un correo unos días antes porque nuestra madre estaba a punto de cumplir ochenta años y nuestro padre ochenta y cinco, y eso era algo que había que celebrar, así que escribió a Bård preguntándole si él y su familia querían participar en la fiesta, él contestó que no quería verla, que le había arrebatado una casa de Hvaler, eso añadido a un trato desigual en cuestiones económicas durante años, que ella solo quería justicia para sí misma.

Astrid se asustó, tanto por los términos como por el contenido, y enseñó el mensaje a nuestra madre, que se asustó y se tomó una sobredosis, y ahora estaba ingresada en el hospital, en cierto

modo por culpa de Bård.

Cuando Astrid lo llamó para contarle lo de la sobredosis, él contestó que ella era la responsable de la situación. Se muestra muy frío, dijo ella. Emplea la peor arma de todas, los hijos. Los hijos de Bård habían eliminado a Astrid y a Åsa de Amigos en Facebook y escrito a nuestros padres diciéndoles que estaban apenados por la pérdida de la casa de la playa. Mi madre tenía mucho miedo de perder el contacto con los hijos de Bård.

Le dije a Astrid que le dijera a nuestra madre que se mejorara, ¿qué otra cosa podía hacer? Se alegrará, dijo.

Resulta curioso lo casual que es conocer a personas que luego serán decisivas para el desarrollo de nuestra vida, que luego influirán directa o indirectamente en elecciones que harán cambiar la trayectoria de la misma. ¿O no es casual? ¿Intuimos que la persona ante la que nos encontramos va a empujarnos hacia caminos por los que consciente o inconscientemente deseamos caminar? Entonces seguimos hacia delante. ¿O intuimos que la persona ante la que nos encontramos podrá desafiarnos o echarnos de ese camino por el que deseamos caminar y por eso no queremos volver a verla? Resulta curioso pensar en lo importante que puede llegar a ser una persona para nuestra actuación en situaciones decisivas, porque le hemos consultado justo sobre ello.

No me tomé el café, estaba intranquila, me vestí y salí para que me diera el aire en la cara y se me aclararan las ideas. No estaba reaccionando de un modo adecuado, pensé. Llamé a Søren, que era el que mejor de mis hijos conocía a la familia. Se sorprendió por lo de la sobredosis, claro, pero había oído hablar de las otras veces y sabía que siempre acababan bien, porque ella siempre avisaba a tiempo. Cuando llegué al tema de las casas de la playa y la tasación, se quedó pensativo y dijo que entendía la reacción de Bård. Él no había roto la relación, como yo, había estado allí siempre, no tan cercano a nuestros padres como Astrid y Åsa, pero eso tendría que estar permitido sin recibir por ello castigos económicos.

Llamé a Klara, que se enojó. Coquetear con el suicidio no era bueno. Regalar casas en la playa a dos de cuatro hijos en secreto y según una tasación demasiado baja no era bueno.

Estaban en su derecho, pero durante los últimos años habían hablado muchas veces de su intención de tratar a todos los hijos por igual en cuanto a la herencia. Pero ahora se descubrió que la suma que Bård y yo recibiríamos como compensación por las casas sería notablemente baja. Entendía que mi hermano protestara por eso y porque no se le había informado de que el traspaso ya había tenido lugar. A mí tampoco me habían informado, pero yo llevaba años distanciada de la familia. De todos mis hermanos solo tenía contacto con Astrid, la segunda más pequeña, mediante un par de conversaciones telefónicas al año. De manera que me había sorprendido recibir una felicitación de mi hermana pequeña por mi cumpleaños unos meses atrás, ya que hacía muchísimo tiempo que no sabía nada de ella. Decía que me había felicitado otros años, pero a un número de teléfono equivocado. Entonces lo entendí. Hasta entonces habían sido dos contra uno; Astrid y Åsa contra Bård, pero al entrar yo en juego, todo podría desplazarse. No obstante, yo había afirmado que no me importaba la herencia. Supongo que mis hermanas esperaban que siguiera igual, pero no podían estar seguras. Eran cosas que yo decía en mis conversaciones con Astrid, cuando ella quería que me reconciliara con mis padres. Me presionaba sentimentalmente, esa era la sensación que me daba, hablaba de cuánto sufrían por mi ausencia, de lo viejos que estaban ya, de que pronto se morirían, ¿por qué no me presentaba en un cumpleaños o en alguna fiesta? Estaba segura de que era nuestra madre la que presionaba a mi hermana. Pero a mí no me ablandaba tanta charla de vejez y muerte, a mí me provocaba y me entristecía. ¿No se tomaban en serio mis motivos? Yo los había explicado. Les había contado que me ponía enferma cuando estaba con nuestros padres, que verlos y hacer como si nada hubiera pasado equivalía a traicionarme a mí misma. ¡Que lo había intentado! No me ablandaba, sino que me provocaba y me entristecía, no en el momento, sino después, cuando escribía correos diciendo que no quería volver a ver a mis padres nunca más, que nunca más pondría un pie en la calle Bråteveien, que me desheredasen si querían.

Después de romper con ellos, mi madre me llamó muchas veces, era antes de los tiempos del móvil y yo no sabía quién llamaba. Ella alternaba entre llorar y regañarme, a mí me dolía el



cuerpo, pero no tenía elección, si quería sobrevivir, no hundirme, no ahogarme, tenía que mantenerme alejada. Ella me preguntaba que por qué no quería verla, como si no lo supiera, me hacía preguntas imposibles. ¿Por qué me odias si eres la niña de mis ojos? Yo le había dicho innumerables veces que no la odiaba, hasta que empecé a odiarla, se lo había explicado una y otra vez, ¿tendría que explicárselo de nuevo cuando en el siguiente cruce de caminos fuera como si no se lo hubiera explicado, y me sintiera rechazada? ¿Una vez más sería rechazada?

Durante los primeros años tras la ruptura se produjeron muchos episodios dramáticos debido a esa clase de conversaciones telefónicas. Mi madre llamaba y soltaba sus acusaciones y sus ruegos y yo me desesperaba y me entristecía. Poco a poco las llamadas se fueron espaciando, creo que se dio por vencida, seguramente también ella pensaba que la previsibilidad y la tranquilidad eran preferibles a esa desgarradora inquietud que traían consigo las conversaciones irreconciliables. Mejor dejar que Astrid haga un nuevo intento de vez en cuando.

Al menos durante los últimos años había recibido pocas llamadas de mi madre. Alguna que otra vez me escribía un SMS cuando estaba enferma, lo que le ocurría a veces, como suele ocurrirle a casi toda la gente mayor. Estoy enferma, ¿podemos charlar un poco? Un día me llamó tarde, seguro que había bebido, yo había bebido y le contesté que podía llamarme al día siguiente por la mañana. Luego escribí a Astrid y le dije que yo podía hablar con nuestra madre sobre enfermedades y tratamientos, pero que si empezaba con las acusaciones y el drama de siempre, le colgaría. No sé si le transmitió mi mensaje, pero cuando mi madre llamó a la mañana siguiente solo habló de enfermedades y tratamientos, y tal vez sintiera como yo, al colgar, que la conversación había estado bien. Al menos dejó de transmitirme su decepción y su tristeza, pensé que se las dirigiría a Astrid, a quien debía de resultarle pesado manejar la decepción y la tristeza de mi madre y quizá no fuera de extrañar que intentara incitarme a la reconciliación.

Debido a la decepción y tristeza que yo había provocado a mis padres con mi ruptura estaba preparada para que me dejaran sin herencia. Si, en contra de lo que yo pensaba, no lo hacían, sería porque no causaría buena impresión, ellos querían que todo causara buena impresión.

Pero todo eso sería en un futuro lejano, los dos gozaban de buena salud.

De modo que me sorprendió cuando en Navidades, hace tres años, recibí una carta de mis padres. Mis hijos, ya adultos, habían ido a verlos el día veintitrés, como solían hacer desde la ruptura a petición mía, porque me sentía menos presionada cuando mis padres podían ver a sus nietos. Y a mis hijos les parecía bien ver a sus primos y primas y volver a casa con dinero y regalos y, hace tres años, también con una carta. La abrí y la leí en voz alta con ellos a mi alrededor. Decía que mis padres habían hecho testamento y que sus cuatro hijos heredarían a partes iguales. Excepto las casas de la playa de Hvaler, que pasarían a Astrid y Åsa a precio de mercado. Se alegraban de poder transmitir valores a sus hijos, decía. Los míos sonrieron prudentemente, también ellos estaban preparados para no heredar.

Era una carta extraña. Muy generosa, teniendo en cuenta lo deprimidos que se suponía que

estaban por mi culpa. Me preguntaba qué esperaban a cambio.

Unos meses después de recibir la carta en Navidad sobre el testamento, llamó mi madre. Yo estaba en un mercado en San Sebastián con mis hijos y nietos, era Semana Santa y había alquilado una casa en esa ciudad. No sabía que era mi madre, porque no tenía guardado su número. Le temblaba la voz, como siempre cuando estaba nerviosa: Bård ha armado un escándalo, dijo, yo no sabía a qué se refería.

Bård ha armado un escándalo, repitió, la misma expresión que había empleado Astrid, debido al testamento, dijo, porque las casas de la playa serán para Astrid y Åsa. Pero Astrid y Åsa han sido tan buenas, dijo, tan consideradas... Hemos estado allí con ellas todos los veranos, lo hemos pasado muy bien, es natural que las casas sean para ellas. Bård nunca ha hecho uso de esas casas, tú nunca has hecho uso de esas casas, ¿quieres una casa en Hvaler?

A mí me habría gustado tener una casa en Hvaler, en la punta del arrecife con vistas al mar, de no haber sido porque me habría arriesgado a encontrarme todo el tiempo con mis padres.

No, contesté.

Me di cuenta de que eso era lo que ella quería oír, al momento se tranquilizó un poco. También le dije que no había hablado con Bård, de ser así, habría sabido enseguida a qué se refería. Dije que no quería ninguna casa en Hvaler, que el testamento me parecía generoso, que no esperaba nada.

Después Astrid me contó que había habido mucho dramatismo en torno a las casas. Cuando Bård supo que Astrid y Åsa las habían heredado, un día estando en casa de mis padres se levantó, dijo que ya habían perdido a una hija, refiriéndose a mí, y que ahora perdían a otro, y se marchó. A mi madre le pareció irrazonable. Bård llevaba muchos años sin ir a las casas de la playa, tenía su propia casa, y su mujer se llevaba bastante mal con nuestra madre cuando ellos aún iban a Hvaler.

Me sorprendió su vehemencia, pero no dije nada. Era estupendo, pensé, no verse envuelta en la disputa de las casas de la playa.

Así que la batalla se había agudizado. Las casas ya se habían traspasado a Astrid y Åsa, Bård se había enfadado y mi madre estaba ingresada en el hospital por una sobredosis.

La primera vez que vi a Klara Tank iba empujando un carrito de niño por los pasillos del Instituto de Ciencias de la Literatura. En el carrito iba sentado el hijo de un conocido pintor. Klara siempre asistía a clase con el hijo del pintor, de quien al parecer se estaba divorciando. Yo era una aplicada estudiante que leía todo lo que tenía que leer, pero iba poco al instituto, estaba embarazada de mi segundo hijo y llevaba una vida familiar. Por esa razón solo vi un par de veces a Klara en el instituto, pero me fijé en ella, la estudiante con carrito de niño. La primera vez que me habló fue en la calle Hausmann unos años después, tras una reunión sobre crítica literaria. Klara estaba en la redacción de una revista literaria que había publicado una crítica malísima sobre un escritor muy popular, ella defendió la crítica descalza y agitando los brazos, iba a decir *tribunal literario*, pero dijo *urinal literario*, se echó a reír y no podía parar, se echó a llorar, salió corriendo y no volvió a entrar. Cuando salí, me paró en la acera delante del local, todavía descalza, aunque era octubre, me desabrochó el botón del abrigo y me tiró de la blusa de seda diciendo que era bonita. Me marché de allí, no quería contagiarme de rareza.

Caminé más de lo habitual, aunque iba a viajar a Fredrikstad esa misma tarde. Me metí en el bosque, que era espacio natural protegido, seguía verde en parte, pero no me resultó tan tranquilizador como de costumbre. Los árboles que se habían caído con las tormentas de las últimas semanas cortaban los senderos y reposaban desnudos con sus grandes raíces negras. Llamé a mis hijas y no conseguí hablar con ellas, llamé a mi novio y no conseguí hablar con él, sentía una imperiosa necesidad de transmitir lo que había oído, pero ¿por qué? No era dramático, había ido bien.

Pensé en mi anterior conversación con Astrid, hacía solo unos días. Durante el último medio año había tenido más contacto con ella del que tenía antes. Astrid estaba escribiendo un artículo sobre la enseñanza de derechos humanos y me pedía opinión sobre la disposición y la división de los capítulos, de lo que yo, como directora de una revista, tenía conocimiento. Yo leía y comentaba su texto, charlábamos sobre la forma y la progresión, y en la última conversación, hacía solo unos días, discutimos sobre los últimos retoques y la editorial. También en esa ocasión iba andando, recordaba que me había cambiado el móvil de una mano a otra porque hacía frío para ir sin guantes. Cuando dejamos de hablar del libro, pregunté, como solía hacer, qué tal la familia. Bueno, estamos con lo de Bård y las casas de la playa, contestó, yo creía que se refería al testamento.

Me fui a Fredrikstad. Por fin, cuando iba conduciendo por el casco antiguo de la ciudad casi desértica, me sentía más tranquila. Encontré un lugar para aparcar cerca de la pensión donde me iba a alojar y donde me había alojado en otras ocasiones, di una vuelta con la perra por los terraplenes a lo largo del río, que estaba rojo cobre, porque el sol estaba a punto de ponerse, e intenté pensar en el debate sobre la dramaturgia contemporánea noruega, pero me costaba concentrarme. Volví a llamar a Tale y a Ebba, pero no contestaron, llamé a Lars, tampoco contestó, llamé a Bo, antes de acordarme de que estaba en Israel. Me pregunté por qué me era tan necesario contar a mis hijas, a mi novio y a Bo lo de mi madre, la sobredosis y las casas. Llamé a mi mejor amiga de la infancia, iba conduciendo y tuvo que ser muy breve. Ya sabía lo de la sobredosis, pero la disputa sobre la herencia le interesaba, tenía experiencia en el tema. Están en su derecho, dijo, pueden dar lo que quieran a quien quieran, pero ya no parecen tan generosos como en su mensaje navideño. Por lo demás, dijo, cuando su hermano heredó la casa de verano de la familia, porque era el hijo favorito, ella pensó que debería haberla heredado ella, como compensación por falta de afecto y cuidados.

Encerré a Trofast en la habitación y me fui hasta el *ferry* que cruzaba el río y llevaba al centro. Desde allí volví a llamar a Tale y a Ebba, pero no contestaron, llamé a Klara y le pregunté por qué me había alterado tanto, por qué sentía esa apremiante necesidad de hablar de ello cuando todo

había salido bien.

Es algo profundo, Bergljot, dijo. Es jodidamente profundo.

Me bajé del *ferry* y caminé por las calles, empezó a llover, me empapé y me sentía pesada. Era lo que decía Klara, me di cuenta de lo profundo que era, cómo algo me empujaba hacia lo más profundo, cómo pesaba, cómo me hundía.

El debate salió bien, me desarrollé bien. Luego me quedé en el café hablando a mis contertulios de la tasación de las casas y de la sobredosis, aunque no los conocía personalmente y pensaba todo el tiempo que no debía hacerlo. Sentía vergüenza mientras hablaba, sentía vergüenza al ver las caras de los que me escuchaban y sentía vergüenza volviendo a la pensión, por cómo había hablado de tasaciones de casas de la playa y sobredosis, de un modo infantil y en falsete, de maneras que pertenecían a la infancia, la estúpida juventud, sentí vergüenza durante toda la noche, no conseguí dormir por vergüenza de no ser una adulta, de no ser capaz de hablar de un modo maduro y equilibrado, de volver a ser una niña.

Al día siguiente de que Klara me hubiera desabrochado el abrigo en la calle Hausmann y tirado de la blusa de seda, me llamó. Yo estaba en la entrada de la casa en la que vivía con mi marido y mis hijos, y no sabía quién era. Volvió a decir su nombre, entonces caí, me entró miedo, mi sistema autoinmune estaba debilitado. Me preguntó si quería reseñar un libro para la revista literaria de cuya redacción formaba parte, yo no quería, no me atrevía, no me atrevía a decírselo. Me preguntó si podía ir a su casa al día siguiente por la mañana para que pudiéramos hablar del tema, yo no quería, no me atrevía a decírselo. Cuando llegué a su casa al día siguiente, sobre el mediodía, ella estaba montando una librería, no era capaz, no seguía el manual de instrucciones, estaba bebiendo ginebra. Yo no podía beber, tenía que conducir, me encargué de la librería. Mientras yo atornillaba, ella dijo que lo de la reseña se podía dejar, la revista iba a cerrar, no resultaba rentable a la editorial, ¿cómo iba a pagar entonces el alquiler de su casa? Yo no lo sabía, sacudí la cabeza, no quería contagiarme de problemas económicos. Dijo que estaba enamorada de un hombre casado, el corazón me latía con fuerza. Estaba embarazada de un hombre casado y se sometería a un aborto al día siguiente, si no lo hacía, él no querría verla más. Yo no podía ayudarla, quería irme a mi casa, me apetecía un trago de ginebra, atornillé la librería y me marché, no quería volver a verla.

Domingo en el casco antiguo de Fredrikstad. Hojas podridas amarillas y rojas en el adoquinado, lluvia fría en el aire. Caminaba abrumada por las calles. No debería haber hablado de la tasación de las casas y la sobredosis a desconocidos. Tenía que hablar de ello, pero no sabía cómo. Entonces me topé con una mujer que había estado en el café la noche anterior, me preguntó si estaba bien, como si pudiera estarlo. Me invitó a su casa, pintada de amarillo, que se encontraba a un par de cientos de metros más arriba de la calle, me sirvió tarta de manzana y café, el llanto me subió por dentro y echó fuera mi infancia y ella la recibió y habló de una manera tranquila y clara de la suya, ¿era posible llegar hasta allí?

Ya en la puerta, a punto de marcharme, me preguntó si hacía mucho que no hablaba con él.

¿Con quién?

Con tu hermano.

No lo recordaba, veinte años o más.

Llámallo, dijo, yo esboqué una sonrisa, ella no sabía cómo estaban las cosas. Pero nos abrazamos como si hubiéramos intercambiado regalos, y cuando salí por la verja, ella gritó: ¡Yo estoy con Bård!

En el coche, volviendo a casa, rebosaba de sentimientos ambivalentes. Avergonzada por las confidencias del día anterior en el café, enfadada conmigo misma porque resultaba muy fácil conmoverme, agradecida por la invitación a tarta y café, por haberme topado con una persona así en un día así, alguien que ofrecía cobijo y consejos. Me pregunté a mí misma si mis padres, si Astrid y Åsa habrían pedido consejo a otras personas, porque no hacía falta saber mucho de los humanos para prever que un hombre que protesta contra el reparto injusto de un testamento proteste contra traspasos en secreto a precio por debajo del valor de mercado. Si hubiesen pedido consejo a personas ajenas, les habrían advertido, ¿no? ¿O no querían ser advertidos? ¿Simplemente no querían ser advertidos? ¿Llevar a cabo a cualquier precio lo que habían decidido?

Ya de vuelta en mi casa, en Lier, cuando se había hecho de noche, cruzando el campo con la perra empezó a nevar, llamé a Tale y me cogió el teléfono. Le hablé de la sobredosis, del traspaso y las tasaciones, y mi hija, que me conocía y sabía que me estaba acercando al precipicio, dijo que no me lo tomara en serio, que no entrara en ese tema, que mi madre estaba haciendo un drama con ella misma en el papel de protagonista como víctima trágica de unas malvadas intenciones, siendo el objetivo cerrar la boca a los críticos.

No apoyo más a esa familia, dijo, no quiero seguir participando en esa farsa.

Oía lo que ella decía, lo entendía con la razón.

Caminé más que de costumbre con el fin de agotarme, con el fin de conseguir dormir, con el fin de

dormir toda la noche, me alejé mucho, volví a casa y me senté delante de la chimenea. Astrid llamó para decirme que nuestra madre iba bien, a lo mejor pensaba que yo estaba preocupada. Seguía ingresada en el hospital y estaba cansada, pero la mandarían a casa al otro día y su cumpleaños se celebraría la siguiente semana, como estaba previsto, esperaba que asistieran Søren y Ebba. Dije que no había oído lo contrario. Mamá se pondrá contenta entonces, dijo, temía que los hijos de Bård no acudiesen.

Él utiliza a los chicos, repitió. ¡Es lo más feo que puedes hacer: utilizar a los hijos! Mamá tiene mucho miedo de perder el contacto con los hijos de Bård. Se lleva muy bien con ellos, ¿eso se romperá por culpa de su padre?

Dije con cautela que podría ser que ellos estuvieran realmente tristes porque las casas hubieran sido traspasadas a ella y a Åsa, era la primera vez que le insinuaba que no le compraba su versión así como así. Se calló. Luego dijo que si solo se trataba de la tasación siempre podían conseguir una nueva. Tal vez haya sido un proceso un poco tonto, dijo. Tal vez la tasación fuera algo baja, añadió. A lo mejor deberíamos haber pedido dos en un principio, pero no se nos ocurrió.

Abrí una botella de vino tinto. Después de bebérmela me sentía más tranquila y volví a salir con la perra. Seguían cayendo grandes y pesados copos de nieve que se me derretían en la cara, enseguida estaba empapada. El cielo era grande y las estrellas centelleaban con tanta fuerza que parecían irreales, pero tal vez fuera el vino. Volví a casa y ya lo había decidido.

No encontré el número de Bård en Internet y llamé a Astrid. Dijo que no lo tenía. ¿Pero no hablaste con él ayer? Åsa lo tenía, dijo, le pregunté si podía llamarla y luego volver a llamarme a mí, dijo de mala gana que era tarde, pero al final lo encontró.

Cuando le dije que era Bergljot, él se quedó callado. Luego dijo que últimamente había pensado mucho en mí, yo me quedé callada. Luego le hablé de mis conversaciones con Astrid y él habló de cómo vivía él la situación. Parecía triste. Mencionó un libro que yo le había enviado tiempo atrás, una novela apocalíptica sobre una familia que en mi opinión se parecía a la nuestra, sobre una infancia que se parecía a la nuestra.

Así es como fue, dijo.



Volví conduciendo desde casa de Klara con el corazón latiéndome fuerte. ¿Me había contado que estaba enamorada de un hombre casado porque pensaba que yo estaba enamorada de un hombre casado? ¿Se me notaba? ¿Alguien sabía algo de aquello? Yo estaba casada con un hombre bueno y honesto y tenía tres hijos pequeños con él, sin embargo estaba enamorada de otro, un hombre casado, y no pensaba en otra cosa que en ese hombre casado. Era atroz, asqueroso, qué iba a hacer yo, era imposible, yo era imposible. No tenía un trabajo fijo, ningún ingreso fijo, pero sí tres hijos pequeños y un marido bueno y rico y estaba apasionadamente enamorada de otro, terrible, vergonzoso, imperdonable, ¿cómo podía?, ¿qué clase de persona era capaz de hacer algo así?

Klara me llamó la semana siguiente, yo no habría cogido el teléfono si hubiera sabido que era ella. Me preguntó si podía acercarme otra vez a su casa, se había comprado una nueva librería que no era capaz de atornillar. Yo no quería, fui a su casa, atornillé la librería y le hablé del hombre casado. Me lo había notado, dijo. Ella notaba esas cosas, dijo, acariciándome la mejilla, yo me eché a llorar, ¿qué podía hacer?

Lo que notaba, he pensado después, cuando empecé a pensar, era que se estaba acercando el momento de la verdad, que se estaba acercando el terremoto, lo intuía de la misma manera que los animales intuyen los terremotos. Temía y temblaba ante ese doloroso suceso de la verdad que me sacudiría, me conmocionaría y me estremecería hasta la médula, quizá me estaba esforzando inconscientemente para anticiparlo, para acabar con él, ya que de todos modos no se podía evitar.

Diciembre y niebla hasta el suelo. La nieve del día anterior se había derretido, aguanieve y fango en los céspedes y en los caminos, frío fuera, frío dentro porque la bomba de calor estaba estropeada.

Debía redactar varias reseñas de teatro y escribir el editorial del siguiente número de *En Escena*, pero no lo hice. Preparé té, que eché en el termo, me vestí de lana y botas de goma y me puse la gran parka con capucha, pues ayuda ir bien abrigada. Me fui al bosque, donde nunca había nadie a esa hora del día, me senté sobre un tronco volcado y dejé que la perra corriera en libertad. Alguna vez veía ciervos en ese bosque, en la primavera y en el verano, pájaros, ardillas y ranas, pero ese día solo estábamos nosotras. Mi perra Trofast husmeaba y sacudía el rabo, daba saltos por ramas y pedruscos, ignorando herencias e infancia. ¿Y si escribía sobre *El viaje a la estrella de Navidad y Cascanueces*, sobre las entrañables funciones familiares que ofrecían los teatros antes de Navidad, de un modo irónico? No, sería demasiado estúpido, si ya notaba un nudo en la garganta...

Llegó la oscuridad y nos fuimos a casa, encendí la chimenea, abrí una botella de vino tinto y saqué las notas para el editorial que me disponía a escribir, acababa de ponerme en marcha cuando recibí un correo de Bård en el que decía que sería bueno que habláramos, aunque la ocasión debería haber sido más agradable. ¿Podíamos comer juntos un día?

De acuerdo, contesté.

Justo cuando acababa de enviarlo llamó Astrid para preguntarme si había hablado con Bård. Dije que iba a verlo la semana siguiente. Me dio la impresión de que eso la puso nerviosa.

Cerré el Mac y me preparé para la noche, entonces llamó Klara y dijo que había muerto Rolf Sandberg.

Rolf Sandberg. El gran amor extramatrimonial de mi madre. Catedrático de la Escuela Superior de Enseñanza, en la que mi madre entró ya bastante adulta. De quien mi madre se enamoró perdidamente y con quien inició una relación, aunque él estaba casado. La intensa relación amorosa de mi madre con Rolf Sandberg duró varios años, hasta que mi padre encontró las primeras líneas de una carta de amor bajo el tapete de una cómoda en Hvaler. Tal vez fuera intencionado el que la encontrara. Tal vez mi madre deseara que mi padre descubriera la relación, tal vez pensara que, si se enteraba, querría divorciarse y ella podría casarse con Rolf Sandberg. Pero mi padre no reaccionó como ella esperaba, sino como solía reaccionar, con ira y violencia, y Rolf Sandberg tampoco reaccionó como ella esperaba, porque cuando le contó que mi padre había encontrado la carta, él le contestó que sería mejor un divorcio que dos. Mi madre se encerró en una habitación con pastillas y alcohol, mi padre dinamitó la puerta y llamó a una ambulancia, y a mi madre la llevaron al hospital de Fredrikstad, donde le hicieron un lavado de estómago.

Mi madre intentó vivir sola, pero no funcionó. Mi padre le alquiló un piso para que intentara vivir sola, pero tras semana y media volvió con mi padre a la casa de Bråteveien, a merced suya. Pero ella no dejó de tener contacto o verse con Rolf Sandberg, probablemente nunca dejó de amarlo. Me hizo partícipe de la relación. No se lo contó ni a Astrid ni a Åsa, porque si se hubiesen enterado de que nuestra madre seguía teniendo contacto con Rolf Sandberg se habrían escandalizado y se lo habrían dicho a nuestro padre, tomando partido por él, en contra de mi madre. Pero mi madre sabía que yo no me escandalizaría, que no tomaría partido por mi padre ni le contaría nada. Esa era la diferencia entre Astrid y Åsa y yo, la relación con nuestro padre.

Luego rompí con la familia y no supe nada más de Rolf Sandberg, pero estaba convencida de que mi madre nunca dejó de esperar que algún día acabaran juntos. Cuando su mujer murió, pensé que mi madre seguramente deseara la muerte de nuestro padre para poder irse a vivir con él. Entonces Rolf Sandberg murió, ¿y mi madre se tomó una sobredosis al enterarse de que él estaba agonizando, porque entendió que el sueño se había roto?

Llamé a Astrid, aunque eran más de las doce de la noche, y le conté que había muerto Rolf Sandberg y que la sobredosis de mamá seguramente no tenía que ver con el correo electrónico de Bård, sino con esa muerte. Noté por su voz que se puso nerviosa.

Escribí a Bård para contarle que había muerto Rolf Sandberg y que la sobredosis de nuestra madre seguramente tenía que ver con esa muerte, no con el correo que él le había enviado.

Klara y yo amábamos a hombres casados que no querían divorciarse, que no nos querían, que querían acostarse con nosotras en habitaciones de hotel, hombres de los que no éramos capaces de desengancharnos, éramos infelices. Klara vivía sola, eso tenía sus desventajas, yo convivía con marido e hijos, lo que también tenía sus desventajas. Yo me había casado y había tenido hijos pronto para dejar de ser hija y convertirme en madre, pensé cuando empecé a pensar, ahora engañaba a mis hijos y a mi marido y me avergonzaba, Klara no engañaba a nadie, pero andaba mal de dinero y se veía obligada a servir en el café Renna por las noches para sobrevivir. Mi marido ganaba bastante, así que pude estudiar sin tener que pedir un préstamo de estudiante, era una impostora y una parásita. Iba a ver a Klara cuando me era posible y bebía con sus amigos del Renna, que eran unos bebedores psíquicamente inestables, dotados y miserables, pervertidos y marginados. Extrañas y temblorosas existencias sin capacidad de supervivencia que llamaban constantemente a la puerta de Klara, a la que también yo llamaba a menudo para contagiarme de marginación y miseria, ¿por qué? ¿Buscaba la caída como si de un instinto se tratara? ¿Qué me pasaba? Iba a casa de Klara y bebía en compañía de extraños seres ineptos para la vida, pasaba la noche en casa de Klara y me despertaba a la mañana siguiente con la intensa luz del día, junto a personas cansadas y sucias, me iba corriendo a casa y abrazaba a mis hijos y a mi marido deseando estar siempre en esa gran casa aireada y limpia, prometiéndome a mí misma no dejarla nunca, pero pronto estaba de vuelta en casa de Klara, atraída por la perdición.

Cuatro días después de la sobredosis, el mismo día que se pudo leer la necrológica de Rolf Sandberg en el periódico, mis padres iban a celebrar sus respectivos cumpleaños en Bråteveien. Cuando mi hija Tale se enteró de que sus hermanos, Søren y Ebba, pensaban asistir a la fiesta se indignó. ¿Por qué iban a poner al mal tiempo buena cara? ¿Seguirles la corriente y aceptar ese régimen de Bråteveien, hacer como si nada, ser unos falsos? Por eso se hundía el mundo, dijo, porque la gente se callaba, no era sincera, sino que continuaba sus falsas andanzas con el fin de evitarse incomodidades. ¿Por qué iban Søren y Ebba a participar en una mala obra de teatro en Bråteveien? Desde luego ella no iría nunca más a Bråteveien, y así lo comunicaría.

Le aconsejé que no lo hiciera. Pensarían que se unía a la disputa sobre la herencia, que quería casa en Hvaler.

El día antes de la celebración me sentía intranquila. Fuera de peligro, y sin embargo... Las puertas estaban cerradas, Søren y Ebba eran personas adultas que se desenvolvían por su cuenta, y sin embargo me sentía intranquila, como siempre que mis hijos visitaban mi casa paterna. Cuando la hora se acercaba miré el reloj, como si algo fuera a estallar. Me imaginaba a Søren y Ebba en el umbral, me los imaginaba abrazando a mis padres, a quienes llevaba años sin ver y cuyo aspecto ya no conocía, me los imaginaba abrazando o dando la mano a Astrid, su marido y sus hijos, a Åsa, su marido y sus hijos, me imaginaba las caras de Søren y Ebba y me daban pena, me proyectaba en ellos y me daba pena a mí misma. Me imaginaba lo que se diría, frases cordiales y felicitaciones, nada sobre lo que apremiaba, la herencia, la sobredosis, la necrológica de Rolf Sandberg o lo innombrable, nada sobre los que no estaban presentes, Bård y yo, los hijos de Bård.

El tiempo transcurría muy despacio, esperaba impacientemente sin saber qué esperaba. Sabía lo que me dirían luego, que todo había ido bien, que habían hablado de asuntos inofensivos, que se habían puesto al día los unos a los otros sobre trabajo y estudios, y sin embargo tenía una sensación de algo dramático. Como el veintitrés de diciembre, cuando mis hijos iban a Bråteveien a por los regalos de Navidad y yo estaba como en ascuas hasta que volvían a casa. Mi temor era irracional, la parte no económica de la herencia. Un sentimiento de culpa irracional por haberme dado de baja, por haber roto, por haber hecho algo que no se debe hacer, negarse a ver a los padres ya entrados en años, por ser yo una persona así, inhumana. La celebración empezaba a las seis, eran ya las ocho, mis hijos no habían llamado y yo no quería llamarlos por si seguían en la fiesta. A las ocho y media llamó Søren y dijo que todo había ido bien, aunque mi madre se había emborrachado pronto y mi padre había estado sentado pensativo en su sillón, más callado que de costumbre. Bård y sus hijos no habían acudido, pero sí Astrid y Åsa con los suyos, claro, y Astrid había pronunciado un discurso y había dicho que ella y Åsa se sentían felices por estar tan unidas a sus padres, por encontrarse tan a gusto en su compañía, por verse tan a menudo, varias veces a la semana, por no hablar de los maravillosos y largos veranos que pasaban todos juntos en Hvaler.

Søren comentó, algo alicaído, me pareció, que tal vez no era de extrañar que Åsa y Astrid heredaran más que «nosotros», teniendo en cuenta que pasaban tanto tiempo con sus padres y los querían tanto.

Si no se sabía que había otros dos hijos, dijo, podría creerse que se trataba de una armoniosa familia normal y corriente.

Conocí a Bo Schjerven un domingo, el Día del Libro, en el Teatro Noruego. En todas las salas se hicieron lecturas y todas las revistas literarias del país pusieron *stands* en los vestíbulos, entre ellas la recientemente creada *Ediciones Incomprensibles*, surgida y desarrollada a altas horas de la noche en casa de Klara por sus amigos del Renna aficionados a la literatura. Klara iba a estar en el *stand* entre la una y las tres, y yo prometí pasarme por allí. Cuando llegué, la vi bajo una sombrilla clavada en una de las grandes macetas del teatro, en la que ponía *Ediciones Incomprensibles*. Parecía sentirse incómoda, había recibido varios comentarios desagradables de autores de las citadas ediciones, un autor de suspense la había amenazado con un cuchillo. Había sido más divertido escribir los textos que editarlos, dijo, necesitaba una cerveza. Se fue al café y yo ocupé su puesto debajo del parasol cuando vi que un hombre se dirigía hacia mí, cogía un ejemplar, se sentaba en el descansillo de la escalera y se ponía a leer, suspirando sonoramente, yo esperaba que Klara volviera pronto. El hombre se levantó, se me acercó y dijo que él había traducido esa selección de poemas que en opinión de *Ediciones Incomprensibles* era una edición especialmente incomprensible. Dije que yo no tenía nada que ver con la revista. El hombrecillo de gafas me miró por encima de estas y me preguntó si la redacción de *Ediciones Incomprensibles* conocía las condiciones políticas de Rusia en la década de mil novecientos veinte. Le contesté que yo no lo sabía, que no tenía nada que ver con *Ediciones Incomprensibles*, él me preguntó que qué hacía entonces sentada en el *stand* de esa estúpida revista. Me preguntó si la redacción conocía las ideas revolucionarias que circulaban por San Petersburgo en la década de mil novecientos veinte, le contesté que yo no lo sabía y sospechaba que los de la redacción tampoco. El hombre pálido y severo me preguntó si la redacción conocía al ensayista Ivan Yegorov. Yo no lo sabía, esperaba que Klara volviera pronto. Me preguntó si la redacción de esa infantil revista, *Ediciones Incomprensibles*, había leído alguna vez algo sobre la historia rusa o a los poetas rusos, si conocían la tradición a la que pertenecía la colección de poemas *Manzanas otoñales*, yo no lo sabía, y sospechaba que ellos tampoco, esperaba que Klara volviera pronto. Ese hombre intenso e inclinado hacia delante dijo que las líneas que el estúpido crítico de *Ediciones Incomprensibles* había encontrado especialmente incomprensibles eran las más esenciales, una paráfrasis sobre el discurso del político V. G. Korolenko durante el Cuarto Congreso del Partido Comunista. El hombrecillo, ya bastante subido de tono, dijo que si se escribía sobre unos poemas como los que él había traducido se estaba obligado a estudiar el tema, esa era la misión de la literatura, porque si el literato no se tomaba en serio la poesía, ¿quién se podía esperar que lo hiciera? Dijo que si esa obviamente joven, desesperada y soberbia mujer que había escrito sobre *Manzanas otoñales* en *Ediciones Incomprensibles* hubiese estudiado el tema habría podido sacar gran provecho de los poemas, hasta el punto de haber podido cambiar su vida entera. Clavó su mirada en mí. Cambiar tu vida, dijo, me llegó muy adentro.

Por suerte, llegó un conocido suyo, el hombrecillo dejó la revista en el suelo y desapareció. Busqué con la vista a Klara, no quería seguir más tiempo allí. Entonces de repente el hombrecillo volvió y me pidió que le prestara cien coronas. Había llegado su hermano y quería tomar un café en el café, pero no tenía dinero y no quería decírselo a su hermano para no preocuparlo. Le di cien coronas, insistió en que le facilitara mi número de cuenta bancaria, la semana siguiente me ingresaría ciento diez coronas, diez eran de intereses.



Quedamos en el café Grand. Lo sugerí yo. Salía muy poco, simplemente se me ocurrió ese sitio. En el Grand, escribí. Él se encargaría de reservar una mesa.

Yendo hacia allí me acordé de repente de que en el Grand era donde mi madre solía quedar con sus amigas en los viejos tiempos, cuando iban al centro a tomar «sándwiches abiertos», mi madre me había dejado acompañarla allí un par de veces cuando íbamos al centro, ¿era ese recuerdo de mi madre el que me había hecho elegir el Grand? Tenía la esperanza de que no estuviera volviendo a la infancia, de que no fuera por eso por lo que estaba temblando. Abrí la puerta, había cola para entrar en el restaurante, tiempos prenavideños y muchas personas mayores bien vestidas. Quizá me topara con mi madre y alguna amiga suya, ¿no había una mujer que se parecía a mi madre, tal como yo la recordaba, en el rincón? Me volví hacia otra parte, entonces vi a alguien que se parecía a él, tal como yo lo recordaba, una espalda y la parte de atrás de una cabeza, ¿Bård?, pregunté, él se volvió y era Bård veinte años mayor. Nos abrazamos como hacen los hermanos que no tienen ninguna cuenta pendiente entre ellos, que nosotros supiéramos. Pasó una mujer que lo conocía, se saludaron y él me presentó como la mayor de sus hermanas pequeñas. Luego nos quedamos callados. No podíamos iniciar la conversación en la cola, no habíamos compartido nada en los últimos veintitrés años. La última vez que nos vimos fue en la confirmación de su hija. Entonces habían pasado diez años desde el anterior encuentro, según mis cálculos, y las dos veces habían sido ocasiones formales y el lugar un lugar público, un restaurante no muy distinto al Grand. Calculé que no habíamos mantenido una conversación privada desde que yo estaba en el instituto, tal vez ni siquiera entonces. Los dos nos apartamos de la familia, pero no juntos, no por una decisión en común, sino cada uno por nuestro lado y solos. Tenía noticias de Bård por Astrid las dos veces al año que hablaba con ella, pero me daba la impresión de que no había mucho de que informar, sus hijos sacaban buenas notas en el colegio. Sabía que ya no vivía en un chalé en Nordstrand, sino en un piso en Fagerborg. Eso no me lo había contado Astrid, me enteré en el Grand después de bajar nuestros chaquetones al guardarropa, mientras Bård localizaba la mesa reservada. Me dio confiado su chaquetón, porque en el pasado habíamos ido apretados junto a nuestras hermanas en el asiento trasero de un coche. Colgué nuestros chaquetones en el guardarropa y me reuní con él en el café, estaba sentado a una mesa y se parecía a mi padre como era hacía mucho tiempo, ahora estaba muy viejo, dijo Bård. Pedimos café, él había ido en el tranvía, dijo, cuando le pregunté si conducía, y contó que ya no vivía en Nordstrand, sino en Fagerborg, sorprendido, me pareció, de que no lo supiera, de que Astrid no me lo hubiese contado, hacía ya ocho años. Él se sirvió primero, se acercó al bufé andando de un modo que yo no recordaba, y volvió con un sándwich. Yo me acerqué al bufé y volví con otro. Allí estábamos, sentados en el Grand.

Llevaban mucho tiempo con las discrepancias sobre las casas de la playa, mucho más de lo que yo

me imaginaba. Hacía varios años que nuestros padres habían decidido que las heredaran Astrid y Åsa. Bård se enteró por su hija. Estaba de visita en Bråteveien y nuestros padres le contaron que Astrid y Åsa heredarían las casas de Hvaler. La hija de Bård se quedó pasmada, ¿qué podía decir? Una nieta que había pasado los veranos en Hvaler, pero que era demasiado joven y tímida para mostrar su asombro y decepción. ¿Por eso se lo dijeron a ella? ¿A una nieta joven y educada que no les contradiría, para luego poder decir que ella no había protestado? La hija de Bård volvió a su casa y contó a su padre lo que habían dicho los abuelos, y Bård se fue a Bråteveien y nuestros padres le confirmaron que Astrid y Åsa heredarían las casas. ¿Sabían lo que estaban diciendo? ¿Que era espantoso decir eso al hijo mayor que había pasado todos los veranos de su juventud en Hvaler y luego con su propia familia hasta que la relación con sus padres se complicó, ese hijo que se imaginaba y esperaba que cuando los padres desaparecieran la relación entre los hermanos se estrecharía de nuevo? Les pidió que volvieran a pensárselo, ellos contestaron que ya estaba decidido. Unas semanas después recibió por correo una copia del testamento, en el que ponía que Astrid y Åsa heredarían las casas de Hvaler, y que si, en contra de lo que era de esperar, no las querían, se venderían al mejor postor. Bård y yo no podíamos heredarlas.

No quieren que nosotros vayamos allí, dijo él.

Supongo que nos habíamos dado cuenta y por eso no íbamos.

Al cabo de aproximadamente un año, Bård escribió una carta a nuestros padres. Me la enseñó, aportaba todos los documentos, era una carta amistosa en la que argumentaba a favor de que los cuatro hermanos compartiéramos las casas. Porque todos teníamos fuertes vínculos con Hvaler, así podríamos repartir entre los cuatro el mantenimiento y los gastos, y habría más personas que podrían disfrutar de las casas, los terrenos eran grandes, tal vez se podrían construir nuevas y espaciosas viviendas en el futuro.

Contestaron que ya estaba decidido.

Bård escribió a Astrid y a Åsa exponiéndoles los mismos argumentos, ellas contestaron que los padres deciden lo que dejan tras ellos. En el último correo que les envió al respecto, Bård decía que Hvaler era el lugar del que mejores recuerdos tenía. ¿Por qué no podemos ser los cuatro hermanos dueños de media casa cada uno? No tiene por qué ser complicado, escribió. Algunos de sus amigos habían heredado casas de verano a medias con sus hermanos, y solía funcionar bien. *Os ruego que lo penséis una vez más. Significa mucho para mí y para mis hijos poder ser propietario de la mitad de una de las casas cuando vosotros ya no estéis.* Para concluir escribió que no entendía cómo sus padres preferían ver a sus yernos en Hvaler antes que a su hijo y a sus nietos.

No recibió respuesta. Y no podía hacer nada. Ellos estaban en su derecho. ¿Pero sabían lo que estaban haciendo? ¿Que estaban destruyendo, que estaban clavando cuchillos? ¿Astrid y Åsa sabían las consecuencias que tendría lo que estaban haciendo nuestros padres, con el beneplácito de ellas? ¿Creían que su relación con Bård no cambiaría? ¿Pensaban nuestros padres que la relación entre los hermanos se mantendría intacta? No *querían* que Bård y sus hijos, ni yo y los

míos fuéramos propietarios de media casa de la playa en Hvaler. Bård rogaba y argumentaba, porque no sabía que se trataba de una conspiración. Nuestros padres preferirían veranear con sus yernos a veranear con su hijo y su familia. No querían vernos en Hvaler. Les gustaba ver a Bård y a sus hijos, a mí y a los míos en las fiestas y en los cumpleaños importantes, pero no tenernos cerca en Hvaler. No les importaba tener cerca en Hvaler y otros lugares a Astrid y Åsa con marido e hijos, porque Astrid y Åsa no evocaban el pasado.

Nuestros padres, Astrid y Åsa planificaron que las casas fueran heredadas por ellas y llevaron a cabo su plan. Estaban todos de acuerdo. Bård creyó que podía hacerles cambiar de opinión y les rogó en vano. Algunos sabían lo que iba a ocurrir, otros no. Fue una injusticia enorme, pero nuestros padres, Astrid y Åsa se comportaron como si no pasara nada. ¿Era de extrañar que Astrid nunca me comentara nada?

¿Lo que se avecinaba era una catástrofe anunciada, pero ellos no lo sabían, o lo sabían y les importaba una mierda, esperando que los ánimos se calmaran?

A Bård no le dejaron casa en Hvaler, era algo que tuvo que aguantar y lo aguantó, pero algo se había roto.

Bård se pasó por casa de nuestros padres en el mes de agosto para verlos después del verano y nuestra madre le dijo que nuestro padre estaba muy mayor, que no aguantaba como antes el trabajo que daban las casas de la playa, cortar el césped, quitar las malas hierbas, por eso habían traspasado la casa vieja a Astrid y la casa nueva a Åsa. Bård, que ya había asumido que no le iba a tocar ninguna casa, preguntó por cuánto se habían tasado. Cuando nuestra madre le dijo el importe, él se levantó y se marchó. Fue la gota que colmó el vaso. Ese precio tan ridículamente bajo. Ellos *querían* desfavorecer. *Querían* que Bård y yo fuéramos compensados con lo menos posible. Era su *intención*, y a Astrid y Åsa les parecía bien. ¿Cómo se lo habrían tomado si les hubiera afectado a ellas? ¿Harían ellas lo mismo a sus hijos en el futuro? Tenían dos cada una. ¿Dar las casas que entonces serían suyas a solo uno de los hijos? No. Eso era obvio. Porque sería horrible para el que se quedara sin casa, es decir, el hijo al que los padres querían menos.

Bård se marchó de Bråteveien. Nuestra madre gritó tras él que podía estar contento de heredar algo.

Podíamos estar contentos de heredar algo. Ese testamento del que nos habían hablado en Navidades unos años antes, que Bård había pedido que le enviaran para leerlo, podía cambiarse en cualquier momento, seguramente estaba cambiado ya, si es que aún existía, tal vez no existía ningún testamento válido, y entonces la casa vieja se había regalado a Astrid y la casa nueva a Åsa, y nosotros, Bård y Bergljot, nombres que sonaban tan bien juntos, corríamos el riesgo de no recibir ninguna compensación.

Ví que le afectaba mucho que nuestros padres actuaran con una injusticia tan evidente, que Astrid y Åsa al parecer aceptaran esa injusticia sin problema, que no intentaran hacerles rectificar para que la relación entre los hermanos no se rompiera, para que Bård no se sintiera arrinconado y

desfavorecido, para que Bård no se sintiera triste, que fue lo que ocurrió, que era como se sentía, triste, porque a ellas claramente no les importaba lo que él opinaba, no les importaba lo suficiente como para que ellas se comportaran de un modo decente con él. Bård había recibido golpes por el camino y ahora acababa de recibir el golpe final, entendí que había llegado ya a la ruptura. Yo había recibido golpes por el camino y el último y concluyente hace quince años, entonces rompí.

Ocurrió junto al quiosco de periódicos Narvesen, en la calle Bogstadveien, el trece de marzo de mil novecientos noventa y nueve.

Durante un par de años antes de esa fecha había intentado mantener un mínimo contacto con la familia por los niños, porque eran pequeños y dependía de mí que tuvieran algún contacto con sus abuelos, tíos y tías y primos y primas, para que mi madre no me diera la lata, me presionara, y apelara a mi conciencia, resultaba duro actuar con frialdad ante un ser que proclamaba que te amaba. Si yo enviaba una anodina postal desde Roma, recibía enseguida una carta en la que decía que le haría mucha ilusión verme en Navidades y celebrarlas como una familia normal y corriente. En aquella ocasión no pude contenerme, me puse histérica y me sentí agraviada e ignorada porque no podía ser normal, no era normal, se lo había explicado una y otra vez, pero no me escuchaban, no querían escuchar, ¿pero sí celebrar las Navidades como una familia normal y corriente? Me ponía mala solo de pensarlo, y como no me cogían el teléfono les dejé un feo mensaje diciendo que a mí no me hacía ninguna ilusión pensar en las Navidades, que no me hacía ninguna ilusión verlos, que la mera idea de verlos me llenaba de angustia y repugnancia, y que me resultaba físicamente imposible verlos. Pero a la mañana siguiente me sentía avergonzada por mi rabia, mi agresividad, mis incontrolados sentimientos demasiado violentos e infantiles, así que llamé a Astrid y le pedí que fuera a Bråteveien y borrara el iracundo mensaje, pero ellos ya lo habían oído, dijo con voz emocionada, así que supuse que mis padres estaban disgustados y tristes, y que Astrid pensaba que yo era mala por entristecer y disgustar a nuestros viejos padres. Me sentía malvada y a la vez triste porque no quería ser invisible para Astrid, pero así era.

Cuando ese mismo día me encontré con Klara junto al quiosco Narvesen y le conté llorando lo ocurrido, ella me dijo que tenía que romper. Tienes que romper.

¿Eso se puede hacer?, le pregunté, entre sollozos. Sí, contestó, lo hace mucha gente. Y la idea de no tener que volver a verlos nunca más me alivió al instante. No tener que tomar postura, no tener que escuchar llantos, reproches ni amenazas, no tener que poner excusas, defenderme ni explicarme para de todos modos no ser comprendida. ¿Era posible romper? Sí, dijo Klara. Yo no tenía que decir ni escribir nada, simplemente decidirlo, y ya estaba decidido, rompo, decidí, allí, junto al quiosco Narvesen, en Bogstadveien, y estaba hecho.

Mi madre hizo algún que otro intento. Astrid hizo algún que otro intento, pero yo callaba. Se dieron por vencidas y pasaron los años, y Astrid hacía un intento de vez en cuando, cuando surgía algo especial. Cuando iban a operar a mi madre. Van a operar a mamá. Solo quería que lo supieras. Como si eso cambiara algo. Como si fuera a llamar por eso. Como si fuera a adoptar una postura diferente debido a una enfermedad, debido a la muerte. ¿Quería hacerlo? Obviamente no, porque me olvidé del mensaje. Cuando por casualidad volví a verlo al día siguiente, me alegré de haberlo olvidado, pero reflexioné sobre esa alegría. ¿Algo dentro de mí temía que un SMS de ese

tipo me dejara aturdida? Pero no fue así y me alegré, porque había conseguido que mi trabajo de destrucción funcionara, borrar esas voces tuyas represoras, amenazantes, decepcionadas, que tan fuerte habían sonado dentro de mí durante más de cuarenta años. Les contesté que lo lamentaba y que esperaba que la operación saliera bien, le deseé a mi madre que se recuperara. Supe por Astrid que le pareció poco, ¿pero qué más podía hacer? ¿Llamar y decir qué? ¿Ir al hospital y dar un abrazo a mi madre? Me imaginé que iba al hospital, entraba en su habitación y todo dentro de mí se rebelaba. Volví a imaginármelo para sentirlo otra vez, que todo dentro de mí se rebelaba. Era imposible. No tenía ningún rostro que mostrarle, ese rostro sin duda ansioso, lloroso. No podía sentarme junto a su cama, cogerle la mano y decirle que la quería, porque no era verdad. La había querido en el pasado, me había sentido increíblemente cercana a ella, dependiente de ella, en un pasado había sido lo único para mí, mi madre, pero ese sentimiento pertenecía al pasado y no podía ser evocado, porque todo lo que ocurrió después tenía efectos retroactivos. No sentía ningún amor por mi madre, ninguna añoranza, y esa falta de amor y añoranza era interpretada, entendía yo, como un defecto mío, algo que tenía que explicar y defender. Lo explicaba y defendía cuando Astrid me enviaba mensajes tipo solo quería que lo supieras. En algunos casos yo contestaba furiosa a esa clase de mensajes, porque Astrid se dirigía a mí como si fuera un asunto de voluntad, como si yo pudiera elegir aparecer por allí, mostrándome cariñosa y habladora. Pero Astrid borraba esos furiosos mensajes sin leerlos, me contestaba cuando le pedía disculpas a la mañana siguiente, yo le pedía disculpas por los furiosos correos a la mañana siguiente, avergonzada. Astrid borraba esos mensajes sin leerlos, escribía, y tenía derecho a ello, era comprensible, pero no impedía que yo me sintiera rechazada, desilusionada porque Astrid no se posicionaba ante el contenido de esos correos, nunca lo comentaba, ni tampoco mis razones, que yo explicaba hasta la saciedad, no parecía reflexionar sobre el origen de esa tremenda rabia mía. Simplemente quería que lo supieras. Y yo debía pensármelo y llamar o aparecer por el hospital. Y no llamé ni aparecí por el hospital, confirmando una vez más que era la que ellas habían decidido que fuera, la destructora insensible, la egoísta. Solo quería que lo supieras y ver lo mala que eres. Me empujaba una y otra vez dentro de ese papel de mala y yo me entristecía, ¡porque no podía! ¡Las piernas no querían llevarme! Me estremecía cuando sonaba el teléfono y ponía número desconocido por miedo a que fuera mi madre. Busqué su número y lo grabé para poder ver si era ella, y en ese caso no cogerlo. Era capaz de llamarme cuando estaba enferma porque yo no podía ser tan mala como para rechazar a una enferma, tal vez moribunda.

Y además, si hubiese sido capaz de ir al hospital, si mis piernas hubiesen sido capaces de llevarme hasta allí, todo lo que hubiera dicho junto a la cama de la enferma, excepto alguna explosión de rabia que sería inadmisibles junto a una cama de hospital, habría sido entendido como arrepentimiento y reconocimiento por mi parte de que sus exigencias eran razonables y mi conducta irrazonable, cruel, así que era imposible, ¿iba yo a ir allí a renegar de mí misma?

¿Pero y si hubiese conseguido borrar sus voces dentro de mí, si sus voces ya no tuvieran poder sobre mí, entonces podría ir al hospital y mentir un poco? Charlar con mi madre como se charla en

un hospital, y acabar con ello de una vez. ¿Qué significaba que mi madre no significara nada? ¿Por qué iba yo a ser sincera ante algo insignificante? ¿Por qué no podía darle a mi madre lo que ella quería, darle a la familia lo que ellos querían, dejar creer a mi madre que estaba arrepentida, dejar creer a la familia que estaba arrepentida, renegar de mí misma en esa única situación y acabar ya de una vez? ¿Por qué ser tan celosa de mi honor ante alguien que era insignificante? Había tanta mentira en mi vida que ¿qué significaría otra mentira más o menos? ¿Por qué no podía ir al hospital, soltar unas cuantas buenas palabras y marcharme de allí sin el dilema? ¿Así que tenía un dilema? ¡No! Porque no era una alternativa, porque no lo lograría. Así de débil era, así de atada estaba.

Podía ir al hospital y hablar con sinceridad, ¿era esa una posibilidad? Presentarme allí, decir que me reafirmaba en mi postura, que no me arrepentía de nada, que había ido a despedirme. ¡No! ¡Imposible! ¿Por qué? ¡No lo entendía! Filósofos, ¿dónde estáis en este momento de miseria? Intenté romper de nuevo mediante una decisión interna parecida a la que tomé junto al quiosco Narvesen, en Bogstadveien, de no querer volver a verlos, de no dejarme presionar, pero no sentí ese alivio que sentí cuando por fin rompí junto al quiosco Narvesen, en mil novecientos noventa y nueve.

¿Había sido solo un aplazamiento, una pausa en lo que no tenía solución? Porque aunque mi madre no expresara su deseo de verme antes de morir, Astrid me llamaría para contarme que había fallecido, y yo tendría que verlos en el entierro o antes. No podía dejarlo, ¿no? Y cuando me vieran, me rechazarían y se mostrarían disgustados por mi larga ausencia. Y mi padre, al que hacía años que no veía, cuyo aspecto ya no conocía, que había estado enfermo de algo que yo ignoraba, estaría allí, afligido, y yo no podría consolarlo, no podría mostrarme compasiva, solo comportarme como una extraña. Yo lo había elegido, aunque no había tenido elección, y ahora saborearía mi elección. ¿Porque también sería incómodo para ellos? ¿Por qué me daban la lata, por qué parecían quererlo con tanta fuerza? ¿Porque aunque también sería incómodo para ellos, sería peor para mí, y eso es lo que tanto les gustaría ver? ¿Tener la oportunidad de verme incómoda y sola, de expresar su acumulada agresividad hacia mí, porque yo había provocado a mis padres un desaliento al que ellas habían tenido que hacer frente?

¿O mis hermanas estaban enfadadas conmigo y me odiaban porque consciente o inconscientemente les hubiera gustado liberarse, alejarse, me envidiaban por haber escapado del régimen parental, y con ello haberles puesto más difícil hacer lo mismo?

Debí haber emigrado a Estados Unidos, pensé, debí haberme ido a dar la vuelta al mundo y encontrarme en medio de un océano cuando ocurriera, entonces habría recibido un correo en algún puerto cuando todo hubiera pasado y el océano me mostraría esas pequeñas vidas, esas pequeñas muertes nuestras desde la distancia.

Pero, en ese caso, ¿de qué posibilidad de desarrollo y esclarecimiento habría huido? Y si me encontraba cerca de algo decisivo, me pregunté, tal vez fuera ese el punto de inflexión, tal vez esa

fuera la misión. Que si no sabía aclarar eso, no aprendería lo más importante, todo habría sido inicios y pequeñeces.

¡No han sido pequeñeces, protesté, han sido lucha y sufrimiento! Pero tal vez no haya acabado, dije, tal vez quede la última curva de la carrera, y ahora no puedo darme por vencida.

No dormí la noche después de haber redescubierto el mensaje solo quería que lo supieras, de Astrid. ¿Reconciliarse, perdonar? ¡No se puede perdonar lo que no se ha reconocido! ¿Pensaba yo que ellos serían capaces de perdonar? ¿De decir la verdad sobre algo que habían reprimido y negado con tanto esfuerzo? ¿Creía yo que ellos se arriesgarían a una reprobación general por reconciliarse conmigo? No, yo no merecía tal cosa, se habían encargado de demostrármelo una y otra vez. ¿Pero y si lo reconocieran solo ante mí? ¿Si yo escribiera a mis padres pidiéndoles que solo lo admitieran ante mí, y les prometiera que jamás diría nada a nadie? No, así tampoco, estaba convencida de ello, porque aquello no existía entre ellos, no hablaban de ello, habían acordado tácitamente salvar su reputación, su autoestima, hacía mucho tiempo que habían establecido un pacto tácito, que no podía romperse, de que ellos eran víctimas de la traición e insensibilidad de su hija mayor, mientras esa historia estuviera en vigor serían objeto de una compasión sin la cual no podían vivir, se nutrían de ella, y les sería más difícil recibirla si reconocían algo ante mí, aunque solo fuera entre ellos y yo, hacer el teatro de siempre ante los demás, ser ellos los dignos de compasión. Ellos eran los dignos de compasión. Y a veces me daban pena por el caos que se habían creado, porque estaban viejos y enfermos y seguramente pronto moribundos, mientras yo estaba sana, toco madera, y en medio de la vida. Tú también vas a morir, me decía consolándome a mí misma. Puede ocurrir mañana, dije para animarme. ¿Por qué se meten conmigo?, gritaba al cielo, ¿qué quieren de mí?, gritaba a la oscuridad. Pero en realidad no se metían, hacía años que no se metían conmigo.

Dos días después recibí un SMS de Astrid diciendo que todas las pruebas que habían hecho a nuestra madre habían salido bien. Se recuperaría del todo, estaba ya mucho mejor. Nuestro padre también. Yo contesté que qué bien y que diera recuerdos. Volví a mi vida de siempre.

Un mes después me llamó. Iba a cumplir los cincuenta y haría una fiesta con mucha gente a la que, pensaba, me gustaría conocer. Me dijo la fecha, yo estaba libre, dijo que se alegraba, se tomó una pausa y dijo que también irían nuestros padres. Tenían muchas ganas de asistir a una gran fiesta, dijo, no dijo «una última», pero se sobreentendía.

Obviamente pensaba que algo había cambiado. Que aunque yo no hubiera ido al hospital cuando operaron a nuestra madre, le había deseado que se mejorara y sin duda era consciente de que en cualquier momento podría haber desaparecido para siempre y por eso había cambiado mi postura. Para ella es abstracto, pensé. Pero para mí es concreto. Tener que entrar en una estancia donde estaban ellos, darles la mano, abrazarlos, decir qué. Ellos se habían visto regularmente durante todos estos años, estaban acostumbrados a tratarse, yo me había dado de baja por voluntad propia, era la oveja negra. ¿Iba yo a presentarme allí sonriente, hola qué tal? Como si no entendiéramos la



realidad de un modo que excluía por completo el del otro, como si no renegara de esa materia de la que estaba hecha. ¿Astrid no entendía por qué había hecho lo que había hecho, lo profundamente que me afectaba? Me hablaba como si se tratara de un capricho, de una manía, el resultado de una necesidad pueril de oposición que fácilmente podía dejar de lado cuando ocurría algo de verdad grave. Que podría «hacer un esfuerzo», decidir con el intelecto cambiar de postura, ¿no entendía ella la angustia que yo sentía en el cuerpo al pensar en pisar su casa, a la que no iba en años, que mis padres visitaban con mucha frecuencia, y verlos a ellos, a nuestros padres? A Astrid y a la mayoría de la gente les parecerían sin duda dos personas mayores nada peligrosas, frágiles, pero para mí eran dos poderosas figuras de cuyo yugo me había costado años de terapia liberarme. Astrid no entendía que yo pudiera temer a unos cuerpos viejos, encogidos y canos, que fuera incapaz de ir a un aeropuerto sin temblar de miedo de toparme con ellos. ¿De qué tienes miedo?, podía preguntarme en el tren hacia el aeropuerto. Me obligaba a imaginármelos, a enfrentarme con ellos, como hacen muchos para librarse de sus fobias. ¿Qué ocurriría si llegara al aeropuerto y estuvieran en la cola de facturación? ¡Todo mi ser envuelto en miedo! Sí, ¿y luego qué? ¿Habría pasado por delante de ellos sin más? No. Demasiado estúpido, demasiado inmaduro para una mujer de más de cincuenta años no atreverse a saludar a sus padres en una cola de facturación. Tenía la esperanza de que me pararía a preguntarles adónde iban, y ellos contestarían preguntándome adónde iba yo, y yo contestaría con una sonrisa deseándoles buen viaje. Palabras completamente normales y tal vez incluso resultara fácil actuar casi como «una familia normal», ¡pero no! Porque luego me habría ido al servicio, me habría encerrado en un retrete y me habría sentado temblando sobre la tapa del váter a esperar a que hubiesen desaparecido, aunque eso significara perder mi avión. Era desesperante. El que no hubiese avanzado más, que aquello pudiera alcanzarme en cualquier momento, no quería que me alcanzara, no quería volver a entrar en aquello, ¡y ya estaba dentro de nuevo! Me gustaría mucho ser una adulta tranquila y equilibrada. Decidir no acudir a la celebración de los cincuenta, poner una excusa y olvidarme de todo. Pero no podía. Porque si mis padres no hubieran sido invitados, yo habría asistido al cincuenta cumpleaños de mi hermana para conocer a sus compañeros de trabajo, seguro que personas interesantes y tal vez útiles para mí. Esa era mi derrota. Que me sintiera tan cohibida y paralizada que tuviera que abstenerme de todas esas cosas que podrían beneficiarme. Atada a esa estúpida infancia. El titular de mi proceder en el mundo: «Atada a la infancia». Tenía más de cincuenta años, pero todavía sufría de ese miedo a la autoridad parental que tienen los niños. Que mis hermanos ya no sufrían. Quizá Astrid nos invitaba a todos porque creía que yo ya me había librado de la infancia, que con mucho esfuerzo había conseguido superar los traumas y el miedo a nuestros padres. Quizá pensaba que no había ido al hospital por vieja costumbre, pero que ya era hora de cambiar las viejas costumbres. De manera que la invitación podía considerarse un cumplido por parte de Astrid, que pensaba que yo había mejorado más de lo que era el caso. Astrid pensaba que yo sería capaz de llegar sonriente y mostrarme impasible ante la presencia de mis padres, y que ya no me importaba cómo interpretarían ellos la mía.

Dije que me lo pensaría. No pensaba en otra cosa. Daba largos paseos por el bosque desierto imaginándome que estaba en otro continente, donde nadie podía encontrarme. Nadie te puede encontrar, me decía a mí misma, si no eres *encontrable*. Quién eres, me preguntaba a mí misma, quién quieres ser y cuál va a ser tu vara de medir.

¿La más grande?

Me imaginaba paseando por conocidas calles del pasado, camino del cincuenta cumpleaños de Astrid una tranquila tarde de sábado con una clara luz otoñal. Las manzanas cuelgan maduras de los frutales, las ramas de los groselleros pesan sobre las vallas, los abejorros zumban y huele a hierba recién cortada. Aspiro agradecida, la tierra es rica. Llamo tranquilamente a la puerta y entro en casa de mi hermana.

¿Llegaría algún día a ese punto? No. Me encantaría ser libre, no era libre. Me encantaría ser fuerte, era débil. Mi corazón temblaba, no sabía cómo tranquilizarlo. Me senté en el musgo, apreté la cara contra las rodillas y lloré.

De eso hacía tres años.

El camino era muy largo.

Me pregunté en qué punto del camino se encontraba Bård y en qué difería su camino del mío.

No podía preguntarle eso mientras estábamos callados y distantes en ese extraño Grand.

Le hablé de cuando Klara y yo estuvimos en la casa vieja de Hvaler con Tale y sus amigas hacía muchos años, en la época en que yo aún tenía un mínimo contacto con la familia por los niños. Habíamos puesto música y estábamos bailando cuando de repente mi madre apareció en la puerta y me preguntó si les había dado éxtasis.

Bård se rio, yo lo acompañé, pero aquel día no me reí. ¿Pensaba de verdad mi madre que había dado éxtasis a las niñas? Me quedé muda de indignación, pero Klara captó la situación y ofreció a mi madre una silla y una copa de vino. Klara cayó en la cuenta de que mi madre quería participar. Mi madre estaba en la casa nueva oyendo cómo nos divertíamos y vino para participar. Seguramente ella misma no lo sabía, pero eso era lo que quería. Klara le ofreció una silla y una copa de vino, y mi madre se quedó unos minutos y volvió tambaleándose a la casa nueva en la oscuridad. Mi pobre madre. Presa en la casa nueva con mi padre. Oyó que en la casa vieja había diversión y acudió para participar en ella, pero no se entendió a sí misma y transformó la agradable sensación en reproche. ¿Les has dado éxtasis?

Y yo no me percaté porque estaba en estado de alerta.

Pregunté a Bård si había estado en el cincuenta cumpleaños de Astrid. No había estado. Había sido invitado, pero se encontraba en el extranjero. Yo le dije que había sido invitada, pero que no fui porque iban a estar nuestros padres. Les tengo miedo, dije, y le expliqué que pensar en ellos me producía angustia. Angustia no, dijo Bård, un fuerte malestar.

Angustia y un fuerte malestar, dije, y sonreímos.

Le conté que Tale ya no quería ver más a la familia de Bråteveien, que no quería seguir participando en esa farsa. Le conté cuando ella y su familia estuvieron en la casa vieja de Hvaler con una pareja de amigos un fin de semana en el verano. Los hombres salieron en el barco y mis padres fueron a saludar y preguntaron dónde estaban. Se han ido en el barco, contestó Tale, y mi madre se puso histérica porque estaba lloviendo, había olas, era de noche, había niebla, el agua estaba fría y si se caían al agua se ahogarían, tal vez se habían ahogado ya. Tale se sintió insegura y confusa, contagiada por la inquietud de mi madre, por su estado de alarma. Mi padre estaba indignado por otras razones, porque los hombres habían cogido el barco sin consultárselo a él, el dueño del barco, el dueño de las casas, el amo, porque se habían tomado toda clase de libertades sin mostrarle ningún respeto. Tale se quedó muda delante de esas dos personas que eran las propietarias de las casas, gracias a las cuales estaban allí. Mi madre le ordenó que bajara con ella hasta el muelle, presa de su preocupación, controlada por su enorme preocupación que contagiaba al entorno, que en mi infancia me había contagiado a mí, que había hecho que me preocupara por lo mismo que le preocupaba a ella, alcohol y *rock*. Tale estaba con mi madre en la punta del muelle mirando fijamente al mar. He estado aquí muchas veces, dijo mi madre. He pasado aquí muchas tardes y noches buscando con la vista y rezando, dijo. ¡Aquí he salvado vidas!

Imité el tono melodramático de nuestra madre y Bård se rio. Así era nuestra madre. Imité el tono amonestador de nuestro padre y Bård se rio. Así era nuestro padre.

Pero esa no fue la razón por la que Tale volvió a casa un día antes de lo previsto y empezó a tener problemas para ir a Hvaler o a Bråteveien. Fue cuando su amiga le preguntó por la noche, cuando los hombres habían vuelto sanos y salvos de su paseo en barco, por qué yo, su madre, no tenía contacto con mis padres, y al ir a explicárselo vio la reacción de la amiga. Y fue al día siguiente, cuando mi madre entró por la mañana y le preguntó si cuidaba bien de su hija. Mi madre había tenido esa noche una pesadilla en la que Tale no cuidaba bien de su hijita: He tenido una pesadilla en la que no cuidabas bien de Emma, cuidas bien de Emma, ¿no?

Mi madre tenía pesadillas con que Tale no cuidaba bien de su hija y se dirigió a su nieta sin piedad para expresarle sus preocupaciones, no era capaz o no se atrevía a reflexionar sobre esas pesadillas en las que Tale no cuidaba bien de su hija. Porque ¿quién no había cuidado bien de su hija? ¿Por qué soñaba mi madre con una madre que no cuidaba bien de su hija? No era capaz o no se atrevía a hacerse la pregunta a sí misma, porque en ese caso, en ese caso un precipicio se abriría ante ella.

Fue Bo Schjerven quien me lo recordó una noche que yo me sentía atormentada y abrumada de culpabilidad por haber roto con mis padres y no querer verlos.

Van a morir pronto, dije llorando.

Tú también vas a morir, dijo él.

Me había olvidado de eso.

Cuando salí del Grand y subía por la calle Karl Johan hacia el metro, me sentía más aliviada que cuando llegué. Resultaba agradable reírme de mi madre con alguien que la conocía, reírme de la familia con alguien que la conocía. Jamás me había reído de mi madre y de la familia en compañía de Astrid. Cuando hablaba con ella me sentía siempre abrumada, me sentía siempre sola.

Llamé a Klara y le conté cómo nos habíamos reído de nuestros padres en el Grand. Ella preguntó: Si hubieras tenido que elegir, ¿qué habrías elegido? ¿Casa en Hvaler + padre y madre o nada?

Nada.

Por la tarde, Bård escribió que no hay mal que por bien no venga. Un saludo de tu hermano.

Lo bueno era que nos habíamos reencontrado.

Diciembre y Adviento en la casa de verano de Lars en el bosque, cerca del río, que estaba en parte helado e inusualmente callado. Apenas emitía murmullos para el que escuchaba con atención. Todo estaba oscuro, frío y silencioso, los árboles negros y de luto por ese verano que les había sido arrebatado, las ramas separadas y levantadas hacia el cielo, anhelando que llegara la nieve, ser cubiertas de nieve. Yo solía trabajar bien allí, lejos de la ciudad y de las personas, donde Trofast podía correr libremente.

Por la tarde, oscuridad de diciembre y nieve en el aire, por la mañana, los céspedes verdes y el sol intenso como si no fuera diciembre. Diciembre, frío y húmedo, de repente oscuro y vino tinto por la tarde, sueños incómodos por la noche, niebla baja por la mañana, y de repente, luz y sol como en primavera, no era lógico. No podía concentrarme, estaba nerviosa, se amontonaban las reseñas de teatro sin redactar. Quería escribir sobre el peligro de dramatizar novelas populares, llevaba horas esforzándome para encontrar una manera de empezar y entonces recibí un correo de Bård, que a su vez había recibido un correo de Åsa en el que decía que iban a pedir una nueva tasación. Que la anterior era demasiado baja. Que era el testador el que fijaba la deducción de donaciones en forma de anticipo de la herencia, pero al pedir varias tasaciones, nuestros padres tendrían una base para hacer un cálculo aproximado. Si conseguíamos llegar a un acuerdo entre nosotros, ella pensaba que nuestros padres lo tendrían en consideración.

Ellos tenían que tomar la decisión, pero si nosotros nos poníamos de acuerdo, Astrid pensaba que nuestros padres tendrían en cuenta las nuevas tasaciones. Implícito: si Bård seguía discrepando, no las tendrían en cuenta.

Una hora después recibí un correo que él había enviado a nuestro padre, ya estaba tocando fondo, yo conocía ese fondo. Le recordaba que durante toda la vida había estado diciendo que trataría igual a sus hijos en cuanto a la herencia. ¿Y era tratarlos igual dar las casas de Hvaler a dos de los hijos como anticipo de la herencia sin ninguna tasación? ¿Y seguramente muchos años antes de que los otros dos, Bergljot y yo, me nombraba a mí, heredaran algo?

Yo nunca he sido un problema para vosotros, escribía, pensando en mí, que sí había sido un problema y un sufrimiento. Decís que nos queréis mucho a mí y a mis hijos, oímos lo que decís, pero vemos lo que hacéis.

Yo estaba allí, en el bosque, sin paz, imaginando que se reunían en Bråteveien con el fin de continuar el cuento sobre Bård como alborotador, y su mujer, a la que habían adjudicado el papel de haber seducido a Bård, alejándolo de la familia, como belicosa. Yo sabía cómo era aquello, yo misma había contribuido a ello en el pasado, totalmente entretejida en el cuento inventado por la familia. Por fin, cuando rompí, cuando conseguí distanciarme, empecé a verlo de otra manera, pero también entonces despacio y a pequeños pasos, el poder que tiene el cuento de los padres

sobre la comprensión de la realidad de los hijos es tan grande que resulta casi imposible desprenderse de él.

¿Y ahora me había desprendido? ¿O seguía enganchada, solo que con el signo cambiado?

Cerré el Mac, me vestí, bajé al río con la perra y la dejé suelta. Ella no huyó, era fiel. Conté las piedras del cauce, en primavera y verano no quedaba ninguna a la vista, me imaginaba el río hacia atrás, hasta ese lago de donde venía, el manantial de donde brotaba, caminé por la orilla durante una hora, luego regresé en la oscuridad, sola por el sendero, había ido tan lejos como era posible ir sin cambiar de país. Entré en la casa y encendí el Mac, vi que había otro correo de Bård, él ya se encontraba dentro de aquello, siguiendo el río hacia atrás, hasta su origen. Había recibido un correo de Åsa en el que le decía que existía un testamento en el que ponía que Bård y yo seríamos compensados por las casas de la playa, y que se pediría una nueva tasación. Luego había unas líneas en blanco y a continuación escribía que sería más fácil comunicarse con él si usaba un vocabulario algo menos duro: Resulta casi tenebroso recibir un correo electrónico tuyo.

Bård le había contestado que no olvidara que en un principio su deseo era que los cuatro hermanos compartiéramos las casas. Así tendríamos un lugar natural de encuentro junto con nuestros hijos. Resultaba triste, escribió él, que ella y Astrid estuvieran en contra de una solución como esa, añadía que si a ella le parecía tenebroso sería porque le resultaba desagradable leer sobre cómo se estaban comportando con nosotros ella y Astrid. Él nunca entendería por qué les negaban a él y a sus hijos la mitad de una casa en Hvaler.

Lars llegó a la casa del bosque. Preparamos la cena, bebimos vino y le hablé de los correos de Bård. Nos acostamos, hicimos el amor, le hablé de lo que Åsa había escrito a Bård y de lo que Bård había escrito a Åsa. Lars suspiró, se colocó de lado para dormir y dijo que tenía la impresión de que a mí no me interesaba una casa en Hvaler. ¡Yo no quiero una casa en Hvaler, grité, pero entiendo la reacción de Bård! ¿Tú no lo entiendes? ¿No entiendes que Bård se sienta frustrado? Me miró y suspiró: Que sí, frustrado.

¿Cómo sería ser una persona sana?

Yo no sabía cómo era ser una persona sana, una persona no herida, no tenía más experiencia que la mía. Cuando una pesadilla me despertó esa noche me pegué a Lars y le rodeé con el brazo derecho, intentando quedarme con sus sueños, seguro que eran tranquilos. Intenté abrir mi mente lo más posible hacia Lars para que sus sueños inofensivos pudieran entrar en mi cabeza, intenté absorber los sueños de su cuerpo, pero no funcionó, no había ninguna abertura, yo estaba encerrada en mí misma.

Al día siguiente, un poco después de las doce, mientras intentaba escribir sobre los peligros de hacer teatro de novelas y Lars estaba sentado en la terraza acristalada con su café y sus periódicos, recibí un correo de Bård con un adjunto. Decía que había estado despierto toda la noche, pero que ahora tenía la sensación de haber escrito lo que quería escribir. Era estupendo haber acabado y enviado, decía, lo que denominaba el último acto de nuestro drama familiar.

*Para papá:*

*Me gustaría contarte cómo me habría comportado yo como padre si hubiera tenido un hijo.*

*Habría intentado tener una buena y estrecha relación con él.*

*Habría intentado encauzarlo hacia actividades que él y yo hubiéramos podido disfrutar juntos, tanto en la infancia como luego.*

*Habría mostrado interés y entusiasmo por las actividades que él realizaba.*

*Lo habría acompañado en esas actividades, aunque en un principio no me interesaran, porque le interesaban a mi hijo.*

*Habría sentido verdadero placer, satisfacción y orgullo al ver a mi hijo tener éxito en las actividades en las que yo lo habría acompañado y que yo sabía que se había esforzado por hacer bien. Lo mismo habría sentido y expresado en cuanto a su educación y trabajo.*

*Habría solicitado su asesoramiento —cuando él ya hubiera sido mayor y hubiera recibido una buena formación y tuviera experiencia laboral— en relación con gestiones comerciales en sectores en los que él era más competente que yo.*

*Habría vivido algunos de mis mejores momentos como padre y ser humano experimentando cosas con mi hijo.*

*Tanto tú como yo sabemos que tu relación con tu único hijo varón no ha sido así.*

*He jugado cientos de partidos de hockey y balonmano. Tú has asistido a uno de esos partidos.*

*No me has guiado hacia actividades que podrían haber supuesto un placer para los dos.*

*Conozco a algunos padres de amigos míos mejor de lo que te conozco a ti. He dado más paseos con esquís con los padres de Trond y Helge que contigo.*

*He estudiado tres carreras y he tenido mucho éxito en mi vida profesional. Y sin embargo nunca has dicho o manifestado estar orgulloso, ni te has alegrado por mí.*

*He conseguido muchos logros en varias modalidades deportivas a lo largo de mi vida, pero tú nunca has mostrado ningún interés o entusiasmo.*

*La vida no se puede volver a vivir y hay que vivir con las decisiones que uno ha tomado.*

*Yo nunca te he exigido mucho como padre, pero exijo un trato equitativo entre tus cuatro hijos en relación con un reparto de bienes. Tanto tú como yo sabemos que no ha sido en absoluto así hasta ahora.*

*Bård.*

Salí a la terraza. Lars, que llevaba puesto su enorme plumas, estaba sentado en el sillón mirando hacia el césped, el bosque y el río, no leía periódicos, no fumaba, miraba el césped, el bosque y el río y pensé que estaría orgulloso de ser su dueño, se puede sentir placer por poseer algo, un extraño orgullo, una sensación buena y satisfactoria, si bien no políticamente correcta, como los masáis en Kenia o los inuits en Groenlandia al contemplar ese paisaje que consideran suyo, aunque no lo sea en un sentido jurídico. Como yo algunas veces, hace mucho tiempo, estando sola en Hvaler de joven, o con los niños pequeños, avanzado el otoño, o en marzo, en esa época tranquila en que la mayor parte de las casas están cerradas y la gente ausente, acababa de contemplar ese archipiélago costero, ese mar y esos montes pelados que conocía tan bien y sentía pertenencia y algo que podría llamarse orgullo. No poder ir a Hvaler significaba una gran pérdida, una consecuencia de mi ruptura, pero no había tenido elección, y Hvaler significaba poco en comparación con la paz interior que gané con esa ruptura.

Di unos toquecitos a Lars en el hombro y le pregunté si podía leerle algo. Me miró, con la esperanza de que no tuviera que ver con herencias. Me senté y empezó a nevar. Mira, dijo. Grandes copos volaban por el aire, semejantes a las hojas que caen de los manzanos y los cerezos a mediados de junio, resistiéndose a aterrizar. Elegimos cada uno nuestro copo y los seguimos hasta que aterrizaron y se derritieron. Ya pronto estamos en Navidad, dijo Lars. Miré el reloj. Diez de diciembre. Trofast corría tras los copos intentando atraparlos, la infancia resultaba irreal. Partidos de *bandy* y clases de piano irreales. Me resistía a recordar. Recordaba que un día camino del colegio cuando iba a tercero y llevaba un vestido nuevo de color naranja del que me sentía muy orgullosa pensaba que podía haber sido feliz si no hubiera sido por *aquello*.

Quizá mi padre estaba leyendo el correo de Bård justo en ese momento, se lo había enviado hacía siete minutos. Intenté imaginármelo, pero hacía mucho tiempo que no lo veía, no lo había



visto nunca delante de un ordenador, no tenía ni idea de qué ordenador tenía, dónde estaba colocado, si en el despacho, en el salón o en la cocina. Tendría que ser horrible para un padre recibir un texto así de un hijo, su único hijo, el primogénito. Pobre viejo papá, cano, encorvado y seguramente con las gafas sobre la nariz y los ojos entornados delante de la pantalla mientras pulsa sobre la bandeja de entrada. Para papá, de Bård. Me sube por dentro una inmensa compasión hacia mi padre. Ese viejo que no se libró de su pasado, que toda la vida tuvo que arrastrar consigo esa necedad del pasado, y apareció en mí una sensación de culpa por lo que había hecho, por haber roto con ese pobre viejo.

Entonces me recordé a mí misma que ese padre por el que sentía compasión no era mi padre, sino la idea de padre, el arquetipo de padre, el mito de padre, mi padre perdido. Me recordé a mí misma que mi padre real, como yo lo conocía, no se conmovió con el texto de Bård, sino que se pondría a la defensiva, como por instinto. Lo último que me dijo mi padre, lo último que supe de él, en una conversación telefónica hacía siete años, fue: Mírate en el espejo y verás una psicópata.

Era un soleado sábado de principios de junio, yo estaba sentada en el alféizar de un local de celebraciones después de una fiesta de clausura con un hombre del comité de festejos, habíamos acabado de recoger todo y abierto una cerveza.

Me dijo que había estudiado con mi hermana Åsa, en Trondheim. Yo no lo sabía, me reí mucho, contaba cosas muy graciosas sobre sus tiempos de universitario en Trondheim con Åsa. Yo estaba muy alegre y predispuesta a la risa y llamé a Åsa, con quien llevaba años sin hablar, y le dije: Adivina con quién estoy tomando una cerveza, y le pasé el teléfono al hombre, que habló con ella, estuvo bien, estuvo divertido. Luego llamé a Bård, con el que también llevaba años sin hablar, le dije algo parecido y él se rio, todo fue bien, quizá algo dentro de mí echaba de menos a Bård y a Åsa, ya que los llamaba cuando estaba borracha y con las defensas bajas. Llamé a Astrid, le dije algo por el estilo y la cosa fue bien, aunque ella se mostró más reservada, ella era la que mejor me conocía, sabía que yo tenía grandes altibajos y seguro que también notó que había bebido, luego, ya puesta, llamé también a mis padres, seguro que no pensé en lo que hacía, me dejé llevar pensando tal vez que iría bien, como había sucedido con los demás. Cogió el teléfono mi madre, yo iba a decir algo gracioso sobre el hombre que había estudiado con Åsa en Trondheim y oí que susurraba algo a mi padre, seguramente: Es Bergljot. Quizá pusiera el altavoz, pensé luego, después de colgar y de que la conversación acabara como acabó, seguramente puso el altavoz para mostrarle que estaba de su parte y que no quería murmurar conmigo sin que él escuchara lo que se decía, o quizá él le exigiera que lo pusiera. Mi madre no me dejó decir nada sobre el hombre que había estudiado con Åsa en Trondheim; sin pelos en la lengua, agresiva, empezó a preguntar que cómo podía comportarme de una manera tan fea con ella y mi padre, ser tan desagradecida cuando ellos siempre habían hecho lo mejor para mí, ayudándome en todos los sentidos, ¿qué habían hecho para que fuera tan cruel con ellos? Me pilló totalmente por sorpresa, ahora me resulta incomprensible que pudiera estar tan poco preparada, ¿qué me imaginaba? ¿Que les haría gracia ese hombre que había estudiado con Åsa en Trondheim? Era una ingenua, de

repente caí a tierra, golpeándome. Cuando muera papá, dije, ya no harás esas preguntas, entonces vendrás a mí, dije, pero entonces será demasiado tarde, añadí, y mi padre agarró el auricular, seguro que mi madre había puesto el altavoz: Mírate en el espejo y verás una psicópata.

A menudo pensaba que cuando mi padre muriera mi madre se acercaría a mí, pero también que sería demasiado tarde. Ahora ya estaba dicho. Entonces será demasiado tarde. En eso me había convertido, en eso había elegido convertirme, en una persona despiadada. ¡Mírate en el espejo y verás una psicópata! En eso se había convertido mi padre, en eso había elegido convertirse mi padre o en realidad no tuvo elección y no le quedó otro remedio que volverse despiadado. Lo que Bård quería que sintiera mi padre era algo que mi padre no sería capaz de sentir, creía yo, el correo de Bård no sería recibido como Bård esperaba. Para mi padre el correo de Bård sería una prueba de su ingratitud, la palabra que empleaba para referirse a Bård y a mí. Y mi madre, Astrid y Åsa sacudirían la cabeza si llegaban a leerlo. Un hombre adulto de casi sesenta años que reprendía a su viejo padre por cosas insignificantes.

El correo se enseñaría solo a Astrid y Åsa. Si resultaba necesario para explicar la situación de la familia, se diría que Bård, a punto de cumplir los sesenta, era tan inmaduro que acusaba a su viejo padre de no haber presenciado más partidos suyos de balonmano en la infancia.

El correo le rebotaría, y Bård seguro que lo sabía, seguro que no tenía esperanza alguna de verse comprendido, pero, por su propio bien, necesitaba decirlo de un modo así de duro antes de que fuera demasiado tarde.

Se lo leí en voz alta a Lars. Escuchó muy atento. Ay, dijo cuando terminé, y luego se quedó callado. Lars era padre, Lars tenía un hijo. Ay, volvió a decir, pensativo. La nieve caía. Claro que no queremos ser invisibles ante nuestro padre, dijo. Todo trata de eso. La nieve caía y la perra corría intentando atrapar los copos. Lo más importante para un chico, dijo, es que tu padre te vea. La carta para el padre, dijo.

Nos quedamos un rato callados. Luego dijo que su padre también era bastante distante. Que muchos padres de esa generación eran un poco distantes, que entonces no era como ahora, que los padres acompañan a sus hijos a los partidos de *hockey* y balonmano. ¿Nuestro padre era solo un poco distante? No, contesté. Porque también los padres normales y distantes se mostraban orgullosos de sus hijos cuando ganaban regatas o campeonatos de esquí, y presumían de ellos ante los demás padres, pero mi padre fue incapaz de decir una sola palabra elogiosa sobre Bård, de pronunciar un solo adjetivo positivo sobre él. Nuestro padre tenía miedo. El que no se atreve a temblar tiene mucho miedo y nuestro padre no se atrevía a temblar, no se atrevía a mostrar un signo de debilidad que en su opinión podría ser cualquier elogio de Bård. El régimen de nuestro padre estaba sostenido por el miedo. Si mostraba un solo signo de debilidad, ese régimen podía caer, eso era lo que él temía. Solo podía tratar con Bård si este se mostraba humilde y sumiso, pero Bård no quería ser así. A nuestro padre no le gustó que Bård se hiciera rico, porque al hacerse rico perdió sobre él ese poder que se encuentra en el dinero.

Me alegro de no ser rico, dijo Lars.

Mi padre se habrá suavizado con los años, dije, tenía esa impresión, pero se ha cerrado en cuanto a Bård y es incapaz o no quiere volver a abrirse.

Bård no ha incluido lo peor, dije. Se limita a enumerar los síntomas. Lo peor seguramente resulte demasiado difícil de formular, porque en ese caso habría tenido que volver a ser un niño.

Diez de diciembre y nieve. Renuncié a trabajar y dimos un paseo en silencio por la nieve, el mundo estaba silencioso y blanco. Lars se marchó con la ventisca cuando empezó a anochecer y me quedé sola. Llegó la oscuridad y más nieve. Me senté en la terraza y me puse a fumar, aunque no era fumadora. No había estufa y me tapé con una manta, estaba completamente forrada, fumando, bebiendo vino y viendo caer la nieve. Debería estar escribiendo y redactando artículos, pero estaba fumando y bebiendo en la oscuridad, mirando la nieve que se amontonaba.

Cuando entré, justo después de medianoche, vi que mi madre me había llamado. Había grabado su número para poder no coger el teléfono si era ella. Me había dejado un mensaje. Me pedía que la llamara. Era sobre Bård y las casas de Hvaler. Le temblaba la voz, como siempre que quería conmoverme, como cuando era pequeña y se sentaba en el borde de mi cama para contarme lo que sufría, lo que le dolía el pecho cuando yo no hacía lo que ella me decía que hiciera, cuando derramaba sobre mí su dolor y se volvía a marchar, cerrando tras ella la puerta, probablemente con el corazón aliviado, mientras yo me quedaba en la cama con el mío latiendo con fuerza. Todas las veces que me llamaba desesperada por su relación con Rolf Sandberg, todas las veces que me llamaba queriendo suicidarse y yo me pasaba horas consolándola y rogándole que no lo hiciera, porque la queríamos mucho y la necesitábamos, ella me consumía con esa voz temblorosa que tanto sufría consigo misma.

Me llamaba porque creía que yo iba a decir lo mismo ahora que hacía tres años, no mucho tiempo después de que hubiera recibido la carta navideña sobre el testamento y dijera lo que ella necesitaba oír, que no quería casa en Hvaler, que el testamento me parecía generoso, si seguía siendo el que se mencionaba en aquella carta navideña. Porque también podía ser que se hubiera cambiado, en todo caso la situación había cambiado, ahora era distinta a la que se daba cuando mi madre llamó hacía tres años, estando yo en San Sebastián. Me acosté y dormí mal, pensando en el correo de Bård. A la mañana siguiente le contesté preguntándole si quería que informara a la familia de que yo compartía su opinión en la disputa. Tardó un poco en contestar. Escribió que pensaba que debía mantenerme callada o dar a entender que yo también me sentía injustamente tratada.

Comprendí lo que quería decir. Lo que revelaba. Que yo me ofrecía a apoyarlo, pero que no quería aparecer en escena como yo misma y expresar mi propia opinión.

¡Pero yo no quería pelearme por casas y herencias! Siempre había dicho que esas cosas no me interesaban. No podía presentarme ahora con exigencias, ¡eso estaba por debajo de mi dignidad!

Por otra parte, compartía con mi hermano el sentimiento de abandono por parte de nuestro padre

y de nuestra madre, que era leal a nuestro padre, y la opinión de que las tasaciones eran ridículas, de que Åsa y Astrid se estaban portando mal. ¿Iba a dejarlo solo como el malo de la película, a quedarme invisible tras él a su sombra?

Llamé a Klara.

Me dijo que llevaba demasiado tiempo sentada en la barca sin moverme, que eso era lo que querían mis padres cuando informaron sobre el testamento en las Navidades de hacía tres años, que me quedara sentada en la barca sin moverme. En cualquier momento podían romper el testamento en pedazos o redactar otro, mientras yo me quedaba callada y los consideraba generosos.

Escribí a Bård diciéndole que yo escribiría a Astrid y Åsa.

*Ediciones Incomprensibles* se cerró tras un número y Klara tuvo que trabajar en el Renna largas jornadas de tarde y noche por necesidad económica. Estaba agotada y cansada de que los clientes y los empleados del Renna consideraran su piso como local de después de la hora de cierre, cansada de que el hombre casado la tratara como una zapatilla vieja. El hombre casado por fin rompió con Klara y Klara tocó fondo, Klara se hundía cada vez más. Necesito cambiar de aires, jadeaba.

Yo trabajaba en el editorial mientras el correo que le había prometido a Bård trabajaba en mi interior. Una vez entregado el editorial, ya avanzada la noche, abrí un nuevo archivo y me tomé una copa de vino para sentirme reconfortada, de repente no podía esperar ni un momento más, me urgía mucho o tenía miedo de sentir pena, escribí como en trance y se lo envié a Bård, aunque era tarde y me preguntaba si le iba a parecer demasiado largo.

Para: Astrid y Åsa

Asunto: Las casas de Hvaler

Escribí que yo no esperaba ninguna herencia, que me había sorprendido positivamente la carta navideña de tres años atrás en la que se decía que todos íbamos a heredar a partes iguales. Por eso le había dicho a nuestra madre, cuando me llamó para decirme que Bård había armado un escándalo por las casas de la playa, que a mí el testamento me había parecido generoso. Pero ahora me arrepentía, escribí, de no haber llamado en aquella ocasión a Bård, ahora que sabía que él solo había pedido a nuestros padres que consideraran una solución más justa, que las casas se repartieran entre los cuatro hijos para que todos los nietos pudieran disfrutar de ellas. Su propuesta había sido rechazada sin explicación alguna y no me parecía extraño que él se quejara, ni tampoco que se quejara ahora porque habían sido traspasadas en secreto a un precio ridículo. Bård nunca se había distanciado de la familia, a diferencia de mí, ¿por qué iba entonces a recibir él un trato distinto al de sus hermanas más jóvenes?

Escribí que si las casas habían sido traspasadas en secreto a un precio tan bajo, tendría que ser porque así Bård y yo recibiríamos la menor compensación posible en un definitivo reparto de bienes. En otras palabras: dos ramas de la familia recibirían más que las otras dos. Por supuesto esto se sentiría como una injusticia y una traición. Especialmente feo me parecía, escribí, que quisieran culpar a Bård de la sobredosis de nuestra madre, que pretendieran convertirlo en un canalla mientras ellas ejercían de cariñosas hijas en el hospital. Escribí, enfurecida, que la responsabilidad de la situación en realidad era suya, que si hubiesen querido podrían haber usado su influencia para aconsejar a nuestros padres que no hicieran lo que hicieron.

Me tranquilicé, me tomé otra copa de vino y seguí escribiendo que en una de mis últimas conversaciones con Astrid, ella había mencionado la posibilidad de que Bård tal vez tuviera celos de ella y de Åsa. No, no teníamos celos, escribí, pero nuestra infancia había sido muy distinta a la suya, la vivencia con nuestros padres había sido muy distinta a la suya. Las dos habían estudiado carreras en las que pesaban los derechos y la igualdad ante la ley, el ver las dos caras de un asunto, y el que ahora ninguna de ellas mostrara voluntad para intentar comprender cómo Bård y yo vivíamos esta situación resultaba desalentador. Y añadí: *El que ninguna de vosotras me haya preguntado en ningún momento por mi historia, lo he vivido y lo sigo viviendo con gran dolor.* Me parecía que tenía que ponerlo. Terminé escribiendo que en el transcurso de la infancia y

nuestra vida de adultos Bård y yo habíamos recibido menos que ellas, material y sentimentalmente, y que el que ahora nos desfavorecieran de un modo tan deliberado era decepcionante para nosotros y para nuestras familias, sobre todo que ellas apoyaran semejante discriminación. Saludos de Bergljot.

Bård contestó inmediatamente diciendo que no era demasiado largo, que había que incluirlo todo, y señaló algunas faltas de ortografía. Le contesté que las corregiría por la mañana, no quería enviarlo tan tarde y arriesgarme a que Astrid lo ignorara como solía ignorar mis furiosos correos nocturnos. Ella decía que los borraba sin leerlos.

Yo sabía que Astrid se encontraba en una situación difícil, que corría el riesgo de convertirse en el cubo de basura de todos, que nuestra madre seguramente la usaba de cubo de basura, porque era la única que tenía contacto conmigo, que seguro que en parte la regañaba por tener contacto conmigo y en parte la presionaba para que a su vez me presionara a mí a una reconciliación. Sabía que Astrid se encontraba en una posición imposible, que era injusto que ella, la única de mis hermanas que tenía contacto conmigo, fuera la que recibiera toda mi ira. Yo lo sabía, le decía que lo sabía, le pedía perdón por la mañana, ella contestaba que se alegraba de recibir mis disculpas y que había borrado los correos nocturnos sin leerlos. ¿Acaso me lo decía para tranquilizarme? Los correos de la noche le parecían tan horribles que entendía que me arrepintiera de ellos y fingía no haberlos leído, lo hacía por mí. Yo me arrepentía de los iracundos correos de la noche, cuando me despertaba por la mañana tenía la sensación de que me arrepentía de ellos, sentía un pánico desbordante al pensar en lo que había escrito la noche anterior, pero al mismo tiempo me hería el que Astrid los ignorara, leídos o no, porque los iracundos correos nocturnos eran los más verdaderos y me arrepentía de ellos solo porque había aprendido que no estaba permitido decir la verdad, que si lo hacía, sería castigada.

A Klara la habían tirado a la basura, Klara había tocado fondo, Klara no tenía dinero, necesitaba cambiar de aires.

Empecé mi tesina en Ciencias del Teatro sin tener que pedir el préstamo estatal, estaba casada con un hombre rico, bueno y honesto, pero infelizmente enamorada de un catedrático de universidad casado que seguiría casado, creía yo, a pesar de haber tenido una relación conmigo, a pesar de haber tenido relaciones con muchas otras mujeres, no paraba de oír historias que relataban que el hombre al que yo amaba estaba con otras, lo cual me dolía tanto como si hubiera sido mi marido, me dolía el corazón como si me hubiesen clavado un cuchillo, porque el amor es un cirujano que opera alrededor del corazón. No podía soportar la infidelidad del hombre casado y no podía seguir casada con el hombre bueno y honrado sintiendo eso por el otro, tenía que divorciarme aunque mi madre dijera que debía pensar en los niños, que tenían siete, seis y tres años, pero yo tenía que divorciarme, porque no podía dormir en la misma cama que el hombre bueno cuando no dejaba de pensar en el otro y deseaba estar en la cama con él, cuando sufría por la infidelidad del hombre casado a su mujer y a nuestro amor. ¿Cómo podía? ¿Qué me pasaba a mí, que amaba a un hombre claramente infiel en lugar de a mi marido, fiel y bueno? ¿Qué me pasaba a mí, que criticaba y regañaba a mi marido bueno y confiado, destrozándolo? Esa era la sensación que tenía, era mala y tenía malos pensamientos sobre él, y me imaginaba que entraba en la habitación de nuestra hija mayor por las noches, cuando simplemente se había quedado dormido delante del televisor. ¿Qué me pasaba a mí, que tenía esa clase de pensamientos?

Debía divorciarme, no tenía elección. Había perdido a ese hombre casado, que no lograba dejar, e iba a perder a ese marido bueno que tenía que dejar porque se merecía a alguien mejor que yo. Me estaba preparando para la pérdida y fui a ver a Klara, que estaba metida en la cama, temblando, después de saber que su padre se había suicidado. Supo de repente que su padre no se había ahogado por accidente, sino que se había ahogado con el propósito de ahogarse. Klara había estado en una fiesta familiar y por casualidad había oído una conversación en susurros entre las hermanas de su padre, mientras ella se encontraba detrás de una puerta colocándose la ropa, ay, si Nils Ole no hubiera decidido ahogarse... Aquello atravesó a Klara como cuchillos cortando el corazón, cortando el cuello, de repente lo vio todo claro. Todo lo que había sido niebla y confusión se volvió nítido, doloroso como cuchillos en la carne, como vidrio afilado en el ojo, como rayos penetrantes de agua helada. Se ahogó por propia voluntad. Se metió en el agua por propia voluntad, siguió hacia dentro y se ahogó, no se cayó de un muelle, no estaba borracho. Estaba sobrio, se metió en el agua adrede, para morir. Aunque Klara solo tenía siete años, él la abandonó ahogándose, ¿en qué estaba pensando cuando abandonó a Klara y se metió en el agua para no volver a verla nunca más? Qué desesperado tenía que estar, ¿pero cómo podía estar tan desesperado teniendo a Klara, que era alegre, que lo amaba y que solo tenía siete años?

Todo el mundo lo sabía excepto ella. Era el secreto del que la familia se avergonzaba y del que



nunca se hablaba, que no querían contarle a ella, su hija. En cierto modo fue una liberación enterarse, porque Klara había sabido siempre que algo estaba muy mal, pero pensaba que era ella la que estaba mal. Y resultó que no era así. Él se ahogó adrede.

No soportaba seguir estando allí, dijo, tenía que cambiar de aires.

Madrugada del lunes, catorce de diciembre, no podía dormir. Se hicieron las dos, se hicieron las tres, leí mi correo una y otra vez, al día siguiente lo enviaría, al día siguiente entraría en el campo de batalla.

Lunes, catorce de diciembre. Todo estaba tranquilo y luminoso cuando me desperté a las once, la nieve espesa, tranquila y blanca en el césped, en los árboles, en el coche, todas las aristas borradas, todo redondeado y suave en el exterior.

Preparé el café con manos temblorosas, encendí el Mac y me senté, pero no soportaba leer otra vez el texto del correo, lo repasé a toda prisa y lo envié con errores para acabar de una vez.

Estaba enviado. Podía leerse. Había entrado ya en el campo de batalla. Me habría gustado quedarme en el bosque blanco y silencioso, donde me sentía más inalcanzable que en el coche, que en la autovía, pero sobre todo más que en casa, a cinco metros de la cual pasaba el autobús, tan cerca que los pasajeros, los que transitaban por la acera y los vecinos podían saber si me encontraba en casa, si había luz en las ventanas, si el coche estaba aparcado en la entrada de coches, si la perra estaba atada a su larga cuerda tendida entre dos puntos, si salían ruidos de la casa, y en el invierno, cuando había nieve, si se veían huellas de pisadas en ella. Podía dejar de coger el teléfono, dejar de leer los correos, podía esconderme debajo del edredón y hacer como que estaba muy lejos, pero si alguien se presentaba en mi domicilio y veía las pisadas en la nieve, sabría que estaba allí, que me encontraba dentro. Tal vez alguien llegara, llamara al timbre, golpeará la puerta, rodeara la casa hasta la puerta de la terraza y diera fuertes golpes gritando mi nombre enfurecida e imperativamente: ¡Bergljot!

Me habría gustado quedarme en casa de Lars en el lejano bosque, ojalá no hubiera tenido que estropear la superficie de la nieve tan decorosamente redondeada con mis huellas nerviosas, pero el manuscrito que tenía que redactar estaba en casa, no me quedaba más remedio que volver.

El correo estaba enviado, podía leerse, tal vez se estuviera leyendo justo en ese momento. Escribía lo que sentía, no era eso, ¿qué era entonces?

Limpié la casa y recogí mis cosas, temiendo que sonara el teléfono. Me senté en el coche alterada y nerviosa, ¿por qué?, ¿por qué? Por lo que ocurriría enseguida. Diez minutos después, cuando iba por la autovía a cien kilómetros por hora, oí que llegaba un correo electrónico a mi teléfono, que estaba en el asiento de al lado, seguro que se trataba de una acción bélica. No me arriesgué a leerlo mientras conducía, pero no podía esperar a ver lo que decía Astrid, busqué una salida, pero no había ninguna, qué decía, qué contestaba, entonces vi el anuncio de una gasolinera Statoil a un kilómetro, aumenté la velocidad hasta ciento veinte y me salí, detuve el coche, me temblaba la mano y no me acordaba de la clave, ¿cuál coño era la clave? ¿Qué decía Astrid?

Decía que había visto que le había enviado un correo sobre la situación. Ella también había escrito unos comentarios sobre la misma. Los enviaría enseguida, antes de leer el correo que yo le había enviado. Tenía la sensación, decía, de que su exposición del caso era una relación de muchos hechos del mismo. Lamentaba no haberlo enviado antes, pero había estado de viaje. También se lo enviaría esa misma tarde a Bård, ahora tenía una reunión. Leería mi correo en cuanto acabara.

Llamé a Klara aturdida. Tenía la misma sensación que tenía a veces con Astrid, que yo hacía estallar una bomba, mientras ella reaccionaba como si yo hubiera dicho ¡bu! Era como si la amenazara con un hacha y ella reaccionara como si se tratara de un cuchillo de plástico. No me tenía ni pizca de miedo, no me tenía respeto o no me tomaba en serio. Astrid quiere ser la que establezca el orden del día, dijo Klara. Quiere que la discusión trate de lo que ella escribe, no de lo que escribes tú.

Conduje hasta casa y me metí por la entrada de coches cubierta de nieve, dejando claro que ya estaba allí. No abrí el correo de Astrid, quería borrarlo sin leerlo, como hacía ella con los míos. Pero quizá me mentía, seguramente me mentía, también yo podía mentirle.

Hola, decía, lamentaba entrar tarde en el juego, pero había estado de viaje. Como hasta entonces no había dicho nada, se sentaba ya a escribir. Le parecía importante que nos escucháramos los unos a los otros, razón por la que quería expresar su opinión.

El asunto había tomado un rumbo muy desagradable, decía, estaba muy enfadada y muy triste. Tal como ella lo veía, la causa principal había sido una tasación demasiado baja, pero luego los malentendidos y recelos habían dado lugar a acusaciones y reacciones emocionales y todo se había ido complicando cada vez más. Para encontrar una solución deberíamos volver al punto de partida: la tasación de las casas de la playa. Pero antes de hacer sugerencias concretas, quería comentar algunas de las declaraciones de Bård sobre nuestros padres.

Astrid decía que no estaba de acuerdo en que nuestros padres fueran injustos y no quisieran hacer un reparto equitativo. Al contrario, estaba convencida de que así es como querían hacerlo. Ella había pasado mucho tiempo con ellos los últimos años y lo comentaban a menudo. También constaba en el testamento. Decían que estaban satisfechos de poder dejar una herencia a sus hijos. De manera que Astrid opinaba que deberíamos estar agradecidos y ser conscientes de nuestra suerte. Por eso se indignaba ante tanta rabia y agresividad hacia nuestros padres. Nadie es perfecto, decía, todo el mundo puede equivocarse, seguro que ellos también. Ella se había equivocado algunas veces en su vida, escribía, y seguro que nosotros también. Le daba mucha pena ver que nuestros padres estaban deprimidos porque nos estábamos peleando por un patrimonio que nosotros no habíamos conseguido, sino que era el fruto de su trabajo de toda una vida.

Una justicia matemática resultaba fácil cuando se trataba de dinero, decía, pero era más complicado tratándose de casas en la playa. No obstante, la gente solucionaba casos como este, lo

normal era buscar un precio justo de mercado y luego compensar con dinero a los que no heredaran las casas. El que nuestros padres hubiesen decidido que ella y Åsa heredaran las casas no significaba que fuera una injusticia, siempre y cuando Bård y yo recibiéramos una compensación proporcional. El reto era encontrar el precio justo de mercado. Era probable que la primera tasación fuera demasiado baja, aunque hubiera sido realizada por un tasador autorizado. Visto *a posteriori* era desafortunado que no se hubieran pedido dos tasaciones, ya que la que se hizo levantó sospechas sobre los motivos de nuestros padres y acusaciones de injusticia.

Ella podía entender el punto de vista de Bård de que él y yo habíamos resultado desfavorecidos, decía, no obstante, pensaba que debíamos intentar comprender la decisión de nuestros padres, que, en su opinión, era bastante lógica. No era más que una continuación de la realidad de las casas de la playa, tal y como había sido los últimos doce o trece años, y con la que nuestros padres se sentían muy a gusto. Este era un punto muy importante, escribía. Åsa y ella habían pasado mucho tiempo en Hvaler con nuestros padres los últimos años, algo que todos habían apreciado de corazón. Ahora, al quedarse Åsa y ella con las casas, esa situación se prolongaría y nuestros padres podrían pasar en Hvaler los veranos futuros. Si ese era su deseo y se trataba de sus casas, Astrid opinaba que debíamos respetarlo. No resultaba ni sorprendente ni desproporcionado que Åsa y ella heredaran las casas y nosotros fuéramos compensados con dinero, sino el resultado de cómo habían evolucionado nuestras vidas. Hacía muchos años, cuando los hermanos empezamos a disponer de la casa vieja, llegamos a un acuerdo sobre el uso y el pago de los gastos fijos. Pero hace unos trece años Bård dejó de ir, y las hermanas nos quedamos con el uso y la responsabilidad económica. Luego Bergljot dejó de ir a la casa vieja, aunque iba alguna vez a la de nuestros padres, y sus hijos a la vieja. A partir de entonces Åsa y ella se habían ocupado de los gastos y del mantenimiento, y durante los últimos años Åsa y su familia solían ir a la casa nueva, solos o con nuestros padres, ocupándose de buena parte del mantenimiento. Ella había pagado los gastos y se había responsabilizado de la casa vieja. Ebba y Tale con su familia habían pasado en la casa vieja una o dos semanas en verano, escribía, pero no era verdad, exageraba, y Søren había ido allí por motivos de trabajo, lo que a todo el mundo le había parecido muy bien. Y si a los hijos de Bård les apetecía ir a las casas, también les parecería muy bien.

Decía que se podía entender que algunos opinaran que nuestros padres deberían haber esperado con el traspaso de las casas, pero ella entendía su decisión, porque las casas eran viejas, había que ocuparse del mantenimiento y de pagar las facturas. Al fin y al cabo, nuestros padres habían cumplido ya ochenta y ochenta y cinco años. Como además tenían la casa de Bråteveien, era demasiado para ellos. También para ella y Åsa estaría bien aclarar el tema de la propiedad, por ejemplo en relación con los gastos del mantenimiento y cosas por el estilo. Y para nuestros padres era bueno saber que las casas no se iban a vender, sino que podrían seguir disfrutando de ellas. Se trataba de sentimientos humanos, escribía. De la misma manera que nosotros nos ocupábamos de nuestros sentimientos en este asunto, también deberíamos respetar los sentimientos de nuestros padres. Se trataba al fin y al cabo de un patrimonio creado por ellos y sobre el que tenían pleno

derecho a decidir, repitió. Tal vez podrían haberse comunicado mejor y conseguido dos tasaciones, pero esto no tenía nada que ver con la injusticia.

Opinaba que ahora se trataba de conseguir dos tasaciones de dos tasadores. Para nuestra información, el nuevo tasador había subido el valor de las dos casas. Con cuatro nuevas tasaciones sería lo más cerca que podríamos llegar a un precio real de mercado. Y entonces su herencia y la de Åsa podrían reducirse proporcionalmente. Podíamos participar en el proceso si queríamos, decía, y si los cuatro hermanos llegábamos a un acuerdo sobre el mismo y proponíamos a nuestros padres que se basaran en las nuevas tasaciones, ellos habían dicho que lo harían. Así el asunto quedaría zanjado. Astrid opinaba que era muy importante que este conflicto se solucionara. Además de ser un problema para nuestros padres y para nosotros, los hermanos, también podía perjudicar a nuestros hijos. Sus hijos apreciaban mucho a sus primos, decía, y habían expresado su deseo de verlos más, de reunirse con ellos más a menudo. Todos nuestros hijos tenían mucho que perder si se dificultaba el contacto entre ellos por nuestra culpa. Sabía que nuestros padres temían perder el contacto con Mari y Siri.

Jens y ella habían dicho a sus hijos que los desacuerdos entre nosotros en este asunto no tenían nada que ver con ellos, y que no debía afectar a la buena relación que por lo demás existía entre los primos.

Aunque no todos quedáramos satisfechos al cien por cien, terminaba diciendo, esperaba que ahora pudiéramos contribuir a zanjar el conflicto. Como ya había dicho, Åsa y ella contactarían inmediatamente con un tasador en Fredrikstad. Saludos, Astrid.

No se mencionaba «el elefante en la habitación», la razón por la que yo había dejado de ir a Hvaler y a Bråteveien, así que era como si yo no existiera, como si mi historia no existiera.

¿Opinas, entonces, que tu historia debe mezclarse con el caso de la herencia, me pregunté a mí misma, con el conflicto de las casas de Hvaler?

Sí, contesté, no muy convencida.

Todo está relacionado con todo. Ninguna frase es inocente para el que anda con los oídos aguzados con el fin de entender.

Una hora después de recibir el correo de Astrid, me llegó también un SMS suyo.

Entretanto, habría leído mi correo y comprendido que no todo era tan sencillo como ella se imaginaba en su exposición del caso. Por casualidad se encontraba cerca de mi casa, decía, y le gustaría pasar a verme.

Pero yo no quería verla a ella, no quería que me sermoneara, no quería que me embaucara con su conciliador lenguaje de terapeuta, ahora que por fin me había atrevido a poner nombre a lo que sentía. Le contesté que no estaba en casa, que estaba en el bosque, en casa de Lars. Apagué el teléfono, cerré el Mac, me metí en la cama con tapones en los oídos y la cabeza debajo del edredón para no oírla si a pesar de todo se acercaba, veía en la nieve mis reveladoras huellas y las de la perra y averiguaba que me encontraba en casa, para no oírla si llamaba a ventanas y puertas, y pedí a Dios que se pusiera a nevar para que nuestras huellas se borrarán.

El último día que Klara vio a su padre, él la llevó al colegio en coche. Klara iba a primero. Su madre le había dejado una gran manzana verde junto al bocadillo, por aquel entonces las grandes manzanas verdes eran una rareza. Estaba deseando llevársela al colegio, tenerla en el pupitre, comérsela.

A punto de bajarse del coche, cuando su padre ya había aparcado delante del colegio e iba a decirle adiós, él le preguntó si podía quedarse con la manzana. Klara se sintió confusa, le daba pena, pero accedió a que su padre se quedara con la manzana. Imagínate si no lo hubiera hecho.



Me quedé debajo del edredón hasta que la oscuridad era densa, hasta que el mundo estaba silencioso, los autobuses habían dejado de circular y las luces se habían apagado en las ventanas de los vecinos, hasta esa hora menos angustiosa del día en que todo el mundo dormía, también los defensores de los derechos humanos. Encendí la chimenea y bebí para tranquilizarme, volví a leer el correo de Astrid que decía que Tale había pasado dos semanas en Hvaler los veranos, pero Tale solo había estado dos días dos veranos, tuvo que ponerse pesada para pasar dos días dos veranos, porque a Astrid le resultaba difícil encontrar días en que la casa estuviera libre, hacía tiempo que había planificado el verano como si ella fuera la dueña y señora y dispusiera de la casa para ella sola. A Tale le daba la impresión de que a Astrid le parecía pesada y no estuvo a gusto en Hvaler, Astrid no se encontraba allí, y mis padres estaban histéricos.

Y ahora esta postura de maestra de escuela, Astrid queriendo explicarnos en qué consistía el conflicto, como si ella no formara parte del mismo.

Y luego ese papel de negociadora de paz, pidiéndonos indirectamente y de esa manera suya tan suave que nos esforzáramos y nos mostráramos agradecidos. Aunque no todos quedáramos satisfechos al cien por cien, ella tenía la esperanza de que haríamos todo lo posible para zanjar el conflicto, decía, eso decía ella, que tenía razones de sobra para estar satisfecha.

Pero lo peor era lo de las equivocaciones. Que todo el mundo puede equivocarse. Que seguro que nuestros padres también se habían equivocado a veces. Que ella misma se había equivocado. Tan magnánima era, tan llena de introspección estaba Astrid que era capaz de admitir que se había equivocado, al contrario que otros, Bård y yo, que de esta manera, admitiendo su falibilidad, se convertía en la más intachable de todos nosotros. Si hacíamos una introspección y reflexionábamos, decía indirectamente, veríamos que nos habíamos equivocado y entonces se suponía que también podríamos perdonar alguna equivocación cometida por nuestros padres. Nos invitaba a hacer un examen de conciencia y asumía el papel de pedagoga, el papel de adulta en relación con nosotros, sus hermanos mayores, como si fuéramos unos rebeldes y temerarios niños en manos de nuestros sentimientos, a los que había que enseñar civismo y psicología. Seguí bebiendo, me fui exaltando, me dejé llevar voluntariamente por mis sentimientos, no podía dejar de escribir y no quería dejar de escribir, todo el mundo puede equivocarse, qué coño, escribí, estaba cabreada y muy lúcida y envié el correo la noche del catorce de diciembre, a las doce y diez, aunque algo dentro de mí decía que no debía hacerlo.

Dices que todo el mundo puede equivocarse, escribí, que tú misma te has equivocado a veces, que supones que todos nos hemos equivocado alguna vez, etcétera, en un tono tan políticamente correcto que no te compromete a nada, quitando así importancia a aquello de lo que yo he sido víctima. ¿O no te has dado cuenta después de todos estos años? ¿No te lo has tomado en serio? Obviamente no. Y lo siento como una agresión. ¿Así es como acoges a las víctimas de violación

de los derechos humanos? ¿Todo el mundo puede equivocarse?

Golpeaba el teclado, enfurecida. Cuando yo tenía cinco años, tú algo más de dos y Åsa acababa de nacer, mamá se fue con vosotras a visitar a los abuelos en Volda, para tener algo de respiro y ayuda, y papá se quedó solo con Bård y conmigo en Skaus vei, veintidós. Entonces ocurrieron cosas no del todo buenas en la primera planta. Papá estaba muchas veces borracho, Bård tenía seis años y supongo que no entendería gran cosa, solo que algo iba muy mal. ¿Quieres detalles?

Se lo envié a Astrid, con copia a Bård y a Åsa, y por supuesto no recibí contestación, estaban dormidos, y todos somos niños cuando dormimos, pero es una mentira y un eufemismo decir que no hay guerra dentro de nosotros, porque estamos en guerra cuando dormimos, esa es la regla más que la excepción, por eso me resistía a dormirme, bebía y leía mi texto una y otra vez, leí y bebí hasta quedarme dormida. A la mañana siguiente me desperté tarde, el reloj marcaba las cinco, pero eso no podía ser, había luz. Fui hasta el Mac, marcaba las doce y diez, el reloj se me había parado, sería la pila. No había llegado ningún correo ni de Åsa ni de Astrid, tampoco los esperaba, al menos no de Åsa, qué iba a contestar, yo nunca le había escrito así. Si había oído la historia, y tenía que haberla oído por nuestro padre o por nuestra madre, que habrían tenido que explicar mi alejamiento, sería su versión la que había oído, yo tenía mis sospechas de cómo sería, suponía que estaría relacionada con la enorme imaginación que tenía desde niña, que me gustaba inventarme cosas y que además quería tener a alguien a quien echar la culpa de mi miseria, mis sobreactuaciones, mi divorcio, o sería algo que había sembrado en mí un terapeuta, las posibilidades eran diversas. Quizá había borrado el correo sin leerlo, por consejo de Astrid, que seguro que lo había borrado sin leerlo. Astrid estaba esperando una disculpa, pero esta vez no llegaría, porque me sentía furiosa también por la mañana, incluso con resaca. No, yo no quería que Astrid rompiera con nuestros padres, a mí me venía bien que ella se ocupara de ellos, me liberaba, si Åsa y Astrid no se hubiesen ocupado de ellos, una ruptura habría resultado mucho más difícil, mi sentimiento de culpa habría sido mayor, ya era bastante grande de antes, pero me molestaba que Astrid jamás estuviera dispuesta a creer que lo que yo contaba pudiera ser real, y por ello grave, que escribiera que nuestros padres podían equivocarse como otras personas. Ese era el error, el error de Astrid. Declararse neutral, pero no serlo en realidad, porque tener buenas palabras para todo el mundo no es ser neutral si una parte ha hecho daño a la otra, pero eso ella no lo tenía en cuenta o no lo creía. No parecía entenderlo o querer admitir que existían conflictos que no se podían resolver de la manera que ella hubiese deseado, que existen divergencias que no se dejan borrar, minimizar o rechazar, sobre las que hay que elegir.

Klara necesitaba cambiar de aires. Anton Vindskev tenía una solución. Klara conoció a Anton Vindskev en el Renna. Anton Vindskev pidió una brocheta de cordero, pero no quedaban más brochetas de cordero y la chica de Anton Vindskev se cabreó y exigió que se le sirviera una brocheta de cordero a Anton Vindskev, porque era el poeta más grande de Noruega. Klara no lo creía. ¿Entonces quién es en tu opinión el mejor poeta de Noruega?, preguntó él. Stein Mehren, contestó Klara, Jan Erik Vold, añadió, al menos tú no. Así se hizo Klara amiga de Anton Vindskev. Él se mudó a Copenhague porque en Copenhague escribía buenos poemas. Cuando Klara supo que su padre se había suicidado y tocó fondo y necesitaba cambiar de aires, Anton se ofreció a alquilarle una habitación en su piso en Copenhague. Klara se fue a Copenhague para respirar nuevos aires.

Yo me divorcié de mi buen y honrado marido. Me mudé de la casa grande y despejada a una casa más pequeña, cargué mesas, sillas y platos, la mitad de los enseres de una casa en mi coche, y lo llevé todo de la casa grande a una más pequeña. Lo estaba pasando mal. Perdí a mi marido bueno y honrado y antes de eso había perdido a mi gran pasión, el catedrático casado, sufría de la pérdida de dos hombres, pero sabía que estaba haciendo lo correcto, que era el primer paso hacia un lugar inevitable. Tuve que hacerlo, cargar mesas y sillas, cargué sin parar, con la certeza de que era lo correcto, aunque no supiera explicar esa certeza a nadie, ni siquiera a mí misma, o, mejor dicho, sobre todo no a mí misma. Perdí, fue por mi culpa, ¿quería perder? ¿Por qué? Fue culpa mía que los niños perdieran sus cimientos. Mi madre me había pedido que no me divorciara, me había rogado encarecidamente que pensara en los niños, en mis pobres niños, pero me divorcié.

Klara estaba en Copenhague. Yo me había divorciado, yo misma lo había elegido, allá yo.

El hombre casado tenía ya una nueva amante, no se lo podía reprochar. Mi exmarido tenía ya una nueva novia, otra mujer con quien ser bueno, no se lo podía reprochar. Tenía que soportar la situación, yo la había elegido. No me quejaba a la familia, ellos me habían prevenido, me habían pedido que pensara en los niños y yo había pensado en los niños, pero no como la familia quería que pensara en ellos, me divorcié. Mi padre me ayudó a reformar el baño de mi nuevo hogar, a veces, cuando llegaba en mi coche a mi nuevo hogar y veía aparcado fuera el coche de mi padre, sentía angustia. Mi padre no podía tener llave de mi nueva casa, no podía ser, mi padre podía ir y venir y estar allí de repente, no podía ser, me angustiaba que él de repente estuviera allí, que llegara sin previo aviso, ¿en medio de la noche? No me atrevía a decírselo, pero tuve que decírselo, que no podía tener llave, esperaba que el baño estuviera pronto acabado, no me atrevía a pedirle que me devolviera la llave, pero mientras él la tuviera, podría aparecer allí de repente, en mi nuevo hogar.

Andaba como fuera de mí de miedo por la pérdida, había niebla y confusión, lavaba ropa. Esa ropa para lavar en la que antes tenía la sensación de ahogarme, algo que odiaba, algo que había

vivido como lo más aburrido, lo más agotador en aquellos tiempos en que la existencia era normal, es decir, entumecida, tener que lavar toda esa ropa que no tenía fin. Todo lo que había en la cesta repleta de ropa sucia, enormes sábanas y fundas de edredón, manteles y a veces cortinas, montones de bragas, medias y paños de cocina sucios, toda esa ropa para lavar que maldecía cuando mi vida cotidiana era sencilla y sin dramatismos. Si no fuera por esos enormes montones de ropa sucia, pensaba por aquel entonces, estaría más contenta, podría leer los libros que debía leer y más deseaba leer, pero en lugar de leer tenía que poner una lavadora, y cuando había terminado tenía que tender las incómodas sábanas, y cuando llovía o era invierno tenía que colocarlas sobre puertas y sillas, porque el tendedero era demasiado pequeño y ya estaba lleno de medias, bragas, camisas, camisetas, maldecía la ropa para lavar. Pero ahora, cuando el mundo se había derrumbado, cuando me encontraba en medio de la caída y la pérdida, la ropa para lavar era lo que me mantenía en pie, todo el tiempo que se tardaba en lavar la ropa y tenderla para que se secara, y, cuando por fin estaba seca, doblarla, meterla en los armarios cuando los niños ya se habían dormido por la noche, y luego dormirme porque la ropa estaba lavada, seca, doblada y colocada en los armarios, sobrevivo gracias a la ropa para lavar, pensaba.

Lavaba la ropa, fregaba la casa, escribía mi tesina sobre el teatro alemán moderno y reseñas de teatro para pequeños periódicos, escribía también una obra de teatro de un acto, intentaba llevar una vida normal, parecer normal, reprimir esa vertiginosa sensación de estar cayendo. Un luminoso domingo del mes de mayo por la mañana, mientras los niños jugaban en el jardín, me sobrevino un indescriptible dolor total. No estaba localizado en una determinada parte del cuerpo, era físico, no psíquico, no me podía mover ni estar de pie ni hablar, solo podía estar tumbada en la cama, encogida. Duró tres horas, luego se pasó y lentamente volví a ser yo misma de nuevo, solo que muy entumecida. Tres días después, un soleado miércoles del mes de mayo, mientras los niños estaban en el colegio, volvió a suceder, me sobrevino de nuevo, un ataque de tres horas de dolor total. Y el viernes, y el martes de la siguiente semana. Cuando había ocurrido por quinta vez, una vez recuperada consulté mi diario, en el que había anotado las horas de los ataques, para ver lo que había estado haciendo durante las horas previas. Había estado escribiendo esa obra en un acto. ¿Qué había escrito? Abrí el Mac, leí y allí lo ponía, escondido entre las demás palabras, me quedé de una pieza, me derrumbé, me convertí de repente en otra, en otra para siempre, en otra diferente a la que era antes de aquello, de la vivencia de la verdad. Llevaba una vida caracterizada por rutinas, sostenida por rutinas, entonces ocurrió, un encuentro brutal con la verdad que me resquebrajó la existencia.

No era capaz de soportar el dolor que entonces me sobrevino, no era capaz de cargar con el descubrimiento, el terrible reconocimiento, no podía manejarlo sola, pero tampoco podía hablar de ello. Leí el último poema de dolor de Gunnar Ekelöf, leí los poemas límite de Gunvor Hofmo, que siempre solían aliviar, no aliviaban, recé a Dios, él no contestó, quería entregarme a él, en quien no creía, en cualquier cosa que me ayudara, necesitaba ayuda, ¡necesito ayuda!, subía el

ruego del fondo de mi ser. Me quedé levantada toda la noche y escribí cartas de súplica a los psicoanalistas del país. Había leído mucha psicología en un intento de entenderme y curarme a mí misma, conocía a Freud, naturalmente, había leído a Freud, había leído a Jung, conocía a un par de psicólogos de mi edad a los que no se me ocurriría dirigirme, ya que, en mi opinión, no eran más sabios que yo. Sabía que si me abría en confianza a otra persona, tenía que ser a un psicoanalista.

No hablé a nadie de las cartas, me olvidé de ellas porque los niños iban al colegio y había que hacerles bocadillos, prepararles lazos para el Diecisiete de Mayo, comprarles nuevas botas de fútbol, llevarlos a natación y al entrenamiento de baloncesto, lavar la ropa, comprar, hacer la comida, acostarlos y todo marchaba más o menos. Entonces, un jueves por la tarde, a principios de junio, llamó un hombre justo cuando estaba a punto de llevar a Søren al entrenamiento de fútbol, el hombre dijo que había recibido una carta mía, yo no sabía a qué se refería. Entonces me acordé, llegó el dolor y me desplomé en el suelo, incapaz de hablar, noté que él lo oyó, comprendió que yo había reprimido mi carta, que estaba hablando con una persona muy experta en represión. Me invitó a hablar, y cuando me encontré en su despacho delante de él, temblando de sentimiento de culpa y vergüenza, dijo con cara seria que había entendido mi carta como un grito pidiendo ayuda. Lo comprendió. Se lo tomó en serio.

Me mandaron al hospital central para que me hicieran unas extrañas pruebas, y al final la persona que me las hizo dijo que un análisis podría cambiar mi vida, que con ello me arriesgaba a romper lazos y relaciones, entendí que me estaba advirtiendo, pero todo estaba roto ya de antes, no había nada más que perder. Dos días después supe que me habían autorizado un tratamiento psicoanalítico por cuenta del Estado cuatro veces a la semana el tiempo que hiciera falta.

La situación era nueva. Mi estado de infelicidad desesperada era el mismo, pero se había dado un paso dirigido a un cambio.

Cuatro días por semana me tumbaba en el diván sin ver a mi oyente, sin saber si oía lo que yo decía. No podía buscar reacciones en su cara o en su cuerpo, señales de reconocimiento, comprensión, asombro, compasión, de nada servía gesticular, sonreír, bajar la vista, hacerme la atractiva, añadir gestos o ademanes, solo estaban las palabras, además de mi voz que las pronunciaba, razón por la que a menudo se quedaban colgando en el aire y yo podía oír lo que estaba diciendo, oír cómo mentía. Mi primera frase en el diván fue: Éramos cuatro hermanos, yo era la hija favorita.

En el instante en el que la acababa de pronunciar, en el embarazoso silencio que siguió, porque no recibí ninguna reacción, un rayo atravesó mi cuerpo de los pies a la cabeza. Las palabras con las que tan a menudo había iniciado el cuento de mí misma me delataban en toda su mentira. ¡No era verdad, era al revés! Pero hasta ahora no había entendido ese hecho de repente tan obvio. ¿Cómo podía imaginarme algo así? ¿El resto de mi historia era igual de falsa?

Cuatro veces por semana. Antes de llegar a la consulta pensaba en lo que iba a decir cuando llegara, cuando me marchaba de allí pensaba en lo que había dicho antes de empezar a pensar en

qué diría la siguiente vez, me encontraba incesantemente en lo doloroso, lo vergonzoso que no se podía deshacer, pero con lo que yo no podía vivir sin que fuese tratado.

Cuando era pequeña pasaba mucho tiempo sola con mi padre, íbamos a la tienda de golosinas, y él me compraba golosinas. No recuerdo mucho de lo que ocurría antes y después de que fuéramos allí, pero recuerdo bien las visitas a la tienda, me gustaba mucho ser la única a la que mi padre compraba golosinas. Una vez estando allí con él, entró el chico que me gustaba, los chicos empezaron a gustarme pronto, los chicos me interesaban algo fuera de lo común, cuando él entró me sonrojé y me sentí profundamente avergonzada de que me viera en la tienda de golosinas sola con mi padre.

Ya de mayor estaba pocas veces a solas con mi padre, pero sí podía ocurrir que él y yo estuviéramos solos en Bråteveien, y entonces había entre nosotros una especie de tensión. En una de esas ocasiones mi padre me contó un sueño que había tenido. A mi padre le interesaban los sueños, le interesaba Jung. Había soñado que una mujer alcohólica vestida con una bata vieja se paseaba por las habitaciones de Bråteveien, había sido una visión espantosa, una pesadilla. Pensé al instante: ¿No es curioso que sea conmigo con quien ha soñado, con mi futuro yo, que aterraba a mi padre? A mi padre le interesaban Jung y los sueños, sabía que no se podían controlar.

Quince de diciembre. El reloj se había parado a las cinco, aunque eran las doce menos diez. Miré la bandeja de entrada, no había llegado ningún correo. No soportaba la idea de quedarme en casa mirando continuamente el correo, me abrigué bien, metí el artículo sobre Elfriede Jelinek en el bolso y anduve los siete kilómetros que había hasta el relojero para comprar una nueva pila para el reloj. Me metí en el café de la estación de ferrocarril y me tomé un café mientras leía el artículo con un bolígrafo en la mano, sin el Mac, para no estar mirando todo el tiempo el correo. Miré el teléfono y vi que ya había recibido respuesta de Bård, decía que escucharía con mucho gusto mi historia. Le contesté que la oíría cuando llegara el momento. Yo no quería contar mi historia, quería que la conociera, pero no tener que contarla, porque era repugnante y me ponía mala al hacerlo. Miré el correo en el teléfono, a las dos menos diez Bård había contestado al correo de Astrid del día anterior y me había puesto en copia. Dejé el artículo sobre Elfriede Jelinek, de todos modos me resultaba imposible concentrarme.

Bård empezaba diciendo que si nuestros padres querían tratarnos a todos por igual, no era necesario que hicieran testamento, porque del trato justo se ocupaba la ley de sucesión.

Citaba ejemplos que yo desconocía después de llevar tantos años alejada de la familia, mientras que Bård había estado atento en las clases. Se trataba de traspasos de pisos y ayudas económicas de distinta índole, casos que había mencionado varias veces a nuestro padre, quien le había dicho que todo se iba anotando y se tendría en cuenta con los correspondientes cálculos de intereses en un futuro reparto de bienes, pero ahora resultaba que todo era una mentira para que Bård se tranquilizara pensando que era cuestión de un trato diferenciado provisional y se quedara sentado en la barca sin moverse, decía, empleando la expresión de Klara.

Decía que si Astrid había soportado gastos relacionados con la casa de Hvaler no era nada raro, teniendo en cuenta que siempre había dispuesto de ella. Decía también que nuestros padres acababan de conectar las casas al agua y alcantarillado públicos, y que las habían traspasado cuando ese gran gasto ya se había realizado, que nuestro padre había pagado el impuesto de transmisiones patrimoniales y que la nueva tasación era un cuarenta por ciento más alta que la primera, ¿qué se le encargó, entonces, al primer tasador? ¿Que hiciera una tasación lo más baja posible para que la casa fuera traspasada a Astrid al precio más bajo posible a costa de Bergljot, ahí salía mi nombre otra vez, y él?

En cuanto a nuestros hijos, decía al final, eran adultos y no necesitaban que se les explicara la naturaleza del conflicto, ya se habían formado su propia opinión.

Solo una hora después, a las tres menos diez, Astrid contestó, yo estaba en el café de la estación con pila nueva en el reloj. Decía que Bård la había malinterpretado, él le contestó enseguida que no la había malinterpretado, mantuvieron una acalorada discusión sobre unos asuntos económicos y prácticos que yo desconocía. A mí Astrid me escribió diciendo que claro que me tomaba en



serio, que me había tomado siempre en serio, así que no había borrado mi correo sin leerlo, eso estaba bien, aunque seguramente era porque se lo había enviado a más personas aparte de ella. Quería que nos viéramos en persona, me lo había pedido ya el día anterior, si podíamos vernos en persona, ella vendría gustosamente a mi casa.

Era una iniciativa loable, pero yo no tenía ganas, todo dentro de mí se rebelaba. Porque de aquello no saldría nada, nunca había salido nada bueno de esos encuentros, siempre era yo la que tenía que oír y entender cuánto sufrían los demás, lo mal que se sentían nuestros padres por mi culpa, ya conocía el lenguaje de mi hermana, solía dejarme triste y fuera de mí. Astrid actuaba con buenas intenciones, pero para mí no eran buenas intenciones. Actuaba de buena fe, yo no pensaba que no, tendría las mejores intenciones, buscaba la reconciliación y la colaboración, pero hay antagonismos que no se pueden neutralizar, a veces es uno de dos.

La segunda vez que vi a Bo Schjerven fue en el mostrador de facturación del aeropuerto. Bo Schjerven y yo íbamos a Eslovaquia a hablar a las recién creadas organizaciones de escritores sobre el modelo noruego, Bo en calidad de enviado de la Asociación Noruega de Escritores, yo del Foro Noruego de Revistas, para cuya directiva había sido elegida a sugerencia de Klara, que era suplente de la comisión electoral, lo último que hizo antes de mudarse a Copenhague. La invitación a Eslovaquia surgió en mi primera reunión de la directiva, no había nadie que pudiera ir, yo iría con gusto, quería poner tierra de por medio.

En los siete meses que habían transcurrido desde que me encontré con Bo Schjerven en el vestíbulo del Teatro Noruego, mi vida había cambiado por completo. Me había ido a vivir por mi cuenta, tenía la custodia compartida de los niños, había tenido mi espantoso momento de toma de conciencia, me había enfrentado a mis padres y perdido a mi familia más cercana, había empezado a ir a psicoanálisis. Fui directamente al aeropuerto desde la consulta del psicoanalista, inquieta y alterada, facturé el equipaje con Bo Schjerven, y en el café de la sala de salidas se lo conté todo y Bo lo escuchó.

Me sentía profundamente infeliz y fuera de mí, conmocionada y dolida, pero había empezado a analizarme, había dado un paso dirigido a un cambio, había iniciado un proceso que estaba lleno de dolor y peligro. Conseguí levantarme, ducharme, vestirme, cepillarme los dientes y hacer la maleta, me acordé del pasaporte y del dinero, era increíble, era como con la ropa para lavar. Conseguí facturar el equipaje con Bo Schjerven y sentarme con él en el avión rumbo a Eslovaquia, el avión era blanco. Las nubes eran blancas y el cielo por encima de las nubes era blanco azulado, bebimos vino blanco y nos volvimos ligeros, casi transparentes como el aire. Aterrizamos y un autobús blanco nos recogió y nos llevó a un palacio blanco dentro de un parque, rodeado de cerezos en flor. La habitación era blanca, la cama blanca, la mañana blanca y el pan y las noches blancos, los poetas eslovacos estaban blanquecinos, ¿cómo les iría? ¿Cómo nos iría a todos? Bebíamos aguardiente a secas y estábamos tumbados despiertos en la hierba blanca de hojas de cerezos mientras los poetas eslovacos recitaban poemas incomprensibles, sin duda blancos, Bo bailaba bajo los árboles, Bo se había convertido en un ángel, completamente blanco. Cuando nos despertábamos, ya avanzada la mañana, había queso blanco, leche y pan blanco sobre el mantel blanco en el gran comedor pintado de blanco, empapado de luz. Resultaba posible encontrarse en dos estados de ánimo a la vez. Sentirme profundamente infeliz, conmocionada y agitada en el fondo de mi ser y sin embargo vivir momentos de felicidad, quizá con más intensidad debido a la infelicidad fundamental, y no solo por momentos, sino durante horas o, como en Eslovaquia, durante dos días y dos noches seguidos.

Miércoles, dieciséis de diciembre, por la mañana. La nieve se había derretido, de nuevo había oscuridad y lluvia, aguanieve, todo se veía gris, yo estaba sentada con mi café redactando el artículo sobre Elfriede Jelinek, mientras pensaba que tenía que contestar a Astrid. Porque al fin y al cabo ella me estaba tendiendo una mano, ella misma sentía que me tendía una mano y no podía saber cómo era interpretada por mí esa mano tendida, más autoritaria que abierta, sería injusto por mi parte no explicar cómo lo vivía. Abandoné el artículo sobre Elfriede Jelinek y escribí a Astrid diciéndole que podíamos hablar y estar en contacto, pero que resultaba difícil cuando ella no hacía caso a lo que para mí era lo más importante y ella nunca comentaba o mencionaba, lo que había quedado muy claro en situaciones como la que ahora había surgido. Yo no pretendía, escribí, que ella eligiera entre nuestros padres o yo, su relación con ellos siempre había sido distinta a la mía, su infancia había sido distinta a la mía. Pero yo no podía fingir que lo que le había contado no existía, aunque a ella le resultara incómodo o imposible tomar una postura ante ello. Ese era su reto, escribí. Si quería tener relación conmigo, mi historia, la que yo le había contado, tendría que existir como una condición para esa relación.

Podíamos volver a hablar, concluí, cuando hubiese acabado todo ese lío de las casas de la playa, pero entonces lo que había dicho sería una condición. Feliz Navidad y próspero año nuevo.

Pensaba que me había expresado con tanta claridad que podía albergar la esperanza de unas pacíficas Navidades. Le leí el texto a Klara, que, como de costumbre, opinaba que era demasiado suave, pero me pidió que lo mandara para que me quedara tranquila. Lo envié mientras seguía al teléfono con ella, oí que alguien llamaba, pero estaba hablando con Klara, cuando colgué vi que era Astrid y me alegré de no haber podido cogerlo y en su lugar haberle enviado un correo del que me hacía responsable.

Entonces llamó mi hijo, Søren. Astrid lo había llamado, porque nuestro padre se había caído por la escalera de Bråteveien y estaba en la UCI en el hospital de Ullevål.

¿Papá?, dijo Klara por la noche en Copenhague, pero él no contestaba. ¡Papá!, exclamó Klara con voz acusadora a la oscuridad de la noche, pero él no oía. Si no lo hubieras hecho, ¿qué tal me habría ido a mí? Seguro que mucho mejor, se quejó Klara antes de pedir perdón. Perdóname, papá, perdóname, rogó, por pensar solo en mí, no en lo horriblemente mal que lo habrás pasado tú, adentrándote en el agua fría.

Llamé enseguida a Astrid. Su voz era seria, diferente a cuando llamaba desde el trabajo. Sobre las ocho de la mañana nuestro padre había bajado a abrir la puerta a dos fontaneros, pero seguramente se cayó por la escalera y se dio un golpe en la cabeza en la pared de hormigón, nunca llegó a abrir la puerta. A mi madre, que todavía estaba en la cama, le pareció raro no oír ruido, no oír la voz de mi padre, las voces de los fontaneros, el ruido de los fontaneros, se levantó y encontró a nuestro padre encogido, ensangrentado y aparentemente inerte en el descansillo de la escalera. Bajó corriendo a la entrada y abrió a los fontaneros, gritando que creía que su marido estaba muerto. Los fontaneros entraron, subieron la escalera corriendo, consiguieron colocar a nuestro padre de lado e intentaron reanimarlo con el boca a boca, uno de ellos físicamente, el otro consultando una *app* que daba instrucciones, y al cabo de veinte minutos consiguieron que el corazón de nuestro padre volviera a latir. Los fontaneros llamaron a una ambulancia y mi madre consiguió llamar a Åsa, que por suerte iba en coche a trabajar ese día, dio la vuelta inmediatamente y llegó a Bråteveien antes que la ambulancia, que se llevó a nuestro padre al hospital de Ullevål, donde ahora estaba conectado a un respirador artificial.

Parecía grave. Pero como había habido tanto lobo en la familia, no sabía muy bien cómo reaccionar. Estaban todas en Ullevål con nuestro padre, dijo Astrid, ella, Åsa y nuestra madre. Los médicos no sabían si el cerebro estaba dañado, le harían una resonancia magnética pasadas unas horas, entonces sabrían más, por el momento lo único que se podía hacer era esperar.

Llamé a Klara. Están exagerando, dijo, se aprovechan de la caída para acallaros y aparcaros a Bård y a ti, dijo, pero pasaron las horas y no tuve noticias de Astrid. Si se hubiera tratado de una exageración y un drama inventado, ella habría estado constantemente al teléfono, pensé, habría sacado el máximo provecho posible, al hierro candente, batirlo de repente. Pero no llamé, tenía otras cosas en las que pensar.

Avisé a mis hijos, no sabíamos qué creer. Yo tenía una reunión y cosas que hacer hasta por la noche, que iba a ver *Peer Gynt* en el Teatro Nacional con Lars. Cuando acabó la reunión aún no había tenido noticias de Astrid, sería algo grave, estaría pensando en otras cosas más importantes que yo. Le envié un mensaje preguntando qué tal, contestó que mal, que la situación era muy grave, nuestro padre había estado sin actividad cardiaca durante veinte minutos. Muy objetivo para ser ella, la cosa iba en serio. Estaba en la oscuridad de diciembre, en la estación de metro de Storo, intentando comprar un billete cuando me llamaron de la Asociación Estudiantil de Bergen, preguntándome si podía dar una conferencia sobre Peter Handke el veintidós de marzo del año siguiente. Para mi sorpresa, me oí decir con voz turbia que por el momento no podía comprometerme a nada porque mi padre estaba muy grave en el hospital. Llegó el metro y subí sin billete, tenía la sensación de estar a punto de echarme a llorar. Mi padre había estado muy presente los últimos días debido al conflicto de las casas de la playa, debido al encuentro con

Bård, debido a los correos de Bård, la vuelta de la infancia, los recuerdos de Hvaler, el retrete, que ahora estaba conectado al alcantarillado público, al pozo que ya no se usaba, me imaginaba a mi padre yendo de habitación en habitación con el tasador en la casa vieja y luego en la nueva, con el fin de señalar los defectos, me imaginaba a mi padre leyendo el correo de Bård cuando yo leía el correo de Bård.

Me bajé en Nationaltheatret, llamé a mi hija pequeña, Ebba, y le dije que creía que lo de mi padre era grave. Estaba a punto de echarme a llorar, ella lo notó y también estaba a punto de echarse a llorar, estábamos las dos a punto de echarnos a llorar, no sabíamos por qué. Faltaban tres cuartos de hora para que empezara *Peer Gynt*, quería tomarme una cerveza en Burns antes de entrar en el teatro, escribí a Lars que quería tomar una cerveza en Burns, contestó que él ya estaba allí, con una cerveza y un cigarro debajo de una estufa de exterior. Pedí una cerveza y me la bebí a toda prisa, quería otra y Lars no me la pudo negar, ni otras dos o tres más, ya que mi padre estaba en cuidados intensivos en Ullevål, tal vez a punto de morir.

Visité a Klara en Copenhague. Me había convertido en crítica de teatro de uno de los periódicos nacionales, pedí escribir sobre una versión muy elogiada por la crítica de *Espectros*, de Ibsen, en el Teatro Real de Copenhague, y me lo concedieron. La versión era despiadada, tanto con el fallecido capitán Alving como con la todavía viva señora Alving, escribí una reseña febril y la envié por fax al periódico, pensando angustiada que mis frases aparecerían en un periódico noruego y podrían ser leídas por mucha gente, tal vez por mi familia. Pero yo me encontraba lejos, en Copenhague, bebiendo con Klara en el Eiffel, la tasca habitual de Anton Vindskev, agradecida porque Klara existía y porque había oscuras tascas en las que una podía entrar y emborracharse, porque si todo estaba siempre iluminado habría que llevar la oscuridad por dentro, y eso sería insoportable. Anton Vindskev contaba historias graciosas que nos hacían olvidar nuestras penas. Una vez él y Harald Sverdrup estuvieron en un evento de poetas en Suecia y los alojaron en un castillo en las proximidades de Estocolmo, dentro de un enorme jardín palaciego. Fueron al centro de Estocolmo y Harald Sverdrup se emborrachó tanto que hubo que mandarlo a la cama, mientras que Anton consiguió atraer a una mujer que coleccionaba objetos para tirachinas, y que llevaba una bolsa con una sierra para cortarlos. Cuando la mujer entró en el jardín del palacio, vio muchos objetos excelentes para tirachinas. ¡Ah, ese es magnífico! ¡Ah, qué estupendo! Y abrió la bolsa, sacó la sierra y se puso a cortarlos. Anton consiguió por fin meter a la mujer en el palacio y en la habitación, y entonces Harald Sverdrup llamó a la puerta, vestido solo con una camiseta y la cosa colgándole por debajo, quería tomar parte en los placeres, pero Anton acababa de conseguir meter la bolsa con la sierra debajo de la cama y no estaba dispuesto a compartirlos con Harald Sverdrup, para compensarle le dio una botella de vodka y Harald Sverdrup salió de la habitación con la cosa colgándole por debajo de la camiseta y la botella de vodka en la mano, y a la mañana siguiente lo encontraron tumbado en el jardín del palacio junto a un tenedor con el que había metido una nota en la que ponía: ¡Ayúdame. Halald! Había escrito mal su nombre.

Me sentó bien reírme.

El domingo cogimos el tren hasta Louisiana, donde se exponía la obra *Rhythm O*, de Marina Abramović, de 1973. Sobre una mesa alargada habían colocado setenta y dos objetos distintos; una pluma, una pistola, una cadena, una rosa, y en la pared de detrás de la mesa se proyectaba el vídeo de la *performance* de seis horas de duración. El público podía usar los objetos en Marina Abramović, que estaba de pie, delante de la mesa, podían hacer lo que quisieran con ellos y ella, ella iba a estar allí, sin más, durante seis horas recibiendo y soportando no importaba qué, en eso consistía el experimento, ella quería ver lo que la gente hacía. Al principio el público se mantuvo tranquilo, tímido, a la espera de que *ella* empezara, pero ella no empezó. Se acercó una persona, tentativa, luego se acercó otra, a continuación una tercera rompió el límite de intimidad, otra se acercó más, la siguiente la tocó, empezaron a importunarla y le tiraron de la camisa, le rompieron

la camisa, se provocaban entre ellos, se enardecían entre ellos, retando la osadía de los demás y se volvieron amenazantes, uno le arrancó la camisa rota y la humilló, se pusieron violentos, como si la presencia pasiva, y tal vez por eso especialmente fuerte, les provocara. Uno le puso la pistola en la mano y se la levantó para que el cañón le señalara directamente a la cabeza, ¿susurró también «¡dispara!»? Al acabar la sesión, cuando sonó el reloj, cuando ella por fin se movió y dio un paso hacia el público, la gente retrocedió, asustada y asqueada: «*They could not stand my person because of what they had done to me*».



Peer llevaba un traje blanco, Peer bebía *champagne* y se embriagaba de sí mismo, Peer no mostraba moderación, Peer era soberbio e inmenso, y se servía de mujeres y aventuras, poder y placeres sensuales, Peer quería ascender y prosperar, quería ser emperador, no apuntaba hacia lo que limitaba, sino hacia lo que era posible, Peer se imaginaba que para él todo era posible, que podía salir indemne de cualquier cosa, un hombre del talante de mi padre, un hombre que quería ser rico y que se hizo rico, y que sabía usar su riqueza en su propio provecho cuando hacía falta. Cuando la Madre Aase estaba a punto de morir, cuando la Madre Aase agonizaba en una moderna habitación de hospital, conectada a una máquina de ECG a la que yo sabía que estaba conectado mi padre, además de al respirador artificial, justo entonces, en ese momento, me eché a llorar. Mi padre se encontraba justo ahora, en este momento, en una habitación muy parecida a la habitación en la que estaba la Madre Aase, si no había muerto ya, pero en ese caso Astrid habría llamado y yo lo habría visto en el teléfono, miraba constantemente el teléfono. Si nuestro padre hubiera muerto, Astrid habría llamado y yo habría salido de la sala y le habría devuelto la llamada. De modo que mi padre seguía vivo, conectado a aparatos como los aparatos a los que la Madre Aase estaba conectada en el escenario, y lloré sin control durante toda la escena en la que ella se estaba muriendo.

En la última escena, cuando Peer vuelve a Solveig esperando ser acogido con el mismo calor de antaño, Solveig lo abandona con las palabras de Nora, con las palabras de una mujer moderna. Se marcha, abandona a Peer, hace lo que nunca hizo mi madre, lo que mi madre no fue capaz de hacer, dependiente e impotente, una mujer que no había pagado una factura en toda su vida. Solveig abandona a Peer, y al ver a Peer abandonado, incrédulo y agotado, se me ocurrió de repente que la vida de mi padre no habría sido una vida fácil. Me subió por dentro una enorme compasión al pensar en mi padre, en la vida de mi padre, mi pobre, mi pobre padre, que cometió varios disparates cuando era joven, algo que no podía deshacerse, que no podía repararse, y no sabía cómo soportarlo, cómo vivir con ello. Intentó olvidarlo y reprimirlo mientras parecía que la persona perjudicada lo había olvidado y reprimido, y la persona que tal vez había captado lo que se hizo y contra quien también parecía haberlo olvidado, haberlo reprimido, pero en cualquier momento podía volver lo olvidado, lo reprimido, surgir del olvido, de lo reprimido. Tuvo que ser una vida difícil, una vida llena de angustia, de miedo. Mi padre evitaba y temía a sus dos hijos mayores porque le recordaban su atrocidad, *he could not stand them because of what he has done to them*.

Peer no sabía que iba demasiado lejos, Peer no sabía en qué momento iba demasiado lejos, Peer no veía los límites y los sobrepasaba, pero incluso si hubiera visto dónde estaba el límite, lo habría sobrepasado, habría elegido sobrepasar el límite por la aventura, por ese excitante traspaso de los límites y porque pensaba que conseguiría salvarse, pensaba que se le perdonaría por no

tomar en serio las consecuencias que sus actos tendrían para otras personas, pensaba que él siempre se las arreglaría, pero esta vez Peer no se las arregló.

Es demasiado tarde, Peer, dijo Solveig, y fue un momento liberador. Es demasiado tarde, Peer, dijo Solveig. Algunas veces es demasiado tarde. Algunas veces resulta imposible remediar lo irremediable.

Cuando volví de haber visitado a Klara en Copenhague, encontré en el buzón una postal crítica del hombre casado. Quería mantenerme enardecida. No contesté, pero estaba enardecida. Todo el otoño, todo el invierno, todo ese año y el año siguiente estuve recibiendo postales y señales, a las que no contestaba, pero estaba enardecida. Elegante o elefante, escribía él, elefante elegante quería contestar yo, pero no contestaba, me entregaba al psicoanálisis, que no quiere probar nada en sí, que quiere cambiar algo. Pero eso también presumía que yo me entregaba al psicoanalista, justamente a él, por completo y con devoción, como en una especie de relación amorosa, estando enamorada de antemano de un hombre casado, yo tenía mi objeto aunque era inalcanzable.

Soñé que había guerra, que me encontraba con un soldado compañero en un bosquecillo al final de una llanura abierta que debíamos conquistar. Era arriesgado, el enemigo, que se encontraba justo al lado, podría vernos. Era de noche y teníamos que actuar antes del amanecer, contemplé la llanura temblando de miedo, intentaba armarme de valor para el asalto, mientras mi soldado compañero se había sentado junto a un árbol. Miré el reloj, tendría que ocurrir ya pronto, me volví hacia mi compañero, que seguía sentado bajo el árbol. Este no sirve de compañero en la guerra, pensé, y eché a correr.

Le conté el sueño al psicoanalista y le dije que pensaba que el soldado compañero era el hombre casado que no se atrevía a divorciarse, que se mantenía pasivo mientras yo estaba en la guerra y en proceso de divorcio, le hablé mucho del hombre casado. Pero el psicoanalista opinaba que el soldado compañero era él mismo, inmóvil en la silla detrás del escritorio, mientras yo libraba la guerra en el diván. Qué presumido es, pensé yo entonces, pero ahora, cuando mis sentimientos hacia el hombre son ya agua pasada, mientras los sentimientos del análisis siguen vivos dentro de mí, tal vez le dé la razón. Y fuera él, el otro o los dos juntos, lo sentía a menudo así, como estar sola en la guerra. No dejaba o no era capaz de dejar al psicoanalista ese espacio en mí que él necesitaba tener para poder operar de un modo óptimo, la transmisión no tenía lugar, aunque en determinados momentos la relación era hermosa y muy cercana, como cuando, una vez que yo seguramente le había reprochado algo, dijo que los dos estábamos juntos en ese cuarto para ayudarme a mí, reunidos a tal fin.

Cuando volvimos del teatro bebimos, yo bebí. Astrid escribió que los del hospital las habían mandado a casa, que volverían a la mañana siguiente, Astrid y Åsa dormirían en casa de nuestra madre. Yo les agradecí su entrega.

Bebía, hablaba de un modo febril, no encontraba sosiego y me quedé levantada después de que Lars se acostara, me llené la copa de vino tinto y la vacié. Si fuera muy grave, me tranquilizó Klara cuando la llamé, no las habrían mandado a casa. Yo daba vueltas por el cuarto atiborrándome de vino para tranquilizarme, para conseguir dormirme, pero estaba cada vez más

intranquila y mareada, vomité y me quedé tumbada sobre el inodoro toda la noche. Llamé a Astrid por la mañana. Iban camino del hospital. Era jueves, yo no tenía nada en la agenda, solo ponía devolver cascos y envases vacíos, recoger el costillar para Navidad y hacer camas, Tale y su familia vendrían de Estocolmo, pero no me fui de casa de Lars, me quedé con él dando vueltas a mí misma. Astrid llamó a las doce. Se habían reunido con los médicos nuestra madre, Astrid, Åsa, la tía Unni, que era médica, y la tía Sidsel, que era médica. No me habían pedido que fuera, y me alegré por ello, porque no habría ido, pero todo me quedó muy claro. Ahora iba en serio, y cuando iba en serio no querían verme por allí, mi presencia habría tenido un efecto perturbador en su sensación de unión y comprensión, no iban a invitar a una agitadora como yo a unirse a una situación como aquella, aunque yo era hija de mi padre, hija del moribundo, no me invitaron a unirme a ellas, afortunadamente, porque ¿qué podría haber dicho yo si me hubiesen rogado que acudiera? Todo quedó muy nítido y claro. Así era. Lo que Astrid en otras situaciones fingía que no era así, lo que ella en otras situaciones ignoraba y no tenía en cuenta, ahora quedaba claro. Cuando iba en serio, como ahora, quedaba claro que Astrid, Åsa y nuestra madre compartían la comprensión de la situación conmigo y con Bård, que nos encontrábamos a mucha distancia de la armonía, nada de una familia «normal».

Los médicos del hospital habían dicho que mi padre no respiraba sin la máquina de respiración asistida. Tenía la nuca destrozada. Lo más probable era que se hubiera quedado paralizado; si recobraba el conocimiento, lo que era poco probable, estaría paralizado de cuello para abajo, sin poder hablar. La cuestión era si se le debía desconectar de la máquina de respiración. Por lo que pude entender, los médicos, a su manera profesional y discreta, habían insinuado que tal vez eso fuera lo mejor para mi padre, que eso sería lo que ellos harían si se tratara de un familiar suyo. La tía Unni y la tía Sidsel, que eran médicas, estaban de acuerdo con los médicos de Ullevål, Åsa y mi madre también estaban de acuerdo con los médicos, la única que vaciló, según supe más adelante, fue Astrid. No obstante, habían decidido de común acuerdo que se le desconectara de la máquina de respiración asistida. Llamaba para contármelo. Yo no tenía nada que oponer, y ella tampoco me lo consultó, solo llamaba para informarme. Sucedería en el transcurso de una hora.

Llamé a mis hijos para informarles de la situación, que sucedería en el transcurso de una hora. Llamé a Klara, escribí a mis amigos más íntimos. Astrid llamó tres cuartos de hora después y dijo: Papá acaba de morir.

Cuatro veces por semana me tumbaba en el diván, hablaba a ratos de lo doloroso y lo vergonzoso y a ratos de trivialidades cotidianas, y a veces conseguíamos repentinas revelaciones. Soñé que paraba y cogía a un autoestopista que iba a Drøbak, yo también iba a Drøbak. Luego me confundía de camino, me desviaba de la carretera principal y no era capaz de volver a ella. Me sentía culpable ante el autoestopista, que por mi inutilidad llegaría tarde a Drøbak. Entonces me pareció vislumbrar la carretera principal, las luces de la carretera principal, si simplemente atravesaba el portón del garaje que tenía delante llegaría de nuevo a ella. Aceleré para atravesar el portón, entonces empezó a bajarse, aceleré para entrar antes de que se cerrara, pero no lo logré, la puerta bajaba demasiado deprisa, nos alcanzó y destrozó el coche, nos quedamos aterrados y paralizados, pero al menos no nos habíamos matado, el autoestopista estaba pálido y con los bolsillos del pantalón vueltos del revés, y el coche destrozado por completo. En ese momento apareció mi madre y dijo con su optimismo habitual que seguramente podría arreglarse, pero todos veíamos que era imposible.

Entonces descubrí una moneda de cinco céntimos en la carretera y me agaché para cogerla, porque encontrarse una moneda significa buena suerte, y me dije a mí misma para consolarme que tal vez al fin y al cabo ese era mi día de suerte. La cogí y descubrí que solo era un botón.

¿De cinco centímetros?, preguntó él.

De cinco céntimos, contesté yo.

Dijiste de cinco centímetros, dijo él.

Quise decir de cinco céntimos, dije y le conté otra vez el sueño. Cuando la puerta del garaje nos alcanzó, fue como si me quedara destrozada.

Casi destrozada con cinco centímetros, dijo él, y recibí una descarga eléctrica.

Åsa y Astrid, la tía Unni y la tía Sidsel se ocupaban de nuestra madre. Establecieron un sistema de turnos para quedarse a dormir en Bråteveien y que no estuviera sola. Agradecí a Astrid que se prestaran a ayudar, le dije que diera recuerdos míos a nuestra madre. Estaban en Bråteveien, dijo ella, podía pasarme por allí si quería. No contemplé esa posibilidad. Enseguida me sentí aliviada. Pensé que el mareo y los vómitos de la noche entre el día de la caída y el día de la muerte trataban de un miedo inconsciente a un largo período de enfermedad. Nuestro padre parálítico en una residencia para enfermos durante varios años, ¿qué postura podría adoptar yo ante una situación semejante? Una larga permanencia en el lecho de enfermo desde el que mi padre me llamaría, y yo tendría que elegir entre no ir a verlo y decepcionarlo o ir y decepcionarme a mí. Porque no tenía ninguna fe en que mi padre fuera a concederme lo que yo quería, una confesión y una disculpa. Si iba al lecho de enfermo de mi padre con una esperanza, me llevaría una decepción como me había llevado tantas otras en mis encuentros con él. Llevaba mucho tiempo esperando, siempre en vano, había llamado muchas veces a la puerta imaginaria de mis padres, quedándome delante de esa puerta esperando que se abriera, que mi historia fuera acogida, que se me acogiera a mí, que me invitaran a entrar, pero no ocurrió, ellos no abrieron, la puerta se quedó cerrada y yo me quedé decepcionada, me quedé en el umbral llamando a su puerta, luego dejé de llamar, de esperar, di la vuelta, me marché y en cierto modo me convertí en una persona libre. No quería ir allí, al lecho de enfermo de mi padre, tenía la esperanza de que habría sido fuerte, como la Solveig de Ibsen, y habría dicho: Es demasiado tarde. Pero Astrid y mi madre me habrían dado la lata, me habrían presionado y acusado de contrariar a un enfermo, un hombre inválido y parálítico que no tenía mayor deseo que el de reconciliarse con su hija mayor, de que ella hiciera como si lo que él le había hecho no hubiese ocurrido, ¿y yo se lo iba a negar? Como si solo se tratara de unos principios míos, como si no se tratara de sentimientos, los más profundos. Ellas me habrían acusado y habría sido desagradable, y si la estancia en la residencia se hubiera alargado, me habrían presionado para que ayudara a mi madre, Astrid y Åsa en su ardua labor de cuidados, y yo me habría negado, y ellas se habrían escandalizado y habrían comentado a su entorno y a los empleados de la residencia mi falta de sentimientos, mi egocentrismo, mi incapacidad para cuidar de alguien, pero todo eso no ocurrió, mi padre había muerto, mi padre había desaparecido. Me sentía aliviada, supe cuánto miedo había tenido a mi padre, era un miedo que se había desvanecido, un miedo a algo desagradable que podría llegar de allí, pero ya no. Mi padre había muerto. Reproches, acusaciones y puñaladas, mírate en el espejo y verás una psicópata, ya no, nuestro padre había muerto. Mi padre ya no podía hacerme nada. En el sentido más estricto de la palabra, mi padre no había podido hacerme nada durante los últimos años, yo no iba por ahí a diario temiendo a mi padre, pero quizá sí, a pesar de todo, quizá el miedo a mi padre se había fijado dentro de mí. Es difícil deshacerse del miedo a un león caprichoso y agresivo, pero ahora el león había muerto.

Freud escribe en alguna parte que es lamentable que ninguna descripción de un psicoanálisis pueda reproducir las impresiones que se reciben en el transcurso del mismo, que la convicción definitiva nunca pueda transmitirse mediante la lectura, solo mediante la vivencia, en eso estoy de acuerdo, es imposible de explicar. Y pienso que igual de imposible de explicar es por qué uno da por concluido un psicoanálisis, por qué uno descubre que ya es hora de acabar.

Tras más de tres años de varias horas de terapia a la semana, un día acudí a toda prisa porque la necesitaba de verdad. La noche anterior me emborraché y estuve con un hombre con el que no debí estar, no llevaba mi ropa, había perdido las lentillas, tenía que tumbarme en el diván, vaciarme, llorar y desesperarme, pero el psicoanalista no salió a recibirme a la hora de siempre. Al cabo de media hora fui a su puerta y llamé, pero él no contestó, no salió, probé con el picaporte, pero la puerta estaba cerrada, intenté abrirla a la fuerza, creo que grité y reparé vagamente en que los estudiantes de Psicología que a veces llenaban la sala de espera del instituto psicoanalítico estaban tomando nota de mi desesperación: esa es la pinta que tienen cuando llegan. Uno de ellos me tocó el hombro y me señaló una nota en el tablón de anuncios en la que ponía que mi psicoanalista se tomaba tres semanas de vacaciones. Seguro que el psicoanalista me lo había dicho y yo lo había reprimido, como solía hacer con muchos asuntos desagradables. Siempre había tenido la sensación de que me volvería loca y el momento había llegado. Se me marchitaron las piernas, me desplomé en el suelo, notando vagamente cómo los estudiantes estudiaban mi derrumbamiento. Estuve esperando la psicosis, no llegó, me levanté un poco sorprendida, miré a mi alrededor y salí, ¿qué otra cosa podía hacer? Era un día claro y chispeante de agosto, hasta entonces no me había fijado. El aire era caliente, hasta entonces no lo había sentido. Bajé por Bogstadveien, qué otra cosa podía hacer, estaba sorprendentemente tranquila. Era casi otoño, calor en el aire, buen tiempo, hasta entonces no me había fijado, tenía por delante tres semanas sin análisis, me metí por otra calle, qué otra cosa podía hacer, pasé por delante de un escaparate y vi una figura parecida a la mía reflejada en el cristal, pero no podía ser yo, porque ella tenía aspecto de estar sana. Me detuve, retrocedí y me miré, una mujer aparentemente espabilada. ¿Podía verme a mí misma con esa mirada? Pero si eres elegante, le dije, no tienes mala pinta, le dije. ¿Por qué no ibas tú a desenvolverte en el mundo?

Sobreviví a esas semanas y di por concluido el análisis a pesar de que el analista opinaba que debía seguir, que debía entrar más a fondo en lo doloroso para sentirme mejor a largo plazo. *A posteriori* resulta fácil darle la razón, pero por aquel entonces me pareció haber vivido suficiente dolor, había estado suficiente tiempo metida en el dolor, el hombre casado se había divorciado y quería ser mío, ¡yo quería ser feliz!

Las veinticuatro horas que mi padre estuvo enfermo, las veinticuatro horas que estuvo en el hospital, yo respondí a todos los SMS de Astrid. Ella estaba en contacto conmigo, Åsa con Bård. Se trataba en su mayor parte de cosas prácticas, información sobre esa situación extraordinaria manejada en primer lugar por Astrid y Åsa. Astrid escribió que se encontraba en Bråteveien con nuestra madre y Åsa, y que yo sería muy bienvenida. Yo pregunté si nuestra madre se quedaba sola por las noches, no se quedaba sola, ellas se turnaban para quedarse a dormir en su casa, también la tía Unni y la tía Sidsel, nuestra madre tenía miedo de caerse por las escaleras. Les agradecí su dedicación y le pedí a Astrid que diera recuerdos a todas, en especial a nuestra madre. Astrid me devolvió cálidos recuerdos y abrazos. Puedes venir cuando quieras, escribió. Tal vez se tratara solo de tópicos, o tal vez Astrid, Åsa y nuestra madre pensarán que todo había cambiado, que sería posible retomar la relación ahora que nuestro padre había muerto. Pero yo no creía que ellas quisieran tenerme allí, no realmente, a no ser que me deshiciera en llanto tras haber descubierto de repente cuánto había querido a nuestro padre y expresara mi arrepentimiento por cómo me había comportado. No creía que ellas desearan incluirme en su intimidad, seguramente ahora estaban más expuestas y vulnerables que de costumbre y querían estar con gente a la que conocían y con la que se sentían seguras, eso era natural, pero quizá quisieran una señal, quizá quisieran que yo hiciera una visita simbólica que mostrara buenas intenciones y un futuro pacífico. Mucha gente se acercaría ahora a Bråteveien, familiares más lejanos, vecinos y amigos, con flores, calor y compasión, yo podría ir como amiga o vecina. Estaban planificando las Navidades, ya tan cercanas, escribió Astrid, habían decidido hacer una gran fiesta para que estuviéramos todos juntos, celebrar las Navidades en casa de nuestros padres en Bråteveien, que ahora ya solo era de mi madre y en cierto modo de mis hermanas. Åsa y Astrid con maridos e hijos, seríamos un montón, tal vez también la tía Unni y la tía Sidsel. Contesté a todos los SMS y devolví los cálidos abrazos, pero no hice ninguna mención a la invitación de ir a Bråteveien. Ni por un instante sopesé la posibilidad de hacerlo, pero sí escribí «pensando en vosotros con mucho cariño» y no era mentira, pensaba en ellas y escribí de nuevo que me alegraba saber que ellas estaban allí, ocupándose de nuestra madre y de todo.



¿Papá?

¿Te encuentras en algún lugar?

¿Cómo es la muerte?

Siento como si no tuviera derecho a evocarlo, pero era tanto mi padre como el de los demás.

Mi padre murió el jueves, diecisiete de diciembre. Sería enterrado el veintiocho de diciembre. Dos días después de su muerte, el sábado, diecinueve de diciembre, por la mañana, Astrid me escribió preguntándome si podíamos hablar un rato. Yo estaba metiendo mis cosas en el coche para marcharme de casa de Lars, y le dije que me llamara diez minutos después, que ya iría sola por la carretera.

Sentía por fin alivio; bajando la escalera de casa de Lars a punto de quitar la nieve del coche, una mañana de diciembre luminosa y tranquila, me sentía ligera. Astrid me llamó cuando estaba en el cruce de Smestad, esperando a que el semáforo se pusiera verde, y me preguntó qué tal iba, ¿expectante, esperanzada? Para decir la verdad, dije, decepcionándola, me siento aliviada. Se quedó callada. Quizá esperaba que estuviera afligida y fuera de mí porque nuestro padre había muerto sin habernos reconciliado, que ahora me arrepintiera por haber sido tan testaruda e irreconciliable, que me arrepintiera de haber roto con ellos, seguramente esperaba que yo tendría mala conciencia ahora que ya era demasiado tarde para pedir perdón a nuestro padre. Porque, si en lugar de arrepentirme me sentía aliviada, mi historia se volvía más creíble, y si mi historia era verdad, ella se habría equivocado. La situación de Astrid había sido difícil, imposible, yo nunca había querido que ella tomara partido, sino que reconociera que la situación era imposible. Que no deseara que yo apareciera en la celebración de un cincuenta cumpleaños mostrándome amable, que no me presionara, que no se comportara ni me tratara como si yo pudiera convertir en posible esa situación imposible.

Astrid dijo que a nuestra madre le gustaría verme antes del entierro. Mi madre llevaba quince años sin verme, y mi hermana tenía miedo de que fuera demasiado para ella en el entierro. Pensaba que no sería capaz de enterrar a nuestro padre y al mismo tiempo vernos a mí, a la que llevaba quince años sin ver, y a Bård, que estaba enfadado por lo de las casas de la playa. Astrid temía que nuestra madre se derrumbara. Astrid, Åsa y nuestra madre querían que fuera un entierro digno. También le habían pedido a Bård que fuera a verla, pero él no quiso. Lo más importante para nuestra madre era no obstante verme a mí, porque el conflicto conmigo era mucho más profundo que la disputa con Bård por la herencia. Podíamos dar un paseo, dijo, o ellas podían venir a mi casa. Yo no quería eso, sería demasiado íntimo, podíamos vernos en un café. Mañana domingo, a mediodía, propuso, yo estaba de acuerdo.

Llamé a mi hijo, Søren, para preguntarle si quería venir. Dijo que con mucho gusto, vino a verme por la tarde y vio que no estaba llorosa por la muerte de mi padre, pero sí intranquila ante el encuentro que tendría lugar al día siguiente con Astrid, Åsa y nuestra madre, a la que llevaba quince años sin ver.

Estábamos sentados delante de la chimenea cuando llegó un SMS de Bård en el que preguntaba cuál era el objeto del encuentro. Quizá tuviera miedo, dijo Søren, de que yo vacilara, me

ablandara y cambiara de bando en el asunto de la herencia porque nuestro padre había muerto. Nuestra madre también quería ver a Bård, pero él preguntó que para qué, y Åsa contestó que solo para hablar de lo sucedido, había sido muy dramático, y para que nuestra madre pudiera verlo antes del entierro, ya que no se habían visto desde que empezó la disputa por las casas. Åsa y Astrid no querían que nuestra madre se sintiera mal ante la idea del entierro, temían que se derrumbara si no nos veía antes. Bård había dicho que sabía todo lo que necesitaba saber y que nuestra madre era mucho más fuerte de lo que ellas pensaban. En eso tenía razón, se vería después que nuestra madre era mucho más fuerte de lo que Åsa y Astrid pensaban, mucho más de lo que ella fingía, siempre había jugado con su supuesta fragilidad, tal vez inconscientemente, tal vez ella misma se la creía. Pero yo no quería suavizar el asunto de la herencia en mi encuentro con los desconsolados familiares. Contesté que no debíamos hablar de la herencia, que ya había advertido a Astrid de que si había dramas o asuntos de herencia, me marcharía.

Esto huele a dramón desde lejos, dijo Bård.

Yo ya no aguantaba el dramón de mi madre. Sus lágrimas y sentimientos tremendistas e incontinentes, invasivos, que te imposibilitaban notar los tuyos. Empecé a temer el día siguiente y escribí un correo a Astrid, no un SMS, porque sabía que estaban las dos juntas, enseñándose una a otra los mensajes que les llegaban, ahora llegarían sin cesar a Bråteveien pésames y cómo estáis y pensamos en vosotros, mensajes de todas partes. Escribí que esperaba que nuestra madre no tuviera grandes expectativas ante el encuentro o ante el futuro, que yo iba a ir porque la situación era especial, porque nuestra madre me daba pena. Escribí que esperaba que no acabara todo en un dramón. Ella contestó enseguida diciendo que estaba de acuerdo, que no habría dramón, que no había grandes expectativas, que pensáramos en una cosa cada vez.

Cita en un café, entierro ¿y luego?

Salimos de casa con tiempo de sobra después de un rápido desayuno. No encontramos sitio para aparcar donde pensábamos. Era domingo, pero faltaba poco para Navidad y las tiendas estaban abiertas, había coches y gente por todas partes. Se me ocurrió otro sitio para aparcar, Søren tenía otras propuestas, nos alteramos, nos pusimos a discutir, por fin encontramos un sitio libre, aparcamos y nos bajamos del coche. El café donde habíamos quedado estaba lleno de familias con niños pequeños, abrigos y chaquetones humeantes y bolsas con regalos de Navidad, no había ninguna mesa libre. ¿Deberíamos esperar a mi madre y a mis hermanas fuera, en el frío? Nos quedamos inquietos en medio del caos esperando a que alguien se marchara, pero nadie se marchó y en todo caso no era un lugar para conversaciones tristes. Había elegido el lugar equivocado. ¿Debería llamar a Astrid y decir que había elegido un lugar equivocado, que el lugar equivocado estaba lleno, que podíamos buscar otro sitio o esperar hasta que ellas llegaran? El viejo *pub* junto al río era una alternativa, pero allí habrían empezado ya a beber cerveza, la heladería de la esquina no era nada acogedora. Estábamos en medio del caos del café reflexionando. Una niña pequeña vino hacia mí dando titubeantes pasos, detrás de ella iba la madre, dando también

titubeantes pasos, inclinada sobre la hija con los brazos preparados para recibirla si se caía, de la misma manera que mi madre iría detrás de mí cuando yo empezaba a andar, así sería, aunque me resultaba difícil imaginármelo, mi madre era sin duda una buena madre en aquellos tiempos, en los primeros tiempos, intuitiva y físicamente presente, en contacto con los instintos y el cuerpo, hacía ya mucho tiempo de aquello, pero yo seguía andando, todavía era capaz de andar. Salimos a la calle y nos quedamos esperando en la puerta del café en el frío, Søren, muy grande, envuelto en un enorme plumas, nos pusimos a discutir sobre posibles lugares para no tener que pensar en lo que teníamos por delante, en la desagradable situación que nos esperaba, no sé lo que esperaba Søren, no se lo pregunté, no queríamos hablar de ello, solo dejar que sucediera sin más, me alegraba de no estar sola, me alegraba de que Søren fuera grande, Søren debería venir siempre.

¿Debería llamar a Astrid y decirle que teníamos que ir a otro sitio, aunque yo no sabía de ninguno, que tal vez podríamos mejor dar un paseo en el frío, como ella había propuesto al principio, a lo largo del río? Entonces llamó ella, estaban en la puerta de la pizzería que había al otro lado del puente, nos habíamos olvidado de ese restaurante, cruzamos el puente, y allí estaban, delante de la pizzería, tres mujeres incómodas, mi madre como yo la recordaba, solo que menos espectacular, todas estaban como las recordaba, en la medida que las recordaba, se parecían las tres a ellas mismas, solo que menos espectaculares. Yo tampoco estaba espectacular, pero me había esmerado al vestirme, la noche anterior había planificado lo que me iba a poner y había dejado la ropa en la silla, llevaba puesto mi rostro. Ellas no se habían puesto su rostro en la misma medida que yo. Nos abrazamos, abracé primero a mi madre, ella dijo: Mi niña, como en los viejos tiempos, como decían algunos de mis novios, mi niña. A continuación abracé a Åsa, luego a Astrid. Søren abrazó a mi madre, a Astrid y a Åsa, entramos en la pizzería y buscamos una mesa tranquila, quién iba a dirigir aquello, yo no, yo no las había invitado. Åsa encontró una mesa tranquila algo apartada, iban una a cada lado de nuestra madre, muy pegadas a ella para protegerla, y se sentaron una a cada lado suyo. Søren y yo nos sentamos al otro lado. ¿Quién empezaría y con qué? Åsa preguntó qué queríamos tomar, mirándome a mí, yo quería un café, no necesitaba una cerveza, si era eso lo que ella creía, que estaba fuera de mí, destrozada y rebosante de mala conciencia por haber roto con nuestro padre, que había muerto, y por eso necesitaba una cerveza. Åsa preguntó si todos queríamos café, todos queríamos café, Åsa se acercó al mostrador y pidió café.

No hemos parado de llorar, dijo mi madre, hemos llorado hasta quedarnos sin lágrimas, como si quisiera disculparlas por no estar llorando, no parecían afligidas, sino intranquilas, ligeramente obsesionadas. Tomamos café y ellas, hablando todas a la vez, contaron lo que había sucedido de principio a fin, estaban obsesionadas con ello. Había sido tremendamente dramático, dijeron, ninguna de ellas había experimentado nada parecido antes. Åsa preguntó si alguna vez habíamos llegado los primeros al lugar de un accidente, Åsa sí había llegado la primera al lugar de un accidente de tráfico, el conductor moriría luego a causa de las lesiones, un hombre, había mucha sangre, ella no pudo con la sangre y las lesiones físicas, pero se ocupó del tráfico, también era

algo que había que hacer, ella también hacía falta, cada uno aportó lo suyo. Los fontaneros iban a llegar a las ocho y nuestro padre se levantó cuando llamaron a la puerta y bajó a abrir, pero se caería por las escaleras, se resbalaría y se caería, se desmayaría o sufriría un paro cardíaco y se caería, nadie podía saber con certeza por qué se cayó, pero se cayó y se golpeó la cabeza contra la pared de hormigón, y mi madre no se levantó hasta que le pareció raro no oír ningún ruido de fontaneros, voces, la voz de mi padre, y lo encontró en el descansillo de la escalera ensangrentado y retorcido, con la cabeza y la nuca echadas hacia atrás de un modo no natural y entonces bajó corriendo a abrir a los fontaneros, que habían vuelto a llamar a la puerta, iba en bragas, dijo, se rieron un poco y mi madre volvió a decir que se habían quedado vacías de tantas lágrimas como habían derramado, como para pedir perdón por la risa, habían llorado y reído y vuelto a llorar, dijo mi madre. Søren y yo no nos reímos, Søren y yo estábamos al margen, Søren y yo no nos encontrábamos en el mismo lugar, aunque estábamos sentados en la misma pizzería tomando café.

Mi madre gritó a los fontaneros, dos hombres muy jóvenes, que creía que su marido estaba muerto, y los jóvenes fontaneros subieron corriendo por la escalera, consiguieron colocarlo de lado, estabilizarlo y le hicieron el boca a boca, dos hombres muy jóvenes pillados desprevenidos en el lugar de un accidente, pero estuvieron fantásticos, dijo mi madre, que consiguió llamar a Åsa, que por suerte ese día había cogido el coche para ir al trabajo, dio inmediatamente la vuelta y llegó a Bråteveien antes que la ambulancia. Los fontaneros consiguieron hacer latir de nuevo el corazón de mi padre, estuvieron veinte minutos dándole un masaje cardíaco y lograron volver a poner en marcha el corazón de mi padre antes de que llegara la ambulancia. Llegó la ambulancia y se llevó a nuestros padres, a Astrid y Åsa, los fontaneros se quedaron en Bråteveien para acabar el trabajo, estuvieron fantásticos, dijo Åsa, les enviarían unas flores cuando hubiesen recobrado fuerzas, habían sucedido tantas cosas... Los fontaneros estuvieron fantásticos quedándose a reparar el depósito de agua caliente. Mi madre dijo que hacía mucho tiempo nuestro padre había afirmado que no se mudaría nunca de Bråteveien, que quería salir de Bråteveien con los pies por delante y así fue, mi padre salió de allí con los pies por delante, con las zapatillas puestas. Papá murió de paso por la escalera, dijo Astrid, sí, asintió mi madre, muy bien expresado, Astrid, de paso por la escalera. Típico de papá, dijo Åsa, murió como vivió, dijo Astrid, a toda prisa. Sí, dijo Åsa sonriendo, a punto de decir algo más, pero nuestra madre la interrumpió y me preguntó si yo tenía algún deseo especial para el entierro. ¿Deseos para el entierro? No, no tenía ningún deseo para el entierro. Mi madre dijo el tipo de música que quería, a nuestro padre le gustaba mucho una melodía que solían poner en la radio, nuestro padre escuchaba mucho la radio cuando no estaba sentado en su sillón leyendo revistas, toda clase de revistas serias, dijo mi madre mirándome, que lo sepas, Bergljot, tu padre leía toda clase de revistas serias. Yo no dije nada, no sabía qué decir. Esperaban que fuera un entierro bonito, dijo Astrid, un vecino de Hvaler tocaría el violín, quedaría elegante, tal vez alguien pudiera también cantar. Parecía que todo lo que había que hacer, todo lo que tenían que pensar, todas las decisiones que tendrían que tomar las alteraba, todo ese estado de excepción en el que se encontraban les hacía vibrar. La funeraria se ocuparía de la

mayor parte, dijo nuestra madre, comida, bebida y todo lo demás, pero no del local, no querían alquilar ningún local, dijo, mirándome, querían celebrar el acto conmemorativo en Bråteveien, había mucho sitio, no tenía sentido alquilar un local disponiendo de Bråteveien, y a nuestro padre le gustaba mucho Bråteveien, siempre le había gustado Bråteveien. ¿Tenía yo alguna idea sobre la escuela?, me preguntó mi madre. Negué con la cabeza, no había pensado en la escuela. La Seguridad Social es fantástica, dijo Åsa. Paga gustosamente tus impuestos, dijo. Dos médicos habían estado todo el tiempo con nuestro padre. ¿O tal vez no todo el tiempo? Se miraron y acordaron que dos médicos habían estado con nuestro padre casi todo el tiempo, asintieron con la cabeza, la mayor parte del tiempo habían estado con nuestro padre dos médicos y había estado la tía Unni y también la tía Sidsel y las dos estuvieron fantásticas, haciendo unas preguntas profesionales muy complicadas a los médicos. Le realizaron toda clase de pruebas, pero nuestro padre había estado sin riesgo sanguíneo al cerebro durante veinte minutos y no volvió a recobrar el conocimiento, se contaron todos los detalles una y otra vez, las mujeres estaban rebosantes de ellos y no era de extrañar, había sido dramático, y así es como se trabajan los sucesos dramáticos, relatándolos una y otra vez. Astrid se sacó del bolsillo una clementina, la peló, se metió un gajo en la boca y se la pasó a Søren, que se quedó algo desconcertado hasta que comprendió que debía coger un gajo y pasármela a mí. Søren cogió un gajo y me pasó la clementina, yo cogí un gajo y pasé la clementina a mi madre, que cogió un gajo y se la pasó a Åsa, como hacía el presidente de la junta del Foro Noruego de Revistas cuando nos encontrábamos en complicadas negociaciones con las editoriales, pelaba una naranja y la hacía circular por la mesa para que todos pudiéramos coger un gajo, era una antigua costumbre africana que tenía por objeto reducir el grado del conflicto, cuando la gente compartía comida y comía de lo mismo se volvía más indulgente. Cuando se hubo tomado la decisión sobre la máquina de respiración asistida, entraron en la habitación para despedirse de nuestro padre. Åsa le había dicho que lo desconectarían del respirador por su propio bien, porque la alternativa sería indigna de él, un hombre como nuestro padre, paralítico, tal vez sin habla, dependiente de un respirador, él, que siempre vivía a toda prisa. Åsa estuvo fantástica, dijo Astrid, y Astrid estuvo fantástica, dijo nuestra madre, porque Astrid estuvo con nuestro padre hasta el final, viendo cómo la vida se le acababa lentamente, cómo el pulso dejaba de latir en su cuello, lo pacífico que estaba el rostro de nuestro padre al morir, en contraste con el día anterior, en que en su rostro se dibujaban terroríficas y descontroladas contracciones, la hija de Astrid no tuvo valor para entrar en esos momentos a ver a su abuelo, porque tenía un aspecto desconocido, ensangrentado y magullado. Nuestra madre estuvo fantástica, dijo Astrid, tan serena a pesar de todo, tan equilibrada a pesar de todo para ser ella, dijo Astrid, con una sonrisa dirigida a nuestra madre y Åsa sonrió, y nuestra madre sonrió mirando agradecida a sus hijas, tenían que admitir, dijeron riéndose entre ellas, que se habían consumido algunos somníferos, y bastante vino tinto. La tía Unni había estado fantástica, dijo Astrid, serena y equilibrada ella también, la tía Unni había hablado con los médicos de temas profesionales, y la tía Sidsel había estado fantástica haciéndoles complicadas preguntas profesionales, los médicos

estaban impresionados, creían ellas, con la tía Unni y con la tía Sidsel, y el cerebro de nuestro padre no había tenido ni pizca de alzhéimer, que lo supiera, y Åsa había estado fantástica, dijo nuestra madre. Era como si las tres quisieran decirme que ya podía arrepentirme de la ruptura y del alejamiento, porque en caso contrario podría haber participado de todo eso tan fantástico, y Søren podría haber participado de todo eso tan fantástico, ahora podía escuchar todo lo que se había perdido por tener una madre como yo.

Tendrían una reunión con la funeraria el lunes, es decir, ya al día siguiente, el tiempo pasaba muy deprisa. Iban a celebrar la Navidad, dijeron, una gran fiesta en Bråteveien, ya lo habían decidido, formaban una familia que no se dejaba vencer por un suceso como ese, una familia que incluso en la muerte quería celebrar a nuestro padre y hacer una fiesta. Lo celebrarían a lo grande y acudirían todos, la tía Unni y la tía Sidsel e hijos y nietos. Y el veintitrés se celebraría como siempre, mis hijos irían como todos los años a Bråteveien el veintitrés, ¿no? Søren asintió acongojado con un movimiento de la cabeza, acudiría el veintitrés, y Ebba acudiría el veintitrés. ¿También vendrá Tale con los niños?, preguntó mi madre, ¿qué edad tiene la más pequeña, Annita, y qué quiere Emma para Navidad? Ya tiene casi cinco años. Søren y yo sabíamos que Tale y su familia no irían a Bråteveien el veintitrés, que Tale, tras esos dos días en Hvaler en el verano, en que mi madre le preguntó si cuidaba bien de su hija, ya no quería seguir participando en esa farsa, aunque yo le había pedido que siguiera participando, porque la presión sobre mí disminuía cuando mis hijos participaban. Pero Tale ya era mayor y tomaba sus propias decisiones, había considerado la posibilidad de escribir a mis padres y decirles que no quería verlos más, pero abandonó la idea aconsejada por mí, porque mis padres pensarían que ella se posicionaba en la disputa por la herencia, que ella quería casa en Hvaler, y entonces murió mi padre. Tale sentía necesidad de manifestarse, Tale quería decir la verdad, porque debido a que la gente no decía lo que opinaba, no protestaba, no obedecía sus convicciones, sino que se adhería a la mayoría sin protestar siquiera ante todo el mundo porque el mundo se iba al infierno, porque la gente se tragaba el camello para complacer a otros, para evitar las molestias derivadas de decir que no, el mundo se iba a pique y ella no quería seguir tomando parte en ello, pero acababa de morir mi padre y no sería correcto insistir ahora en un punto de vista de principios. ¿Qué sería lo correcto ahora?

Vienen con retraso de Estocolmo, murmuré, no he hablado con ellos, añadí, llegarán en algún momento de la noche, creo.

Entonces vendrán a casa el veintitrés, dijo mi madre, qué quiere Emma para Navidad, preguntó a Søren, haciéndole sentirse incómodo e inseguro. No pienses en eso ahora, dije, no gastes fuerzas en eso, dije.

Esas cosas no hacen gastar fuerzas, dijo Åsa, esas cosas dan fuerza.

Sí, dijo nuestra madre, eso es verdad, Åsa, esas cosas dan fuerza, qué quiere Emma para Navidad, ¿una muñeca, un vestido?

Con un vestido uno nunca se equivoca, dijo Søren.

Entonces tendrá un vestido, dijo mi madre radiante.

A mi padre le encantaba vivir en Bråteveien. Mi padre se alegró muchísimo de mudarse de Skaus vei a Bråteveien, mi madre también. Mi madre dijo en una ocasión que jamás se habían arrepentido de haberse mudado de Skaus vei a Bråteveien, que no había echado de menos Skaus vei ni por un segundo. No era de extrañar. ¿Quién quiere vivir en el lugar de un crimen?



El hombre casado se divorció y fue mío. Durante los años que estuve con él no veía mucho ni a Bo ni a Klara. Me dedicaba al hombre, que ya era mío. Luego pensé que si hubiera visto más a Bo y Klara en los años que estuve con ese hombre, con la misericordia, tal vez no habría estado tanto tiempo con él, seguramente la relación habría acabado antes de volverse destructiva para los dos. Durante los años que estuve con él, la misericordia, hablaba con Klara por teléfono y le enviaba postales cuando estaba de viaje. Cuando el catedrático, la misericordia, daba conferencias en universidades e instituciones superiores dentro y fuera del país y a mí no me tocaban los niños, lo acompañaba y escribía mi tesis doctoral sobre el teatro alemán contemporáneo. Klara organizaba recitales de poesía en el café Eiffel, de Copenhague, y escribía un libro sobre Anton Vindskev. Pero cuando la relación con el catedrático, la misericordia, acabó, cuando lo perdí tras muchos años buenos y algunos destructivos, fui a ver a Klara a Copenhague. Cuando todo estalló, cuando todo se desmoronó, fui a ver a Klara. Antes de irme me pasé por el psicoanalista al que llevaba tantos años yendo, porque el dolor por mi pena de amor me resultaba inmanejable. Cuando le conté que había puesto fin a la relación con ese catedrático del que tanto había oído hablar, mi compañero soldado que no servía para llevármelo a la guerra, dijo: ¿Así que has dicho basta?

Comprendí que opinaba que era una señal de buena salud, y eso era lo que yo quería escuchar, que mi dolor no era enfermizo.

Mi dolor no era enfermizo, sino total. Fui a ver a Klara y a Anton Vindskev a Copenhague, ellos sabían qué decir a gente como yo, sabían lo que servía. Estar marginada proporciona competencia. Perder proporciona competencia. Estar mal de dinero proporciona competencia, tener problemas con el fisco proporciona competencia, estar oprimida proporciona competencia. No hay que olvidar, si se tiene la suerte de que todo sale bien al fin y al cabo, la competencia que se adquiere siendo infeliz.

Nos pusimos los chaquetones y salimos al frío, ya estaba oscureciendo o se nos venía encima un temporal, oscureció aún más mientras estábamos en la puerta de la pizzería despidiéndonos. Una oscuridad de esas que caen, una oscuridad de esas que flotan extendiéndose hasta dentro de los edificios y casas y se apodera de todo, no importa cuántas lámparas se enciendan, no importa cuántas velas se pongan en las mesas y en los alféizares, no importa cuántas antorchas se coloquen y se enciendan en las puertas de las tiendas, los centros comerciales y las entradas de las viviendas donde está a punto de celebrarse una fiesta navideña. Una oscuridad que no venía de arriba, del cielo, sino de abajo, de la tierra fría donde yacen los muertos pudriéndose solos en la oscuridad, una oscuridad que fluía con dureza de las negras y tías ramas de los helados y temblorosos árboles y de los pequeños y feos arbustos, una oscuridad llena de cuchillos, una oscuridad que cortaba con cuchillos el cuerpo y el alma, una oscuridad que no dejaba heridas visibles, sino tejidos nudosos de cicatrices que impedían que fluyeran la sangre, la linfa y los pensamientos, que picoteaba y se paraba, apiñándose en marañas tirantes e insolubles. Yo quería irme a casa, Søren quería irse a casa, Åsa quería irse a casa, la reunión había acabado, estábamos en la puerta de la pizzería despidiéndonos, pero mi madre y Astrid querían alargarla. Qué bien que hayas querido reunirse con nosotras, dijo mi madre. Faltaría más, dije, sabemos lo que es importante, dije, o algo así, sobrecogida por la situación. Espero que sea un bonito entierro, dijo mi madre. Seguro que sí, dije, quería irme a casa, tenía que escapar de allí, veía que Søren quería alejarse de allí, alcanzado por la oscuridad, Åsa quería irse. ¿Tú crees?, me preguntó, mirándome directamente a los ojos. Sí, contesté. Me miró a los ojos y lo repitió, como buscando una afirmación. ¿Tú crees? ¿Pensaba Åsa que yo tenía intención de cargarme el entierro, de gritar algo, de tomar la palabra? Sí, contesté, quería irme de allí, quería irme a casa, estaba al límite, la oscuridad me había llegado hasta el mismo cerebro. Me mantendré cerca de Bård, dije. Todo irá bien, dije, la oscuridad me llegaba hasta la médula y se extendía, yo ya había aportado bastante.

Nos dimos un abrazo y nos fuimos cada uno a nuestro coche. Ya está hecho, dije. Ya la he visto, dije. Se parecía a sí misma, le dije a Søren, tú la has visto mucho más a menudo que yo.

Dijo que él podía llevar a Emma y Anna a Bråteveien el veintitrés si Tale no quería ir.

Cuando acabó mi relación con ese hombre al que tanto tiempo había deseado y con el que tanto tiempo había convivido, me fui a casa de Klara a Copenhague. Mi dolor no era enfermizo, pero sí total. Klara me llevaba a rastras por los parques de Copenhague y me metía la comida en la boca. Cuando quería llamar a ese hombre que era la razón de mi pena, ella escondía el teléfono, también escondía las pastillas, cuchillos y otros objetos que emplean los seres humanos para quitarse la vida, y redactó una invitación para una fiesta de Año Nuevo en mi nombre. Sesenta y seis invitados confirmaron su asistencia a la fiesta de Año Nuevo en mi casa, a una cena de tres platos y fuegos artificiales a las doce. Tuve que conseguir mesas y sillas para sesenta y seis invitados, comprar y organizar, tardé mes y medio en planificar y preparar la fiesta de Año Nuevo, y el tres de enero me desperté con Klara y tres invitados del Renna que se habían quedado en una casa arrasada tras tres días de celebración. Klara y yo nos pasamos tres días recogiendo y fregando, y nos despertamos el seis de enero en una casa limpia y ordenada. Me desperté un seis de enero frío y claro, totalmente despejado, y constaté que me había olvidado de mi pena durante un mes y medio y seis días, ahora el dolor había vuelto, pero muchísimo menos fuerte. Klara me había dado una fiesta de Año Nuevo como medicina.

Ese día, ese claro, frío y despejado día de enero, mientras las dos estábamos sentadas en mi cocina limpia y ordenada bebiendo té, Klara recibió un mensaje en el que le decían que su libro sobre Anton Vindskev había sido rechazado. No había tenido ninguna noticia de la editorial desde que les envió el manuscrito hacía varios meses, y se había resistido a llamar porque sospechaba lo que el silencio significaba. Pero ese frío y claro día de enero en que estábamos sentadas en la cocina, ella llamó y supo que la editorial opinaba que el libro sobre Anton Vindskev carecía de interés para el mercado noruego. Se tapó la cara con las manos: ¿Qué hago ahora?

Klara esperaba un sustancioso anticipo de la editorial, en ello basaba su presupuesto, estaba en bancarota, ¿qué podía hacer ahora? Siempre había algo que no marchaba. En cuanto se había solucionado un problema, surgía otro, por mucho que se esforzara nunca llegaba a tener cierta seguridad, no importaba cuántas fiestas de Año Nuevo organizara, le esperaban luego los rechazos y el fisco, peligros por todas partes, seguro que pronto se enamoraba del tipo equivocado o la atropellaba un coche, no había manera de descansar y cómo acabaría todo esto, seguro que inevitablemente con la muerte.

Bueno, bueno, dijo. Aguantar es el primer deber de los seres vivos.

Mi madre era una mujer guapa. De sus hermanos, mi madre era la más guapa. Los otros tenían otras cualidades, mi madre era guapa. Eso era lo que decían de mi madre, que era guapa. Ella sabía que era verdad, resulta difícil ignorar las expresiones objetivas de belleza. Mi madre tenía su identidad asociada a su belleza, apostaba todo a ella. Mi madre estaba bien torneada. Lo de torneada era una expresión de mi padre. La belleza y el estar bien torneada era la baza que mi madre tenía en la mano. Pero esa es la baza en la mano que una mujer perderá con toda seguridad, razón por la que no puede descansar. La joven guapa lo sabe cuando se fotografía a sí misma desnuda o semidesnuda porque está orgullosa de su cuerpo, y le duele y le atormenta ese hecho tan obvio para todo el mundo, que es algo perecedero, que lo que hace que sea observada, deseada, es algo que va a perder, ¿entonces qué? Es la angustia que les pesa a las mujeres guapas, y sobre todo a esa mujer guapa que no tiene mucho más que mostrar que esa belleza. No está a gusto. Mi madre no estaba a gusto. Mi madre era guapa, pero no tenía ninguna formación, ninguna experiencia, nada de dinero, mi madre era propiedad de mi padre, mi padre estaba orgulloso de su hermosa propiedad, mi madre brillaba, llena de angustia. Mi madre era inocente, en el sentido de falta de experiencia, e ingenua. Muchos hombres prefieren y se enamoran de mujeres ingenuas, mujeres sin experiencia, espontáneas, infantiles, que se enamoran fácilmente, que están llenas de admiración por ellos, afectuosas, entrañables, dependientes, que no utilizan la ironía, que no se contienen. Mi madre carecía de experiencia, era infantil y eligió seguir siendo infantil. Si mi madre hubiera elegido hacerse adulta, la realidad se le habría hecho infranqueable. Mi madre era como muchos hombres querían que fueran las mujeres entonces, una alondra al final de la era de las alondras y lo que le ocurrió a mi madre y por lo que podría haber crecido y liberarse fue más duro que lo que le ocurrió a Nora. ¿Mi madre hizo una elección? Viajar con el viento, esperar lo mejor, no reaccionar, ¿es eso una elección? Ser como una niña y no saber demasiado. Intentar ser ligera, mantenerse en la superficie, ponerle al mal tiempo buena cara, hacer lo mejor que podía en ese lugar en el que al fin y al cabo se encontraba y del que sabía que no tendría fuerza para escapar, ya lo había intentado. Nora tuvo valor, Nora se marchó, pero Nora no era real, Nora era la idea de un hombre. Mi madre era real, una mujer vulnerable y bien torneada mientras duró, eso no dura, se deteriora, aparecerán mujeres más jóvenes, más atractivas, ella misma podrá parirlas.

Tale llegó de Estocolmo con su familia. Tale me abrazó como si estuviera triste, a punto de echarme a llorar, pero enseguida se dio cuenta de que no era así, de que me sentía aliviada, pero inquieta ante lo que iba a suceder, el veintitrés de diciembre y el entierro. Ebba llegó al atardecer, me abrazó a punto de echarse a llorar y me preguntó si me sentía triste porque quizá toda mi vida había esperado que mi padre me pidiese perdón y ahora me había dado cuenta de que eso no ocurriría. Pero yo no albergaba tal esperanza. Le dije que me sentía aliviada, esperaba que mis palabras no le parecieran duras y frías, que yo no le pareciera dura y fría como le parecía a mi madre, que me decía que era dura y fría desde que era pequeña, porque le llevaba la contraria desde que era pequeña.

Hicimos lo que solíamos hacer. Muchas compras, mucha organización y preparativos, mucho envolver regalos, llegó el veintitrés de diciembre. Tale no quería ir a Bråteveien. Søren se ofreció a llevarse a Emma y Anna. Yo habría deseado que ella le hubiera dejado llevárselas, porque sería un problema menos, pero no dije nada. Ella no quiere ser contagiada, pensé, por Bråteveien.

Nos pasas el problema a nosotros, dijo Ebba. ¿Qué contestamos cuando nos pregunten por qué no vienes? ¿Mentimos?

Estoy de acuerdo, dijo Søren. Nos pasas el problema a nosotros. Te lo pones fácil a ti misma no yendo, pero a los que vamos nos lo pones muy difícil.

No hace falta que mintáis, dijo Tale. No me importa decir por qué no voy.

Mis hijos discutían sobre la visita a Bråteveien. El pecado original, pensé.

Ebba y Søren fueron. Yo no estaba tan nerviosa como la anterior vez que estuvieron en Bråteveien, cuando se celebraron los ochenta años de mi madre y los ochenta y cinco de mi padre, cuatro días después de la sobredosis, el día en el que la necrológica de Rolf Sandberg apareció en el periódico, porque Tale se quedó conmigo, y la pequeña Emma, que iba a cumplir cinco años, y la pequeña Anna, de casi dos, estaban con nosotras y el perro. Dimos un paseo por el campo, por donde se podía llevar el carrito de la niña. Nevaba y todo volvió a ponerse blanco. La perra corría detrás de la nieve, y la oscuridad no dolía como la penetrante oscuridad había dolido unos días atrás. La oscuridad caía suavemente como un tul, borrándonos y borrando el bosque a nuestro alrededor, dejando todo como una protectora y refrescante sombra, y era bueno, ligero.

Cuando Søren y Ebba volvieron, nosotras habíamos encendido la chimenea, Emma y Anna dormían. Todo había ido bien, dijeron. Todo como solía ser, excepto que mi padre estaba muerto. Mi madre había sacado viejas fotos de mi padre y de la familia y las habían visto juntos, riéndose y llorando porque hacía tanto tiempo que todos tenían un aspecto muy joven y llevaban una ropa muy rara. En cierto modo el ambiente era más distendido, dijo Søren, sin mi padre sentado callado y tedioso en un sillón. Tal vez mi madre se sintiera aliviada, pensé, de que mi padre hubiera

muerto. Tal vez compartiéramos el alivio. Tal vez mi padre había sido un problema para más personas aparte de mí, tal vez a su manera Astrid y Åsa se sintieran aliviadas de que nuestro padre hubiera muerto, porque durante muchos años estuvo sentado en el sillón, callado, deprimido y tedioso, irradiando tedio. Porque ellas, pero sobre todo mi madre, pensaban que el problema de su relación con Bård, de su relación conmigo era nuestro padre y pensarían que, ya que nuestro padre había muerto, las cartas podían repartirse de nuevo, tal vez lo esperaban todas, no solo mi madre. Había un buen ambiente, dijo Søren, distendido, aunque habían llorado viendo las fotos de nuestro padre y de la familia, pero se habían reído más de lo que habían llorado.

Cuando Søren y Ebba se disponían a marcharse, mi madre los acompañó hasta la entrada y les preguntó por Tale y sus bisnietas, Emma y Anna. Había llamado a Tale un montón de veces, dijo, pero no había conseguido hablar con ella, y Tale no le devolvía nunca las llamadas, no sabía nada de ella. Será el teléfono, dijo Ebba, será porque es un número sueco. Inténtalo otra vez, dijo Søren. Mi madre se hizo la tonta, contó él, estaban en la entrada de Bråteveien poniendo al mal tiempo buena cara, fingiendo y mintiendo.

La raíz de mi ser, decía Klara, es la calle de mi infancia. Me dio una fuerza enorme un día que me sentía salvajemente abandonada. Sembró nostalgia en mi mente una enérgica noche de lluvia. En una ocasión me derrumbó para endurecer mi corazón, luego me volvió a levantar con cuidado, secándome las lágrimas.

El día de Nochebuena por la mañana me pasé por casa de Karen y Klara, como tenía por costumbre. Me recibieron expectantes. Dije que me sentía aliviada, porque ya no tenía que esperar nada desagradable por esa parte. Dijeron que entendían lo que quería decir. Dije que me sentía inquieta ante el entierro, entendían lo que quería decir. Dije que temía el pecado original, entendían lo que quería decir. Hablamos de cómo prevenirlo. Cuando llegué a casa, cuando la casa olía a costillas al horno, cuando Søren y mi yerno estaban en la cocina trajinando, el árbol se había adornado y mis nietos deambulaban entre los regalos, pedí que se bajara la música, que se hiciera el silencio, porque tenía algo que decir antes de empezar la celebración. Quería que supieran que yo aceptaría la postura que cada uno de ellos quisiera adoptar ante la familia de Bråteveien. Que a mí no me importaba la postura que ellos eligieran, si decidían ver mucho, poco o nada a la familia de Bråteveien, que yo los quería fuera como fuera, y que esperaba que ellos aceptaran entre ellos sus distintas posturas. Y no hablemos más del tema, dije. Y no hablamos más del tema, celebramos la Navidad, yo me sentía adulta.



Klara no tenía padre, ni hijos ni hermanos, pero tenía a Anton Vindskev y organizaba recitales de poesía con él y sus colegas daneses en el café Eiffel, de Copenhague y a ella le parecía que la cosa iba bastante bien. Fui a verla a Copenhague y asistí a un recital de poesía con Anton Vindskev y sus colegas daneses, estábamos Klara y yo, además de dos asistentes que pagaron. Esto es *ennovador*, susurró, quería decir innovador. ¿A que tenemos mucha suerte?, susurró, dándome golpecitos en el costado mientras Anton recitaba, y sonriendo mucho.

El día de Navidad, mis hijos iban a comer en casa de su padre y yo me fui a casa de Lars a comer con él. Su hijo Tor, de doce años, estaba allí. Vi que se había enterado de que mi padre acababa de morir, lo noté cuando nuestras miradas se cruzaron al entrar por la puerta. Parecía triste e inseguro, como asustado, sentado en el último rincón del sofá, evitando mirarme y acercarse a mí, aunque yo lo conocía bien. ¿Cómo comportarse ante una persona que acababa de perder a su padre, lo peor que podía ocurrir? ¿Cómo se saludaba a una persona que acababa de vivir lo peor? No debía cometer ningún error. Pero yo no me mostraba como él se imaginaba, porque Lars no le había contado nada de la relación que yo tenía con mi padre. Tor se sintió aliviado al ver que yo no parecía destrozada, que estaba como siempre, porque entonces le resultaría más fácil ser él y comer, pero me miraba constantemente por encima del halibut, ¿qué clase de persona era yo realmente?

Astrid escribió que la escuela saldría el lunes. Salió el lunes. Bård escribió que era prudente. Era prudente. No más adjetivos que *querido*. Nos habían tenido en consideración a Bård y a mí, pensé, no querían provocarnos a Bård y a mí, querían que el entierro estuviera bien, que fuera digno. Astrid escribió que no me preocupara por las flores. Yo no me había preocupado por las flores. ¿Temían que llegara con una corona de palabras insultantes? ¿Temían ellas el entierro tanto como lo temía yo?

La noche antes del entierro soñé que asistía a un entierro. Iba sentada en el asiento delantero al lado de Astrid, que conducía, en el asiento trasero iba Åsa. Ella dijo: Tenemos que acordarnos de abrazarnos. No debemos dar la impresión de que nos parece una liberación.

Llevaba la ventanilla bajada, fuera estaba mi padre: A mí me lo parece, dije mirándolo.

Su cara se retorció de ira y dolor.

Me acordé de que tenía un agujero en las medias y de que llevaba un jersey blanco, tenía que cambiarme de medias, ponerme una blusa negra, ¿me daría tiempo? Sí, si iba directamente de Skaus vei a la iglesia. Me bajé del coche y empecé a alejarme, mi padre me vio alejarme, creyó que iba a escaparme de todo y dijo: ¿Esa es la hija que yo he criado?

Me volví hacia él y dije con una tranquilidad fingida: ¡Sí!

Luego seguí andando con tranquilidad fingida, con seguridad fingida, temiendo que él me siguiera. Me obligué a mí misma a andar con tranquilidad mientras pensaba solo en si me seguía, al cabo de un rato me volví para ver si me seguía, sí, me seguía. Pero había más gente por allí, no se le ocurriría hacerme nada con tanta gente alrededor, ¿no? Venía detrás de mí, cada vez más cerca, me alcanzó, estaba justo detrás de mí, se agachó y cogió del suelo un voluminoso tubo de hierro, lo levantó para pegarme y yo pensé: ¡Ellos, esa gente, tendrán que detenerle! Y luego: Si me alcanza, el golpe será mortal.

Me hice muy amiga de Bo Schjerven cuando estalló la guerra de los Balcanes. Bo había tenido una relación de amor con Yugoslavia, y tuvo pena de amor cuando Yugoslavia se disolvió, cuando los que habían convivido pacíficamente empezaron a matarse entre ellos. ¿Cómo pudo ocurrir? Cada mañana, Bo bajaba corriendo al quiosco Narvesen de la esquina a comprar todos los periódicos noruegos, pero no compraba la cobertura que ofrecían de la guerra de los Balcanes. Había algo que no encajaba. Intentó averiguar qué era eso que no encajaba, se pasaba todo el día en la Biblioteca Universitaria leyendo periódicos extranjeros: alemanes, franceses, ingleses, rusos, y estaba cada vez más indignado y triste, ahogado en copias de artículos de periódicos extranjeros con sus propios subrayados y comentarios al margen. Escribió acalorados artículos a los periódicos noruegos sobre la malísima cobertura de la guerra de los Balcanes y todos fueron rechazados. Yo suavicé parte de ellos y los medios noruegos publicaron alguno. Algunas buenas personas escribieron que lo que él decía era importante y entonces valía la pena, comentaba Bo, aunque no cambiaba nada. Nada cambió, aunque Bo Schjerven escribiera en los periódicos, pero él decía, como el filósofo, que no escribía para convencer a los que no estaban de acuerdo con él, sino para que los que lo estaban supieran que no estaban solos.

Bo tenía la mirada torcida. Bo lo veía todo desde otro ángulo. Bo no se limitaba a decir: Esto es verdad, sino que preguntaba: ¿Qué otra cosa es verdad?

No debíamos llegar tarde. Les pedí a Ebba y Søren que no llegasen tarde. Tale aplazó la vuelta a Estocolmo para poder asistir, no debíamos llegar tarde. Salimos con tiempo de sobra, pero yo no quería llegar demasiado pronto, no quería estar en la escalinata de la iglesia saludando y charlando. No debía llegar demasiado tarde, debía llegar justo a tiempo, me daba miedo pensar en ello. Cuando estábamos ya muy cerca, vimos que era demasiado pronto, no queríamos presentarnos demasiado pronto en la capilla, fuimos a la gasolinera más cercana y nos compramos un café. Nos quedamos sentadas en el coche tomando el café. No nos marchamos de la gasolinera hasta que quedaba lo justo para llegar, lo más cerca de la hora posible, pero a tiempo, yo estaba angustiada. Nos metimos en el aparcamiento, me daba miedo pensar en las personas con las que me encontraría, vi a Bård con su mujer y sus hijos. También ellos querían llegar lo más tarde posible, pero a tiempo. Salimos y nos saludamos, llegó Lars, yo estaba muy nerviosa. Llegó Karen, llegó Klara corriendo, llegaron mi exmarido y Ebba, conté el sueño sobre mi padre y el tubo de hierro en voz demasiado alta, fuimos juntos hasta la puerta, pero yo quería esperar antes de entrar. Los demás entraron, la mayor parte habría entrado ya, porque no había nadie charlando en la escalinata, una pareja que me era desconocida me pasó por delante a toda prisa y entró. Søren llamó diciendo que no encontraba el camino, tuve que explicarle cómo llegar, Klara me dijo que tenía que entrar ya. Había entrado Bård con su mujer y sus hijos, había entrado mi exmarido, me agarré fuerte del brazo de Tale. Klara me dijo que tenía que entrar ya, pero Søren no encontraba el camino, tenía que explicarle cómo llegar, quería hablar a Klara del sueño, Klara me arrancó el móvil de la mano y dijo que ella le explicaría a Søren cómo llegar, insistió en que entrara ya, me metieron dentro, Tale, Lars y Ebba me arrastraron dentro, no miré ni a izquierda ni a derecha, anduve lo más deprisa que pude hasta la primera fila de bancos, donde me vi obligada a sentarme y estar visible. En la primera fila del lado derecho estaba Bård con su mujer y sus hijos, en el lado izquierdo estaba mi madre con Astrid, Åsa y sus maridos e hijos, el banco de detrás estaba lleno y el banco de detrás también, la mayor parte de los bancos de la izquierda estaba llena, pero no había nadie al lado de Bård, su mujer y sus hijos, en el banco de detrás de ellos no había nadie y en el de detrás solo había un hombre, pero entonces llegué yo, entonces llegamos nosotros. Yo me senté al lado de Bård, su mujer y sus hijos, mis hijos se sentaron a mi lado y Lars se metió a presión entre los hijos de Bård y yo, así llenamos la primera fila vacía de la derecha, pero la fila de detrás de nosotros seguía vacía, la gente no quería sentarse en nuestro lado, la gente no quería estar de nuestro lado, pero a las últimas en llegar, mis amigas, que preferían sentarse muy atrás debido a su lejana relación con mi padre, el sacristán las mandó sentarse en la segunda fila de la derecha, pues se había dado cuenta de que estaba vacía y no quedaba bien. Mis amigas entraron y se sentaron detrás de Bård y de mí, en nuestro lado, de nuestro lado, y Søren llegó a tiempo con su enorme chaquetón de plumas, era el más grande.

Lars me dio un golpecito con el codo en el costado: Hay alguien que quiere llamar tu atención. Señaló con la cabeza a mi madre, sentada en la primera fila del lado izquierdo, mirándome fijamente con la bufanda que le había regalado por Navidad alrededor del cuello. Tuve que levantarme, acercarme y darle un abrazo para que todo el mundo nos viera, me acerqué a ella y le di un abrazo, y di un abrazo a Åsa y Astrid lo más deprisa que pude, luego me detuve, ya bastaba, no podía ir dando abrazos a la fila entera, maridos e hijos de Astrid y Åsa, y volví a la primera fila de la derecha, ya solo faltaba sobrevivir al resto del acto, salir de la capilla, llegar al coche, marcharme de allí, acabar con todo aquello, e irme a casa de Lars en el bosque, en total no llevaría más de una hora. En la hoja impresa para el entierro había una foto de mi padre de hacía unos treinta años con el torso desnudo en una barca en Hvaler, y una mano en el motor fuera borda, no me gustaba verlo así, desnudo, tanta piel al descubierto, en la parte de atrás había un poema escrito por mi madre sobre cuánto le gustaba yacer junto a él. Ahora él yacía en el ataúd blanco debajo de las flores, ellas habían organizado lo de las flores, en la barandilla del altar había cuatro corazones de flores de sus cuatro hijos, nuestros nombres y los de nuestros hijos en cintas de seda rosa, yo me imaginé a mi padre con el tubo de hierro.

Entró el maestro de ceremonias, dio la bienvenida y leyó el poema de mi madre a mi padre, impreso en la parte de atrás de la hoja. Ella lo escribió una temprana mañana de enero, dijo él, mi madre se despertó antes que mi padre, se sentó junto a la ventana y escribió ese poema que trataba de su anhelo por yacer junto a mi padre y de una primavera en enero. El maestro de ceremonias volvió muchas veces a eso, a la primavera en enero, al tiempo que seguiría a la muerte de mi padre, a enero, que pronto llegaría, de hecho, pasado mañana. De la vida después de mi padre para mi madre, de todo lo que podría empezar de nuevo habló mucho el maestro de ceremonias, seguramente por orden de mi madre, seguro que ella albergaba la esperanza de una primavera en enero. Cantamos *Maravillosa es la tierra*, y yo me esforcé por mostrar que no me temblaba la voz, me preguntaba si la familia pensaba que a partir de entonces yo formaría parte de esa ahora presagiada vida después de la muerte de mi padre, la primavera en enero, la nueva vida de mi madre, Astrid y Åsa después de la muerte de mi padre, si realmente creían que todo podía empezar de nuevo, como si la historia no existiera, como si la historia pudiera ser revocada, borrada, a pesar de que todas las guerras del mundo mostraban que no se puede hacer caso omiso de ella, que no se puede ignorar, y que si se desea reducir el significado destructor de la historia para el futuro, hay que poner todas las versiones de la misma sobre la mesa y reconocerlas. Åsa pronunció un discurso, Åsa dijo que nuestro padre amaba a nuestra madre. Creo que en eso tenía razón, que nuestro padre amaba a nuestra madre en el sentido de que se enfurecía cuando dudaba que su amor fuera correspondido, se enfurecía cuando le parecía detectar falta de cariño por parte de ella, y se enfurecía si mi madre lo rechazaba sexualmente y de otras maneras, mi padre amaba tanto a mi madre que la odiaba y se enfurecía con ella y con todas las mujeres, con todo lo que era femenino si se sentía rechazado por ella, tan vulnerable era mi padre en relación con mi madre que reaccionaba con rabia y agresividad cuando se sentía rechazado por ella, mi padre amaba

tantísimo a mi madre y de un modo tan irreflexivo que quería poseerla, dominarla y controlarla, y solía conseguirlo, pero no podía saber lo que mi madre sentía por dentro, eso era lo más horrible para mi padre, verse incapaz de controlar cien por cien el interior de mi madre. Mi padre sufría y odiaba a mi madre por eso, de la misma manera que había odiado a su fría madre, a cuyo interior nunca había llegado, por quien había sido rechazado, había dicho él muchas veces, él, a quien yo de niña tenía por frío. Así era mi análisis de mi padre, fuertemente inspirado por Freud, pero creía en ese análisis, lo sentía como mío. Mi madre sufriría el frío mostrado por la madre de mi padre si no se entregaba por completo a él, y eso fue lo que ella intentó hacer, no tenía elección, pero mi padre nunca pudo estar seguro de si quedaba algún resquicio, un ínfimo porcentaje de reserva hacia él por parte de mi madre, y eso no podía soportarlo en lo más profundo de su ser, mi padre odiaba a mi madre y a todas las mujeres porque esquivaban su control absoluto y porque las necesitaba horriblemente. Pobre papá.

Nuestra madre fue, sin duda alguna, el gran amor de nuestro padre, dijo Åsa, pero, por suerte, dijo también que lo de tener a nuestra madre como su gran amor podía suponer un ejercicio exigente, se refería a la infidelidad de nuestra madre con Rolf Sandberg, conocida por todo el mundo. Luego habló de nosotros, los cuatro hijos de nuestro padre. Dijo que la mezcla de genes de nuestros padres había dado como resultado cuatro hijos muy distintos. No quería parecerse ni a Bård ni a mí, así que habló de nosotros uno por uno. De Bård dijo que había tenido éxito en muchas modalidades deportivas y también como jurista y hombre de finanzas, seguro que Åsa había leído el correo que Bård envió a nuestro padre y le dedicó ahora esos elogios que nuestro padre nunca le había dedicado, esperaban la primavera en enero. A Bergljot, dijo, llegando a mí, la número dos, me sentí emocionada, a Bergljot, dijo, siempre le ha interesado el teatro y el drama, Bergljot ha organizado representaciones teatrales dirigiendo a todos los niños del barrio. Bergljot era creativa e imaginativa, era crítica de teatro y directora de una revista literaria. Astrid, dijo, la número tres, también había sido una buena deportista, como Bård, en su juventud, pero ahora trabajaba en temas de derechos humanos, mientras que ella, la más pequeña, la que siempre había sido la más reservada y considerada por ello la más inteligente, dijo, con la intención de hacer una gracia, nos reímos entre dientes, trabajaba ahora con textos legales en el ministerio, le gustaba mantenerse en segundo plano, analizar, reflexionar.

Luego dijo que nuestro padre se había portado muy bien con la abuela, su madre, cuando enfermó siendo ya mayor. Era verdad, había olvidado por completo cómo mi padre se ocupó de su vieja madre cuando cayó enferma, cómo iba a la residencia donde ella estaba cuatro veces a la semana, cuidándola. Åsa contó que nuestro padre organizó a la familia de tal modo que la abuela recibiera visita todos los días. No me acordaba de eso, no debí de participar en el plan, quizá se organizara después de que yo me mudara, en cuanto pude, al acabar el instituto, mientras Astrid y Åsa seguían viviendo en casa, quizá ya entonces estuvieran solo ellos cuatro. ¿Por qué había olvidado que mi padre cuidó a la abuela, su madre, cuando enfermó, y que iba a verla a la residencia varias veces a la semana? ¿Por qué no encajaba en la imagen que yo tenía de él? ¿No

estaba pensando hacía un momento que él odiaba a todas las mujeres debido a la frialdad de su madre, porque había sido rechazado por ella? Intentaba colocar a mi padre dentro de un sistema, pero él escapaba al sistema. ¿O mi padre hacía penitencia, no ante aquellos a los que había faltado, sino ante una vieja inofensiva a quien ya no temía? Mi padre tuvo entonces la oportunidad de ser bueno, de cuidar de alguien, y resultaba más fácil cuidar de su vieja madre enferma que de aquellas a las que tenía miedo, que crecían sin cesar, haciéndose mayores y tal vez peligrosas, ¿no ocurre eso a menudo?

Åsa se volvió hacia el ataúd, hacia su padre y se despidió de él con la voz entrecortada, yo miré de reojo a Astrid, que estaba inclinada hacia delante con la cabeza vuelta hacia un lado, mi madre parecía serena.

Subió la hija de Åsa y depositó una rosa roja sobre el ataúd de nuestro padre. El maestro de ceremonias, que hasta ahora había utilizado conceptos vitales neutros, pasó ya a emplear los cristianos, polvo eres y en polvo te convertirás, de la tierra vienes y a la tierra volverás, del polvo resucitarás. Echó tierra sobre el ataúd de mi padre tres veces con una pala y debió de pulsar un botón, porque el ataúd bajó lentamente y cuando había bajado del todo, el suelo se cerró con un sonido sordo. Cantamos otro salmo, y yo canté muy alto para mostrar que no me temblaba la voz, ya tendría que acabar pronto, pero después del cántico, el maestro de ceremonias fue de corona en corona leyendo los nombres impresos en ellas, fue de corazón en corazón leyendo nuestros nombres y los nombres de las demás coronas y ramos, gente de la que yo no tenía ni idea, como para subrayar que eran muchos los que habían querido a mi padre y que lo echarían de menos. Al terminar de leer los nombres ya había acabado todo, sonaron las campanas, se abrieron las puertas detrás de nosotros, mi madre, la viuda, salió primero, recorriendo el pasillo central, la siguieron Åsa, Astrid y sus familias, toda la primera fila, a continuación nos tocó a nosotros, a nuestro banco, Bård y su familia y luego yo con Lars y mi familia, no quedaba otro camino, yo agarraba con fuerza el brazo de Tale a la vista de todo el mundo, seguramente observada por todos, pero mi mirada no se cruzó con la de nadie, andaba lo más rápidamente posible con los ojos clavados en la espalda que tenía delante, la espalda de Bård, hacia la luz al otro lado de la puerta, la clara luz de diciembre. En la escalinata, el maestro de ceremonias esperaba para darnos la mano, le di la mano y le dije que había sido una bonita ceremonia, aunque no era verdad, le dije a Åsa, que estaba en la escalinata, que su discurso había estado muy bien, le dije a mi madre que había sido una bonita ceremonia y seguí bajando la escalinata evitando que me preguntaran si iba a ir con ellos a Bråteveien para no tener que decir que no, para que no me insistieran, para no provocar reacciones escandalizadas en la gente que ahora salía en tropel de la capilla y saludaba y abrazaba a mi madre, a Åsa y a Astrid, yo iba agarrada con fuerza al brazo de Tale en dirección al coche, andábamos lo más deprisa posible sin correr, llegamos al coche y me senté en el asiento del pasajero, Tale conducía porque yo había bebido mucho vino la noche anterior, le pedí que arrancara para irnos, pero me acordé de que Klara tenía mi móvil y pedí a mi hija que fuera corriendo a por él antes de que llegara alguien, por suerte Klara estaba ya junto al coche con el



móvil, y dijo que hacía bien en marcharme, vino Karen y les di un abrazo y las gracias por haber acudido, pero tenía que irme ya y nos marchamos.

Una Semana Santa, yo tendría unos once años, estábamos la familia al completo en la minúscula cabaña que solíamos alquilar todos los años, sentados muy juntos escuchando la radio, un programa sobre telepatía. Intentamos transmitirnos los pensamientos. Bård sacó una carta de la baraja, la miró, pensó en ella y el resto de la familia tenía que adivinar en qué carta estaba pensando. Nadie consiguió adivinarlo. Astrid sacó una carta y pensó en ella, pero ninguno conseguimos adivinar la carta que había sacado y en la que estaba pensando. Nuestro padre sacó una carta, la miró, nos transmitió la carta con el pensamiento y el pensamiento me llegó con toda claridad: As de corazones.

Y así era. Mi padre dio la vuelta a la carta, era el as de corazones, ¡yo me puse muy contenta! As de corazones de papá para mí.

Klara llamó la noche del entierro, yo estaba sola en casa de Lars en el bosque. Fue una ceremonia extraña, dijo. ¿A quién se le había ocurrido lo de los corazones de flores? ¿Y lo de que mi madre recitara ese poema sobre yacer junto a él? ¿Y lo de leer en voz alta los nombres de todas las coronas y ramos, y el discurso de Åsa, que me describía como una aficionada a crear dramas y a dirigir a mi entorno, mientras ella se presentaba como una analítica pensadora que prefería el recogimiento silencioso? Esa mujer no sabe gran cosa de lo que haces, dijo Klara.

Por la noche soñé que la familia al completo íbamos a realizar un experimento: convivir en la misma casa durante tres meses. La casa estaba llena de familia, mis hermanas, sobrinas, sobrinos, tías y tíos, que hablaban, se reían y se encontraban a gusto juntos, mientras yo me sentía incómoda y marginada, esforzándome por subir a mi habitación una maleta inmanejable. Los demás estaban planificando una excursión, todos exaltados y entusiasmados, excepto yo, a todos les hacía ilusión, excepto a mí, los demás colaboraban estrechamente, yo no, nadie me ayudaba con la maleta. Pensé en pedírselo a Bård, pero no lo veía.

Así es como me he encontrado en la familia, pensé cuando me desperté, y sobre todo en las vacaciones, cuando no había colegio y toda la familia estábamos sentados muy juntos por las noches en Hvaler. Bård estaba fuera, en el mundo. Bård buscaba otros lugares, siempre estaba fuera, sabía conducir barcos y tenía una novia, pero yo me quedaba en casa con la familia porque mi madre tenía un miedo histérico de que me pasara algo y me había contagiado su preocupación. Por las mañanas corría sola por las rocas junto al mar y encontraba cuevas en las que me escondía y convertía en mías, me sabía de memoria el paisaje de Hvaler, pero por las noches estaba obligada a quedarme con la familia, relegada a la familia, con dolor de tripa, un nudo en la garganta, opresión en el pecho, observando a mi madre y a mis hermanas, era imposible que se sintieran como yo. No veía a mi padre, no nos mirábamos si podíamos evitarlo, mi padre estaba siempre al margen, mi padre estaría como yo, solo con su inmanejable equipaje.

Freud opina que el sueño expresa un deseo censurado, que el deseo, por tanto, se camufla y se distorsiona. Jung opina lo contrario, que si no entiende un sueño se debe a que su espíritu está distorsionado y le impide ver el sueño correctamente. Jung no quería ver las cosas de un modo diferente al que le pedía el instinto, porque si lo hacía, su serpiente se volvería en su contra. Freud opinaba ciertas cosas que la serpiente de Jung no podía aceptar, por esa razón Jung rompió con Freud, Jung quería moverse por el camino prescrito por su serpiente, porque era bueno para él.

Mi padre era un hombre guapo. Mi padre era tan guapo como mi madre. Estaban guapos cuando acudían a fiestas navideñas y otros eventos a los que se veían obligados a acudir. Volvían a casa de esos eventos en cuanto podían, hablaban lo menos posible con los demás padres, a mi madre le habría gustado hablar, pero mi padre estaba rígido e incómodo, deseando volver a casa cuanto antes. Mi padre era guapo, yo opinaba que se parecía a James Bond cuando lo interpretaba Roger Moore, solo que no tan relajadamente encantador.

Perdí a mi familia más cercana hace veintitrés años. Fue elección mía, me quedaba sola en casa en Navidad cuando mis hijos la pasaban con su padre, prefería estar sola a perderme a mí misma en la familia, pero había perdido a mi familia. Tenía miedo a morirme, a que la familia me enterrara y mi madre o mi padre pronunciaran un discurso en mi entierro y me alabaran con mentiras, nos alabaran a nosotros. Tenía miedo a morirme, a ser atrapada por la familia y a perderme a mí misma en la muerte. Llamé a Karen y le dije que si moría, ella tendría que organizar el entierro con Klara y prohibir a mis padres pronunciar discursos. Me prometió que así lo haría.

Bo intentaba entender las guerras sin simplificar, como hacían los medios de comunicación, sin pensar en blanco y negro, bueno-malo, víctima-verdugo, como hacían ellos, como suele hacer la gente, como hago yo.

Al menos una vez al mes quedábamos en una pastelería para hablar de los conflictos en el mundo, y Bo me explicaba las causas y cómo los veía él, subrayando que también podían verse de otros modos.

Al menos una vez al mes esperaba a Bo sentada en la pastelería y Bo llegaba andando a su manera característica, inclinado hacia delante y con la vieja mochila al hombro llena de copias de artículos de periódicos extranjeros, los sacaba y dirigía su aguda luz a lo que estaba en la oscuridad, viendo conexiones donde otros decían que no las había y sistemas donde personas de autoridad decían que no había tales sistemas, sino solo casualidades, casualmente afortunadas para los poderosos, casualmente desafortunadas para otros. Bo llegaba de la Biblioteca Universitaria con los diarios y los discursos de Goebbels en la mochila y me mostraba su parecido con los oradores de ahora, qué no se hace para defender a los civiles. Bo estudiaba la retórica de Goebbels y señalaba cómo los políticos actuales noruegos empleaban la retórica de Goebbels de entreguerras para defender las guerras en las que tomaban parte. Bo se desesperaba al ver que los políticos noruegos iban a la guerra después de haber empleado la retórica de entreguerras de Goebbels que la gente aceptaba sin reflexionar, pues tenemos que salvar a los civiles. Bo llegaba a la pastelería con las pruebas en la mochila, la palabra en su poder y la razón en el fondo del corazón.

Lars llegó a la casa del bosque en la nieve, celebramos el Año Nuevo. Intentamos disfrutar, pero yo solo podía hablar de una cosa. Intentaba hablar de otros temas, pero acababa siempre hablando de la Cosa. Mi padre, el entierro, la infancia. Lars estaba harto de oírme hablar de mi padre, del entierro, de la infancia, no servía de nada, no se podía hacer nada con ello excepto dejarlo todo atrás. Yo lo sabía, ¿pero cómo se hacía? ¿Cómo se dejaba todo atrás? Yo sabía que era una pesada, pero era incapaz de no serlo, y esa no es una disculpa válida. Mi padre era incapaz de dejar de ser como era, mi madre era incapaz de dejar de ser como era, Astrid era incapaz de dejar de ser como era, yo me parecía a ellos en que era incapaz de dejar de ser yo, de ser destrozada y de destrozar.

El día de Año Nuevo, Bård me deseó feliz año y me preguntó si había recibido una convocatoria a una reunión con la auditora. Yo no había recibido nada. Deberías haberla recibido, dijo, junto con el testamento. La reunión tendría lugar el cuatro de enero, a las cinco. El dos de enero, Lars se fue, yo me quedé sola en el bosque.

Daba largos paseos. Había conseguido aplazar la fecha de entrega de *En Escena*, explicando a la redacción y a la imprenta que mi padre acababa de fallecer, razón por la que no conseguía concentrarme en el trabajo, ellos lo entendieron, me dieron el pésame y me dijeron que me tomara el tiempo que necesitara, que no era de extrañar que la muerte de mi padre me hubiera trastornado.

Daba largos paseos por la orilla del río pensando, y tras mucho vacilar escribí a mi madre para desearle feliz año. Me agradeció inmediatamente que un grupo tan nutrido hubiéramos acudido a la capilla. Tenía la sensación de que Astrid y Åsa la estaban ayudando, lo de un grupo tan nutrido no era una expresión de mi madre. Suponía que mis hermanas se turnaban para cuidarla, seguramente iban a verla en días alternos, sin duda sería una ardua tarea. Ella escribió que fue una ceremonia digna. Es verdad, contesté.

Entonces recibí la convocatoria de la auditora para el cuatro de enero, a las cinco de la tarde.

A veces me imaginaba cómo reaccionaría si murieran mi madre o mi padre, o si murieran los dos a la vez en un accidente de avión. Pensaba que me sería imposible —mental y físicamente— acudir a una reunión sobre dinero y bienes con mis hermanos y repartir las cosas de nuestros padres. Si no quería verlos cuando estaban vivos, sería bastante complicado aparecer cuando hubiesen muerto para percibir dinero y objetos. Decidí no acudir a ninguna reunión de ese tipo, no participar en el reparto de sus bienes, y sentí alivio por haber tomado tal decisión. Pero luego pensé que tal vez fuera injusto de cara a mis hijos. Llamé a su padre y le pregunté si en el caso de que mis padres murieran en un accidente de avión, él estaría dispuesto a representar los intereses de nuestros hijos en una reunión sobre la herencia, dijo que lo haría con mucho gusto. Luego los niños se hicieron adultos y eran capaces de representarse a sí mismos, ya no había que



preocuparse, pero entonces retomé el contacto con Bård y me puse de su parte en el asunto de la herencia, así que no podía evitar acudir a la reunión con la auditora, ¿no?

Al mismo tiempo me di cuenta de que la idea de una reunión sobre la herencia ya no me producía la misma angustia que antes de la muerte de mi padre, comprendí entonces que era a mi padre al que tanto temía, aunque había intentado imaginármelo muerto. Pero ahora sí que estaba muerto, y ya no temía a mi madre ni a Astrid ni a Åsa como temía a mi padre, no temía sus voces como temía la voz de mi padre cuando la alzaba, la mirada de mi padre cuando quería atemorizarme tanto que me quedaba muda. Reunión con la auditora el cuatro de enero, a las cinco. ¿Cómo me comportaría? ¿Qué buscaba? ¿Qué busco?, le pregunté a Klara. Justicia, respondió. Desagravio. Pero ellos no pueden ofrecerme ni justicia ni desagravio, dije. Tendrán que escucharte, dijo Klara. No podrán eludirse con su conducta escurridiza. Nunca te han apoyado, nunca te han escuchado, han callado durante años y ahora también van a engañarte con el dinero cuando en realidad tú y Bård, el hijo desamparado, deberíais percibir una compensación por daños y perjuicios, pero en lugar de eso os van a dar menos, ¿van a ganar ellas con vuestra desgracia? Klara insistió en verme antes de la reunión con la auditora, el cuatro de enero, a las cinco, no consentía que yo aceptara ser estafada, que me diera vergüenza exigir algo cuando las que debían avergonzarse eran Astrid y Åsa.

Es ya este lunes, dije.

Vente el domingo por la noche, dijo, exigió, y te prepararemos para la reunión con la auditora.

Una vez, hace muchos años, tras un largo día en un café, inclinados sobre los artículos de Bo, caminábamos por las oscuras calles de la ciudad, una noche fría y húmeda de finales de octubre, hablando de nuestros problemas de insomnio. Nos íbamos resbalando, las calles estaban llenas de resbaladizas y putrefactas hojas de castaño, teníamos los pies mojados, pero no nos íbamos a casa, retrasábamos ir cada uno a nuestra casa, caminábamos por las oscuras calles otoñales bajo los castaños, contándonos el uno al otro lo que hacíamos cuando yacíamos insomnes por las noches. Bo tomaba alternativamente pastillas para inducir el sueño y pastillas para mantenerlo, tenía miedo de hacerse adicto, gastaba mucha energía en planificar el tipo de pastilla que iba a tomar, cuándo y con qué frecuencia, yo bebía vino. Bo era insomne desde niño, yo era insomne desde niña, siempre había temido dormirme, lo deseaba, pero lo temía. Cuando era pequeña y no podía dormir, cuando estaba acostada y no me atrevía a dormirme, tenía fantasías de que era judía y yacía hacinada con otros judíos en un vagón de tren camino de algo durante la Segunda Guerra Mundial, apretada contra otros en un vagón de tren, rodeada de otros cuerpos calientes y vivos todos juntos en un destino colectivo, no sola, apretada contra otros con el suave y tranquilizador ritmo del tren, imaginándome oír la respiración de otras personas por todas partes, cerca del oído, cerca de la nuca, intentando respirar al mismo ritmo que ellos, al compás del tren, imaginándome que yacía tan cerca de otros seres vivos y calientes como era posible, que éramos un solo gran cuerpo que se fundía con el tren.

Te identificas con las víctimas, dijo Bo.

Pero, añadió con una sonrisa torcida, toda víctima es un verdugo potencial, de manera que no hay que ser demasiado generoso con la compasión.

Astrid llamó el domingo, tres de enero, por la tarde, cuando me dirigía a casa de Klara. Había dos cosas que quería que supiera antes de la reunión del día siguiente. Una era que la sobredosis de nuestra madre no tenía nada que ver con Rolf Sandberg. Ella se lo había preguntado y nuestra madre había contestado que no tenía nada que ver con él. Al contrario, nuestra madre había estado en el entierro de Rolf Sandberg y con el beneplácito de nuestro padre. La segunda cosa era que lo que al parecer pensaba Bård, que había recibido mucho dinero de nuestros padres en el transcurso de los años, no era verdad. Nuestra madre le había pagado el alquiler del despacho durante unos años, pero había sido su contribución a la labor por los derechos humanos, y estaba en su derecho de disponer de su dinero como ella quisiera.

Nuestra madre se encontraba bien, teniendo en cuenta las circunstancias. Mis hermanas se turnaban para dormir y estar con ella día y noche, pero estaba claro que no podían seguir así mucho tiempo.

Cuando me quedé embarazada de mi primer hijo, con veinte años, cuando la prueba de embarazo dio positivo, llamé a mis padres para contarles la buena nueva y mi madre me invitó a Bråteveien. Cuando llegué, me recibió sonriente y misteriosa en la puerta. Ella también estaba embarazada, dijo, eso era lo que necesitaban ella y mi padre ahora, tras todo el revuelo con Rolf Sandberg, un nuevo niño. Podíamos comprar juntas la ropa de bebé, dijo, nos pasearíamos juntas con los carritos, dijo, y entendí que nunca sería libre. Quiso que compráramos test de embarazo, yo estaba paralizada y fui con ella a la farmacia, donde compró dos test de embarazo, Predictor, luego volvimos a Bråteveien, hicimos pis cada una en un frasco y si una hora después se veían dos círculos en el fondo significaría que estábamos embarazadas, durante ese tiempo no había que mover el frasco. Al cabo de una hora, unos círculos azules en el fondo de los frascos revelaron que estábamos embarazadas. La tía Unni, que era médica, se pasó por casa y mi madre le contó que estábamos embarazadas, acabábamos de hacernos un test que lo probaba. La tía Unni miró a esa madre mía infantil y dijo: Tú has movido tu frasco.

Sí, admitió, había tocado el frasco.

Qué desesperada tenía que sentirse. No encontraba ninguna salida. Todo estaba cerrado para ella.

Lars me habló de su desdichada abuela de Fagernes, en los años sesenta. Su abuela paterna, Borghild, llevaba años luchando y trabajando de la mañana a la noche, la abuela Borghild había lavado, fregado y cocinado durante un sinfín de años y una tarde le dijo a su marido, que estaba sentado junto a la mesa de la cocina leyendo el periódico, Lars estaba allí y lo oyó: No aguanto más. Me marchó.

¿Adónde vas a ir tú, Borghild?, le preguntó su marido, y se tumbó en el sofá.

Estaba sentada en el despacho de Klara el domingo por la noche, el día antes de la reunión con la auditora.

Bueno, bueno, Bergljot, dijo Klara. Siempre hay una cosa u otra.

Sí, dije.

Es la calle de la infancia, dijo, la que te enseñó a odiar, la que te enseñó a ser dura y a ignorar, la que te dio las armas más poderosas, tendrás que usarlas bien.

Sí, dije.

Lo que va a ocurrir mañana, dijo, ocurre solo una vez.

Comprendí que quería que mencionara lo innombrable.

¿No es inadecuado? ¿En un escenario como ese?

No, no lo es. Si no dices nada ahora, ¿cuándo lo vas a decir? Si quieres decir algo, tiene que ser ahora, ¿cuándo si no? La ocasión no se volverá a presentar, tu madre puede morir pronto, ya sabes que puede ocurrir de repente y por sorpresa total. ¿Cuándo volveréis a estar reunidos los cinco y con un funcionario público presente? Si no hay un funcionario público presente, un testigo, ellas se marcharán, lo sabes, te harán callar, te gritarán y chillarán más que tú, te echarán o ellas mismas se irán corriendo, lo sabes, pero eso no pueden hacerlo mañana, con la auditora presente, es tu momento, si alguna vez piensas decir algo, lo que quieres decirles, lo que siempre has querido decirles a todos reunidos, pero nunca has logrado, sobria, no alterada, no furiosa, tiene que ser ahora.

Nunca les había dicho nada estando todos reunidos. Nunca había defendido mi causa ante nadie más que Astrid, y siempre furiosa, indignada. Si por fin alguna vez iba a decir lo que necesitaba decir, preparada y tranquila, tenía que ser ahora. Y no era inapropiado, decía Klara, porque mi caso estaba relacionado con el reparto de bienes, porque mi madre justificaba el trato de favor hacia Astrid y Åsa con lo buenas que habían sido, tan diligentes, tan presentes, tan dispuestas a ayudar, tan amables, pero ¿quién tenía la culpa de que Bård y yo no fuéramos cercanos, afectuosos y dispuestos a ayudar? ¿Por qué no lo éramos? ¿Éramos fríos, menos amables y cálidos por naturaleza, o nuestra frialdad se debía a la conducta de nuestros padres? ¿Por qué iban a ser fríos y poco empáticos dos de los cuatro hijos, y las otras dos cariñosas y consideradas? ¿Era simplemente el resultado de esa riqueza de genes que Åsa había mencionado en el discurso en la capilla durante el entierro?

Klara tenía razón. El lunes, cuatro de enero, sería mi oportunidad. Pensé que me vendría bien, esa era la sensación que tenía estando con Klara el día anterior, domingo, tres de enero.

Mañana.

No me perjudicaría nada hacerlo, pensé, porque más no podía empeorar, más daño del ya hecho no podría hacerme. Yo no tenía fe en una primavera en enero. Si mi madre, Astrid y Åsa creían en

una primavera en enero, en buen tiempo primaveral ahora que nuestro padre había muerto, era simplemente porque no sabían hasta qué punto me sentía traicionada por ellas, porque ninguna de ellas en el transcurso de los veintitrés años que habían pasado desde que todo se rompió, ninguna de ellas, digo, se había dirigido a mí en serio, queriendo oír mi historia. No se podía reparar, era imposible. El jarrón se cae al suelo una vez y lo pegas, el jarrón se cae al suelo por segunda vez y lo vuelves a pegar, no queda tan bonito como antes, pero puede pasar, se cae al suelo una tercera vez y queda pulverizado delante de tus pies, una mirada basta para ver que está destrozado, que ya no se puede reparar. Así estaba. Destrozado. La familia se había roto.

¿Por qué intentar entonces hacer algo? ¿Por qué ir allí, crear malestar y vivir ese malestar? Para poder decirlo tranquila, preparada y controladamente por una vez, porque algún día tendría que decirlo con mis propias palabras, por mi paz espiritual, por mi honor, por mi autoestima, para conseguir sacarlo de los rincones, de la oscuridad, de los rumores, de los cabeceos de complicidad, de las miradas entre ellas, para detener el juego de susurros, porque tenía la sensación de que si no lo hacía ya de una vez, y tenía que ser ya, me habría dejado comprar por la promesa de la herencia. Dile a Bergljot que recibirá su herencia, así cerrará la boca sobre aquello de lo que ha inventado ser víctima, prométele algo de dinero y cambiará de tono. Por esa razón querían darme la herencia, por eso predicaban que tratarían equitativamente a sus hijos, con el fin de callarnos la boca a Bård y a mí. Comprar nuestro silencio y nuestra compañía.

Según el *Memento Larousse*, el duelo por tus padres muertos dura dieciocho meses.

Pero Roland Barthes escribe en *Diario de duelo* que eso no es verdad, que el tiempo no atenúa el duelo, que el duelo no acaba.

Barthes escribe que el tiempo no hace desaparecer nada, excepto la parte *emocional* del duelo.

¿He estado siempre de duelo? ¿Es el duelo mi estado? Solo que la parte emocional del duelo se ha atenuado. Siempre he estado y sigo estando esencialmente triste. Solo cuando estoy tranquila, cuando estoy sola, cuando trabajo intensa y profundamente, la tristeza es menos dolorosa. Por eso estoy tranquila, por eso trabajo intensamente, por eso estoy sola.

Roland Barthes dijo a un amigo que el sentimiento pasa, pero el duelo persiste. El amigo contestó: No, el sentimiento vuelve, ya lo verás.

El sentimiento vuelve.



La noche anterior al cuatro de enero no pegué ojo. Las palabras de las notas que había tomado con Klara en su despacho me daban vueltas en la cabeza. Me dormí por fin sobre la una, pero me desperté a las cuatro y no podía volver a conciliar el sueño, porque las palabras de Klara me daban vueltas en la cabeza. Se hicieron las cinco, no podía dormir, pero tenía que dormir, no podía presentarme ese día tan decisivo sin haber descansado, con solo un par de horas de sueño en toda la noche, tenía que conseguir dormirme, pero no me dormía porque las palabras pronunciadas en el despacho de Klara me daban vueltas en la cabeza, me levanté y me bebí una botella de vino casi de un trago para poder dormir, pero no podía dormir, me dormí y me desperté sobre las once y no tenía tanto tiempo como esperaba y con el que contaba para poder escribir un texto breve y conciso. Seguía ebria, pero tenía que levantarme para escribir un texto breve y conciso. Utilicé el borrador de la reunión con Klara, pero lo formulé a mi manera, con un vocabulario más moderado que el suyo, escribí un borrador y di un paseo con la perra para despejarme, sentir la nieve en el pelo, llamar a mis hijos, que notaron que estaba ebria y me dijeron que bajo ningún concepto debía estar ebria en la reunión con la auditora, que no, que no, dije, lo prometo, sería nefasto que estuviera ebria en la reunión con la auditora, lo sabía, les dije, por eso estaba dando un paseo, dije, para estar sobria, para que se me aclararan las ideas, para que me nevara en el pelo, a partir de ahora solo tomaré café, dije. De vuelta en casa mejoré el borrador, escribí de la manera más breve y concisa posible lo que me urgía decir, notaba mientras escribía que me urgía decirlo, estaba cada vez más segura de que era correcto hacerlo, cada vez más nerviosa porque lo innombrable se iba a mencionar estando todos presentes. Cuando lo terminé, llamé a mis hijos para leérselo. Tale dijo que adelante, Ebba dijo: Si eso es lo que quieres... Søren se mostró más vacilante, tal vez no fuera muy adecuado sacar un tema de esa índole en una reunión con la auditora, tal vez endurecería los frentes, nos enemistaría del todo, dijo, pero yo argumenté a favor de mi texto, estaba decidido. Luego llamé a Klara y le leí el texto, dijo que ella habría sido más dura, pero que valía. Llamé a Bo y se lo leí, dijo que en el texto me preocupaba también por mi hermano. Llamé a Lars, que estaba cansado de verme tan obsesionada con esto, tan nerviosa y tan fuera de mí, tan alterada, como si me recreara y me sumiera en ello en lugar de esforzarme por dejarlo atrás. Te van a dar una paliza, dijo, pero ya estaba decidido. Llamé a Karen para obtener la confirmación que necesitaba y cogí el autobús en dirección al centro. Luego había quedado con Ebba en un restaurante indio, necesitaría una cerveza, alguien con quien hablar, estaría temblando. Ya estaba temblando, cogí el autobús, luego el tren para la ciudad y tenía la sensación de que todo el mundo notaba que estaba temblando, que iba camino del frente y que le tenía un miedo mortal, y pensé en la escena inicial de la película *Celebración*, en la que el protagonista camina por un dorado campo labrado, suavemente bamboleante, sabiendo que va camino del frente, ¿cómo es capaz de parecer tan tranquilo? ¿Por qué yo no? Bajé del tren y caminé hasta el café donde había quedado con Bård, que ya estaba allí, según lo acordado, y le

dije que estaba temblando y que había escrito un texto, ahora resulta irreal, resultaba irreal también entonces, le di el texto y le pregunté si le parecía bien que lo leyera en la reunión con la auditora. Mientras él lo leía, me fui al baño. Sentada en el váter pensé: Ahora está leyendo el texto, ahí lo pone. Había pensado en no dejarle que lo leyera, en sorprender también a Bård, porque si le pedía que lo leyera antes de la reunión podría ser que dijera que no debería leerlo en voz alta en la reunión y yo *quería* leerlo, me urgía, no quería dejar pasar mi momento, pero cuando entré en el café y vi el rostro serio de Bård supe que tenía que dejarle leer el texto, que no podía sorprenderlo, porque teníamos una causa común, y sorprenderlo con cualquier cosa, aunque fuera con buenas intenciones sobre nuestra causa, no estaría bien. Tenía que dejarle leerlo, y si él no quería que lo leyera en la reunión, seguro que tenía buenas razones, razones que a mí no se me habían ocurrido, tal vez opinara que no era estratégico hacerlo. Yo estaba en el baño mientras él lo leía, volví a la mesa y me temblaban las manos. Bård quería que leyera el texto. ¿Y si ellas se levantan y se van?, dije. Nosotros nos quedaremos sentados, contestó. ¿Cuándo debo leerlo?, le pregunté. Me explicó cómo pensaba él que transcurriría la reunión. La auditora empezaría con el tema de las sociedades. Hablaría en términos generales y trataría las relaciones comerciales en torno a la herencia. Luego nos daría el testamento para que lo revisáramos, seguramente habría pocas cosas que discutir. Una vez revisado el testamento, la auditora llegaría al tema de las casas de la playa y seguramente diría que había advertido que existía un desacuerdo sobre ellas. Era probable que entonces mi madre expusiera sus argumentos y explicara por qué Astrid y Åsa heredarían las casas de la playa, alegando lo bien que se habían portado siempre, que habían pasado todos los veranos con ellos en Hvaler y que por eso era natural que las casas fueran para ellas. Entonces podrás empezar a leer el texto, dijo Bård. Me tomé dos grandes tazas de café, intenté no manchar la mesa, eran las cinco menos cuarto y nos fuimos al despacho de la auditora, ahora se trata de llevarlo a cabo, pensé, de no pensar en nada más que en llevarlo a cabo, de no pensar en las consecuencias, de no pensar en las reacciones, solo llevarlo a cabo, porque es de una importancia vital, es un asunto de vida o muerte. Cuando llegamos, ya estaban allí mi madre, Astrid y Åsa, mi madre con rostro triste y la bufanda que yo le había regalado por Navidad alrededor del cuello, como un gesto hacia mí, pensé, un agradecimiento hacia mí, y un ruego, pensé, que yo no escucharía.

Bueno, entonces estamos todos presentes, dijo la auditora, y preguntó si queríamos beber algo, señalando una bandeja con agua mineral, termos con café y agua para té. Yo cogí una botella de agua mineral, estaba nerviosa, pregunté si alguien más quería algo, mi madre quería agua mineral, abrí una botella y se la puse delante con un vaso. Abrí otra botella para mí, cogí un vaso, me acerqué a mi sitio, al lado de Bård, me senté, eché agua en el vaso y bebí. La auditora tomó la palabra y explicó las sociedades, al parecer conocidas ya por mis hermanos. Luego nos mostró en un PowerPoint la contabilidad de las mismas, de la que todos estaban al tanto. Dijo que alguien tendría que formar parte de los consejos de administración, era deseo de nuestro padre que todos sus hijos formaran parte de los mismos, seguramente se trataba de la expresión de una esperanza

de reconciliación después de su muerte, ya que había dado por imposible una reconciliación mientras estaba vivo, se veía incapaz, no tenía fuerza suficiente para conseguir una reconciliación en vida, quién la tendría, pero esperaba una reconciliación tras su muerte, una primavera en enero, que sus cuatro hijos compartieran el consejo de administración de las sociedades que llevaban su apellido, nuestro apellido, y que volviéramos a ser buenos amigos. Astrid dijo que no le importaba formar parte de un consejo de administración, seguro que las dos habían acordado de antemano que ella se declararía dispuesta a ello, Astrid era la única de mis hermanos que había estado en contacto conmigo antes de los dos últimos meses. Bård dijo que no le importaba formar parte de un consejo de administración. Åsa dijo bromeando que seguramente me resultaría interesante formar parte de uno, nos reímos un poco, todos sabíamos que yo no iba a querer formar parte de un consejo de administración, al fin y al cabo, me conocían lo suficiente como para saberlo. Tal vez repararon en que delante de mí en la mesa tenía dos hojas dobladas con la cara en blanco hacia arriba para que no vieran si había algo escrito en ellas o si eran hojas que me había llevado para tal vez tomar alguna nota. Todos los demás, excepto mi madre, tenían también hojas delante, hojas en blanco que habían cogido de la mesa donde había un montón de ellas y varios bolígrafos, mientras que yo obviamente me las había llevado de casa. ¿Miraban con preocupación las hojas que yo tenía delante? La auditora señaló unos números en el PowerPoint, Bård había dicho que no se trataba de sumas altas, y no parecía que lo fueran. Duró algo más de una hora, un mero repaso, no hubo comentarios, Bård hizo un par de preguntas nada ofensivas y la auditora se las aclaró. Ya está, dijo la auditora, cerró el PowerPoint y se inclinó ligeramente sobre la mesa, mientras decía que tenía entendido que existía un desacuerdo sobre las casas de la playa. Y antes de que mi madre tuviera ocasión de empezar a exponer sus argumentos, yo di la vuelta a los papeles que tenía delante para ponerme en marcha, para hacerlo de una vez, la espera me había resultado insoportable, tenía que acabar ya con ello, trasladarlo y acabarlo, acabarlo y trasladarlo, desdoblé las hojas, las miré y leí en voz alta:

Yo y, sobre todo, mis hijos hemos oído a menudo a mi madre y a mis hermanas contar la armonía que reinaba siempre en Bråteveien y en Hvaler cuando estaban todos juntos y lo bien que lo pasaban. Hemos oído lo buenas y cariñosas que han sido mis hermanas, etcétera. Mi hijo, Søren, comentó, tras haber estado en Bråteveien hace unas semanas con ocasión de la celebración de los ochenta y ochenta y cinco cumpleaños de mis padres, que si no se supiera que había otros dos hijos, habría parecido una familia admirable y armoniosa.

En este punto mi madre me interrumpió. Ya basta, dijo, y se levantó. Esto es demasiado, no estaba dispuesta a escuchar esas cosas, se iba, dijo, seguramente sospechaba lo que vendría a continuación. Astrid se levantó y con un gesto cariñoso le rodeó el hombro con un brazo. Fue entonces, en ese punto de la reunión, cuando alcé la voz por primera y única vez. ¿Tienes miedo o qué?, le pregunté. La que tiene miedo eres tú, estalló mi madre, pero con el brazo tranquilizador de Astrid rodeándola se volvió a sentar, aunque de mala gana. Este no es el momento adecuado, dijo Astrid, sacudiendo la cabeza, seguro que sospechaba lo que seguiría. Yo continué, no sin

inmutarme, pero esforzándome por parecer tranquila, supongo que leí demasiado deprisa con el fin de poder terminar antes de que alguien perdiera el juicio o se marchara precipitadamente, de lograr decir lo que durante toda la vida hasta ese momento había sentido tantísima necesidad de decir, de acabar con ello de una vez por todas. Y esa es la impresión que desean dar Astrid, Åsa y mi madre, leí, pero hay otros dos hijos inoportunos que perturban esa imagen. ¿Es que no son cariñosos ni agradables por naturaleza? ¿O existe alguna razón por la que los dos hijos mayores de nuestros padres no hayan frecuentado Bråteveien ni Hvaler con la misma asiduidad que las dos pequeñas?

Qué barbaridad, dijo mi madre, qué vergüenza, dijo mi madre.

La reconciliación, es algo que mi hermana Astrid debe de conocer bien, proseguí, ya que trabaja en temas de derechos humanos, solo puede conseguirse cuando todas las partes de un conflicto tienen la posibilidad de exponer su historia, y que la historia no prescribe es algo que también ella, que ha trabajado con el conflicto de los Balcanes, debería saber. Pero antes de ayer mi hermana me dijo que no entendía por qué Bård, que pronto cumplirá los sesenta, no podía dejar atrás de una vez la infancia, sin mostrar ninguna comprensión por su historia, su infancia existe en su cuerpo como la historia de su vida, su propia historia, la única.

¡Qué barbaridad!, bufó mi madre, ¡qué infamia, qué mentiras!

No es el momento adecuado, dijo Astrid, la tía Unni debería estar aquí.

He temido a mi padre durante toda mi vida, proseguí. Hasta qué punto no lo supe hasta el pasado diecisiete de diciembre, en que murió. En mi cuerpo se produjo un alivio totalmente físico. Mi padre debió de decirme, cuando entre los cinco y los siete años fui víctima de repetidos abusos sexuales, que si se lo contaba a alguien a él lo meterían en la cárcel o mi madre se moriría.

Mientes, bufó mi madre.

Yo no conté nada, dije, lo reprimí, lo callé, pero mi vida era cada vez más difícil, poco a poco me volvía tan autodestructiva y la situación me afectaba tanto que lo reprimido emergió a la superficie. Entendí que necesitaba ayuda y la recibí, tras varios exámenes médicos me sometí a un tratamiento psicoanalítico a costa del Estado. Cuando hace veintitrés años le conté a mi madre la verdad, ella renegó de mí. Lo mismo hicieron mis hermanas. Me convertí en una no hija que amenazaba el honor de la familia. El que con el tiempo me expresara en público en distintos contextos se convirtió en un problema y una amenaza, como dijo en una ocasión Astrid cuando en mi desesperación dije que mis padres habrían preferido verme ingresada en un psiquiátrico a que fuera escritora. Pues sí, habría sido lo más sencillo.

No es el momento adecuado, repitió Astrid por tercera vez, sacudiendo la cabeza en presencia de la auditora.

La auditora estaba sentada en un extremo de la mesa, estupefacta.

Mientes, volvió a bufar mi madre.

No fue tan sencillo, proseguí. Mi padre ha muerto. Mi padre me impuso silencio, y llevo mucho tiempo en silencio, pero me cuesta aceptar que mis hijos sufran por este silencio de la familia.

Como ya he dicho, he intentado muchas veces contar la historia a la familia sin que se me haya escuchado, pero ahora me veo obligada a hacerlo para que también sean reconocidas y formen parte de este balance las historias de Bård y mía, para mí no se trata solo de un balance económico, sino también moral. Por eso estoy aquí.

Levanté la vista.

Este no es el momento adecuado, dijo Astrid por cuarta vez, sacudiendo la cabeza.

¿Cuál sería el momento adecuado?, preguntó Bård.

Mentiras, protestó mi madre. Acusar a tu padre, cómo crees que le afectó ser acusado de algo..., de algo de lo peor que hay, y luego llegó la palabra que empezaba con una *i*, pronunciada de una manera rarísima, *inchesto*, dijo, cómo crees que lo vivió tu pobre padre, cómo crees que se sintió, y por qué no te enfrentaste a él, por qué no fuiste a la policía, deberías haber ido a la policía si lo que dices es verdad, pero no lo hiciste, no fuiste a la policía y no te enfrentaste a tu padre.

Entiendo muy bien por qué no se enfrentó a papá, dijo Bård, que tal vez había tenido tanto miedo a nuestro padre como yo y no sabía, porque no se lo había contado, no podía contarles todo a todos, no podía describir los detalles más íntimos a todos, por mí, por la familia, él no sabía, digo, que yo sí hice un intento de enfrentarme a mi padre cuando entendí todo y entré en una crisis total hace veintitrés años.

En aquella ocasión llamé al Centro de Apoyo a las Víctimas de Incesto, pregunté si debía enfrentarme a mis padres y contestaron que no querían asesorar en casos aislados que no conocían, pero me advirtieron de que en un posible enfrentamiento con mi padre, perdería a mi familia. El noventa y nueve por ciento de los que se enfrentaban a la familia la perdían. Pero yo ya había perdido a la mía, esa era mi sensación, de modo que no tenía nada que perder, llamé a mi madre y me enfrenté a ella, ella debió de hablar con mi padre, no recuerdo los detalles, solo que fueron unos días y noches muy turbulentos, unos días y noches estremecedores, unas llamadas telefónicas acaloradas y entonces mi padre quiso que me reuniera con él en Bråteveien. Fui a Bråteveien, me atreví a ir, y recuerdo que de camino hacia allí pensaba que eso era algo que tenía que llevar a cabo, no dar marcha atrás, que tenía el valor suficiente para ir a Bråteveien y reunirme con mi padre. Recuerdo lo que llevaba puesto, un vestido de seda azul, recuerdo los pasos hasta la puerta, recuerdo que llamé al timbre, ya no recuerdo lo que esperaba. Mi padre abrió, él, que era el dueño del BMW aparcado delante de la casa, él, que le había comprado a mi madre el Volvo aparcado al lado del BMW, mi padre me llevó a su despacho, donde había un tresillo de piel verde delante de la chimenea y el gran escritorio. Atravesé el impresionante vestíbulo y entré en el despacho de mi padre, él se sentó detrás del imponente escritorio y me ofreció la silla que había delante del mismo, me senté en ella como una presa a punto de ser interrogada. Yo ya había perdido, estaba ya derrotada y paralizada en poder de mi padre, él lo sabía. Pero me había atrevido a ir, estaba allí, al menos fue un leve intento, aunque fallido, de un enfrentamiento.

No he cometido *inchesto* contigo, dijo mi padre con su voz autoritaria, pronunciando la palabra

de esa extraña manera que mi madre acababa de utilizar, tal vez la palabra fuera pronunciada así cuando ellos la oyeron por primera vez y desde entonces no la habrían oído o usado, o habrían cerrado los oídos a esa palabra. No logré decir nada, paralizada con mi vestido de seda azul, era verano, hacía calor, sentada delante de mi padre comprendí que me había equivocado con el vestido de seda, que debería haberme puesto algo que me tapara del todo, pero me había puesto mi mejor vestido de verano, me había arreglado antes de ir a casa de mi padre, era tan ingenua, me sentía tan atrapada, tan en poder de mi padre..., en aquella época no tenía una Klara, apenas la conocía entonces, tiré el vestido tras la cita con mi padre, mi vestido favorito de seda, lo había ensuciado al encontrarme con mi padre. No recuerdo mucho de la conversación, pero sí que volvió a hacerme la misma pregunta que me hizo, apostado junto a mi cama, a la mañana siguiente de haber leído mi diario cuando yo tenía quince años, y salió a emborracharse y volvió borracho, llorando y diciendo que no era fácil ser humano, probando con ello que me quería, que se preocupaba por mí y que se angustiaba por mí, así me lo tomé yo, así necesité interpretarlo, me preguntó si había sangrado durante mi primer coito. Se referiría al primero con un hombre que no era él. No se me ocurrió que podía no contestarle, que podía decirle que ese no era asunto suyo, le respondí que no, es decir, que no había sangrado, suponía un progreso desde la vez anterior, en que tenía quince años y estaba casi muerta, incapaz de pronunciar una sílaba. No, dije, porque no recordaba haber sangrado, lo cual no era nada raro. Luego, mientras me alejaba de la casa, comprendí que tal vez él no supiera que había llegado tan lejos como llegó, que solo se lo temía, que mi padre estaba tan borracho que no tenía del todo claro lo que había sucedido aquella vez que no solo me pidió que le hiciera lo que me pidió que le hiciera, que no solo hizo lo que solía hacer conmigo, sino que se puso encima de mí, llegando hasta el final, pero que se lo temía. Y recuerdo que cuando me disponía a marcharme del despacho de Bråteveien a toda prisa, mi padre dijo que debería saber lo que él vivió de niño.

¿Por qué no fuiste a la policía?, gritó mi madre, y antes has dicho que solo fue una vez, ahora dices que fueron varias.

Tú misma me preguntaste si papá me hizo algo cuando era pequeña, dije.

¡Y tú contestaste que no!, dijo mi madre.

¿Pero por qué me preguntaste?, le dije. ¿Por qué no se lo preguntaste a mis hermanas?

Esto no puede ser, nos detuvo Åsa. Esto es una equivocación.

Por qué iba a decirlo si no era verdad, intervino Bård.

Para hacerse la interesante, dijo mi madre, se sienta borracha en los cafés de la ciudad, y habla de su *secreto*. ¡Es horrible, es una vergüenza!

¿Lo recuerdas ahora?, me preguntó mi madre, mirándome con los ojos apretados y llenos de ira, antes decías que no te acordabas.

Lo recuerdo, dije.

Mi madre se levantó, mi madre quería marcharse, mi madre gritó: Tú nunca habrías llegado a ser lo que eres hoy si no hubieras tenido una infancia segura y buena en Skaus vei. Se te prestaba

mucha atención, tus hermanos te envidiaban por la atención que acaparabas.

Sí, dije, ¿por qué estabas tan nerviosa por mí?

No estaba nerviosa por ti, estalló ella, pero todos los presentes, excepto la auditora, sabían que nuestra madre estaba siempre inusualmente nerviosa por mí, que a mi madre le daba un ataque de histeria tras otro cuando yo era joven y volvía tarde de alguna fiesta. Porque no era fácil ser madre en aquella época, intuir lo que le había ocurrido a tu hija mayor, pero no saber cómo manejarlo, porque mi madre estaba en todos los sentidos en poder de mi padre, mi madre tenía cuatro hijos, pero ninguna formación, nada de dinero, qué podía hacer. Estuve a punto de ir a ver al pastor, me dijo aquella vez que me preguntó si mi padre me había hecho algo cuando era pequeña, en aquella época en que mi historia podía servir de algo, en aquella época en que mi madre esperaba poder divorciarse de nuestro padre para casarse con Rolf Sandberg, porque si por aquel entonces se hubiese hecho pública mi historia, el haberse divorciado de mi padre no habría sido una traición por parte de mi madre, sino una virtud. Estabas tan rara cuando volví de Volda..., dijo. Estuve a punto de ir a ver al pastor, dijo. ¿Pero con qué clase de preocupaciones se dirige una a un pastor, en lugar de acudir a una amiga o un familiar? Al final mi madre no acudió al pastor con su sospecha y su preocupación al volver de Volda aquella vez que nos dejó solos con mi padre a Bård y a mí en Skaus vei y me encontró tan rara. Mi madre no acudió al pastor como yo no acudí a la policía con un asunto ya prescrito. Mi madre optó por mandarme a clases de piano y de *ballet*, lo que nunca hizo con mis hermanas, seguramente esperaba que así se me pasara, no era de extrañar que se preocupara por mí. Ya por aquel entonces, cuando la palabra que empieza por *i* se pronunciaba con *ch*, se sabía que los niños que lo habían vivido podían tener problemas más adelante en la vida, volverse promiscuos y obsesionados con la sexualidad, empezar a beber, a drogarse, eso temía mi madre, lo que podía pasarme cuando llegara a la adolescencia, que me diera por beber, tomar drogas o acostarme con chicos y me quedara embarazada a los quince años, mi madre me envió a clases de piano y de *ballet*, lo que no hizo con mis hermanas, mi madre no fue a ver al pastor, pero me regaló el libro *Se ha hecho daño a un niño*, de la escritora danesa Tove Ditlevsen, que no leí, sino que metí en un armario, llena de malestar. Mi madre me seguía con ojos de Argos buscando señales, olfateándome el aliento cuando volvía por las noches para averiguar si olía a tabaco, intentando averiguar si la catástrofe se había iniciado.

No lo tolero, gritó mi madre, yendo hacia la puerta del despacho de la auditora, Astrid se levantó, fue tras ella y me dijo que yo no era la única que había sufrido, ella también había sufrido, tampoco había sido fácil para ella encontrarse entre dos historias tan distintas, estar entre la espada y la pared.

¡Y tú!, dijo mi madre furiosa, dirigiéndose a Bård, ¡tú estabas en Francia, no venías a casa, no venías a Bråteveien, no venías a verme, a mí, tu vieja madre, no me dabas abrazos! Mi madre esperaba una visita, mi madre esperaba un abrazo, mi madre esperaba que ocurrieran todas esas cosas que habrían ocurrido en una familia normal y corriente, era incapaz de ver y aceptar que esa familia que ella había contribuido a crear no era así, que no era normal, sino anormal, que estaba

destrozada. Y le enviaste un horrible correo a papá, prosiguió, dirigiéndose a Bård, él pensó incluso en contestar, pero no le dio tiempo, porque vuestro padre *murió*. Mi madre se dirigió a la auditora y le preguntó si podía anular el testamento en su totalidad.

¿Puedo anular el testamento en su totalidad?

Con ello hizo saltar la liebre.

Nuestros padres querían comprarnos, comprarme a mí, razón por la cual, en las Navidades de hacía tres años, nos comunicaron que habían hecho testamento y que todos heredaríamos a partes iguales, excepto las casas de la playa, para que me callara, para que reprimiera la desagradable historia si me daban algo de dinero, pero no ocurrió así, yo no me reprimí y con eso la intención del testamento quedó en nada. ¿Podemos anular el testamento en su totalidad?, preguntó mi madre a la auditora, pero la pálida auditora le contestó que no podía. Luego he pensado a menudo en lo estafada que se sintió de repente mi madre. Ahí estaba el testamento, válido, en el que ponía que la intención del mismo era que se hiciera un reparto a partes iguales entre los cuatro hijos y ahora se cumpliría, cuando la intención había sido acallarnos a Bård y a mí, que fuéramos obedientes, buenos y tranquilos, y no lo fuimos, no ocurrió como ellos habían planeado, no lograron con su dinero y el testamento lo que querían, y con eso no había nada que hacer, era demasiado tarde.

Me has decepcionado, me susurró mi madre camino de la puerta.

¿Sabes qué es lo primero en lo que pienso cuando pienso en papá?, dijo Bård y prosiguió, sin esperar la respuesta. Yo tenía nueve años, habíamos ido a pescar al altiplano de Hardanger, yo quería irme a casa y me di la vuelta. Papá me siguió, cogió un leño y me molió a palos. Ese es el recuerdo más nítido que tengo de papá.

Solo lo hizo porque tenía miedo de que te echaras a perder, gritó nuestra madre, de modo que ella conocía la historia, Bård se habría enfrentado a ella o a los dos por esa historia. ¡Tú también lo habrías hecho!, le gritó ella, ¡lo has dicho tú mismo, que tú también lo habrías hecho si se hubiera tratado de uno de tus hijos!

¿Cómo?, dijo Bård.

Sí, lo has dicho, dijo nuestra madre.

No, dijo Bård.

Claro que sí, dijo nuestra madre, mirándome a mí de nuevo: ¡Me has decepcionado mucho, muchísimo!

Tú llevas años decepcionándome, dije, mi madre estaba ya en la puerta, con una mano en el picaporte, Astrid y Åsa se habían levantado para acompañarla.

No puedes dirigirnos a que te creamos, me dijo Åsa, empleando la palabra *dirigir* del mundo del teatro, como también la había usado en el entierro, supongo que se refería a cómo yo la dirigía de niña cuando pertenecía a mi grupo de teatro, el grupo de teatro de la hermana mayor, ya entonces me odiaría. Contesté que lo sabía muy bien, pero que quería que mi historia existiera. Ya estaban junto a la puerta, con los guantes en las manos y los gorros en la cabeza, listas para marcharse, y Åsa dijo que esa reunión mostraba con toda claridad que los cuatro hijos no



podíamos bajo ninguna circunstancia compartir las casas de Hvaler. Ella no quería compartir casa con ninguno de nosotros, dijo, salieron las tres, y Bård y yo nos quedamos con la auditora.

Permanecimos un rato en silencio, luego la auditora dijo que eso había sido sorprendente e inesperado.

Si tú no hubieras estado aquí, dijo Bård, Bergljot jamás habría podido acabar de leer su texto.

En eso tenía razón. Si la auditora no hubiera estado presente, ellas se habrían marchado antes de que yo hubiese acabado de leer mi texto.

Estaba agotada. Me temblaban las piernas. Nos quedamos un rato en el despacho de la auditora y ella nos hizo algunas preguntas sobre la familia, pero yo no era capaz de hablar, estaba desinflada. Bård habló, contó cómo concebíamos nosotros la familia, cómo la habíamos concebido cuando éramos niños. La auditora escuchaba, mostrándose muy empática, pero al fin y al cabo le pagaba mi madre, y dijo que no debía de ser fácil quedarse viuda a los ochenta años, y era verdad, en eso tenía razón, no debía de ser fácil quedarse viuda a la edad de ochenta, nos quedamos allí media hora más y nos marchamos, sería interesante ver lo que la auditora facturaba a nuestra madre por esa media hora.

Fuimos juntos hasta el coche de Bård. Bård dijo que podía acercarme hasta donde fuera, yo había quedado con mi hija Ebba en un restaurante indio. Dije que prefería andar, necesitaba sentir el aire en la cara.

Klara encontró una editorial danesa dispuesta a publicar su libro sobre Anton Vindskev. Klara es como un corcho, dijo Anton, cuánto más lo hundes, más alto rebota. Klara es como una palmera en un huracán, decía, se inclina hasta el suelo, pero cuando amaina rebota. Klara celebró que le habían aceptado el libro en el Hong Kong del barrio de Nyhavn, de Copenhague. Luego, volviendo a su casa, mientras caminaba por la orilla del canal, vio a un hombre en el agua a punto de ahogarse. Klara se arrodilló y consiguió agarrar el abrigo del hombre por las hombreras y pidió ayuda a gritos. El hombre pesaría por lo menos cien kilos, y llevaba un grueso abrigo y grandes botas, Klara apenas podía mantenerlo agarrado, pidió ayuda a gritos y la gente se congregó a su alrededor, pero mirando como si se tratara de una película. Socorro, gritaba Klara, ayúdenme a mantenerlo a flote, pero la gente estaba borracha y pensaba que estaba viendo una película. Ayúdenme, gritaba Klara, o él se hunde o yo me caigo al agua, estoy a punto de caerme, siéntense sobre mis piernas, si no, se ahogará, gritó, entonces llegaron la ambulancia y los equipos de salvamento, y dos buceadores lograron sacar con vida al hombre del agua.

Me llamó en mitad de la noche. ¿Por qué la gente intenta todo el tiempo quitarse la vida? ¿No soporto a más gente intentando quitarse la vida! No soporto tener que salvar constantemente a gente, acaba con mis fuerzas.

Encontré el restaurante indio, aunque estaba fuera de mí, aunque era un maldito autómatas en movimiento, aunque el corazón me latía demasiado deprisa, aunque las costillas me crujían y me dolían. Tragué saliva, tenía la boca seca, tenía mucha sed, pero estaba mareada y no soportaba la idea de beber nada. Estaba claro que lo que acababa de presenciar, la reunión con la auditora, había sido un suplicio psíquico, y sin embargo me sorprendió que el cuerpo reaccionara independientemente de la cabeza, que era lo que quería, *yo* quería eso. Me di toda la prisa que pude, iba tarde, la reunión con la auditora había durado más de lo previsto, necesitaba hablar con alguien cuanto antes, con Ebba. Encontré el restaurante indio y allí estaba ella, sentada en una mesa con una coca-cola *light*, yo pedí una cerveza, la necesitaba inmediatamente, me la sirvieron y me la bebí, ha sido horrible, dije. Llamó Tale, ha sido horrible, dije, se me tiraron al cuello, mi madre se levantó con la intención de marcharse antes de que hubiera llegado al segundo párrafo, dije, cuando Bård le preguntó que por qué iba a decir yo eso si no era verdad, ella bufó que era porque quería hacerme la interesante, de verdad que bufó, pero aquí estoy, sentada con Ebba, dije, te llamo más tarde, lo mismo le conté a Ebba, fue horrible, me bebí la cerveza y pedí algo de comer, pero no comí, me tomé otra cerveza, no tomaré más, dije, tienes que cuidarte, dijo Ebba, quizá parecía más alterada y descompuesta de lo que me sentía, aunque me sentía muy alterada y descompuesta, qué podía esperar, pero precisamente no esperaba nada, había elegido no pensar en las consecuencias, en las reacciones. Llamó Lars y volví a decir que había sido horrible, que mi madre quería marcharse antes de que yo llegara al segundo párrafo, te llamo luego, dije, estoy aquí con Ebba. La pobre Ebba, allí sentada con su descompuesta madre, a quien no sabía cómo ayudar, atrapada en la historia de su madre, historia que no sabía cómo manejar, que indefectiblemente se convertía en su historia. Bebía su coca-cola *light* mientras su madre bebía cerveza y hablaba por teléfono porque llamó Søren, fue horrible, dije. Leíste el texto, preguntó, sí, contesté, pero primero le pregunté a Bård si opinaba que debía leerlo y dijo que sí. Hiciste bien en preguntárselo a Bård primero, dijo, estoy aquí con Ebba, dije. Ebba me pidió que se lo contara todo desde el principio, intenté hacerlo, pedí una tercera cerveza y la cuenta, a la vez que indicaba al camarero y a Ebba que no tomaría más cervezas. Entonces recibí un SMS de Bård. Gracias por una batalla bien librada, escribió. Saludos de tu hermano. Se lo enseñé a Ebba, asintió levemente, mi pobre joven e inocente Ebba. Lo mismo digo, contesté. Saludos de tu hermana. Nos marchamos, Ebba me cogió del brazo, olvidémonos ya de la familia, dijo, alentando a su madre, estaba entretejida en la historia de su madre. Sí, contesté. Me preguntó si podía apañarme yo sola el resto de la tarde, que si quería podía dormir en su casa. La buena Ebba, preocupada por su madre como Astrid y Åsa se preocupaban por la suya. Estoy bien, dije, no voy a salir, me iré directamente a casa, beberé un poco de vino tinto y me acostaré, dije.

Me fui derecha a casa, tan derecha como pude, primero en el tren y luego en el autobús. Karen

llamó para preguntar qué tal había ido todo y volví a contarlo, que había sido horrible, no me hartaba de contar lo horrible que había sido, era como si me ayudara un poco. A Karen las preguntas de Bård le parecieron muy pertinentes. ¿Cuál es el momento adecuado? ¿Por qué iba a decirlo si no era verdad? Sí, por qué ibas a decirlo si no fuera verdad, dijo Karen, no eres el tipo de persona que cuenta toda clase de bulos. No, no lo era. Seguro que mis amigas habían hablado entre ellas en el transcurso de los años de lo que podían creer de mi historia, y, por suerte, llegaron a la conclusión de que yo contaba la verdad. Eso estaba bien, y no era de extrañar que hubiesen discutido entre ellas lo que debían pensar de mi historia, tampoco se puede creer todo lo que la gente cuenta de su infancia.

Cuando me bajé del tren, me metí en el café de la estación y me tomé una copa de vino mientras esperaba el autobús. Llamé a Klara. Fue horrible, dije. Se lo podía imaginar, dijo ella, espantoso, dijo. Yo me alegraba de que ella estuviera en Hvaler aquella vez que mi madre preguntó si había dado éxtasis a Tale y a sus amigas, así tenía una base para imaginárselo.

Le habría gustado no tener que hacerlo, dijo Klara al día siguiente de haber salvado a un hombre de morir ahogado en el canal de Nyhavn. Había sentido la perversa tentación de soltar a ese hombre tonto que tanto pesaba y verlo hundirse hasta el fondo. Como en el poema de Tove Ditlevsen sobre la niña que siente deseos de coger ese gran florero precioso que está prohibido tocar, coger ese prohibido florero que es grande, pesado y artístico como una joya, y porque está prohibido y a la niña le apetece hacer algo salvaje y atrevido lo coge y permanece unos emocionantes y eternos segundos notando su peso en las manos, ah, cuánto pesa, ah, qué grande es y la niña tan pequeña, hacer pedazos el florero sería perverso y fantástico y oye una voz que dice: Haz algo de verdad arriesgado ahora que estás sola en casa. Suelta el florero y en ese mismo instante el mundo se vuelve perverso y sin alegría, en el suelo hay mil pedacitos que jamás volverán a pegarse y los ángeles buenos miran hacia otra parte llorando.

Tal vez el mundo ya era perverso y sin alegría desde hacía mucho tiempo, ¿pero tuvo ella que romper el florero para sentirlo?

Algún día soltaré alguno, dijo Klara.

Antes de romper definitivamente intenté durante un tiempo mantener un mínimo contacto con la familia por mis hijos, para que pudieran tener contacto con ella, porque pensaba que tener un mínimo contacto con la familia sería menos duro que verse expuestos a la pesada presión de mi madre, a sus amenazas de suicidio, a sus reproches: ¿Es que no tienes corazón? Las cartas de mi madre en las que exponía todo lo que ella y mi padre habían hecho por mí en el transcurso de los años. Al fin y al cabo, sería más fácil acudir a la celebración de un sesenta cumpleaños con pareja e hijos, aguantar una hora y luego desplomarse. De esa manera se reduciría la presión, dejarían de llegar llamadas telefónicas con amenazas de suicidio cuando mi madre obtuviera lo suficiente para que todo pareciera normal ante el mundo, lo suficiente para que si alguien preguntaba, ella pudiera decir: Bergljot está escribiendo una tesis doctoral sobre el teatro alemán. Bergljot acaba de estar en Berlín. En uno de esos períodos mi madre llamó y me dijo que yo seguramente necesitaba un coche, que a mi padre le gustaría comprarme un coche. Me lo pensé y dije que sí al coche, porque necesitaba un coche, un coche me vendría bien para los niños, pensé que el coche era una solicitud de perdón por parte de mi padre. O eso era lo que yo quería creer, porque necesitaba el coche y mi padre no regalaría un coche a una persona que, en su opinión, lo había acusado injustamente de haber abusado de ella. Acepté el coche, creyendo que era una confesión y una solicitud de perdón por parte de mi padre. Unos años después, en la celebración del cuarenta cumpleaños de Åsa, a la que asistí porque mis padres no iban a estar presentes, Astrid me contó, ya muy avanzada la noche, cuando todos estaban borrachos, yo estaba borracha, y Astrid estaba borracha, que nuestro padre les preguntaba a ella y a mis hermanos si creían lo que yo decía de él. Bergljot dice que he abusado de ella, ¿vosotros la creéis? No me dijo lo que contestaban ella y el resto de mis hermanos cuando mi padre les hacía esa pregunta, pero supongo que decían que no. Cuando se encontraban en la entrada de Bråteveien tras una comida dominical y mi padre preguntaba con cara seria si ellos creían esas barbaridades que yo iba contando por ahí. Entonces ellos no podían decir que sí, tenían que decir que no, y al decir que no tomaban partido, renegaban de mí. Así que el coche no era ni una confesión ni una solicitud de perdón, sino una trampa. Salí tambaleándome del local de la celebración, en el interior de un bosque, y renuncié al autobús que iba a acudir a recoger a los invitados, no quería ir en un autobús con los que respondían que no cuando mi padre les preguntaba si creían lo que yo decía. Odiaba a mi padre, que me había regalado un coche, y me odiaba a mí misma por haber aceptado y agradecido un coche que en mi estupidez había creído que era una confesión y una solicitud de perdón, mientras que a mis espaldas mi padre forzaba a mis hermanos a renegar de mí, a traicionarme, me odiaba a mí misma por haber aceptado el coche, por haber intentado perdonar a mi padre por creer que él admitía sus abusos y pedía perdón con un coche, y luego todo era una trampa, una mentira. Me perdí por los caminos del bosque en la niebla matutina, no llegué a casa hasta el amanecer, ida, paralizada, derrotada, postergada, omitida, jodida, como una herida abierta llamé a mi madre y le conté lo que

había dicho Astrid, ¿era verdad que mi padre había hecho esas preguntas imposibles a mis hermanos a mis espaldas? Mi madre dijo que no fuera tan moralista. Que los moralistas le habían destrozado la vida, que los seres humanos no son más que animales. Los seres humanos son animales, Bergljot. A juzgar por lo que decía, yo era una ingenua si creía otra cosa, era una moralista ingenua que no entendía que los seres humanos eran animales, sometidos a sus instintos sexuales, una niña ingenua de catequesis, que insistía, incapaz de dejar las cosas atrás, en algo tan insignificante como unos tocamientos de mi padre, y entonces mi madre dijo algo parecido a lo que mi padre había dicho un día: Deberías saber lo que me pasó a mí en el barco a América. Recién casados, mis padres fueron a Estados Unidos trabajando en el barco. Colgué. ¿Por qué la había llamado? ¿Qué reacción esperaba de mi madre?

Me metí en un avión rumbo a San Sebastián con el fin de salir del país, de alejarme, pero no me alejé a pesar de estar lejos, me roía y me dolía, entonces hice algo que no había hecho nunca, llamé a mi madre indignada desde San Sebastián. Llamé y grité a mi madre, no a un contestador, no envié un SMS, sino que llamé a mi madre y ella cogió el teléfono y yo le grité, por primera vez en mi vida grité a mi madre, grité que su conducta tan jodidamente irresponsable me volvía loca, que minimizaba lo que yo contaba, que me volvía loca cuando ella empezaba a hablar de sí misma en el barco a América en lugar de escuchar lo que yo, su hija, contaba, y cuando quiso contestarme, grité que se callara de una puta vez, porque por esa puta vez ella iba a escucharme a mí, grité que me sentía como el protagonista de *Celebración*, ese hombre al que su familia ata a un árbol en el bosque con el fin de no tener que escucharle, grité como jamás había gritado a nadie, como jamás he vuelto a gritar a nadie, grité muy alto que me estaba volviendo loca de escuchar esos disparates tan horriblemente corrosivos, grité hasta vaciarme, colgué y apagué el teléfono. Luego volví a encenderlo y llamé a Klara, iba andando por los muelles de San Sebastián mientras le contaba mi ataque de cólera con mi madre, que me había sorprendido y paralizado, que al colgar el teléfono me había quedado vacía y débil, extenuada, temblorosa e infantil en un banco en un muelle de San Sebastián y necesitaba consuelo. No puedo más, sollocé, qué voy a hacer, esto me está matando, sollocé. Qué va, dijo Klara. Nada de eso, dijo. Eres fuerte, dijo. Solo tienes que entender que esto no es una fiestecita, sino una guerra. A vida o muerte. No son negociaciones de paz, sino una lucha a vida o muerte sobre el honor y la memoria póstuma, dijo. Añadió que dejara ya de creer que mi madre me entendería, que dejara de creer que mi madre volvería a acogirme, que no recibiría nada de mis padres sin renunciar a contar mi verdad. Que mis padres preferían verme muerta a acercarse a mí, que me sacrificarían a costa de su honor. Se trata de una guerra, dijo, y yo tenía que convertirme en guerrera. Dijo que no me considerara una víctima, sino una astuta y calculadora guerrera, que no pensara en conciliación, sino en guerra. Y mientras Klara hablaba era como si yo lo entendiera y despertara algo dentro de mí. Comprendí que no me encontraba en negociaciones de paz, sino en guerra, comprendí que no sería una negociadora de paz, sino una soldado. Y lentamente fui adquiriendo cuerpo de soldado, así lo sentí en ese banco de San Sebastián en el que me había sentado, derrumbándome, sollozando, y del que en ese

momento me levanté. Alcé la cabeza y transformé mi cuerpo de víctima, histérico, de luto, suplicante, en el de una guerrera. De repente mis pies eran más firmes, mis piernas me llevaban con más seguridad, el pecho se endureció dentro de mí, todo lo flojo, estrujado y blando se esfumó, mis pasos se alargaron, caminaba por los muelles de San Sebastián rápida y metódica, sabía adónde iba y movía el brazo libre, como queriendo devolver el golpe para defenderme, como si fuera un arma, como si yo fuera un arma. ¡Si queréis guerra, tendréis guerra!, pensé. Estoy preparada, pensé, cuando hube colgado y apagado el teléfono. Afilo mis armas, me dije a mí misma, me susurré en la oscuridad, y me sentí mucho mejor siendo guerrera que una niña suplicante a la que se podía tratar con suavidad porque siempre volvía de rodillas, sufriendo o ebria. Me había transformado en guerrera, ya verían la materia de la que estaba hecha su hija, sentirían mi fuerza, ¡no te tengo miedo, papá, no te tengo miedo, mamá, estoy lista para el combate!



Cinco de enero, por la mañana. Oscuridad, aguanieve, niebla. Estaba tumbada bajo el edredón sin querer levantarme, me sentía extenuada, como si volviera de la guerra. Lars lo dijo cuando lo llamé de camino a casa la noche anterior, cuando le conté que me sentía apaleada, que sabía que me iba a la guerra y que en la guerra se reciben golpes. Era verdad, era la otra cara de la guerra, el placer y la excitación que sientes cuando entras en ella por la causa en la que crees, por un lado, y el agotamiento y la conmoción después, por el otro. Había estado en la guerra, así me sentía, entumecida, golpeada y cansada hasta la médula, había estado bebiendo vino tinto en la cama hasta que me dormí y me desperté pesada y temblorosa el cinco de enero en oscuridad y aguanieve. Hacía frío en la casa, lo noté en la nariz, que asomaba del edredón, no tenía fuerzas para levantarme, no tenía fuerzas para seguir acostada, no soportaba los ruidos, tenía que hablar con Klara. Encendí el teléfono que había apagado la noche anterior para no llamar a nadie ni que nadie me llamara estando tan desconcertada psíquicamente, tecleé la clave, se me informó de que no era correcta, volví a teclearla, se me informó de que no era correcta, no lo entendía, estaba segura de que era la correcta, tecleé la clave, se me informó de que no era correcta y de que el teléfono se había bloqueado y no se desbloquearía hasta una hora después, pero ¡tenía que hablar con Klara! Me acordé de que Søren me había hecho un nuevo contrato para el teléfono un par de días antes, de que me había conseguido una nueva tarjeta SIM, y yo había hecho el ridículo olvidando la clave cuando era importantísimo que me acordara, ¿qué podía hacer ahora? El teléfono estaba bloqueado, mi teléfono no funcionaba justo el día que más lo necesitaba, ese era el castigo por lo que había hecho, por hacer que mi madre corriera de un lado para otro en el despacho de la auditora con los ojos llenos de miedo, como un animal que sabe que va a ser torturado y asesinado. Pobre mamá. Miré en el Mac y vi que eran ya las doce, aunque mi reloj marcaba las diez, el reloj se me había vuelto a parar, nada funcionaba, envié un correo a Søren preguntándole qué podía hacer con el teléfono, me dijo que me fuera a una tienda Elkjøp a pedir ayuda. Me vestí, me oculté en ropa. Trofast no quería salir a la lluvia, la obligué a salir, era mala con ella, tenía la sensación de que me tambaleaba, no había comido en casi dos días, tenía que pasarme por Kiwi a comprar algo. Llovía a cántaros, la lluvia azotaba, Trofast lo odiaba, yo la arrastraba por los charcos, me mostraba despiadada, chorros de agua subían del pavimento y nos salpicaban cuando pasaban los coches, los chubasqueros no servían de nada, estábamos chorreando, chorreaba el rabo de Trofast, pasé por delante de Kiwi, no tenía fuerzas para encontrarme con nadie, no tenía fuerzas para elegir productos, no tenía hambre. La lluvia se convirtió en nieve mientras caminábamos, arrastré a la perra detrás de mí a través de la fría aguanieve, la até a un poste delante de la relojería, entré a toda prisa a dejar el reloj para que me lo arreglaran, seguí hasta Elkjøp, até a Trofast a la verja, estaba prohibido entrar con perros. Trofast tuvo que quedarse temblando en medio de la fría aguanieve, pobre Trofast, me miró con ojos decepcionados. Le dije que iba a darme mucha prisa, entré corriendo, pero tuve que coger

número y esperar, aunque no era capaz de esperar. Esperé, intenté aguantar, esperé una eternidad, nadie se apresuró por mí, tras una eternidad me tocó el turno y el hombre dijo que tenía que esperar, que no podían ayudarme hasta pasada una hora, el teléfono no podía desbloquearse antes. Me llevo otro, dije, si me garantizaba que podía funcionar enseguida, él dijo que sí, ese era el día para un nuevo teléfono. El hombre sacó un teléfono y me aseguró que funcionaría al instante, me lo configuró a toda prisa, comprendió que me urgía, pagué, salí, solté a la perra del poste y llamé a Klara. El teléfono funcionó enseguida. Klara contestó y volví a casa en medio de la lluvia, del aguanieve, con Klara al teléfono, no tuve que explicarle mi estado de ánimo, lo notó por mi voz. ¿Por qué lo hice?, le pregunté. ¿Qué quería sacar de aquello? Tenía que saber que ellas no me apoyarían. ¿Solo quería ser mala? ¿Simplemente quería tirar el florero?

No, dijo Klara.

Si hubieras querido ser mala, podrías haber sido mucho peor. Tu escrito era comedido. Dijiste lo que se merecían oír. ¿Iban ellas a adjudicarse las casas de verano a precio de ganga así sin más? Siempre se han portado muy mal contigo. Astrid y Åsa se han beneficiado del dinero de tus padres durante todos estos años. Siempre han recibido más que tú y Bård, emocional y materialmente. ¿Iban a librarse sin que tú, sin que vosotros protestarais? Siempre han sido cinco contra una. Has sentido como si fuesen cinco contra una durante todos estos años porque no sabías qué sentía Bård. Ahora son tres contra dos, eso es algo nuevo para lo que no estaban preparadas, pero siguen siendo mayoría y se tienen las unas a las otras. Que no te dé vergüenza. Ha sido bueno para tu salud. Bueno, como dice Lars, has ido a la guerra, ahora estás herida, pero dentro de unos días estarás mejor, mejorar de estado de ánimo suele doler.

Me fui a casa de Lars. Dijo que ya me había advertido de que podía acabar así, de que podía empeorar. No deberíamos beber. Yo no podía estar tan temblorosa al día siguiente, el sexto, como estaba ese día, el quinto, tenía reuniones a las que acudir. Al anochecer Bård me escribió: ¿Cómo está el ambiente? Era una pregunta precisa. Le contesté que nuestra madre y nuestras hermanas eran muy buenas eludiendo responsabilidades, que me hacían sentir que era yo la que causaba el malestar, que el malestar podía haberse evitado si yo me hubiera comportado de otra manera. Pero bueno..., escribí. Él contestó que había pedido a un abogado que revisase el testamento; el abogado opinaba que como ponía claramente dos veces que la intención era que todos heredáramos a partes iguales, ganaríamos un juicio si no se reajustaban las tasaciones de las casas de la playa. La cuestión era cómo transmitir ese mensaje a Astrid y Åsa. Le dije que yo me fiaba de él, que lo hiciera de la manera que mejor le pareciera. Seguramente notó que estaba agotada, también él estaría agotado, dijo que creía que nuestra madre y nuestras hermanas encontraban la situación igual de agotadora que nosotros. *Creo que ellas encuentran esta situación tan agotadora como nosotros.* ¿También Astrid y Åsa la encontraban agotadora? ¿Sentían algo más y distinto a rabia e indignación? ¿También sentían algo parecido a aflicción, que no tenía que ver con nuestro padre?

No bebimos nada, tardé en dormirme, estaba acostada en la oscuridad tras la espalda de Lars intentando entrar en contacto con mi padre. Donde estés, si estás en algún sitio, dije, hagamos borrón y cuenta nueva, te perdono, dije. Me pareció que contestaba: Bien luchado, Bergljot, pero solo sería algo que había sacado de *Celebración*.

En la época en la que intentaba mantener un mínimo contacto con mi familia por el bien de mis hijos, para que pudieran ver a sus abuelos, tíos y tías, primos y primas, quedaba a veces con mi madre en el centro. Ella quería verme y yo quedaba con ella en el centro. Durante nuestros breves encuentros hablaba agitadamente, masticaba chicle y estaba intranquila, se retorció en la silla cuando quedábamos en la pastelería de Baker Hansen. Le ponía nerviosa ese elefante que no había que mencionar. Quería quedar conmigo para poder contárselo a la gente, amigos y conocidos, contarles que nos habíamos visto, pero le daban miedo nuestros encuentros, yo notaba su angustia. Temía mencionar algo que pudiera asociarse con el elefante, casos actuales en los medios que trataban de delitos sexuales, entonces surgían enseguida silencios embarazosos. Creo que por esa razón decidió hablar solo de temas anodinos, el tiempo o mis hermanos y sus familias, algo obligado para que sonara normal cuando hablara con la gente. Y sin embargo no me extrañaría que acudiera a Baker Hansen con una especie de esperanza de que lo complicado de repente se desvaneciera, y luego se llevara una decepción porque no era así. Antes de despedirnos, más o menos media hora después de vernos, me daba dos mil coronas en efectivo. Yo las cogía y se lo agradecía con desagrado, necesitaba el dinero, y como ella habría protestado si yo lo hubiera rechazado, todo habría sido más desagradable aún. Luego nos íbamos cada una por nuestro lado, las dos aliviadas de que hubiese acabado.

En una de esas citas en Baker Hansen, mi madre dijo: Mucha gente opina que papá es divertido.

¿Por qué dijo eso? ¿Para justificar por qué seguía con él? ¿En el fondo a mi madre le resultaba embarazoso no haber conseguido dejarle? Una cosa era lo mío, que podía ser rechazado y minimizado como pura invención y de lo que además nunca se hablaba, otra cosa era lo que habrían captado la familia, amigos y conocidos, de lo que no podían haber evitado enterarse, que mi madre, después de que mi padre le permitiera volver a Bråteveien por piedad, tras el revuelo con Rolf Sandberg, recibiera palizas de mi padre. Bebían y se peleaban, un día mi madre se había roto un brazo por una caída en la escalera. Otro día tenía un ojo morado por haberse dado contra una puerta. En una ocasión le faltaba un diente, se había caído en el hielo. Mucha gente opina que papá es divertido, dijo mi madre.

Otro día en Baker Hansen mi madre dijo: Papá sabe mucho.

¿Qué podía yo decir? Vale, entonces todo está bien, papá es divertido, papá sabe mucho, así que olvidémonos de lo demás.

Una conversación de verdad entre mi madre y yo resultaba imposible.

Nos marchábamos de Baker Hansen tristes y aliviadas.

Como no bebimos la noche del cinco, la mañana del seis resultó mejor, el cielo estaba azul. Las reuniones de la mañana transcurrieron bien, tal vez debería dejar de beber, tal vez era eso lo que hacía falta. Tale llamó durante el almuerzo. La noche anterior había estado con una amiga, una mujer que también tenía unas relaciones familiares complicadas, una Klara. Ella y su amiga se habían cabreado por cómo aquellos que en su día se habían nombrado a ellos mismos jefes y proveedores de condiciones para la convivencia familiar porque eran adultos y tenían el poder se negaban a cederlo, a liberar a sus hijos, se aferraban al poder sin tener en cuenta el dolor que eso causaba a otros. Las dos habían acordado oponerse, decir lo que opinaban, no participar más en la farsa, las dos se fueron a sus casas a escribir correos. Tale envió un correo electrónico a Astrid y Åsa, y el mismo texto en papel y por correo ordinario a mi madre, que no tenía correo electrónico. Yo podía leerlo, pero no cambiar nada, ya se había enviado.

Un minuto después lo tenía delante de mí en la pantalla.

*Para Inga, Astrid y Åsa:*

*Después de la valiente confesión de mi madre el otro día, siento con más urgencia que antes relatar cómo se vive esto como hija de mi madre y nieta de Inga y Bjørnar.*

*He visto a mi madre tan rota y deshecha como puede llegar a estar un ser humano sin morirse; tan destrozada que pocos habrían podido volver a levantarse. He visto a mi madre luchar por poder vivir con su historia. He visto a mi madre guardarse el dolor para no transmitírnoslo a nosotros, sus hijos. He visto a mi madre refugiarse en la embriaguez, en la literatura, huyendo de la realidad, huyendo de los recuerdos. He visto a mi madre incapaz de dormirse sobria, temiendo la noche, la cama, evitando el control. He visto a mi madre trabajar sin descanso.*

*He visto a mi madre intentando siempre comprender.*

*He visto a mi madre pedir perdón, yo soy la culpable, no tú, la he visto librarme de mi vergüenza de la manera que ella hubiese querido que la librasen de la suya. He visto a mi madre luchar, intentar, esperar y renunciar.*

*He visto a los abuelos y me he sentido como una mentirosa. Los he visto hacer como si nada y yo he hecho lo mismo. Me avergüenzo de ello.*

*Pero yo no sabía lo profundas que eran las mentiras vitales y hasta dónde estabais dispuestas a llegar para mantenerlas vivas. Ahora me toca ser testigo de que negáis esa historia que de todas las maneras posibles ha estado tan presente, ha sido tan acuciante y tan determinante en la vida de mi madre, y por ello también en la mía. Soy testigo de que no la tomáis en serio. No entiendo cómo es posible y eso me indigna. No solo por mi madre, sino porque también se niegan mis propias experiencias, mi historia: he visto lo que mi madre ha luchado, lo sola que estaba, lo pequeña, herida, vulnerable y abandonada que se sentía.*

*Mi madre no es la que es debido a una feliz infancia en Skaus vei, mi madre es tan maravillosa y fuerte como es a pesar de. A pesar de un padre que abusó de ella y una madre que permitió que ocurriera; negando eso, Inga, no haces sino mostrar que dejas a un lado tu responsabilidad. Y no solo pierdes hijos, sino también nietos y bisnietos. Triste.*

Lloré. Tan terrible era verlo, tan bueno ser vista. Que se me pusiera delante un espejo que no mentía, tan doloroso, tan bueno que ella viera tan bien. Tan terrible que la destrozada propagara destrucción, que resultara tan difícil de evitar. Mi padre diciendo: Deberías saber lo que yo viví de niño.

La llamé y le di las gracias, notó que estaba emocionada y dijo que no lo había escrito porque fuera una buena persona, sino porque estaba indignada y enfurecida y además no sacrificaba ni arriesgaba nada, porque ella tenía su vida en Estocolmo, no necesitaba a la familia de Bråteveien, ellos no podían hacerle nada, no era vulnerable ante ellos, ella era políticamente correcta, dijo, porque qué sería del mundo si la gente se comportara como la familia de Bråteveien sin ser castigada por ello. Ella no quería que le mostrara agradecimiento, yo lo sabía, pero así lo sentía.

Una vez, durante la época en la que mantenía un mínimo contacto con la familia por el bien de mis hijos pequeños, me llamó mi madre para contarme que Rolf Sandberg se iba a jubilar, ella seguía en contacto con él. Rolf Sandberg se iba a jubilar y tenía que vaciar su despacho, donde guardaba toda la correspondencia entre él y mi madre. No se la podía llevar a su casa y mi madre no la podía guardar en Bråteveien, así que me preguntó si me la podía quedar yo, sería bastante interesante para una crítica de teatro, pensaba. Tal vez me inspirara, tal vez algún día acabara convertida en una obra de teatro, ¿podría yo guardar su correspondencia en mi sótano?

Si hubiera sido antes de que yo viera mi historia con claridad tal vez habría dicho que sí, porque solía decir sí a sus deseos, porque, aunque intentaba mantener cierta distancia, porque ella no tenía límites, dependía de ella, porque solo la tenía a ella. Si hubiera sido antes del momento de la verdad, seguramente habría dicho que sí y mi madre me habría traído en su coche la apasionada correspondencia entre ella y Rolf Sandberg, y seguro que me habría mostrado algunas cartas especialmente poéticas, leyéndolas en voz alta, y yo habría escuchado, a disgusto, pero habría escuchado, tan entretejida estaba yo entonces en todo lo que era mi madre que no distinguía entre lo que era mío y lo que era suyo.

Esa era la infancia que se me había dado y al principio no la cuestionaba, no cuestionaba nada de todo lo que era de mi madre, en lo que yo me dejaba entretejer, porque no tenía padre. Los modos de mi madre eran la norma, yo no conocía otra, yo no sabía lo que era la normalidad. Lo que a mí se me presentaba como normalidad era locura, una locura surgida de la desesperación, pero eso yo no lo sabía.

Astrid respondió enseguida a Tale. Con más de lo mismo, dijo Tale. Empezaba diciendo que no era de extrañar que Tale lo hubiera pasado mal, que todos lo habían pasado mal, que ella y Åsa lo habían pasado mal, pero sobre todo nuestra madre y Bergljot, yo, lo estábamos pasando mal. Llevaba más de veinte años pensando en ello, decía, y comprendía que era doloroso para Bergljot, yo, que ella no había tomado partido, pero que si lo hubiera hecho, su base habría sido dudosa. Opinaba que había llegado la hora de la reconciliación. Antes de concluir preguntaba a Tale si el correo también se lo había enviado a nuestra madre. Cuando Tale dijo que se lo había enviado por correo ordinario, Astrid le preguntó si le parecía bien que fuera a recogerlo al buzón de mi madre. Temía que nuestra madre no soportara mucho más. Tale contestó que hicieran lo que quisieran, ella no quería ser responsable del suicidio.

Pero más tarde ese mismo día, seis de enero, tras haber pedido consejo a su Klara, Tale fue a su casa y escribió un airado correo a Astrid, sin estilo y no bien redactado, diciéndole que no había sido su intención presentarse como una sufridora víctima, que ella no era una víctima en este asunto, pero que tampoco lo era Astrid. ¡Tú tampoco lo eres, Astrid!

Decía que había escrito únicamente en calidad de testigo, ya que resultaba obvio que necesitaban uno, y que no solo resultaba provocador que Astrid dijera que todos habían sufrido horriblemente, porque el sufrimiento de Inga se lo había provocado ella misma, y en lugar de prestarle unos cuidados superficiales, Astrid podía haber usado su influencia para corregirla, porque Inga no iba a ninguna parte sola y no quería perder a más hijas, Inga no se las apañaba sin Astrid. Pero la verdad es que sí has tomado partido, le dijo Tale, has optado por tu madre a costa de tu hermana y es inconcebible que ni siquiera seas capaz de reconocerlo.

No recibió contestación a ese último airado correo. De la misma manera que yo no recibía contestación a mis airados correos a Astrid. La ira no era buena. Astrid no quería entrar en ella, Astrid quería actuar de un modo civilizado y digno, y no contribuir a que el conflicto fuera a más, como la ira suele hacer con los conflictos, Astrid quería fomentar la paz y la conciliación actuando de un modo pacífico y conciliador, tal vez despreciara a las personas que actuaban desde la ira, que no eran capaces de controlarse, que se dejaban dominar por un sentimiento tan poco civilizado como la agresividad. Astrid tal vez volviera a nosotras cuando nos hubiéramos tranquilizado.

Había llegado la hora de la reconciliación, escribió Astrid.

Sonaba muy conciliador. Sonaba sencillo, como si se tratara de sobreponerse, de mostrar buena voluntad.

El filósofo Arne Johan Vetlesen dice que la debilidad de las Comisiones de la Verdad, de los procesos de reconciliación después de las guerras es que suelen exigir lo mismo de las víctimas



que de los verdugos, y eso es injusto.

Yo pensaba a menudo en esa afirmación, y en que un proceso de reconciliación de la familia exigiría más de mí que de mis padres y mis hermanas, y que eso era injusto. Y, además, en las Comisiones de la Verdad creadas después de las guerras había al menos un alto grado de acuerdo sobre quiénes eran las víctimas y quiénes los verdugos. ¿Cómo puede haber reconciliación cuando ni siquiera hay acuerdo sobre eso?

Y además, si Astrid hablaba en serio, si verdaderamente quería la reconciliación, lo de repartir las casas de Hvaler con todos sus hermanos sería un comienzo, ¿no?

¿Te has fijado, preguntó Bo después de ver *Maridos y mujeres*, de Woody Allen, en que muchos de sus personajes femeninos, sobre todo los que son interpretados por Mia Farrow, se caracterizan por su aparente preocupación por todo el mundo, por su abnegación, que las mujeres en las películas de Woody Allen aparentan ser las que quieren el bien, las que quieren resolver conflictos, nunca levantan la voz, nunca se enfadan, aparentemente no piensan en ellas mismas, solo en los demás, resulta difícil contradecirlas, es imposible estar en desacuerdo con ellas porque son indulgentes y buenas, y al final consiguen casi siempre lo que quieren? Esas mujeres suelen acabar bien, de un modo extraño casi siempre ven cumplidos sus deseos e intenciones. Han desarrollado un eficaz lenguaje del poder, pero sobre todo femenino, disfrazado de cuidados y consideración, opinaba él.

¿Te has fijado, me pregunté a mí misma, en cómo usas todos los análisis de Bo en tu propio beneficio?

Bård había conseguido trasladar a mi madre, a Astrid y a Åsa que un abogado opinaba que no se cumplía con la intención del testamento si el importe de las tasaciones de las casas de la playa no se elevaba. Ellas se pusieron en contacto con un abogado. El abogado no estaba de acuerdo con la apreciación del abogado de Bård y, haciendo referencia a algunos párrafos legales, dijo que Bård y yo no ganaríamos un posible juicio al respecto. Yo no lo entendía, no soportaba entenderlo, pero me fijé en la última frase de la nota de su abogado. Ponía que nadie podía impedir que fuéramos a juicio, pero que sería muy desagradable para mi madre y que además entorpecería esa «colaboración que con arreglo al deseo de los testadores se establezca entre los herederos forzosos en relación con las sociedades». Dicha colaboración no sería factible si no se mitigaban los conflictos de la familia.

Era evidente que mi madre, Astrid y Åsa no le habían contado al abogado que el deseo de Bård de que las casas fueran repartidas entre los cuatro había sido rechazado bruscamente, era evidente que habían evitado contarle el motivo de mi conflicto con la familia.

Llamó Karen. Astrid le había escrito preguntándole si podían verse y charlar un poco, tenía que tratarse de algo relacionado conmigo, porque ellas no solían mantener contacto. Le conté lo del correo de Tale y dije que Astrid tendría miedo de que me tirara por una ventana o a las vías del tren. O fingía estar preocupada y quería mostrar que lo estaba, mientras en el fondo esperaba que me tirara por una ventana o a las vías del tren. Quizá todos los de Bråteveien tuvieran la esperanza de que me tirara por una ventana o a las vías del tren. Me temían por lo que podía llegar a pregonar, a escribir. Solo cuando estuviera muerta estarían seguros, era la seguridad lo que anhelaban. Eso es algo natural, algo humano.

Karen habló con Astrid y me contó luego que mi hermana parecía realmente preocupada. ¿Tal vez a su manera me quería? Tal vez había intentado de verdad, una o más veces, a solas con nuestra madre, preguntarle con delicadeza: ¿Siempre has estado completamente segura de que no hay nada de verdad en...?

Y nuestra madre habría reaccionado del mismo modo irascible y agresivo que el cuatro de enero en la reunión con la auditora, contestándole furiosa: ¡¿Qué dices?! ¿Qué insinúas? ¿Cómo puedes creer algo así de tu padre?

Tenía que ser difícil para Astrid. Tenía que ser difícil para nuestra madre. Cuánto no se jugaría ella para estar siempre tan a la defensiva, tan en guardia, para no solo reaccionar como lo hizo en la reunión con la auditora el cuatro de enero, sino para jamás, durante los últimos veintitrés años, dirigirse a mí diciendo: Cuéntame lo que dices que pasó. En lugar de ello mostraba siempre un pánico feroz y una instintiva angustia. ¿Se trataba de esa mentira vital que no puedes arrebatarse a una persona sin arrebatarse también la felicidad? No, porque no era una mentira vital, ella no creía en esa mentira, era más lista que todo eso, pero ¿cómo sería su vida si mi historia llegara a conocerse y a creerse? Eso era lo que ella temía.

Mi pobre madre, que durante tantísimos años temió que sucumbiera a causa de lo innombrable. Pero no sucumbí, las cosas me iban aparentemente bien, entonces su miedo a que sucumbiera disminuyó, pero fue sustituido por el miedo a que lo innombrable emergiera de lo reprimido, a que yo tomara conciencia de mi historia. Luego llegó a un punto en su vida en el que le habría venido bien que lo innombrable hubiera salido a flote, era aquella época en que su pasión por Rolf Sandberg se encontraba en su momento álgido, aquella época en que deseaba divorciarse de mi padre para irse a vivir con Rolf Sandberg, aquella época en que me preguntó: ¿No te hizo papá algo cuando eras pequeña?

No sabía a qué se refería. Estábamos sentadas en el bar de la Escuela Superior de Magisterio, donde yo estudiaba, recuerdo muy bien lo que dijo y el punto dentro de mí que fue alcanzado por sus palabras, yo le contesté que no.

Lo de mi madre y Rolf Sandberg no continuó, ella volvió con mi padre, qué otra cosa podía hacer, y de nuevo empezó a temer que lo innombrable emergiera de lo reprimido, que yo tomara conciencia de mi historia, porque en ese caso ella estaría viviendo con un delincuente y ella misma podría haber sembrado la semilla de mi toma de conciencia con su pregunta: ¿No te hizo papá algo cuando eras pequeña?

Mi madre tenía miedo, siempre tenía miedo. Si no de una cosa, de otra.

Luego yo me casé y tuve hijos, y el miedo de mi madre, el miedo de mi padre disminuyó, pensaban que el peligro había pasado, luego mi hija mayor cumplió cinco años y yo creía que su padre

entraba en su habitación por las noches, me enamoré de un hombre casado y me divorcié, me movía por arenas movedizas y cuando durante una cena navideña dije que estaba pensando en empezar una terapia, mi padre estalló con su voz brusca, la que toda la familia temía, sobre todo nuestra madre: ¡Tú no harás ninguna terapia!

Lo recuerdo con toda claridad, porque ¿qué fue lo que dijo y qué punto dentro de mí fue alcanzado por sus palabras?

Tuve unos extraños ataques de dolor después de escribir una obra en un acto sobre un encuentro amoroso, busqué lo que había escrito antes de esos ataques y leí la siguiente frase: Me tocó como un médico, me tocó como un padre. Se me vino encima como una avalancha y me alcanzó como un golpe y un desmayo. Lo entendí todo, todo encajaba y fue horrible, insoportable, pensé que me iba a morir, pero no me morí, lo soporté en cierto modo porque el ser humano está tan sabiamente configurado que lo reprimido, lo horrible, lo insoportable aparece en el momento en el que está preparado para enfrentarse a ello. Aquel día llamé a Astrid unos minutos después del desmayo, abatida y deshecha, llamé a mi madre, aturdida y deshecha, y mi madre vino a mi casa, yo me desplomé en el suelo y ella dijo: Ahora entiendo que esas cosas no deben menospreciarse. Habló con mi padre, se fueron a Hvaler, tuvieron una crisis, bebieron y mi padre dijo a mi madre: ¿Y si te dijera que lo hice?

Y mi madre me dijo, cuando me llamó a la mañana siguiente para contarme lo que mi padre había dicho, que ella le respondió: Entonces no podría estar casada contigo. Mi madre me llamó y me lo contó como para mostrar su firmeza en sus principios, que ella no era la clase de mujer que podía estar casada con un hombre que había hecho semejantes cosas, cuando llevaba todos esos años con un hombre que ella pensaba que había hecho semejantes cosas. Mi padre estaba borracho, en Hvaler lloró y dijo: *Y si te dijera que lo hice*. Mi padre estaba borracho y abierto a una seria, sincera y decisiva conversación, y mi madre dijo que entonces no podría estar casada con él. Mi madre aparcó la posibilidad de una seria, sincera y decisiva conversación, tendría una especie de visión terrorífica de lo que una confesión por parte de mi padre significaría para ella, ¿cómo podría manejar una confesión de mi padre? Entonces no podría estar casada contigo, dijo ella, y mi padre cerró la boca. Estaba decidido y continuaron su vida en común, superaron la crisis, intentaron dejarla atrás, quizá nunca volvieran a hablar de aquello, ¿qué podían decir? Decidieron juntos y sin palabras actuar como si nunca hubiese sucedido, lo ocultaron esperando quizá que no les costara su relación conmigo. O calcularon que la relación conmigo valía menos de lo que les hubiera costado haber entablado esa conversación sincera a la que mi padre estaba abierto. *Y si te dijera que lo hice*. Lo que se abrió ante mi madre en ese momento tenía que ser tan vertiginoso que no pudo entrar en ello. ¿Cómo iba a actuar ella si mi padre lo admitía? Vertiginoso, vertiginoso. ¿Hablar seriamente con mi padre y convocarme a mí a una reunión? ¿Para que pudiéramos hablar sobre aquello en serio y con sinceridad los tres juntos, el triángulo? ¿Podrían ellos, entonces, seguir casados? ¿Podría yo seguir viéndolos? ¿Y los demás hijos? ¿Se hablaría

abierta y sinceramente de ello con Bård, Astrid y Åsa? ¿No era ilegal? ¿No habría que denunciarlo a la policía? ¿Y se le confesaría a más gente, a la tía Sidsel, a la tía Unni y a sus familias, no habría que proclamarlo en la plaza? Vertiginoso e imposible, yo lo entendía, la relación conmigo era una menudencia, la relación conmigo podía ser sacrificada, ¿quién no habría actuado como mi madre?

¿Yo?

Astrid se lo tomó en serio aquella vez hace veintitrés años que la llamé llorando, Astrid se conmovió y dudó sobre qué hacer, se metió en el problema y permaneció más tiempo en él que mis padres, que bastante pronto, después de dar la espalda a lo vertiginoso e imposible, reanudaron su vida, mi madre con una aparente pero falsa firmeza de principios. En ese caso no podría estar casada contigo.

Astrid se lo tomó en serio durante algún tiempo, pero entonces yo dejé de llamarla y de sincerarme con ella, porque empecé a ir a psicoanálisis cuatro veces por semana, teniendo así un espacio donde tratar lo innombrable. Dejé de llamar a Astrid, estaba casi siempre ausente durante los años posteriores a aquello que ocurrió hace veintitrés años y el planteamiento del problema se volvió menos acuciante para Astrid, que fue incorporándose de un modo natural a la vida familiar de Bråteveien, esperando que lo mío pasara. Hablaba conmigo un par de veces al año, o ni siquiera eso, por regla general sobre algo relacionado con la escritura de artículos, pero lo bastante como para sentirse como una especie de intermediaria, algo que había sido duro, algo que le había hecho sentirse entre la espada y la pared, según ella. ¿Significaba eso que mis padres la habían presionado para que no tuviera contacto conmigo? ¿Haciéndole preguntas incómodas e insinuantes? No creerás que es verdad lo que dice Bergljot, ¿no? Pero también eso cada vez con menos frecuencia conforme iban pasando los años y el dramatismo disminuía. Las relaciones familiares en Bråteveien se estrecharon, las visitas eran más frecuentes, durante las fiestas y los largos y soleados veranos en Hvaler, cuando nuestros padres se hicieron mayores se veían varias veces a la semana, y ahora por fin, después de la muerte de nuestro padre, después del cuatro de enero, Astrid entendió tal vez que ella, al resumir sus actos de estos veintitrés años, actos que uno a uno podían parecer inocentes, había acabado estando de parte de nuestra madre. Yo me había dado cuenta de que todas las ayudas y regalos que ella había recibido de nuestros padres durante estos años habían generado una deuda de gratitud que ella no podía ignorar, porque los regalos son, como bien se sabe, en parte una bendición, en parte una maldición, eso había podido comprobarlo yo misma. Hasta ahora ella no debía de haberse dado cuenta de que paso a paso había actuado de tal manera que estaba de parte de su padre muerto y su tal vez pronto madre muerta y no con su hermano y su hermana mayor y los hijos de estos.

Cuando mueren las personas por las que uno ha organizado su vida con el fin de satisfacer y ser aceptado, ¿se experimenta un repentino vacío?

Cuando mueren las personas por las que uno consciente o inconscientemente ha deseado ser



aceptado, ¿se descubre que las elecciones que se han hecho, grandes o pequeñas, con el fin de ser aceptado por ellas, han contribuido a alejarnos de otros?

Sybille Bedford escribe en alguna parte que cuando eres joven no te sientes parte de la totalidad, de la condición humana básica, cuando eres joven haces un montón de cosas porque lo vives como si se tratara de un ensayo general, un ensayo que se puede repetir cuando el telón se levanta de verdad. Y luego un día te das cuenta de que el telón ha estado siempre levantado. Eso *era* el espectáculo.

Me costaba creer que mis padres, durante los veintitrés años transcurridos desde la ruptura, no se hubiesen posicionado en cuanto a la posibilidad de una nueva crisis. Que conscientemente se hubiesen unido más a Astrid y Åsa, con un montón de grandes regalos, importantes préstamos, siendo generosos en todos los sentidos, creando nuevas tradiciones, nuevos ritos, con el fin de asegurarse el sentimiento de familia unida en caso de una nueva ruptura.

Pero tal vez yo era una paranoica.

La película noruega *Hijos* trata de unos niños que han sufrido abusos por parte de un adulto. Este los conoció en una piscina cubierta y se hizo amigo suyo. Eran hijos desatendidos que carecían de figuras cuidadoras masculinas. Ese hombre adulto se convirtió en una figura cuidadora. Cuando ellos no tenían nada que comer, él les daba comida. Cuando estaban mojados y perdidos, él les daba ropa caliente y calor. Cuando no tenían donde dormir, podían dormir en su casa. La película trata de esos niños cuando se hacen mayores y se vengan. Son feos y parecen innecesariamente agresivos cuando se lanzan sobre el agresor, que ya es un hombre mayor y temeroso. Los chicos son grandes, obesos, desarrapados y fracasados, resulta doloroso ver a esos hombres adultos, iracundos, irreflexivos y pueriles abalanzarse sobre un viejo tembloroso.

Uno no se vuelve bueno sufriendo. Por regla general uno se vuelve malo si sufre. La disputa sobre quién lo ha pasado peor es pueril. Los oprimidos suelen acabar mutilados, con una vida sentimental destrozada, suelen adoptar la manera de pensar y los métodos de actuar de los opresores, esa es la consecuencia más infame de la opresión, que destroza a los oprimidos haciéndoles menos capaces de librarse. Cuesta mucho trabajo convertir el sufrimiento en algo útil para alguien, sobre todo para el sufridor.

Cuando el revuelo sobre mi madre y Rolf Sandberg estaba en su punto más turbulento, cuando nuestros padres se posicionaron en relación con sus hijos, mi padre me dijo: Mamá dice que cuando las dos vais juntas por la calle los hombres se vuelven a mirarla a ella.

Cuando el revuelo sobre mi madre y Rolf Sandberg se encontraba en su punto más turbulento, cuando ella se posicionó en relación con nosotros, sus hijos, me enseñó una foto mía el día que cumplí dieciocho años y me dijo: Y papá que dice que no eres guapa. En esta foto me pareces bastante guapa.

Hace un par de años, cuando participé en una charla en la televisión sobre teatro contemporáneo, mi madre me llamó después de la emisión y dijo: Tienes el pelo tan largo y oscuro..., es una pena, eras muy guapa de joven.

Quizá pensara que yo era igual de vulnerable que ella cuando se trataba de belleza.

¿Habría así a mis hermanas? Seguro que no, si lo hiciera, ellas no la querrían tanto, no estarían tan cerca de ella como era el caso. Mi padre había convertido a mi madre en mi rival, y mi madre no lo entendía, se había acostumbrado a huir de las verdades incómodas, tenía demasiadas heridas propias que curar como para ponerse en mi lugar. ¿Y cómo iba a entenderme a mí si no se examinaba a ella misma?

Estando Karen y yo en la piscina cubierta, nadando y charlando sobre la reunión con la auditora, tema que yo aún no había dejado atrás, ella dijo, y yo me alegré, que no habría hecho falta mucho por parte de mi madre para que las cosas hubieran sido distintas. Si se hubiera echado a llorar. Si hubiera dicho: Estaba desesperada. Si hubiera dicho: Dependía tanto de papá, no habría podido apañármelas sin él. Si hubiera dicho: Era tan joven, tenía tanto miedo... Si mi madre hubiera dicho lo que la escritora Tove Ditlevsen dijo no mucho tiempo antes de morir: Mi vida se ha vuelto tonta.

Ese día me dejé en la piscina cubierta el reloj recién arreglado, tal vez fuera aposta, había llegado el momento de un nuevo reloj, de una nueva era.

Me bajé del metro en Majorstuen el sábado a mediodía, el nueve de enero, y fui por Bogstadveien hasta la Casa de la Literatura para ver a Bo y charlar con él sobre un artículo que había escrito sobre su viaje a Israel y Palestina. De repente me di cuenta de que corría el riesgo de encontrarme con ellas, Astrid, Åsa o mi madre. Una de ellas, dos de ellas o las tres juntas, y una sensación de espanto me recorrió el cuerpo. Si me encontraba con una de ellas o con las tres a la vez, ¿qué podía hacer? Ay, Dios mío, ¡no hagas que me encuentre con ellas! ¿Qué haría yo? Me las imaginaba con el aspecto que tenían el cuatro de enero en la reunión con la auditora, tres mujeres asustadas, tres mujeres con el pelo corto, en parte cano, dos de ellas con la mirada bastante evasiva. ¿Y si me topara con una de ellas o con las tres a la vez? De repente las veía por todas partes, un sábado por la mañana y con Bogstadveien llena de gente, mujeres con el pelo corto, en parte cano, por doquier, algunas cogidas del brazo, como Astrid, que sin duda iría cogida del brazo de mi madre, la viuda de ochenta años que inspiraba lástima, de compras o paseando por Bogstadveien, camino de Baker Hansen, por el mundo, es decir, si es que se atrevían a moverse por el mundo, a pasear por Bogstadveien un sábado por la mañana, si es que no se quedaban en casa por miedo a encontrarse conmigo, permaneciendo en sus ambientes más cercanos y evitando los sitios en los que se arriesgaban a encontrarse conmigo, tal vez con la misma angustia en el cuerpo que la que yo sentía en ese momento, con miedo a verme de repente, mi cuerpo y mi cara, un cuerpo y una cara que inmediatamente las llenarían de espanto, me imaginé sus caras angustiadas, la cara de mi madre en la reunión con la auditora, como un animal enjaulado que sabe que lo van a torturar y matar, y un enorme dolor me recorrió el cuerpo, un dolor de compasión, pobre mamá.

Lo difícil no es simpatizar con una parte en un conflicto, dijo Bo, sino simpatizar con las dos. Lo difícil es cuando ambas partes son víctimas, identificándose con el papel de víctima, y lo necesitan y lo usan por su valor y se niegan a renunciar a él. Había sido muy difícil, dijo, estar en un sitio cuando todos los representantes de ambas partes en el conflicto hablaban el lenguaje propagandístico de Goebbels y buscaban en el rostro de Bo apoyo o escepticismo, contestándole con agresividad si creían ver escepticismo. Era un lugar difícil para estar, dijo, y encendió un cigarrillo, había vuelto a fumar. No sé lo que ocurrirá, dijo, me cuesta mucho creer que irá bien, da la impresión de ser un conflicto sin solución.

Estuve a punto de sugerir que rompieran, pero no podían romper, eso era lo trágico, lo tremendamente trágico, dije, si no puedes romper, escapar, marcharte, estás condenado a quedarte y a que te coman.

Tú has roto, dijo Bo, y sin embargo no estás liberada de aquello.



Soñé que me encontraba en los parajes de mi infancia, caminaba con mi madre por Eiketunet, queriendo explicarle todo eso contra lo que tenía que luchar, hacía grandes esfuerzos, pero ella no escuchaba, no quería escuchar, no quería entender, solo hablaba de sus cosas, y yo pensé: *¡Tengo que mudarme!* Y al instante: Pero no puedo hacerlo, solo tengo cinco años.

El último fin de semana de enero lo pasé en un seminario sobre el lugar de la crítica teatral en la prensa diaria, yo era una de las organizadoras y no podía dejar de acudir. Estaba tensa. Tenía la esperanza de que al ver la esquila, la gente no la hubiera asociado conmigo, tenía la esperanza de que nadie supiera que mi padre acababa de morir y me diera el pésame, no quería hablar con extraños sobre mi padre, su fallecimiento y su entierro. Procuré estar muy ocupada en las pausas, escribiendo en el Mac, y renuncié a la cena de gala la noche del sábado. Cuando acabó el seminario, el domingo por la tarde, me fui a la casa de Lars en el bosque. Estaba deseando llegar allí, alejarme, no tener tareas apremiantes. *En Escena* por fin se había enviado a imprenta y no tenía más planes que preparar un coloquio sobre la escenificación de los poemas de Rolf Jacobsen la siguiente semana. Me hacía ilusión encender las estufas eléctricas de la casa de Lars, esperar que el calor se expandiera, estar muy dentro del bosque, lejos de todo. Allí solía sobrevenirme una sensación de paz, esperaba que también ocurriera entonces.

Llegué a la casa, encendí las estufas y me puse a esperar el calor, la calma, a desear que me llegara el sosiego y un profundo sueño. Soñé que estaba en el parque Frogner luchando por conseguir subir las escaleras de la estatua con dos niños y muchas bolsas, arriba me estaban esperando mi madre, Astrid y Åsa para que fuéramos juntas a la manifestación del ocho de marzo. Empieza a la una y media, dijo Astrid cuando llegué arriba, y ya era casi la una y media. Tengo que ponerme las lentillas, dije, tengo que cambiar el pañal al niño, dije, no voy a poder llegar a la una y media. Ellas se miraron y supe que se irían sin mí. Vamos yendo, dijeron y se metieron en el coche, seguro que nos vemos allí.

Me desperté con una sensación de opresión. Tale llamó y notó que tenía una sensación de opresión en el cuerpo, le conté el sueño y dijo: Estás haciendo esfuerzos por legitimar ante ti misma que no quieres verlas, pero son ellas las que no quieren verte a ti.

En Jerusalén Bo había visto el muro, puestos de guardia, policía militar armada hasta las cejas y un punto en el que el muro era tan alto que hacía sombra al cielo por todos los lados de una minúscula y claustrofóbica plaza rodeada de alambre, cámaras de vigilancia, megáfonos, soldados y atalayas, parecía una escalofriante instalación de defensa soviética de una película de James Bond de la década de los ochenta, dijo. Corrían por allí unos juguetones chicos ortodoxos, porque en ese tétrico lugar se celebraba una fiesta religiosa. El guía puso una mano en el muro al lado de Bo y dijo que detrás había un campamento de refugiados, quién vive allí, preguntó Bo, así de tonto era, palestinos, claro está, contestó el guía, los que fueron desterrados en el sesenta y siete. Detrás de ese muro, a medio metro de donde estaba Bo, llevaban viviendo casi cincuenta años. Era desagradable. Era más desagradable en Tel Aviv, porque Tel Aviv se parecía a cualquier gran ciudad europea, completamente nueva y moderna con relucientes rascacielos, una gran ópera y un gran museo moderno, Tel Aviv era reconocible, civilizada y exitosa, él se había sentido seguro y como en casa en Tel Aviv, con sus elegantes barrios comerciales, restaurantes de lujo y un ancho paseo marítimo donde hermosas personas vestidas a lo occidental tomaban café o cerveza mientras contemplaban el Mediterráneo. En días despejados, excepcionalmente claros, podían ver hasta Gaza, eso resultaba inquietante.

Bård me escribió y me preguntó cómo me encontraba. Contesté que bien, que estaba en casa de Lars en el bosque y que por suerte no había tenido noticias de ninguna de las tres. Él había recibido un SMS de nuestra madre por su cumpleaños, decía, a las doce menos diez, justo antes de que dejara de ser su cumpleaños: Felicidades. Una madre nunca olvida.

Tal vez nuestra madre esperaba que Bård temiera no recibir su felicitación. Que se pasara todo el cumpleaños esperando una señal y una felicitación suya. Tal vez fuera así, yo no lo conocía lo bastante bien como para saberlo. Pero nuestra madre esperaría que él se sintiera así, que estuviera todo el día esperando su felicitación, y entonces ella se demoró para que él notara su fuerte deseo de recibir un abrazo, para que notara cuánto quería en el fondo a su madre, y no recibiera ninguna felicitación suya hasta las doce menos diez de la noche, justo antes de que el cumpleaños llegara a su fin, y entonces puso: Una madre nunca olvida.

Seguro que nuestra madre le había dado muchas vueltas. Y su intención era que también Bård se las diera y pensara mucho en lo que ella no era capaz de olvidar. El cumpleaños o la actitud de Bård en el conflicto por la herencia. Todo iba acompañado siempre de un aguijón. Me acordaba de otros tiempos en que solía sentirme dolida después de haber hablado con mi madre. Sonaba el teléfono, lo cogía, era ella, hablábamos de esto y de aquello y al colgar me quedaba sufriendo con el auricular en la mano. Una vez que estaba así, con el auricular en la mano sufriendo después de haber hablado con mi madre, me dije a mí misma: No debería ser así, ¿no? ¿No debería ser al revés?

¿Siempre había sido así? No. Todo empeoró después de mi divorcio, después de que consiguiera divorciarme y quedarme con el catedrático, después de que consiguiera lo que ella no había conseguido.

Antes de los disparos de Sarajevo, el optimismo reinaba en Europa, dijo Bo, venía de la Biblioteca Nacional. Para comprender las guerras actuales tenía que entender la Segunda Guerra Mundial y para entenderla tenía que entender la Primera y la época previa. Antes de los disparos de Sarajevo, dijo, las conversaciones importantes sobre política, arte y ciencias eran internacionales. Antes de los disparos de Sarajevo, la vanguardia de diferentes países se reunía en el salón parisino de Gertrude Stein, las cuestiones conflictivas de la época se discutían en los congresos de la Asociación Internacional de Psicoanálisis, y europeos prominentes hablaban entusiasmados de la colaboración transnacional. La gran guerra europea no llegará, decían los dirigentes europeos, luego llegaron los disparos de Sarajevo, llegó la guerra, y un nuevo invento tecnológico civilizador como el ferrocarril facilitó los desplazamientos de las tropas, haciendo que los trenes pudieran suministrar nuevos cuerpos al frente, el desarrollo de la industria armamentista de los fusiles de repetición aumentó la fuerza del fuego, murieron millones de hombres jóvenes de ambos bandos y la gente se asustó al ver lo que estaba ocurriendo. Pero Sigmund Freud no. Sigmund Freud no compartía el asombro de la gente ante todo de lo que era capaz el ser humano europeo. Entendía el espanto general, escribió, porque también él compartía la fe en que los grandes pueblos habían hecho acopio de tanta comprensión por lo que tenían en común y de una tolerancia tan grande por las diferencias entre ellos que *extraño* y *hostil* no deberían fundirse ya en un solo concepto, y con una autoimagen así no era de extrañar que ese cosmopolita cultural se desilusionara al encontrarse con la realidad de la guerra; su propia imagen chocaba con la realidad.

La idea de que el ser humano con ayuda de su razón y algo de buena educación podía erradicar el mal en sí mismo y en la sociedad era falsa, escribió Freud, según dijo Bo. El psicoanálisis había enseñado a Freud que lo más profundo del ser humano consta de pulsiones de vida, que el ser humano en sí no es ni bueno ni malo, sino bueno en una relación, malo en otra, bueno bajo ciertas circunstancias, malo bajo otras, que el ser humano ante todo es humano, y lo peligroso es cuando el ser humano niega este hecho elemental. Ese es el punto flaco de lo europeo, del ser occidental, escribió Freud, según dijo Bo, que está cegado por sus propios triunfos civilizatorios, que sobreestima sus capacidades culturales en relación con su pulsión de vida. Por esa razón se quedó tan escandalizado y consternado ante las atrocidades de la guerra, pero el susto y la consternación no eran justificados, escribió Freud, porque el ser humano occidental no había caído tan bajo así de repente, porque nunca había subido tan alto como creía. El ser humano occidental había reprimido su yo frágil, escribió Freud y Bo estaba de acuerdo, el ser humano occidental había reprimido que la inteligencia no es independiente de la vida sentimental, y en situación de guerra, en situaciones de crisis, las pulsiones por regla general adormecidas emergían a la superficie. La civilización se dejaba de lado, la gente empezaba a creer en sus propias mentiras y exageraba la maldad del enemigo, el ser humano occidental no se daba cuenta de que

obedecía a sus pasiones antes que a sus intereses.

Nuestra madre solía decirnos cuando nos peleábamos: No es de extrañar que haya guerra en el mundo, cuando ni vosotros sois capaces de estar en paz.

Soñé que Tale tenía cinco años y estábamos las dos en una mercería, yo estaba colocando unas bobinas de hilo y ella las descolocaba, yo la regañaba cuando ella se defendía con agresividad, no de un modo infantil, sino de un modo adulto y sarcástico, delante de todo el mundo, hablándome como si yo fuera la peor madre del mundo. Yo no sabía qué había hecho que justificara un escarnio de esa magnitud, un desprecio tan malicioso por su parte, ella dijo al personal de la tienda que yo había robado varias bobinas, me traicionó, quería hacerme daño, yo sufría, me desesperaba y me cabreaba, pero tenía miedo de reaccionar como hubiese querido, con violencia y agresividad en presencia de todo el mundo, pero no logré dominarme, la levanté y la volví a sentar con fuerza en una silla gritando: ¡No hables así a tu madre!

Fue una frase dolorosa, como un grito, en el instante en el que salió de mi boca, una frase que yo misma había oído a menudo cuando era niña: ¡No hables así a tu madre!

Ella se echó a llorar, y vi que su llanto era profundo, que su desesperación era profunda, me dio pena y tenía mala conciencia, la abracé pensando que podíamos reconciliarnos y llorar juntas, por fin podía consolarla. Nos quedamos así un rato, abrazadas y ella escondiendo la cara apoyada contra mi pecho, entonces de repente la levantó, me miró y bufó: ¡Aparta!

Me odiaba. ¿Por qué me odiaba? ¿Qué le había hecho yo? En ese momento apareció su padre y dijo que la niña tenía celos de su novia.

Entonces lo entendí: Yo tenía celos de mi madre, que era la novia de mi padre. ¿Estaba rabiosa con mi madre por lo que ella había hecho? Nada. Era ese *nada* que hacía mi madre. Era lo que mi madre no veía, lo que yo no le podía decir cuando tenía cinco años, lo que mi madre no quería o no se atrevía a ver, mi desesperación y lo que tanto me desesperaba, lo que me hacía odiarla porque ella no era capaz de defenderme.



Jung escribe que el inconsciente es un colosal almacén. Admito que yo también tengo un cuarto de niños, escribió, pero es un cuartito comparado con los enormes espacios de tiempo que ya de niño me interesaban más que la infancia.

¡Yo también quiero salir del cuarto de niños! ¡Ayúdame a salir de él!

Según Freud, dijo Bo, hay una relación entre la locura colectiva de la guerra y una civilización que se ha esforzado al máximo por reprimir los instintos humanos, que ha desarrollado en su gente la capacidad de renunciar a la satisfacción de los mismos, una civilización que niega la muerte y la pulsión de muerte ante el otro, también el amado, en el individuo.

¿Los humanos son solo animales?, pregunté.

No, no, contestó, sonriendo.

La autocomprensión es decisiva, dijo. No renegar de los impulsos irracionales propios, no sobreestimarse a uno mismo, sino contemplarse a uno mismo bajo una luz realista, no renegar de los impulsos destructivos en el interior de uno mismo, sino esforzarse por vivir con los instintos, conflictos e impulsos irracionales de una manera sabia.

Eso era lo desagradable en Tel Aviv, dijo Bo, lo que estaba reprimido en el hotel Hilton, lo que se había barrido debajo de la alfombra porque resultaba desagradable recordarlo, pero que lógicamente no por eso dejaba de existir, que actuaba de maneras sutiles, a la vez que con más fuerza porque se intentaba borrarlo, aquello que rezumaba, que buscaba caminos para salir del cuerpo de la sociedad como si fuera una especie de intoxicación, toda esa imponente impresión de buena educación basada en la negación. No somos agresivos, dijo el portavoz oficial, simplemente nos defendemos, pero cualquier defensa maniática tiene en sí un elemento engañoso, dijo Bo, se borran partes de la realidad para mantener alejados los sentimientos dolorosos, y mantener una defensa de esa clase requiere un gran esfuerzo. No era de extrañar que estuvieran agotados, que la gente de Tel Aviv tuviera aspecto de estar agotada, dijo, lo notaba cuando oscurecía y la gente se quitaba las gafas de sol. Encierran a los palestinos detrás de muros, dijo, es decir, los excluyen y no solo por razones de seguridad, sino para no tener que verlos y reconocerse en ellos, para que no les recuerden su propia humillante historia de víctimas y porque *they cannot stand them because of what they have done and still do to them*.

Qué reprimimos, qué negamos, esa es la pregunta que tenemos que hacernos una y otra vez para que no nos cieguen nuestros nuevos inventos de alta tecnología, nuestros avances científicos, nuestros impresionantes edificios de lujo, nuestra ordenada y regulada sociedad, en el país en el que una primera ministra dijo en una ocasión algo tan poco freudiano como que es típicamente noruego ser bueno.

Volviendo de la cita con Bo en la Casa de la Literatura me encontré con unos antiguos compañeros de Ciencias del Teatro y me tomé una cerveza con ellos. Uno iba con su novia, una mujer por la que sentí una inmediata antipatía, hablaba demasiado y demasiado alto, era obvio que ocupaba mucho espacio, de repente caí en la cuenta y me sonrojé, la mujer se parecía a mí. Compartía rasgos míos con los que yo tenía una relación no aclarada y ambivalente. ¡Mira qué amanerada es, *solo quiere llamar la atención!* La antipatía inmediata me señalaba a mí.

La siguiente vez que reaccionara con tanta intensidad al encontrarme con otra persona o fenómeno, ¿pensaría que la explicación seguramente no se encontraba en la otra persona, en el fenómeno, sino en mí?

Åsa y Astrid querían dar un paseo con Bård por el parque Frogner. Bård preguntó que con qué objetivo y ellas contestaron que deseaban hablar con su hermano en unos tiempos difíciles. Era obvio que a mí me habían dejado por imposible. Además, habían sucedido cosas, escribían. Nuestra madre había hecho una oferta por un piso y se la habían aceptado y querían discutir la venta de la casa de Bråteveien. Querían un diálogo constructivo y opinaban que lo mejor sería verse.

Quedaron en un café en el parque Frogner. Cuando acabó la reunión, Bård me escribió que nuestra madre acababa de comprar un piso en tal sitio a tal precio. La casa de Bråteveien se había puesto en venta.

Cuando le pregunté, respondió que el tono había sido afable.

Bård, Astrid y Åsa en un café en el parque Frogner. Hermano y hermanas en un café en el parque Frogner. Seguramente en el fondo se querían. ¿Quizá en el fondo nos queríamos todos? Tiempo atrás estábamos todos sentados en el sofá de piel verde en Skaus vei viendo películas de Disney el día de Nochebuena por la mañana, esperando a que fueran las cuatro. ¿Y ahora? La gente que pasa mucho tiempo junta suele llegar a quererse. La gente que pasa mucho tiempo junta suele implicarse en la vida de los otros, siguiéndola con interés. Las vidas de los seres humanos son como novelas, pensé, cuando has leído bastante de una novela, incluso si es aburrida, te preguntas cómo acabará, y cuando llevas bastante tiempo siguiendo de cerca a una persona, aunque también sea una persona bastante aburrida, te preguntas cómo le irá, qué le sucederá más adelante. Astrid y Åsa habían estado más cerca la una de la otra y se querían más, estaban más implicadas una en la vida de la otra, sobre todo ahora, después de la muerte de nuestro padre. El segundo más querido por ellas sería Bård, porque a él lo habían visto bastante en el transcurso de los años, no tanto como entre ellas, pero con regularidad y en ocasiones emotivas, Navidad, Semana Santa, Diecisiete de Mayo y cumpleaños. Bård tendría que querer más a Astrid y Åsa que a mí, porque a mí no me había visto, no me había seguido en años, para él yo debía de ser una novela leída a medias, una novela perdida, durante los últimos años para él yo solo habría existido como una especie de recuerdo. Una ruptura es como una muerte, pensé, duele más al principio, luego uno se acostumbra a la ausencia y poco a poco el otro, el muerto, el que está ausente de ti, se va borrando.

A la que menos querrían sería a mí, la ausente de larga duración. ¿Habían disfrutado Astrid, Åsa y Bård en el café del parque Frogner? ¿Habían saboreado el amor fraternal, ese que está en el fondo? ¿Habían sentido los lazos de la sangre?

Estaba sentada junto al río leyendo los poemas de Rolf Jacobsen, envuelta en la gran parka que Lars se ponía cuando fumaba fuera y llegué a lo siguiente: De repente. En diciembre. La nieve me llega hasta las rodillas. Hablo contigo y no obtengo respuesta. Te callas. Entonces ha sucedido, mi amor.

Estaba sentada junto al río parcialmente helado, pensando en todas las veces que había intentado imaginarme la muerte de mi madre o de mi padre, en cuántas veces había temido no poder vivirla, en que yo muriera antes que ellos. Ahora había sucedido. De repente, en diciembre. Y me llené de un sentimiento de gratitud: Fíjate, haber conseguido vivir esto.

Y sin embargo.

¿Tenía mi padre una sepultura? ¿Fue incinerado? ¿Sería por eso por lo que el ataúd desapareció en el suelo de la capilla y descendió hasta un horno? Yo no había preguntado. Los últimos años, mis padres, Astrid y Åsa habían seguido la tradición, me contó Astrid, poner velas en la tumba de mis abuelos paternos el Día de Todos los Santos. Yo no sabía dónde estaba, no había preguntado. En los tiempos en los que yo formaba parte de la familia nunca habíamos encendido una vela en la tumba de mis abuelos paternos el Día de Todos los Santos. Habían creado nuevas tradiciones con el fin de reforzar la unión después de que Bård y yo nos quedáramos al margen.

Estaba sentada junto al río leyendo el libro de poemas de Rolf Jacobsen *De repente. En diciembre*. Como un rayo, como cuando se apaga un interruptor. ¿Dónde está todo ahora? La cara del muerto, las huellas detrás de la frente de la muerta, el vestido que cosió y todo lo que llevó a la casa, ¿todo ha desaparecido ya? ¿Bajo la nieve blanca, bajo la corona marrón?

Fíjate, haber conseguido vivir esto.

Y sin embargo.

En el cuarto de invitados tenía un retrato de Anton Vindskev. Debajo del retrato había una escultura de una exuberante mujer caribeña de color chocolate con un puro en la boca, como esas que a él tanto le fascinaban. Una noche me desperté y no podía volver a dormirme, me levanté y me acosté en el cuarto de invitados, donde nunca solía acostarme. Cogí el libro de conversaciones entre Benny Andersen y Johannes Møllehave, que siempre resultaba tranquilizador, y mientras leía miraba de vez en cuando el retrato de Anton Vindskev, pensando en todas las veces que había estado sentada en el café Eiffel con Klara y con él. Ya de madrugada me dormí y cuando a la mañana siguiente me desperté vi que Klara me había llamado varias veces. Cuando logré dar con ella dijo que tenía algo triste que contarme, que Anton había muerto. La noche anterior se había sentido mal y había ido a urgencias, donde se desplomó muerto en la sala de espera.

Más tarde ese mismo día, cuando estaba trabajando en la mesa del comedor, la gran lámpara de araña que tenía encima empezó a oscilar. Es Anton, que se despide, pensé.

Fui a Hamar a participar en una charla sobre la dramatización de los poemas de Rolf Jacobsen. Me sentía equilibrada, iba bien preparada, iba a hacer noche allí, me llevé a la perra.

Cuando conducía a lo largo del río Glomma con un precioso tiempo invernal, bajo un alto cielo lleno de una intensa luz que hacía que todo volara, me sentía ligera, casi alegre. Había poco tráfico, había luz, me sentía resplandeciente, me instalé en el hotel casi vacío y di un paseo con la perra, me tomé una cerveza en el bar mientras leía mis notas, y fui andando hasta el teatro. Allí charlé con buena gente que mostraba una actitud amable hacia los demás, que mostraba una actitud amable hacia mí, así lo sentí, charlamos sobre los desafíos de convertir poemas en teatro y me hice más sabia, me pareció, volví al hotel, aún no eran las nueve, la noche era apacible y oscura. Di otro paseo con la perra y me senté en el restaurante, era la única clienta. La cocina no estaba cerrada, me encendieron una vela en la mesa, me sirvieron vino tinto, miré la nieve que relucía y brillaba, me sirvieron *skrei*, estaba tranquila, se había acabado. Yo había dicho lo que tenía que decir, ya no me preocupaba, el corazón no me pesaba, pensé: Fíjate, haber conseguido vivir esto.

Dormí bien. Me levanté en Hamar a una mañana tan luminosa como la anterior. Di un paseo con la perra por la nieve y tomé un buen desayuno en el comedor del hotel con otros tres huéspedes. Huevo frito y fruta con yogur mientras contemplaba la nieve y las ondulantes colinas blancas en el horizonte. Me tomé un café caliente con leche caliente y me puse a leer periódicos, bebí más café humeante y caliente con leche y seguí leyendo periódicos, alargando el rato matutino todo lo que pude. No tenía ningún plan para el fin de semana, pensaría intensamente en el tema del siguiente número de *En Escena*.

Cuando me metí en el coche y conduje hasta la casa de Lars en el bosque, con la certeza de tener el fin de semana abierto ante mí, de que la carretera estaba abierta ante mí, casi sin coches, entre tranquilos ventisqueros blancos, bajo el sol que brillaba, pensé:

Fíjate, haber conseguido vivir esto.

Anton Vindskev había muerto y las numerosas cosas de Anton quedaron huérfanas. Las botas de color violeta de Anton echaban de menos a Anton, igual que todos sus extraños sombreros, nadie más que él podía llevarlos. Klara consolaba a las botas violetas de Anton, a su sombrero de pesca, a toda la ropa de Anton y a otros objetos que había en el piso, pero eran inconsolables.

Anton iba a ser enterrado en Noruega y Klara volvió de Copenhague un frío y desangelado día de febrero. Fuimos juntas al entierro. Será un ensayo general de los nuestros, dijo ella, y se puso triste pensando que solo una de las dos tendría esa experiencia, habría sido muy divertido vivirla juntas. Pero bueno, así es la vida, es decir, la muerte. Se estaba entrenando en el arte de perder, dijo, ya que era algo inevitable, al menos debía una perder con elegancia y buen humor. Enumeró todo lo que había perdido en los últimos tiempos, era increíble que fuera capaz de recordarlo todo, llaves, carteras, bolsas de maquillaje, teléfonos móviles, pendientes y collares, gemelos, pisos, cabañas y gatos de su padre fallecido y ahora también a Anton Vindskev. Ese mismo día, el día del entierro, había perdido una tarjeta Visa, un audífono y las gafas, así que no podría leer el texto de las canciones que cantaríamos ni oír los discursos que se pronunciarían. Klara se entrenaba en perder con estilo y buen humor y no estropear el día con lamentaciones sobre las pérdidas del día anterior o el miedo a las posibles pérdidas del día siguiente, se entrenaba en ser como el lilo en el campo y el pájaro en el cielo, que silenciosos y obedientes están presentes *hoy*, en coleccionar momentos de alegría en los que poder calentarse si llegaban tiempos duros, pues Klara tenía la sensación de que llegarían tiempos duros.



Bård llamó para preguntarme dónde estaba, le había comentado que me iría a San Sebastián. Dije que estaba en la casa de Lars en el bosque.

¿Así que estás en el país?, dijo con una risa un poco forzada.

Astrid lo había llamado. Habían encontrado un sobre en la caja fuerte de nuestro padre. En el exterior ponía que debía abrirse en presencia de todos sus hijos. Ellos querían hacerlo a las ocho de la tarde del día siguiente. Bård había dicho que creía que yo estaba en San Sebastián, pero no era así. Yo me encontraba en la casa de Lars en el bosque, ¿podría entonces acudir a Bråteveien al día siguiente?

Sí.

Dijo que Astrid temía que el contenido tuviera que ver conmigo. Que la carta de nuestro padre que iba a abrirse en presencia de todos sus hijos tratara de mí. Su miedo me parecía justificado, pero no creía que fuera el caso.

Bård dijo que tal vez pusiera que nuestro padre había matado a alguien durante la guerra. Alguna vez lo habíamos pensado. Me parecía haber oído algo al respecto cuando era pequeña, que nuestro padre había atropellado a un niño. Pero más adelante pensé que seguramente se trataba de un cambio a algo menos peligroso y más fácil de tolerar, que él un día atropelló a un niño y que se trataba de otro niño, no de mí.

Bård dijo que lo más probable fuera que se tratara de títulos valores, tal vez una cuenta bancaria secreta en Suiza.

No habían abierto el sobre, Bård lo había preguntado explícitamente, ellas habían asegurado que no lo habían hecho, que iban a seguir la orden de nuestro padre de que todos sus hijos estuvieran presentes. Seguramente estaban juntas cuando encontraron el sobre. Recogerían y vaciarían la casa de Bråteveien antes de ponerla en venta, y ordenarían las cosas de nuestro padre, su ropa, sus gafas, sus zapatillas y su ropa interior, que quizá lo echaban de menos y estaban desconsoladas, como las de Anton, tenía que ser extraño ordenar las pertenencias más íntimas de un familiar cercano recientemente fallecido, aunque tal vez fuera también algo bonito. ¿Qué hicieron con sus cosas? Recogieron las cosas de nuestro padre, encontraron la clave de su caja fuerte y juntas la abrieron. Si mi madre hubiera encontrado la carta estando sola, de puro miedo la habría abierto a pesar de la orden de que solo se abriera en presencia de todos los hijos, pero la encontraron cuando estaban todas juntas y ninguna se atrevió a decir lo que seguramente las tres pensarán y desearán: ¡abrir! Para luego —en caso de encontrar algo incómodo para ellas— destruirla. Si nuestra madre la hubiera encontrado estando sola, la habría abierto, y si hubiese leído algo incómodo para ella, la habría destruido. Pero la encontraron juntas y ninguna de ellas se atrevió a sugerir abrirla, porque la que sugiriera abrirla sin que Bård y yo estuviéramos presentes admitiría que tenía miedo de que tuviera que ver con la relación de nuestro padre con Bård y conmigo, y

ninguna de ellas estaba dispuesta a admitir tal miedo. Además, podía ser que el sobre contuviera información que de todos modos tenía que ser compartida con Bård y conmigo, y entonces antes o después se sabría que la habían abierto en contra de la voluntad de nuestro padre, el fallecido, y eso resultaría embarazoso. ¿Pero no habría manera de abrirla de tal modo que luego pudiera volverse a pegar? Mi madre sería capaz de sugerirlo, pensé, si el contenido exigiera incluir tanto a Bård como a mí. Y si no fuera nada en lo que hiciera falta incluirnos a Bård y a mí, pero para ellas incómodo, podrían destruirla. Mi madre sería capaz de sugerir que abriesen el sobre para ver el contenido, y si había algo que hubiese que compartir con Bård y conmigo, podrían romperlo en pedazos y decir que habían encontrado los papeles en la caja fuerte sin mencionar que estaban en un sobre en el que ponía que debía abrirse en presencia de todos. Pero quizá algo en los papeles de dentro del sobre se referiría a la indicación de que se debía abrir en presencia de todos sus hijos, y así ellas serían descubiertas. Decidirían que lo mejor sería seguir la orden de nuestro padre, sentían todavía un gran respeto por sus decisiones y querían esperar a abrir el sobre hasta que todos los hijos estuvieran presentes. Nuestra madre apenas podía esperar. Bård dijo que Astrid le contó que nuestra madre se puso lívida cuando encontraron el sobre, completamente histérica, y quería abrirlo cuanto antes, al día siguiente a las ocho, por suerte yo me encontraba en el país y podía hacerse. ¿Qué temía mi madre? ¿Qué esperaba? ¿Que la solución a esa complicada situación se encontrara en el sobre? ¿Que mi padre admitiera y disculpara violencia contra Bård y abusos contra mí, pero la absolviera a ella, diciendo que no lo sabía? Mañana a las ocho en Bråteveien. Yo ese día no tenía nada más que hacer que preparar el equipaje para San Sebastián, dije que podía acudir.

Tal vez se trate de una explicación, dijo Bård, de por qué papá era como era.

Lo que seguramente era la esperanza de nuestra madre era la pesadilla de Astrid y Åsa. Porque ellas no creían ni en Bård ni en mí, estaban hartas de Bård, y sobre todo de mí, la hermana mayor, que siempre había acaparado tanta atención y por la que ahora había que sentir además compasión.

Astrid, pero, sobre todo, Åsa habían estado infelizmente enamoradas de nuestra madre, porque nuestra madre se sentía infelizmente fascinada por mí antes de enamorarse de Rolf Sandberg. Åsa dijo una vez que todo habría sido diferente para ella si su madre se hubiera sentado junto a su cama para charlar con ella como hacía conmigo. Eso era porque Åsa no sabía lo que nuestra madre me decía cuando se sentaba junto a mi cama ni por qué se sentaba justo al lado de mi cama.

Åsa me tenía celos y no era de extrañar, porque durante muchos años nuestra madre solo tenía ojos para mí, solo me buscaba a mí. ¿Dónde está Bergljot? ¿No ha llegado Bergljot?

Astrid estaba un poco enamorada de nuestra madre sin que fuera correspondida por ella, Åsa estaba muy enamorada de nuestra madre sin que fuera correspondida por ella. Åsa llegó orgullosa a casa con las notas al acabar primaria porque tenía un sobresaliente en todas las asignaturas y matrícula de honor en Noruego, y estaba impaciente por enseñárselas a su madre, que se limitó a echarles una mirada superficial antes de seguir regañándome por haber llegado un cuarto de hora tarde de algún sitio que no recuerdo. ¿Tenía yo idea de lo horriblemente mal que ella lo había pasado durante ese larguísimo retraso? Yo no lo sabía y tampoco sabía lo que le dolería a Åsa que su madre se limitara a echar una rápida mirada a las notas antes de volver a centrarse en mí. Recuerdo ese momento, los ojos tristes de Åsa, la enorme decepción de la pequeña Åsa, Åsa a punto de echarse a llorar, no era de extrañar que Åsa me odiara, esa dominante hermana mayor que tanto espacio ocupaba en la casa, que tanto espacio ocupaba en nuestra madre. Pero ahora Åsa había conseguido tener por fin para ella a su madre. Åsa había añorado a su madre durante toda su vida, ahora ya la tenía. Åsa y Astrid habían logrado tener a nuestra madre para ellas solas hacía ya muchos años. Astrid estaba desesperada con Bård, que con casi sesenta años seguía obsesionado con lo que su padre le hizo cuando era un niño, con su infancia, pero no entendía que Åsa y ella estuvieran también inconscientemente obsesionadas con su infancia, hermanas pequeñas rechazadas que por fin habían logrado la plena atención de sus padres.

Lo que yo esperaba era que ellas reconocieran, entendieran, que la responsable era nuestra madre. Que ese interés de mi madre por mí era su responsabilidad, que por aquel entonces nuestra madre era una adulta y yo una niña. Aunque ella fuera pueril y estuviera desautorizada por nuestro padre, ella era la madre y nosotros los hijos. Yo esperaba que ellas reconocieran que no era yo quien les había infligido ese dolor tan real, sino nuestra madre, que había sido imprudente y estaba sometida a su propia angustia. Pero no parecían reconocerlo ni entenderlo. Astrid y Åsa hablaban y

actuaban como si nuestros padres hubieran sido unos padres estupendos y Bård y yo unos hijos malos y desagradecidos.

Bård esperaba una explicación de por qué su padre fue como fue. Sería más fácil de sobrellevar si hubiera una explicación.

Oh, Dios, dijo Klara, seguro que tuvo más hijos.

Søren tenía la esperanza de una cuenta bancaria en Suiza, Tale de una confesión, Ebba no quería meterse, pero opinaba que debía prepararme para lo peor. Lars decía que no debía albergar ninguna esperanza, que seguramente me llevaría una decepción. No has recibido más que decepciones por esa parte.

Fregué la casa y me preparé para lo peor. Puse la lavadora y me imaginé entrando en la casa de Bråteveien, donde no había estado desde hacía quince años. ¿Íbamos a sentarnos en el despacho de nuestro padre? ¿Quién se sentaría en el sillón del jefe? ¿Nuestra madre? ¿Quién abriría el sobre? ¿Nuestra madre? Me imaginé el sobre en la majestuosa mesa de mi padre, ahora de mi madre, con la característica letra masculina de mi padre: Debe abrirse en presencia de todos mis hijos. En el sofá de piel verde que en su día se encontraba en el salón de la casa de Skaus vei y que cuando la familia se mudó a la imponente casa de Bråteveien se colocó en el despacho de nuestro padre. Si no se había cambiado por otro en el transcurso de los últimos quince años, lo cual no era improbable. Mi madre en el sillón del jefe detrás del escritorio de caoba, los hermanos sentados en el tresillo de piel verde delante de la chimenea del despacho de nuestro padre. Saqué las cosas del friegaplatos y tendí la ropa. Si era algo sobre mí, si mi padre quería decirme algo, podría haberme escrito directamente a mí. Para ser entregado a Bergljot tras mi muerte. Pero eso no era típico de él, tener una confesión guardada en la caja fuerte por si moría de repente, por si se caía por la escalera. No, no era típico de él, en un tiempo remoto yo lo conocía bien, a mi manera tan especial. ¿Y a mí qué me importaba una confesión tras tantos años de negación? No serviría de mucho más que ¿Lo veis?! No era tan tonto como para no comprender que una confesión *post mortem* no podría compensar tantos años de negación. Si lo había negado durante tantos años, igual podría seguir negándolo en la muerte, no creía en Dios. Pero quizá quiere decir a todo el mundo que no eres una mentirosa ni una loca, decía Tale. ¿Tal vez? ¿Ofrecerme un desagravio después de su muerte? A lo mejor no, probablemente se trataría de títulos valores tras la venta de la casa de Italia.

Pregunté al sueño de qué trataba, pero dormí sin soñar. Me desperté tranquila. Pensaba que dormiría intranquila y que estaría intranquila al despertarme, pero estaba tranquila, ¿no era esa suficiente respuesta? ¿No tenía que temer el contenido del sobre? Me preparé para lo peor, imaginándome cómo llegaba a Bråteveien, donde no había estado desde hacía quince años, cómo me llevaban al despacho de mi padre y cómo me sentaba en el sofá verde de piel con las personas que habían renegado de mí de la manera más burda, mis enemigos, que eran mayoría y que se encontraban en su terreno, con el que estaban tan familiarizados. Abriríamos la carta. ¿Qué sería

lo propio de papá?, me pregunté mientras sacudía las alfombras. ¿Qué significaba más para él?, me pregunté mientras fregaba el baño. Honor y fama póstuma, me contesté, preparándome para lo peor. Un libelo dirigido a mí, la mentirosa, la psicótica, que había fabricado historias acusándolo de lo peor que se puede acusar a una persona para hacerse la interesante, usando la expresión de mi madre, o la expresión que tal vez usaban ellas cuando hablaban de mí. Porque en un principio yo no era lo suficientemente interesante. Había destrozado los últimos veintitrés años de mi padre con mentiras. Una carta agresiva contra mí, una apología, un proceso, me preparé para lo peor. Anoté lo que diría en caso de lo peor. Él no cede. Eso sí se lo concedo. El que se parezca a sí mismo. Incluso en la muerte quiere tener el control, quiere tener la razón, también en la muerte desea hacer la guerra. Pero yo también soy una guerrera y tan testaruda como él, supongo que lo llevo en los genes. Yo tengo además la ventaja de estar viva.

Lo anoté en una hoja. Me la llevaría a Bråteveien. Para si ocurría lo peor poder demostrar que no me había pillado desprevenida, que estaba preparada, que conocía a mi padre.

Cuanto más me preparaba para lo peor, más probable me parecía. Que de nuevo iba a ser vapuleada y desmentida en presencia de todos, atacada por mi padre muerto, que tenía razón porque estaba muerto. Y mi madre y mis hermanas disfrutarían del ataque y prolongarían su regodeo: Mira lo que pone aquí, ¿qué dices ahora? Porque las palabras de un muerto tienen más peso que las de un vivo. Y resulta más fácil sentir pena por una persona muerta que por una viva, de manera que aún más que antes habría que sentir pena por mi padre, que durante tantos años había sufrido por mi culpa, que había sido condenado siendo inocente gracias a mí, que mentía para hacerme la interesante, y de nuevo sería la oveja negra y me marginarían. Me lo imaginé todo, me entraron temblores y llamé a Bo. Él dijo: Ya has dicho que no quieres tener nada que ver con esa gente. No necesitas ir allí, aunque él así lo quisiera. No se trata de un documento jurídico.

¿Pero no voy a parecer una cobarde si no voy, como si temiera el contenido?

No tienes que preocuparte por lo que ellos piensen. ¿Por qué vas a exponerte más? Creo que ya ha sido suficiente.

Decidí no acudir, no cumplir con la última voluntad de mi padre. Llamé a Bård y me entendió, me representaría con gusto, pero no pensaba que la carta fuera de la clase que yo temía, añadió. Astrid había dicho que el sobre era gordo y con varios clips, seguramente eran títulos valores. Nuestro padre había dicho un día a Bård que si él y nuestra madre tenían un accidente de avión debía saber que había algo en la caja fuerte. Espero, dijo Bård, que sea algo bueno para nosotros, los hijos, que no sea algo desagradable. Pero lo raro era que nuestra madre se hubiera puesto tan histérica, añadió, que no pudiera respirar con normalidad hasta que el sobre se hubiera abierto. Nuestra madre había llamado a la tía Unni, que a su vez había llamado a Astrid para decirle que era necesario que el sobre se abriera cuanto antes debido el estado de salud mental de nuestra madre.

Esa angustia, esa histeria que exhiben, dijo Klara, muestra que no tienen ni idea de lo que tu padre

sería capaz.

Cuando recibí una subvención para un viaje para desarrollar la idea de la revista *En Escena*, me metí en el coche y conduje al tuntún por el continente con el fin de pensar, trabajar y entrenarme para ser como un lilo en el campo y un pájaro bajo el cielo, y coleccionar momentos de alegría en los que poder calentarme por si los tiempos se volvían duros, como me temía que se volverían. Atravesé Alemania, atravesé Austria, llegué a Trieste, en Italia, vi el mar y había sol, en Trieste parecía primavera, todo se volvió más ligero. Seguí y entré en la antigua Yugoslavia, tan amada por Bo, por unas carreteras angustiosamente estrechas en las que apenas había tráfico, era como si estuviera sola bajo el cielo, con escasas huellas de seres humanos, algunas pequeñas casas de cuyas chimeneas salía humo, pasé por bosques de naranjos y vi una barca de remos en una reluciente laguna entre sauces. Se hizo de noche y me perdí por una solitaria carretera a medio hacer, sin iluminación, me entró miedo de no encontrar el camino a Split, estaba agotada, llevaba casi once horas conduciendo. Entonces por fin encontré el camino hasta la ciudad antigua a través de los suburbios y descubrí un aparcamiento fuera de un pequeño y digno hotel típico del este de Europa, junto al hermoso puerto, me dieron una habitación y una gran llave de hierro, y salí a la ciudad antigua de Split, que estaba llena de gente paseándose tranquilamente porque era viernes por la noche, desde el puerto subía el olor a mar salada, en los árboles colgaban todavía los adornos de Año Nuevo, el viento era suave y yo me sentía suave, y me senté en un café con una cerveza y un cuaderno, y dentro de mí reinaba una paz parecida a la gratitud. No tenía por aquel entonces ningún novio a quien dar parte, no tenía a nadie a quien quisiera llamar o con quien quisiera hablar, no sentía ninguna necesidad de compartir, porque ya se había compartido, lo que sentía era una profunda participación en el mundo, que sigo sintiendo cuando recuerdo esa especial noche de viernes en Split. Ese tiene que ser el objetivo y el sentido de las cosas, vivir muchos momentos como ese que compensen lo doloroso, construir una casa de momentos como ese en la que poder refugiarse en tiempos duros. Sospeché que los tiempos podrían llegar a ser duros.



Cuando me rompí la pierna hace unos años y tuvieron que operarme, me ingresaron en el hospital y pasé allí tres días. Me gustaba estar ingresada en un hospital, que hubiera gente cerca despierta durante toda la noche, poder pulsar el botón y que acudieran enseguida. El hospital no dormía, estaba insomne como yo, el hospital me cambiaba las sábanas, me servía tres comidas al día y me preguntaba cómo me encontraba. Durante dos de los tres días compartí habitación con una señora mayor. No hablamos de lo que nos pasaba, de por qué estábamos allí, pero ella vería que yo estaba con una pierna escayolada y levantada hacia el techo con una cuerda. Ninguna de las dos recibimos visita en los dos días y dos noches que pasamos juntas, pero por una conversación que la mujer mantuvo con una enfermera, que no pude evitar escuchar, supe que tenía hijos y nietos en Oslo, después le pregunté discretamente por sus hijos y nietos, noté que se sentía incómoda y evasiva y dejé de preguntar, la mujer me dio pena y me daba pena mi madre, que seguramente sufría del mismo modo cuando algún desconocido le preguntaba por su hija mayor. La mujer no recibió ninguna visita de hijos o nietos durante los dos días y dos noches que compartió habitación conmigo. ¿Se habría peleado con ellos? Una auxiliar fue a ducharla, pero no lo consiguió, la auxiliar acabó igual de mojada que la anciana desnuda y se rieron, gritaron, volvieron a reírse, salieron del baño y me enseñaron lo empapada que había acabado la auxiliar, allí estaban, muertas de risa en nuestra habitación, una mujer mayor, mojada y desnuda y una auxiliar empapada con uniforme de auxiliar. Fue divertido.

Una noche de tormenta, lluvia y truenos, ninguna de las dos podíamos dormir, al dejar de llover y tronar un gran arco iris apareció delante de nuestras ventanas. La habitación estaba alta, en la décima planta, teníamos una buena vista, era más de la una de la madrugada, la mayor parte de la gente dormía, pero nosotras no, mirábamos el arco iris, jamás había visto una persona tan entusiasmada, tan llena de devoción al encontrarse con un fenómeno de la naturaleza como el arco iris, pero no cualquier arco iris, este era muy ancho y de colores intensos, en contraste con el negro cielo. ¿No es hermoso? ¿No es fantástico? Fíjate, haber conseguido vivir esto, dijo mi compañera de habitación, una mujer mayor, no hace falta recibir visitas de la familia, pensé aliviada, la familia no lo es todo.

Decidí no ir a Bråteveien. Decidí no cambiar de idea e ir por obligación, para obedecer a mi padre. Quería desobedecerle e hice el equipaje para San Sebastián. Se hicieron las siete, se hicieron las siete y media, se hicieron las ocho. Bård estaría llegando a Bråteveien. Se hicieron las ocho y cuarto. El sobre se habría abierto. Homicidio o hermanastros, el teléfono estaba en silencio. Un escrito de acusación o títulos valores, Bård no llamaba. Si el mensaje hubiese sido dramático, habría llamado. Llamó a las nueve y cuarto. No había sido nada dramático. Un testamento provisional y nulo en el que había anotado lo que los cuatro hijos habíamos ido recibiendo en el transcurso de los años, pero solo hasta mil novecientos noventa y siete. Astrid era la que más había recibido, Åsa y yo más o menos lo mismo, Bård el que menos.

Lo revisaron juntos y los papeles del sobre se quedaron en la mesa mientras nuestra madre, Astrid y Åsa describían la caída de nuestro padre en la escalera y hablaban de los fontaneros y de las veinticuatro horas en el hospital. Antes de que Bård se marchara, nuestra madre se quejó de que no veía a sus hijos, Bård le contestó que ella sabría por qué.

Me imaginé a mi padre inclinado sobre el testamento provisional, riguroso hasta mil novecientos noventa y siete, en que se dio por vencido. Me lo imaginé inclinado sobre los papeles, concienzudo, preciso. Lo que yo y mi exmarido recibimos cuando compramos nuestra primera casa, lo que recibieron mis hermanas cuando compraron sus primeras casas, lo que había recibido Bård. Pensé que tal vez al principio mi padre quería que heredáramos todos por igual, que era una manera de hacer penitencia por cómo se había comportado con Bård y conmigo en la infancia. Que su fortuna, relativamente cuantiosa, amasada con mucho trabajo y esfuerzo, fuese repartida entre sus cuatro hijos por cuestión de justicia y porque otra disposición podría despertar rumores y especulaciones. Contra aquella estupidez que cometió cuando era un joven padre y que no se podía borrar, con la que estaba obligado a vivir, ¿pero cómo iba a hacerlo? No sería fácil, sería la desdicha de mi padre, su destino. Hizo algo execrable y durante el resto de su vida temió que saliera a la luz. Temió siempre a su hija mayor, le lanzaba fugaces y preocupadas miradas, no la tocó nunca después de que ella cumpliera siete años, su hija mayor fue territorio prohibido después de cumplir los siete años y él acabó su relación con ella porque la niña se convirtió en un ser desenfrenado y espabilado que hablaba mucho, que podía irse de la lengua. Mi padre acabó su relación con su hija mayor dejando de llevársela a dar paseos en coche, como hacía cuando ella tenía cinco y seis años, porque la madre, su mujer, tenía muchos niños que cuidar, un niño travieso solo un año mayor que la hija mayor y dos muy pequeñas, una recién nacida y otra de solo dos años. Con el fin de aliviar a su mujer de tanto trabajo, el padre se llevaba a la hija mayor en sus viajes de trabajo en coche buscando solares de casas de campo para la empresa de construcción para la que trabajaba, el padre y la hija mayor pernoctaban en hoteles y resultaba muy emocionante estar en un hotel donde había que acostarse antes de la cena y echar las cortinas,

porque así se hacía en los hoteles, decía el padre, que sabía lo que se hacía en un hotel. Y si no iban a pasar la noche en un hotel, podían hacerse una cama en el bosque, decía él, sabía hacer tantas cosas... Pero entonces la hija mayor cumplió siete años y yendo un día en el coche con su padre le preguntó si alguna vez había estado con una mujer negra. El padre se quedó atónito, la hija se dio cuenta, no sabía por qué, pero vio que se alteró. No debes hacer esa clase de preguntas, dijo él enfadado, atónito, estaba prohibido preguntar esas cosas, dijo indignado. Seguramente se preguntó qué pasaría si la niña hiciera esa clase de preguntas a mediados de la década de los sesenta. Si la niña le hacía a él esa clase de preguntas, ¿qué no podría preguntar o decir a otras personas, en el colegio, por ejemplo? Al padre le había surgido un problema, su hija se había convertido en su problema, ¿qué podía hacer él? Cuánto sufriría, qué miedo sentiría. Pasaba en casa el menor tiempo posible, trabajaba lo máximo posible, volvía a casa al anochecer y cruzaba los dedos para que no ocurriera nada. Observaba alerta a su hija, que, por suerte, se comportaba como si nada. ¿O no? La hija mayor hacía sus deberes y jugaba con sus amigas, tocaba el piano e iba a *ballet*, eso era hacer como si nada, ¿no? Por suerte, hacía ya bastante tiempo, tal vez se le hubiera olvidado, tal vez él pudiera respirar aliviado y dejar atrás aquello. Pasaban los años, el tiempo ayuda y dentro de cien años todo se habrá olvidado, pero entonces la hija mayor empezó a escribir extraños poemas que enviaba al periódico y le publicaban. La hija mayor empezó a escribir extrañas obras de teatro que ponía en escena en el gimnasio del colegio e invitaba a la gente a ir a verlas. Qué angustia sentiría el padre por dentro, qué miedo a esa hija mayor incontrolable e imprevisible. La madre y el padre fueron a una de esas representaciones en el gimnasio del colegio, una obra de teatro escrita y dirigida por la hija mayor, no podían dejar de ir porque iban los demás padres, los padres de los niños a los que su hija mayor dirigía y entre ellos también sus hijas pequeñas, así que se vieron obligados a acudir, aunque seguramente habrían preferido no tener que hacerlo. Allí estarían sentados con el miedo en el cuerpo, miedo a lo que podría aparecer en el escenario, que tal vez señalara hacia el pobre padre. Y por la noche, después de una de esas representaciones, cuando la hija mayor ya se había acostado y permanecía despierta en la cama como siempre, pero ese día orgullosa, porque pensaba que le había salido bien, que la obra había sido un éxito, y los padres estaban en la cocina, oyó al padre decirle algo a la madre, tal vez con la intención de que la hija mayor lo oyera, porque la puerta de su habitación estaba abierta, lo que no escaparía a los padres, aunque quizá pensarán que la niña estaba dormida. El padre dijo a la madre que uno de los otros padres había dicho: ¿Estamos en un club nocturno o qué?

La hija no entendió el alcance de esas palabras, la hija por aquel entonces no entendía nada, solo se sentía profundamente herida porque era obvio que su padre no pensaba que ella lo había hecho bien, que la obra había sido un éxito, al contrario, no le gustaban «esas cosas que está haciendo la chica», la hija entendió solo que a uno de los padres no le había gustado lo que ella había creado, que a uno de los padres le parecía que su creación podía haberse visto en cualquier club nocturno, y que eso a su padre le resultaba embarazoso. Tal vez lo que había creado no le había gustado a

nadie, aunque aplaudieron al final, tal vez ella fuera un escándalo, de repente se sentía como un escándalo. A lo que aquel padre se refería era al número inicial, en el que las doce niñas de entre nueve y once años entraban en fila ataviadas con boas rojas y faldas de seda negra que la hija mayor había estado cosiendo por la noche, y se contoneaban hasta que las faldas se les deslizaban a una tras otra de izquierda a derecha hasta los tobillos y en los maillots que llevaban debajo de la falda, a la altura del ombligo lucía cada una una letra que ella había estado cosiendo por la noche, letras que en conjunto formaban la cordial palabra *Welcome*.

¿Acaso estamos en un club nocturno?

Pobre padre.

El padre no tocaba a su hija mayor desde que la niña cumplió siete años, nunca la cogía de la mano como Astrid había contado que hacía cuando paseaban por el bosque, nunca la abrazaba, nunca le hizo una caricia después de que la niña cumpliera siete años. Conforme la hija crecía y se volvía cada vez más rara e impredecible, el padre tenía más miedo, tal vez esperara que se volviera tan rara que nadie la tomara ya en serio. Él no podía huir de aquello, no podía huir de la familia. Si hubiese querido escapar, divorciarse, la madre habría contado a todo el mundo lo que sospechaba, con lo que lo tenía pillado y lo hubiera destrozado, ese era el poder que tenía esa madre, por lo demás carente de poder, sobre el padre.

Entonces ocurrió lo que él tanto temía. La historia salió a la luz. ¿Cómo se posicionaría ante ella?

Por un momento pensó en la posibilidad de confesar, de sacarlo todo y librarse de ello, pero la madre comprendió a tiempo lo que eso significaría para ella, y le tapó la boca. De modo que él tuvo que negarlo, durante la crisis y después de ella, día tras día y año tras año, y esa negación tenía un precio. No solo la relación con la hija mayor, sino un sentimiento de culpabilidad, un amenazante sentimiento de culpabilidad y falta de autoestima. Él se hacía respetar por sus maneras jactanciosas. Con los años, conforme se iba haciendo mayor, fue perdiendo la autoestima, no era tan tonto ni tenía tan poca conciencia como para no verse atormentado por un sentimiento de culpabilidad por lo que había hecho y por la manera en la que lo había tratado cuando el asunto salió a la superficie. Lo menos que podía hacer, lo único que podía hacer para subsanarlo mínimamente, en relación con su hija mayor, en relación con su único hijo varón, el mayor de todos, al que nunca había otorgado el reconocimiento que se merecía, que tal vez estaba al tanto de lo ocurrido con su hermana, y a quien por eso temía y rehuía, era decidir que ambos heredarían lo mismo que sus otras dos hijas, las más pequeñas. También en su entorno, que posiblemente habría oído rumores de que no todo estaba como debía estar en el número veintidós de Skaus vei, causarían buena impresión que los hijos heredaran a partes iguales.

Un testamento provisional, con una relación detallada de quién había recibido qué, iniciada a principios de la década de los ochenta y abandonada en mil novecientos noventa y siete, cuando ya era imposible e innecesario, porque la hija mayor había roto con la familia y el hijo se había alejado, mientras que las más jóvenes se iban acercando cada vez más a los padres: cumpleaños, vacaciones y frecuentes visitas con los nietos, que iban a cursos de idiomas en el extranjero, que

pedían esto y aquello, y la madre tomaba cada vez más decisiones, porque el padre se hacía mayor y dejó de anotar todas las sumas, grandes y pequeñas. En cambio, redactó un testamento en el que ponía que todos heredarían a partes iguales. Parecía bonito. Un testamento en el que ponía que cuando uno de los dos muriera, la casa de Bråteveien se pondría a la venta y los cuatro hijos heredarían a partes iguales. Excepto las casas de verano de Hvaler.

Al menos dejaría como recuerdo y estaría documentado que él quería que sus hijos heredaran a partes iguales. ¿Cómo asegurarlo? Redactando un testamento. No se fiaba de lo que haría la madre si él moría antes y ella tenía el usufructo, no se fiaba de que ella repartiera a partes iguales entre los cuatro, porque era caprichosa e impulsiva, y ya no tenía mala conciencia, ya no estaba preocupada, sino amargada con la hija mayor, que había roto con la familia. La madre podría recompensar a las que eran atentas y cariñosas, pero si intentaba repartir a partes iguales podría dar la impresión, si tenía el usufructo, de que era su voluntad, no la de él. Si los dos morían al mismo tiempo, si se mataban en un accidente de avión, los hijos heredarían a partes iguales, eso estaba previsto en la Ley de Sucesiones, pero entonces el mérito sería de la ley, no del padre, y Astrid y Åsa no se asegurarían las casas de verano de Hvaler. El padre tuvo que redactar un testamento de tal forma que repartiera a partes iguales a la vez que desfavoreciera, por así decirlo.

Quizá mi padre nunca fuera feliz después de *aquello*. Quizá mi padre nunca fuera feliz antes de *aquello*. Me habría gustado saber lo que vivió en su infancia, tal vez esperaba que se lo preguntara, pero no se lo pregunté, y ya era demasiado tarde.

Cuando era joven, pensaba todo el tiempo en lo de acostarse con alguien. Todo el tiempo pensaba en el coito. Una chica de la otra clase del instituto había practicado el coito, se había acostado con un chico, yo no paraba de mirarla imaginándomelo. Los que tenían quince años y eran novios se acostaban, yo no paraba de mirarlos imaginándomelo, el pene entrando y saliendo de la vagina hasta que se corría. Yo no lograría hacerlo, no me atrevería. Entonces conocí a un chico en una fiesta, nos metíamos mano de vez en cuando y Karen me preguntó si estábamos juntos, yo dije que tal vez sí. Cuando se tienen quince años y novio se tienen coitos. El chico iba a hacer una fiesta en su casa el sábado, sus padres no estaban, y yo escribí en mi diario: Querido Dios, no me dejes morir antes del sábado. El sábado por la mañana escribí en el diario: Esta noche va a ocurrir lo que nadie olvida, porque nadie olvida la primera vez. Qué curioso saberlo de antemano, que esté escrito aquí, en estas páginas blancas que huelen a expectativas como huele el papel blanco.

El sábado por la tarde, Karen y yo fuimos a la fiesta «solos en casa», bebimos cerveza, bailamos, luego el chico me cogió de la mano y me llevó a la planta de arriba, donde había un dormitorio. Nos desnudamos e íbamos a acostarnos, él se tumbó encima de mí, pero no me penetró, no consiguió una erección, aquello no salió. Volví a casa esa noche sin haberlo hecho, ocurrió lo que yo pensaba, que no conseguiría hacerlo. Pero no quería defraudar al expectante diario, me inventé una historia para él, veinticinco páginas inspiradas en las revistas porno que los chicos escondían en el bosque, la revista *Romantikk*, la de crímenes y mi propia imaginación para no defraudarlo. Unos días después, una noche mi madre entró en mi habitación para decirme que mi padre había desaparecido. Había salido en mitad de la noche. Mi madre había leído mi diario, se lo había enseñado a mi padre y él había salido. Tan triste se había puesto mi padre al leer el diario, tan desesperado y decepcionado con su hija que se había ido de casa en mitad de la noche, yo me moría de vergüenza y culpa por la desesperación de mi padre. Luego volvió muy borracho, mi madre ayudó a su marido borracho a descalzarse abajo en la entrada y a subir la escalera, yo estaba escondida detrás de la puerta de mi habitación observando ese horrible espectáculo, mi desesperado padre borracho. Mi madre lo ayudó a subir la escalera, yo estaba descalza y en camisón detrás de la puerta de mi habitación, paralizada de vergüenza por lo borracho y desesperado que mi texto había dejado a mi padre. Mi madre lo ayudó a entrar en el dormitorio, la puerta estaba abierta, yo estaba escondida detrás de la de mi habitación viendo a mi padre sentarse en el suelo a lo indio. No es fácil ser una persona, dijo llorando.

Mi madre cerró la puerta del dormitorio para que yo no viera más, ya había visto suficiente. La desesperación de mi padre, mi culpa, no es fácil ser una persona.

Temprano a la mañana siguiente mi padre entró en mi habitación, muy distinto a como estaba la noche anterior, estricto, formal y oliendo a loción para después del afeitado, preparado para irse a la oficina. Se quedó de pie junto a mi cama y me preguntó si había sangrado después de ese coito

que había descrito en el diario. No había sangrado porque no había habido coito, pero no pude decírselo porque no era capaz de hablar, me moría, quería morirme, después de aquello no habría ninguna vida. Él salió de la habitación, yo estaba sola.



El día antes de marcharme a San Sebastián recibí por correo un sobre con todos los papeles referentes al reparto de la herencia. Ese reparto provisional que aún no tenía validez y que se había encontrado en la caja fuerte junto al testamento que sí tenía validez, las tasaciones de las casas de la playa y la carta del abogado que decía que Bård no ganaría en un posible litigio. Se adjuntaba también una carta dirigida a Bård y a mí, firmada por nuestra madre, Astrid y Åsa. Muy formal, por suerte. A Bård en particular le decían que si no estaba de acuerdo con la explicación del abogado debía ponerse en contacto con él en el transcurso de las dos semanas siguientes. A mí me informaban sobre lo que habían encontrado en la caja fuerte, explicando que nuestro padre tenía en su despacho una carpeta para cada uno de sus hijos con recortes de periódicos, cartas y otras cosas, pero no me habían hecho llegar la mía porque era demasiado grande para enviarla por correo. A Astrid no le importaría traérmela.

Para terminar, decían que todas estaban de acuerdo en una nota que Astrid había escrito y adjuntaba. Si no estábamos de acuerdo, teníamos que comunicárselo en el transcurso de dos semanas. «Con esto esperamos poder dejar atrás esta disputa y mirar hacia el futuro».

En la nota adjunta Astrid decía que tomaría como base la nueva tasación, más alta que la anterior, de la casa vieja de Hvaler. Dedicaría además parte de su herencia a compensar las diferencias, ya que había recibido a cuenta sumas considerablemente más grandes que Bård.

No tenía por qué hacerlo. Åsa no lo hizo, Åsa no se basó en la segunda y más alta tasación de la casa nueva.

Astrid intentaba reparar la injusticia. Ya que a Bård no le tocaría ninguna de las dos casas de Hvaler, ya que había recibido menos que las demás a cuenta de la herencia, Astrid intentaba mitigar en parte su pérdida. En el fondo era loable, faltaría más.

Pero todo esto no alteraba en nada lo que para mí era fundamental, lo que jamás se mencionaba, lo que ellas pasaban por alto completamente, lo que no querían tocar.

¿Acaso esperaba que se mencionase en una carta sobre la herencia?

No.

Pero me molestaba que mis hermanas se dirigieran a mí como si yo no hubiese dicho lo que dije en la reunión con la auditora. Que no me creyesen era una cosa y otra que hicieran como si no hubiese dicho lo que dije, que actuaran como si esa reunión no hubiese tenido lugar. «Con esto esperamos poder dejar atrás esta disputa y mirar hacia el futuro».

Yo no podía dejarla atrás. Una hija no olvida. No era como cuando se te mojan las bragas, te las quitas, las tiendes y cuando están secas te las vuelves a poner y te olvidas. ¡Aquello no se había secado!

No contesté. No me interesaba para nada mi carpeta.

Bård contestó. Una vez más recordó cuál era el quid de la cuestión. Que no era el dinero lo que le interesaba. Le habría gustado heredar la mitad de una de las casas de Hvaler para poder disfrutarla él y sus hijos. Eso le fue negado rotundamente. Pero como en el testamento ponía que la intención era que heredáramos a partes iguales, esperaba que al menos él y yo fuéramos compensados con arreglo al precio de mercado de las casas de la playa. Eso no era así. Si nuestro padre hubiera muerto o el anticipo de la herencia se hubiera recibido antes del uno de enero, fecha en la que se anuló el impuesto de sucesiones, se habría tenido que proceder con un valor real de compraventa. Decía que un litigio tal vez no prosperara en los tribunales, pero eso no cambiaría el meollo de la cuestión. Porque en este caso no se trataba de un asunto entre dos partes del mundo de los negocios, sino de un asunto entre una madre y sus cuatro hijos y nietos, se trataba de actuar de un modo justo y decente. Él no llevaría el caso a los tribunales, decía. Se retiraba de los consejos de administración.

¿Me quería a su manera mi padre? ¿Le preocupaban su vida y su futuro, pero también un poco el mío? ¿Mi madre le enseñó el diario y él salió en mitad de la noche y se emborrachó porque creía que me iba a echar a perder?

No es fácil ser persona.

En eso tenía razón, era algo que él había experimentado con dolor.

Qué más que ese reconocimiento podía esperar de mi padre. No habría sido humano que hubiese conseguido salir de esa situación imposible con todas sus relaciones intactas. Tuvo que elegir y me excluyó a mí de su elección.

La primavera había llegado pronto a San Sebastián. Allí trabajaba bien en mis cosas. Después de la tarea diaria caminaba diez kilómetros por la playa pensando en lo que había hecho, alejada de todo lo que había sucedido en Oslo, descansando de aquello. Me sentaba en el café del final de la playa y me tomaba una cerveza viendo ponerse el sol antes de que desapareciera en el mar, hacía suficiente calor para estar sentada fuera. Disfrutaba del sol, de la cerveza, de estar lejos y en paz conmigo misma. Entonces recibí un SMS de Astrid: Querida Bergljot: Me pregunto cómo estás. Han pasado muchas cosas y ha sido una época muy difícil. Mamá va mejor. Está ocupada con la venta de la casa. Creo que lo peor de la crisis ya ha pasado. He pensado mucho en ti, en Tale y en los demás. Resulta difícil saber cómo te encuentras. Tengo muchas ganas de hablar contigo. Llámame cuando te apetezca. Astrid.

Justo unos momentos antes pensaba que me encontraba bien, que era capaz de centrarme en otras cosas, ¿iba a volver a aquello de nuevo? Ya estaba dentro una vez más. Bastaba con un SMS. Ahora tendría que contestarle o no contestarle y las dos cosas eran igual de imposibles. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía escribir? ¿Qué esperaba ella? Su mensaje era amable y confiado, pero escribía como si aquello que yo llevaba diciendo tantos años no existiera, como si la reunión con la auditora no hubiera tenido lugar. ¿Cómo iba a reaccionar yo, de qué íbamos a hablar cuando al parecer no hablaríamos de lo que yo necesitaba hablar? ¿De la caída de nuestro padre por la escalera? ¿Del gran sufrimiento de nuestra madre? Yo no dudaba que mi madre sufriera, que Astrid sufriera, ¿pero mejoraría la situación si hablábamos de ello? Mi experiencia era que para mí todo empeoraba cuando hablábamos, de qué hablaríamos sino del dolor de nuestra madre, del dolor de Astrid, pues del mío no quería escuchar o no creía en él. ¿En qué pensaba concretamente? Tendría que saber que para mí no era igual que para ella. En varias ocasiones había intentado contarle cómo era para mí, y a pesar de ello solía portarse conmigo como hizo el cuatro de enero en la reunión con la auditora. No es el momento adecuado, dijo Astrid, la tía Unni debería estar aquí.

Sermoneaba sobre el dolor de mamá, pobre mamá. Durante la reunión con la auditora se levantó y la rodeó con un brazo protector. Se calló cuando nuestra madre dijo que me había inventado esa historia para hacerme la interesante. Se calló cuando Åsa dijo que yo no podía dirigirlas a creer en mí. No puedes dirigirnos a que te creamos. Dijo *nos*, no *me*. No puedes dirigirnos a que te creamos. *Nos* eran ella, nuestra madre y Astrid. Åsa sabía que Astrid no me creía, habían hablado entre ellas y habían acordado que no me creían, razón por la que Åsa podía decir sin problema *nos*, y no *me*. No puedes obligarnos a creerte. Astrid salió pitando con nuestra madre y con Åsa, y Bård y yo nos quedamos con la auditora. Ahora acababa de escribir que habían sucedido muchas cosas y que había sido una época muy difícil. Qué podía contestarle si es que le contestaba. Le contesté que estaba como siempre. Que aparte de que nuestro padre hubiese muerto, no había

ninguna novedad. Pero que el paisaje se había despejado bastante. Cuando nuestra madre dijo que me había inventado esa historia para hacerme la interesante. Cuando Åsa dijo que yo no podía dirigirlas a creerme. Cuando las tres se desahogaron juntas. ¿De qué voy a hablar con vosotras? Solo me produce dolor.

Me contestó al instante que ya eran el lugar y la hora adecuados, que ellas estaban totalmente desprevenidas ante lo que les esperaba. Pero entendía que hubiese sido doloroso para mí. Ella, por su parte, lo había pasado fatal. Pero ella no era ni nuestra madre ni Åsa, eran personas diferentes. Y nosotras dos habíamos tenido una relación normal desde siempre, no quería que lo ocurrido lo estropeará. Yo significaba mucho para ella, decía.

Ya estaba otra vez metida en todo aquello. ¿Tendría que explicar todo de nuevo, pero ella no lo entendía! Decía que no quería que lo ocurrido estropeará la relación entre nosotras, ¡pero si ya estaba estropeada! Le escribí que ya estaba estropeada, que no teníamos una buena relación porque yo solía quedarme nerviosa y alterada después de nuestras conversaciones, porque nuestras conversaciones aparentemente tan en confianza sobre la redacción de artículos significaban silenciar muchas atrocidades, siempre, siempre, cada minuto, cada segundo de nuestras conversaciones sobre la redacción de artículos, el que se callaran las atrocidades me sobrepasaba, y al colgar me quedaba sola escribiéndole airados y acusadores correos por la noche. No teníamos una buena relación, teníamos una relación que funcionaba para ella mientras se mantuviera el silencio sobre las atrocidades, pero ese silencio a mí me resultaba insoportable.

Llamé alterada a Lars y se desesperó. ¿Por qué contestas?, me preguntó, ¿por qué te metes de nuevo en todo eso si nunca sale nada bueno de ahí?

¿Y qué debería haber hecho? ¿No contestar?

Sí. Porque ella no dice nada nuevo, no aporta nada que sea cualitativamente nuevo, nada concreto, ninguna propuesta de actuación o cambio, son siempre las mismas palabras, que todas sufren, ella es un *perpetuum mobile*, toda información desagradable ha sido filtrada y retirada, todo lo intolerable ha sido eliminado por la censura, lo único que importa es que todas sufren. La cuestión es si ella es malvada y calculadora o ingenua y tonta, pero da igual, no entres ahí, no argumentes, escríbele que necesitas tranquilidad.

Le escribí que me resultaba difícil tener tantos frentes abiertos, que ella no podía estar en misa y repicando, que cuando decía que no quería perderme expresaba su deseo, pero ¿y el mío? Le dije que necesitaba tranquilidad y alejarme de la familia.

Pasó una semana sin que ocurriera nada, luego escribió de nuevo. Hola, Bergljot. Espero que las cosas vayan bien. ¿Podemos tener ya una charla? Le contesté que había demasiadas cosas destrozadas ya.

La jornada laboral se había ido a pique, no era capaz de pensar en otra cosa, pero quería pensar en otra cosa. Espero que todo vaya bien, decía ella, ¿podemos tener ya una charla? Como si yo

nunca hubiese dicho lo que había dicho y ella, nuestra madre y Åsa no hubieran reaccionado como lo hicieron.

¿No eres capaz de hablar de otra cosa que de aquello?, me amonestaba a mí misma. No, no quiero hablar de *aquello*, me contestaba, pero soy incapaz de hablar con Astrid de la manera en la que ella quiere hablar conmigo.

Llamé a Karen y me desahogué con ella sin pensar en la factura del teléfono, ella dijo: Tu hermana no entiende lo que te ha hecho, no entiende lo que te está haciendo.

Astrid volvió a escribirme, con exclamaciones antes y después de mi nombre o como una hermana mayor que se dispone a amonestar a su hermanita: ¡A Bergljot! ¡Tenemos que hablar! Tenemos que hablar y escucharnos. Yo opino que no hay demasiado destrozado, pero sí ha sido una época extrema para todos. ¿Podemos dar un paseo esta tarde? ¿Puedo acercarme a tu casa?

Le contesté que estaba en San Sebastián.

Entonces quedamos cuando vuelvas. ¡Tenemos que hablar!

La tranquilidad para trabajar se había desvanecido, me sentía atrapada y llena de una rabiosa necesidad de explicarme, y le escribí que me sentía mejor cuando no tenía contacto con ella, con ellas, por eso había decidido no tener contacto con ella, con ellas, por consideración a mí misma. Y ella me contestó que nos conocíamos bastante bien, que sabía que ahora yo hablaba con Bård, no solo por correo electrónico y SMS, sino cara a cara, que se veía mucho mejor que el otro era un ser humano cuando se hablaba cara a cara y que no le parecía bien que yo me cerrara a toda comunicación con ella después de todo lo que habíamos compartido. Se trataba de un asunto extremadamente difícil, en especial para nuestra madre, que al parecer había perdido a dos hijos y cinco nietos. Cómo no iba a ser horrible para ella. Además, tenía para mí una carpeta con cosas de nuestro padre y necesitaba hablar conmigo de la carta de Tale. ¿Podemos tener ya una charla?

Llamé a Klara, grité a Klara mientras me paseaba por la playa casi desierta de San Sebastián, bajo el sol de la tarde que me calentaba. Grité: ¿Qué quiere de mí? No quiero verla, no quiero hablar con ella, la mera idea de hablar con ella me pone mala, oírla hablar del dolor de nuestra madre. ¿Qué otra cosa quiere de mí más que contarme el dolor de nuestra madre, hacer que sienta pena por ella, hacerme olvidar la reunión con la auditora? Y si no es eso, ¿qué es entonces? ¿Tener relación conmigo porque somos hermanas? ¿Para qué? ¿Cómo se imagina que va a ser la relación entre nosotras? ¿Ver a los familiares y pasar un rato agradable?

Todo mi cuerpo se rebelaba ante la idea de hablar con Astrid, de oírle decir lo que nuestra madre sufría, por qué hablar con Astrid cuando la premisa de todo lo que decía era: Lo que tú dices que ha ocurrido no ocurrió. Porque si me hubiese creído, no se comportaría como se comportaba conmigo, ¡no se dirigiría a mí con tanta naturalidad y tantas exigencias!

Estoy segura de que es tu madre la que la está presionando, dijo Klara, seguro que es tu madre la que la atormenta, la presiona y le ruega.

O tiene mala conciencia, añadió Klara.

Gunvor, el personaje de la novela de Alf Prøysen *Un tordo en la lámpara del techo*, tiene una cicatriz en la frente. A menudo se toca la cicatriz, se acaricia la cicatriz.

¿Estoy yo acariciándome la cicatriz?

No acariciarme la cicatriz, dejar todo atrás, dejar ese estúpido papel de víctima sería una liberación, ¿no? Claro que sí.

Pero no tenía nada que ver con una reconciliación con la familia. Yo no tenía ninguna fe en ella. ¿Cómo era posible que nuestra madre, Astrid y Åsa creyesen al parecer en ella?



Bård me informó de que Bråteveien se había vendido.

Yo había rechazado a Astrid y tenía mala conciencia y sentía escrúpulos. ¿Era demasiado severa?

Entré en la iglesia armenia de San Sebastián para reponerme. Estaba en penumbra y encendí una vela por todos mis seres queridos, mis hijos y nietos. Me quedé delante de la vela imaginándomelos cuando la vela empezó a vacilar, luego dejó de vacilar y enseguida volvió otra vez. Me volví para ver de dónde venía la corriente. La vela vaciló, luego dejó de vacilar, de repente caí en la cuenta de que era mi respiración la que la hacía vacilar. Cada vez que expiraba vacilaba solo por mi respiración, porque vivía, porque existía, yo ponía las cosas en movimiento, respirar era una gran responsabilidad, respirar, vivir, demasiado grande para mí.

Karen comentó en una ocasión que cuando hablaba de mis padres daba la impresión de que sentía más respeto por mi padre que por mi madre. Era una observación correcta. Cuando era joven y quería consolarme a mí misma me decía a menudo que me parecía más a mi padre que a mi madre. ¿Por qué quería parecerme más a él que a ella, por qué le tenía más respeto a él que a ella, cuando era mi padre el que había abusado de mí?

¿Y cómo era posible que sintiera más respeto por Åsa que por Astrid, cuando eran mi madre y Astrid las que se dirigían a mí diciendo que me querían, mientras Åsa nunca lo hacía y en caso de que sintiera algo por mí era obviamente odio y desprecio? Porque ella era clara y Astrid se andaba por las ramas, porque mi padre era más claro que mi madre y porque resulta más fácil tomar postura ante personas claras que ante personas que hablan de un modo vago y con doble sentido y se contradicen a sí mismas. Mi padre se alejó, mi madre no se alejaba, no quería soltarme. Durante mi infancia, mi padre traspasó los límites, luego se retiró, porque sabía dónde estaba el límite. Mi madre traspasaba los límites año tras año, no sabía dónde estaba el límite, era poco clara e impredecible. Mi madre vino un día a verme a mi casa en esos tiempos turbulentos después del estallido, hace veintitrés años, cuando empecé el psicoanálisis, entonces ya me di cuenta de que estaba traspasando los límites y se lo dije, le dije que estaba traspasando los límites, ella gritó que ahora también la estaba acusando a ella de *inchesto* y salió corriendo de mi casa y se fue a Bråteveien a contar a mi padre y a mis hermanos que ahora también la acusaba a ella de *inchesto*, describiéndome como una loca, presa de mi propia impotencia y desgracia, mientras mi padre intentaba controlar su desgracia, sobrellevarla él mismo. El crimen de mi padre era mayor pero más limpio, su autocondena más dura, su manera de apartarse, su depresión más conciliadoras que la forzada ligereza de mi madre, que hacía como si nada, que exigía y reprochaba. Mi pobre, confusa madre, pobre Astrid, tan cautivada por su propio lenguaje de bondad durante tantos años que pensaba que era buena. Y seguramente en el fondo lo era, al igual que las demás. Astrid sobrepasó los límites, esa era la sensación que yo tenía, cuando quería presionarme a un encuentro basado en haber silenciado la traición, eso era lo insostenible, esa insistencia en que podía ser normal lo que había sido anormal desde el principio hasta el final.

Mi padre era el culpable de mi desgracia, pero la desgracia se convirtió en la desgracia de todos y yo no tenía fuerzas para borrarla. Condenó a mi madre y a mis hermanas a hacerme aún más desgraciada, y ellas también sufrieron más por ello.

Caminé por la playa hacia el centro de San Sebastián, mientras el sol se ponía y oscurecía, entré en la pequeña iglesia y encendí una vela por los niños y otra por mi padre. Compré un brazalete de perlas negras por mi padre y lo llevé de bar en bar por San Sebastián, mirándolo y recordando la muerte de mi padre y mi dolor. Volviendo a mi alojamiento me seguía un perro negro sin dueño, entendí que quería venirse conmigo, y comprendí que era mi padre. ¿Quieres comer?, le pregunté, ¿tienes sed?, le pregunté, ¿quieres dormir en mi casa?, le pregunté, entonces se fue corriendo, quería irse con mi madre, pensé, porque era de ella de la que había que compadecerse.

Estaba sentada en la terraza en la oscuridad de San Sebastián bebiendo vino, me enfadé con mi padre y rompí el brazalete. Cuando a la mañana siguiente me desperté sin él, me había olvidado ya de la muerte de mi padre y de mi dolor, hasta que me tropecé con las perlas negras del brazalete y tuve que agacharme a recoger a mi padre.

Ya había vuelto de San Sebastián. Astrid escribió que *tenía que* hablar conmigo. Era extremadamente importante. Pensé que se trataba de recoger y vaciar la casa de Bråteveien, que tal vez quería saber si a mis hijos les apetecía participar en ello. Si tenían interés en quedarse con alguna alfombra, mueble u obra de arte de Bråteveien, objetos que mi madre no podía llevarse al piso nuevo. Cuando murió la bisabuela de mis hijos, es decir, la abuela de mi exmarido, sus nietos y bisnietos fueron invitados a la gran casa a repartirse entre ellos los enseres. Llamé a los chicos y les pregunté si querían alguna alfombra, mueble u objeto de arte que hubiera en Bråteveien y que mi madre no podía llevarse al piso nuevo. A Ebba y Søren sí les gustaría. Astrid llamó, pero no sobre Bråteveien, *tenía que* verme, *teníamos que* hablar de la situación, yo se lo debía, los últimos cuatro meses habían sido los peores de su vida.

La casa de Bråteveien se vació sin que mis hijos ni los de Bård fueran avisados.

No era de extrañar, teniendo en cuenta cómo nos habíamos portado, dejando a Astrid y Åsa a cargo de todo.

Astrid decía que como no quería verla, sentía la necesidad de escribirme una carta. Una semana después me llegó una carta suya por correo. ¿Por qué la enviaba por correo normal y no por correo electrónico? ¿Para que yo no pudiera reenviársela a Bård, por ejemplo?

Hice café, fui al salón y abrí la carta de Astrid.

¡Bergljot!

Decía que últimamente yo había dado a entender en varias ocasiones que en mi opinión ella no se había tomado en serio mi historia. Le dolía y se sentía molesta, porque no era verdad. Estaba segura de que el asunto había sido muy doloroso para mí y la muerte de papá seguramente había contribuido a revivirlo. Eso la apenaba mucho, pero no me daba derecho a decir que ella no me había escuchado ni se había tomado en serio mi historia. Como yo quería romper ya todo contacto, había algunas cosas que sentía necesidad de escribir. Esperaba que mostrara también su carta a Søren, Tale y Ebba.

Decía que al principio, cuando le conté por primera vez que papá me había violado, ella escuchó, escuchó, escuchó y escuchó.

Era verdad, me acordaba de aquello.

Describía la situación de cuando el caso salió a la luz, hacía veintitrés años. En aquel momento le dije que no me acordaba de cuándo y dónde había sucedido, pero que sabía que había sucedido. Claro que te creía, decía Astrid. ¿Por qué no iba a creer a su hermana? Me creía y se le retorció el alma, decía, se implicó con todo su ser en la situación entonces, hacía veintitrés años. Tuvo unos pensamientos terroríficos, decía, intentaba hacer como si nada ante nuestros padres y le aterraban las fiestas familiares. Pues sí, sería verdad.

Más adelante había pensado mucho en ese asunto, escribía. ¿Cómo no iba a hacerlo? La violación es uno de los peores crímenes que existen. Ella no lo había acallado, sino que había pensado mucho en ello y había hablado con muchas personas sobre el tema, su marido, amigas, Åsa, nuestra madre. ¿Podría haber sucedido? ¿Cuándo? ¿Ella recordaba que yo hubiera sufrido? ¿Yo tenía lesiones? ¿Podría ser que me equivocara? Yo tenía unos treinta años y tres hijos cuando lo mencioné por primera vez. En Skaus vei vivíamos muy cerca los unos de los otros, ¿no era raro que nadie hubiese mencionado nada? Había un montón de gente que observaba y frecuentaba a nuestra familia. Ella no recordaba que nadie hubiese insinuado nada sobre aquello hasta que yo lo dije ya de adulta. Eso no significaba necesariamente que no hubiese ocurrido. Eran otros tiempos, entonces no se hablaba del incesto. Había pensado mucho en su infancia y la conclusión era que *ella* tenía la sensación de haber tenido una infancia segura, con muchos cuidados y mucha alegría.

Dado que la violación de niños es algo extremadamente serio, tales afirmaciones tienen que tratarse con la máxima seriedad, escribía. Yo bebía café y leía, era como si no tuviera que ver conmigo. Dado que la violación de niños es algo extremadamente serio, tales afirmaciones tienen que tratarse con la máxima seriedad, escribía, de una manera formal y a cierta distancia, como para mostrarme lo serios que eran mis alegatos, en caso de que yo no hubiera pensado en ello. Utilizaba *seriedad* y *serio* en la misma frase, con tanta seriedad reaccionaba, con mucha seriedad. Su reto era que yo no recordaba y papá negaba la acusación. Eso es lo que hacen tan complejos y dolorosos los asuntos de incesto. No hay pruebas. Solo la palabra de uno contra la de otro. En el transcurso de los años comprendió que sabía demasiado poco para sacar conclusiones. A continuación ponía en cursiva: *La información que yo tenía a mi disposición —lo que tú habías contado y lo que yo pensaba— no era suficiente para saber algo con certeza.*

Ella no podía saber lo que había ocurrido, decía. Se dio cuenta de que no podía verificar mi afirmación, de la misma manera que no podía decir que papá dijera la verdad cuando negaba haberlo hecho. Para ella esa postura era la única con la que podía vivir sin transgredir su conciencia.

Como ya me había dicho por teléfono, escribía, quería que supiera que ella JAMÁS y con mayúsculas había dicho a alguien que creía que yo mentía, o que lo que yo afirmaba no podía haber ocurrido. Pero, como ya había dicho, no lo podía verificar. Si se hubiera posicionado a mi favor, habría acusado a papá de un crimen atroz sobre lo que ella concebía una base dudosa. No podía hacer eso.

Como quería tanto a papá como a mí, su deseo era tener contacto con los dos, y no opinaba que eso fuese «estar en misa y repicando», es decir, querer tener en cuenta tanto al padre como a la hermana.

En eso tenía razón, en eso estaba de acuerdo con ella.

Decía que nuestros padres habían aceptado su postura y se alegraban de que tuviera contacto conmigo.

A Astrid le resultaría enormemente triste que todo esto significara deteriorar la relación entre nuestros hijos, primos y primas, la relación entre los nietos y la abuela, la relación entre yo y mi madre. Por esa razón había manifestado en tantas ocasiones el deseo de que nos reuniéramos para hablar. Después de la muerte de papá, había pedido varias veces que nos reuniéramos para hablar de todo. Tenía la sensación de que la crisis de nuestra familia era tan grave que podía separarnos para siempre. Gran parte de la comunicación desaparecía cuando uno no veía a la familia, no escuchaba las voces, no veía el lenguaje corporal. Por esa razón le interesaba tanto el encuentro físico. Cuando las personas no se ven, aumentan la distancia y la probabilidad de demonización. Quizá porque opinaba que ella lo había visto de cerca en la relación entre mis padres y yo y todo se había vuelto muy doloroso, le daba tanto miedo... No soportaba la idea de que los hermanos y nuestros hijos no se vieran. Todos teníamos lados buenos y lados menos buenos y era mucho más fácil ver a las personas completas cuando estaban juntas y se veían físicamente.



No contesté a la carta. No era nada que no hubiese oído antes, no había nada que pudiera contestar que no hubiera dicho antes, y si había algo, no servía de nada porque ella no lo captaba, me contestaba en mi interior.

El asunto había sido horrible para mí, escribía Astrid, y la muerte de papá había contribuido a que resurgieran muchas cosas.

¿Qué asunto? ¿Qué cosas? Pero si ella había concluido ya con que no era un asunto, que tenía que tratarse de una especie de mera invención de mi cabeza, ¿qué cosas podían resurgir y dolerme tras la muerte de papá, si no era algo que podía resurgir? Astrid repetía una y otra vez que yo había sufrido, que ella entendía que yo hubiera sufrido, pero si yo no había vivido lo que afirmaba haber vivido, si todo era pura invención, ¿entonces en qué consistía mi dolor?

Quería poder verificarlo, escribía Astrid.

¿Cómo? ¿Mediante pruebas de ADN, grabaciones en vídeo? ¿Qué clase de verificación deseaba, ella, que a diario tenía que tratar con historias no verificadas?

¿Debería haberla llamado después de cada sesión de terapia, después de cada sueño, cada vez que aparecía un nuevo recuerdo, cada vez que el pasado se me venía encima en sueños o en pleno día como desgarros y punzadas, cada vez que alguna pieza de la infancia, de la juventud o de la vida adulta encajaba en su lugar, contribuyendo a que poco a poco fuera entendiendo mejor ese gran cuadro del que formaba parte? ¿Las extrañas reacciones de mi padre, las extrañas reacciones de mi madre en situaciones por lo demás normales en las que se mencionaban sexualidad o abusos, en las que se mencionaban secretos de la familia? ¿Debería haber llamado a Astrid para darle detalles? ¿Le habría gustado? ¿Le habría resultado agradable? Cuando todo estalló hace veintitrés años y opté por retirarme, por cuidar de mí misma, por conseguir tratamiento profesional, ¿debería haber llamado a Astrid y darle detalles físicos, defendiendo mi caso ante una hermana escéptica que quería a sus padres y con mucha razón, que tenía una buena relación con ellos, que deseaba una vida familiar armoniosa? ¿Debería haberla llamado y compartido con ella mis heridas abiertas, haberle abierto mi sexo tan doloroso, tan vergonzoso, tan íntimo, algo de lo que no se podía hablar fuera del espacio psicoanalítico, hablar con ella de lo que no había hablado con nadie más que con mi psicoanalista, ni con mis amigas, ni con mis novios, ni con mis hijos, porque era demasiado doloroso y físicamente molesto, porque yo no quería que ellos, mi familia más allegada, tuvieran imágenes más de esa clase en sus cabezas?

Por eso, Astrid.

Nuestro padre lo negaba, escribía, como si ese fuera un argumento de peso, como si ella creyera que se trataba de algo que él podía confesar un martes normal y corriente. Ella había pensado mucho en ese tema, escribía, no lo había silenciado, sino que había hablado mucho de ello, ¿pero con quién? ¿Con profesionales? ¿Con el Centro de Apoyo a las Víctimas de Incesto? No, con su marido, con Åsa, que compartía sus intereses, y con nuestra madre, cuya vida entera parecería estúpida y vergonzosa si era verdad lo que yo decía. ¿Cómo se desarrollaba la conversación entre

ellos sobre este tema?

Mi madre: ¿Puede haber sucedido? Teníamos una casa tan abierta... Nadie me dijo nunca nada.

Åsa: Ella tenía ya tres hijos cuando esto salió a la luz, no podía haber tenido lesiones físicas, un médico se habría dado cuenta, ¿no?

Astrid: No recuerdo haberle oído decir nada de eso o de que le doliera algo. Nadie mencionó nada por el estilo.

Mi madre: No creo que sucediera. Vuestro padre no era así.

Åsa: Yo tampoco lo creo.

Astrid: Pues no, no parece probable.

¿Cómo podía pretender que habían hablado en serio, que habían hablado abierta y seriamente sobre el tema, para usar la palabra que ella usaba todo el tiempo? En ese caso mi madre no habría reaccionado como lo hizo en la reunión con la auditora. ¡Es solo para hacerte la interesante! Astrid sostenía que habían hablado y hablado y pensado y pensado seriamente, pero si fuera verdad, no habrían reaccionado de un modo tan inequívoco, tan agresivo como reaccionaron el cuatro de enero. Ella decía que estaba entre la espada y la pared, ¿pero había intentado presionarlas a ellas como había intentado presionarme a mí? ¿Les había hecho preguntas incómodas y críticas a nuestros padres? ¿Por qué estabas tan preocupada por Bergljot? ¿Por qué llevabas a Bergljot a *ballet* y a clases de piano y a nosotras no? En ese caso no habrían reinado entre ellos la armonía y la concordia, esa concordia que mis hijos percibían a menudo en Bråteveien, la que Søren y yo percibimos en la reunión de antes del entierro, la que manifestaba y evidenciaba su comportamiento en la reunión con la auditora el cuatro de enero.

¿Ella, que tenía tanta influencia sobre mis padres, había hablado con ellos de un modo que pudiera contribuir a una conversación de verdad sobre el núcleo del conflicto? No. Optó por invitarme a la fiesta de su cincuenta cumpleaños, es decir, me pidió que pusiera al mal tiempo buena cara.

Ella podría haber influido en mis padres. No lo había hecho.

En la reunión con la auditora y en varias otras ocasiones, Astrid había mencionado lo doloroso que resultaba encontrarse entre la espada y la pared. Había dicho que le resultaba horrible. Y sin embargo ahora escribía que nuestros padres habían respetado su punto de vista, su posición de mujer a mujer, en fin, que se habían alegrado de que estuviéramos en contacto. ¿Y por qué no iban a alegrarse? No tenían duda de la postura adoptada por ella en este asunto, aunque en una ocasión, hace un montón de años, según lo que ella misma contaba, a la pregunta directa de nuestro padre respondió: Yo no sé lo que pasó, papá. Así ellos no dudaban, cuando las turbulencias del principio se habían apaciguado, de dónde se posicionaba ella en este asunto, cuando los abrazaba y les decía cosas cariñosas en cualquier ocasión y los atendía y se preocupaba por ellos en todos los sentidos, regalando, pero, sobre todo, recibiendo regalos.

¿En qué consistía su dolor?

¿Sufría porque sabía que yo tenía razón?

El error de la película *Celebración* es que todo acaba bien para el que se enfrenta con su padre y su familia. En la vida real no todo acaba bien para el que se enfrenta con su padre y su familia. El error de *Celebración* es que permite que el que se enfrenta con su familia presente una prueba. En la vida real no existe ninguna prueba. En la vida real el que se enfrenta con su familia no tiene ningún gemelo que se haya suicidado y dejado una carta que pruebe la culpa del padre. A mí me habría gustado tener una hermana gemela que se hubiese suicidado y dejado una carta que probara la culpabilidad de mi padre. *Celebración* es una buena película, pero desacertada.

Quedé con Bo en un café para hablar de los poemas que había escrito sobre Irlanda. Mientras yo leía los poemas de Bo sobre Irlanda, él leía la carta de Astrid. Yo levantaba la vista para echarle un vistazo de vez en cuando. Cuando llegó a lo del encuentro físico y la demonización, dijo: No es verdad. No hace falta verse físicamente para tener una buena relación. ¿Y quién teme ella que pueda ser demonizada? ¿Ella? Pero no es eso lo que tú estás haciendo.

No, espero que no, contesté. Yo solo quiero mantener mis límites, dije, mis límites son muy frágiles, quiero preservarlos, dije, cuando veo a Astrid ella traspasa mis límites sin que me dé cuenta hasta después. No soporto tener que contarle una y otra vez, repetirlo y repetirlo, no quiero tener que defender mi caso, resulta demasiado íntimo, es indigno, estoy demasiado agotada, me olvidé de los poemas de Bo y me centré en mi asunto, me puse a defender mi caso. En una ocasión quise someterme a hipnosis, dije, con el fin de obtener todas esas pruebas que ellos me exigen, de conseguir el lugar, la hora y todos los detalles y presentarlos como una documentación, pero mi psicoanalista me dijo que si quería someterme a hipnosis tenía que ser para mi propio bien, porque en lo que se refería a convencer a mi familia podía dejarlo por imposible, no existía en todo el mundo la prueba que ellos aceptarían, si yo presentara un vídeo, ellos dirían que estaba manipulado. Lo mismo me dijeron en el Centro de Apoyo a las Víctimas de Incesto: los que se enfrentan con su familia suelen perderla.

Ahora voy a leer tus poemas, dije.

Ella ha adoptado un gesto serio, dijo Bo, y así escribe. Usa *seriedad* y *en serio* en la misma frase, así de en serio se lo toma, de eso no cabe duda. Seguro que se lo toma en serio, añadió, pero está atrapada en su lenguaje de buena persona, muestra que está entrenada para ser una persona buena y sensata, una especie de buena persona pública.

¿Por qué iba a romper yo, lo interrumpí, olvidándome de sus poemas para centrarme en mi caso, por qué iba a romper yo con todo lo que eso ha conllevado de pérdida, dolor y soledad? ¿Cómo habría conseguido llevar a cabo esa dura y dolorosa ruptura si se hubiera tratado de imaginaciones e invenciones? ¿Cuál sería mi motivación, qué ganaría yo con ello? ¿Quién se inventa una historia así? ¿Para qué, para qué? ¿Qué motivos tenía?

Lo que se lee entre líneas en su carta, dijo Bo, sin que ella sea consciente, es que eres capaz de inculpar a tu padre de un crimen horrible, de inculpar a un hombre inocente de algo atroz. Utilizando sus propias palabras, indirectamente escribe que eres una persona horrible.

¿Y por qué quiere tener contacto con una persona horrible?, grité. ¿Por qué insiste en tener contacto conmigo? Si soy tan mala y tan tonta que me he inventado una historia de incesto para hacerme la interesante, ¿cómo puede ser que mi madre, según Astrid, perciba el conflicto conmigo de un modo más profundo que la disputa sobre la herencia con Bård? ¿No sería más fácil descartar a una persona tan escandalosamente mentirosa como ellos me consideran, que a una que al fin y al cabo solo quiere media casa de verano en Hvaler?

Su inquietud tiene que ver con su mala conciencia, añadí, más tranquila ya. Ella sabe que estoy diciendo la verdad, pero si se lo tomara en serio, si lo reconociera como verdad, tendría consecuencias que ella no es capaz de aceptar. No puede un instante susurrarme al oído que cree lo que le he contado, y al siguiente y en todos los demás contextos, también oficiales, ser la hija fiel y cariñosa de mis padres, eso sería imposible, pero era a *su* imposibilidad a lo que ella necesitaba encontrar una solución. La solución óptima que encontró para ella conllevaba tener contacto y conversaciones conmigo, conversaciones que no trataran de mi caso, sino de la redacción de artículos, pero esas conversaciones a mí no me hacían ningún bien, me perturbaban, ¿por qué iba yo a contribuir a solucionar su imposibilidad de una manera que no era buena para mí? Me alegro de que ella haya escrito esa carta, dije, ya mucho más tranquila. Me alegro de que escriba sin rodeos que quiere que se le verifique lo que no puede ser verificado, porque en ese caso ya no queda más que hacer. Lo único, que debería haberlo dicho hace veintitrés años y nos habríamos ahorrado mucha energía. ¿Era de extrañar que yo hubiera sentido intranquilidad y ambivalencia en compañía de una persona que quería verificación y reconciliación a la vez? Esa imposibilidad, esa falsedad, había estado subyacente en todas nuestras conversaciones, nuestras conversaciones habían sido falsas.

Me resultaba, por tanto, más fácil relacionarme con Åsa, que nunca me había creído, que me había descartado de la misma manera que yo la había descartado a ella, fue una ruptura limpia, Åsa no exigía ninguna verificación, ninguna prueba. Åsa no intentaba presionarme para que nos viéramos, Åsa no me creía, así de simple, no quería tener nada que ver conmigo.

Ella se lo tomará en serio a su manera, dijo Bo, pero yo opino que tú no debes tomarte esto en serio, añadió, sacudiendo la carta de Astrid, creo que no debes tomar en serio la increíble tristeza que repite una y otra vez, su increíble tristeza.

*Es triste, dije, pero no se puede volver no triste.*

A esta carta, dijo él, dejándola en la mesa, hay que quitarle importancia. Es algo fingido, dijo, que sufra tantísimo con esto. Pero supongo que quiere tener éxito con su proyecto de paz. Aunque el globo ya se ha deshinchado.

Jung veía las cosas como sus instintos le pedían que las viera. Si no lo hacía, su serpiente se volvería contra él. Yo intentaba ver las cosas tal y como mi instinto me pedía. Si no lo hacía, mi serpiente se volvería contra mí. Mi madre y mis hermanas habían actuado de unas maneras y dicho cosas que mi serpiente no aceptaba. Yo me muevo por el camino que marca mi serpiente, pensé, porque eso es bueno para mí.

Bo se fue a Irlanda a escribir poemas sobre Irlanda, pero sin saber por qué. Una mañana se despertó en Irlanda y quería escribir un poema sobre llovizna. ¿O solo quería estar allí? ¿Por qué no podía estar allí, aquí, preguntó cuando estábamos sentados en una pastelería de Lommedalen? En Irlanda se encontró con un hombre que le dijo que debería ir por el bosquecillo a la izquierda y luego a la derecha. Fue por el bosquecillo a la izquierda y luego a la derecha y llegó a una iglesia con una placa en la que ponía: Imagínate cómo debe sentirse Dios. Comprendió que había llegado demasiado lejos y volvió por el mismo camino cuando empezó a llover. La lluvia carecía de dirección, como él mismo. Se había desviado de la carretera principal, se había extraviado, pero así lo había querido. Se había extraviado queriendo y había silencio en el camino extraviado, pero no tanto como para no oír los ruidos procedentes de la carretera principal. Ya encontraría el camino hacia allí. Se dirigía hacia las nuevas ciudades con expectación, escribió, porque allí recibía lo que no era y lo que no tenía. Eso te señala, escribió, te señala para que te detengas, escribió, y el camino se divide entre el espino y el lirio de los valles. Adónde llegaré, preguntó, a un lugar donde el camino se divide en cuatro. Llegó a una ciudad, pero la ciudad se encontraba fuera de la ciudad, llegó expectante, pero se perdió en la bebida, se fue a Irlanda porque buscaba la protección de los grandes árboles, pero en Irlanda no había más que arbustos.



La noche del once de marzo no podía conciliar el sueño. Hay vida después de la muerte, pregunté, mi padre existe de alguna manera en algún lugar, pregunté, e intenté invocarlo, pero no lo conseguí. Cuando me dormí soñé que me despertaba en mi habitación de Skaus vei, número veintidós, y me levantaba de la cama porque mi hija Tale, de cinco años, que en esa época llevaba gafas, lloraba desconsoladamente. Fui al dormitorio de mis padres, donde estaba acostada en su cama de matrimonio. La consolé y le pregunté por qué lloraba, ella contestó: Ni siquiera se le levanta.

Su casa de muñecas estaba hecha pedazos. Me puse a recogerla, pequeños muebles color turquesa y trozos de paredes y tejado, le dije que la arreglaríamos, ella se tranquilizó. Mientras recogía, me sentía enfadada con mi padre, que había destrozado la casa, me armé de valor, abrí la puerta del salón donde él estaba sentado, hundido en el sofá verde de piel, y le dije que había sido muy feo por su parte destrozarse la casa. Contestó que no valía nada, que no era más que mierda del McDonald's. Yo le dije que había sido muy feo por su parte destrozarse la casa solo porque a ella le gustaba mucho. Pero nada más decirlo me entró miedo por lo que acababa de decir, miedo de cómo reaccionaría mi padre, volví a la habitación de Tale y le oímos salir del salón y entrar en el baño, donde orinó sin cerrar la puerta, y pensé: Qué pasará ahora. Estamos solas con él, no hay ningún adulto por aquí, cualquier cosa puede ocurrir.

En Irlanda se llama *El cuchitril*, dijo Bo. No se llama *el miedo*. En Irlanda se llama *El atajo*, dijo, no se llama *Lo he derrochado todo*. Si el nombre de la calle hubiera sido distinto en Irlanda, habría resultado más fácil tirarlo todo al mar del olvido.

Había que procurar, dijo, dejarse caer con la fruta y dejarse llevar por hormigas.

Todos esos fragmentos de película que mi padre filmó de mí cuando yo era pequeña, de pie, sonriente y desnuda sobre una piedra en Volda, en posición de *ballet*, se han destruido, ¿qué fue de ellos? Yo era muy mona entonces, o mi padre era un fotógrafo inspirado. Era algo parecido al amor. Yo lo interpretaba así. A mi padre yo le resultaba irresistible. Cuando estábamos solos él y yo, mi padre se convertía en otra persona, era incapaz de controlarse, la mera visión de mi cuerpo desnudo le hacía perder la cabeza. Ya de niña tenía la idea de que los hombres podían volverse locos conmigo, de que era capaz de hacerles perder la cabeza, ¿de dónde me venía esa idea? Eso era lo que había experimentado, que simplemente con desnudarme y acurrucarme junto a él, mi padre se volvía loco y dejaba de parecerse a sí mismo. Pero era doloroso, porque duraba muy poco tiempo. Cuando estos rápidos encuentros terminaban, mi padre se volvía ausente y frío, me evitaba, porque se evita a las personas contra las que has pecado, es una regla. Fue mi primer sufrimiento, que durante todos esos largos e incoloros días de diario mi padre no me hiciera ningún caso, me hacía menos caso a mí que a los demás, mi padre no me veía, no me tocaba, no me tocaba nunca, me echaba nerviosas miradas a hurtadillas, me observaba angustiado y en secreto, mientras yo lo añoraba. Mi padre podía volverse loco por mí. Por breves momentos era incapaz de controlar su deseo y una experiencia de esa clase no carece del todo de valor para una niña pequeña. Pero ella perdió a su padre, y eso era doloroso, porque ella lo añoraba durante todos esos tristes días de diario año tras año en los que él no la miraba por miedo y vergüenza, y ella sentía celos de su madre, a quien su padre metía mano con la abrumadora luz del día. Era un drama de celos, y la madre ganaba y la niña perdía. Cuando su madre repudió a su padre, enamorándose de un catedrático al que no consiguió, la hija se enamoró de un catedrático y lo consiguió. La hija se atrevió a divorciarse y consiguió al catedrático. ¿Con el fin de burlarse de su madre? ¿De vencer a su madre como su madre había vencido a la niña, a mí? ¿Son esas las redes en las que estamos atrapadas, tejidas durante los primeros años?

Mi pobre padre muerto, mi primer y más grande amor infeliz.

La gran casa de Bråteveien se había vendido y vaciado, el traspaso tendría lugar a finales de abril, principios de mayo, yo recibiría mi herencia en el transcurso de las dos primeras semanas de mayo, me dijo Bård.

No lo creería hasta que no lo viera.

El diez de mayo recibí una carta con la descripción de la liquidación de la herencia, columnas con sumas para mí incomprensibles. Yo debía firmarla y dar el número de mi cuenta bancaria, y la herencia me sería transferida de inmediato. Podía enviar la carta firmada a la dirección de mi madre o pasarme por su casa y dársela. Supongo que eso era lo que ella esperaba, que me pasara por donde vivía ahora, viuda de ochenta años, sola en un piso nuevo. No podía, no quería. Firmé, y envié la carta por correo.

El día catorce el dinero fue transferido a mi cuenta. Fue una sensación extraña.

Recibí de repente un SMS de mi madre. Decía que había visto un artículo escrito por mí, titulado «Leer, amar». Lo recordaba vagamente. Ella me quería mucho, decía.

Su mensaje me dejó indiferente.

Cuando muera papá, decía yo en otros tiempos, vendrás a mí. Pero entonces será demasiado tarde. Así lo sentía yo, que sería demasiado tarde. Y si Astrid venía, si mi madre moría y Astrid venía a mí, sería demasiado tarde. Y si Astrid lloraba arrepentida, yo me quedaría indiferente.

El psicólogo del periódico escribía que había presenciado escenas así, que cuando el que había fallado reconocía su pecado y empezaba a derramar lágrimas, el herido se quedaba sentado mirando hacia otro lado, con la cara impassible, rechazando la súplica de perdón.

Como aún no tenía una larga experiencia, le daba mucha pena verlo y animaba al herido a ceder y aceptar el arrepentimiento.

Pero ya no lo hacía. Porque no se solucionaba nada si no se hacía en el orden correcto. Al que ha traicionado no hay que elogiarlo por admitir su traición antes de que se hayan reconocido la desesperación, el dolor y la rabia del herido. Sin eso, el arrepentimiento caerá al suelo como una piedra. Esa es una ley de la naturaleza, escribía el psicólogo, está en la médula, no podemos saltarnos el orden de las cosas.

Yo era incapaz de perdonar.

¿Pero tirarlo al mar del olvido?

¿Sacarlo a la luz, estudiarlo, reconocerlo, aceptarlo y deshacerme de ello tirándolo al mar del olvido?

Tampoco podía hacer eso. Porque no se trataba de sucesos puntuales, de una historia acabada, sino de una continua exploración, una excavación necesaria, llena de cortocircuitos y apariciones involuntarias. Y la presencia de mi infancia perdida, el eterno retorno de esa pérdida era lo que me hacía muy nítida a mí misma, una parte de mi existencia que impregnaba incluso el más minúsculo sentimiento dentro de mí.



Luego me remordía la conciencia por no haber respondido al mensaje de yo te quiero de mi madre y llamé al 1881 para que me dieran su nuevo número. Lo marqué. ¿Cómo estás?, le pregunté. Contestó que no estaba bien, porque no veía a Bård ni a sus hijos ni a mí ni a mis hijos. ¿Por qué no quieres verme? ¿Por qué me odias? ¿Qué podía decir yo? ¿Volver a explicarlo todo otra vez? Dije que ella sabía por qué, entonces se puso agresiva y dijo que yo mentía, que si lo que decía era verdad, por qué no había acudido a la policía, colgué, mi mala conciencia se había desvanecido.

Emma preguntó: Abuela, ¿tú tienes una madre?

Yo: Todo el mundo tiene una madre.

Emma: La madre de mi abuela paterna ha muerto.

Yo: Ya.

Emma: El padre de mi padre también ha muerto.

Yo: Lo sé.

Emma: ¿Tu padre ha muerto?

Yo: Sí, murió hace poco.

Emma: ¿Los muertos vuelven a hacerse mayores?

Yo: No.

Emma: ¿Tu madre ha muerto?

Yo: No.

Emma: ¿Puedo ir a verla?

Yo: Vive muy lejos.

Emma: Me gustaría verla.

FIN

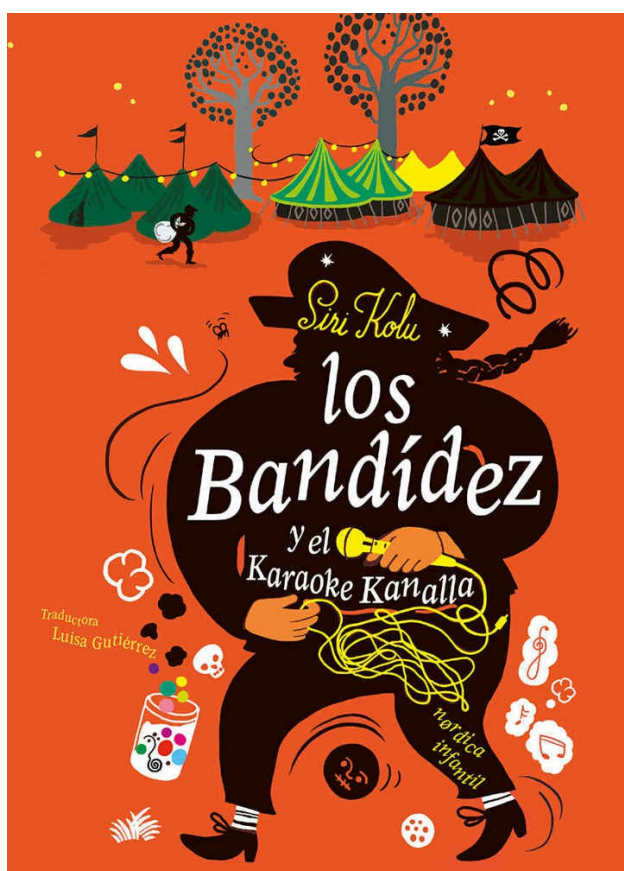
Si te ha gustado

## La herencia

te queremos recomendar

## Los Bandídez y el Karaoke Kanalla

de *Autor*





**L**a culpa de que los Bandídez tuvieran que asaltar el campamento de violín fue de mi padre.

Era tres de junio. El uno de junio, el segundo día más importante de mi vida, había transcurrido sin pena ni gloria. El más importante había sido, naturalmente, ese día del verano pasado cuando Kaarlo el Feroz tuvo un capricho y decidió robarme para que les hiciera compañía a sus hijos. El verano pasado me convirtió en una salteadora de caminos, pero este tenía todas las papeletas para ser un rollo. Había esperado el uno de junio durante todo el oscuro y deprimente invierno, el día que me largaría zumbando en la bandidofurgona lejos de mi vida en la escuela. Había enviado a los Bandídez un mensaje de socorro, pero de eso hacía ya dos días. Comenzaba a perder la esperanza. Me tocaría pasar las vacaciones aquí, en este estúpido campamento musical al que mi padre me había obligado a venir para evitar que me escapara con los bandidos. De ahora en adelante, pasaría cada uno de los días en mi aburrida vida.

## *ANÁLISIS DE LA SITUACIÓN*

*escrito por Vilja*

- 1. Estoy atrapada en un campamento de música de cámara de tres semanas que se organiza en el pueblo de Ypäjävuori.*
- 2. Comparto el dormitorio B con otras tres violinistas. El grupo se llama Las Barbalalas. Perdí la votación del nombre por 3-1, aunque tantas cosas hubiesen empezado por B: Bananas, Bantús, Bacilos, Bandidos. Pero no. Si los Bandídez no me salvan, me tocará ser una Barbalala las próximas tres semanas.*
- 3. Por suerte, los de la M se llaman Mejillones Melodiosos y eso me consuela un poco.*
- 4. No, no me consuela. Me muero de vergüenza.*
- 5. Más hechos: tengo que escapar.*
- 6. Cuestiones que dificultan la fuga:*
  - El campamento está rodeado por una alta verja blindada. El portón de salida se cierra a las 20 h y se abre a las 8 h. Entre tanto, no se puede escapar reventando un par de cerrojos. Se necesitan unas grandes cizallas o una sierra para metales, que no tengo.*
  - En un cuarto dormimos cuatro. Por cada dos habitaciones hay un tutor, y su dormitorio está al lado del de los campamentistas.*
  - Si se tiene la intención de escapar, hay que deslizarse a hurtadillas junto a tres niñas y la habitación del tutor. Para alcanzar el portón hay que pasar también junto a las cabañas de la directora del campamento y del administrador.*
  - El administrador hace guardia por las noches. Y tiene un perro pastor alemán.*
  - NO CREO QUE LO CONSIGA SOLA.*
- 7. Por suerte:*
  - He pedido ayuda a los Bandídez a través del sitio web Bandit-H.*
  - He pedido que vengan y me roben porque no puedo huir sola.*
- 8. Un gran pero:*
  - Mi mensaje de socorro fue un fiasco total. No pensé bien el texto para que tuviera toda la información necesaria. No tengo excusa. Me preparé mal. No he sido muy lista ni estaba en mi mejor momento.*
- 9. ¿Pueden terminar ya los autorreproches, por favor?*

La tarde de mi llegada al campamento, desfilé hasta la oficina de la directora, Maijariitta Kasurinen, y le conté que tenía que contactar con mi padre por correo electrónico porque necesitaba mi inhalador para el asma. Jadeaba y me quejaba tan convincentemente que a la directora no se le ocurrió preguntar por qué no se podía llamar por teléfono. En ese caso, habría dicho, por supuesto, que debido a sus asuntos secretos para el Gobierno, a mi padre no se le permite usar el teléfono. Estaba convirtiéndome en una maestra de la mentira.

Esperaba que Kasurinen me dejara el ordenador y se ausentara de la habitación, pero no, se

quedó de cháchara detrás de mí.

—Hay que vigilar el uso de la red que hacen los niños —dijo—. Aunque para vosotros sea un fastidio.

Aunque le lancé una mirada asesina, la mujer no dejó de parlotear. Por su boca fluía un continuo torrente de lava verbal repleto de cursiladas y florecillas y pegatinas de purpurina.

—No es como hacer encaje de bolillos. Escribes en el cuadradito de la dirección «jounipuntovainisto», el simbolito de la arroba y luego... ¿dónde trabaja tu padre? ¿No encuentras divertido que lo llamen arroba? Nosotros, los amantes de la música y el solfeo, podríamos llamarlo dorremí.

¡Aaah! Y encima cantaba y marcaba el compás con las notas de solfeo. ¿Tendrá hijos? Si los tiene, seguramente estarán hasta el dorremí.

No quedaba otra que actuar rápido. Fingí un ataque de asma y conseguí que me trajera un vaso de agua que, en un supuesto ataque de tos, volqué sobre una partitura recién impresa (¡vivan las impresoras de tinta!). Mientras ella secaba las notas, dispuse de veinte segundos para teclear y abrir Bandit-H, escribir el nombre de Hele en la dirección y el mensaje «SOS Pequeños músicos Ypäjävuori 1.6.-22.6». Por suerte, tenía dedos ágiles de tanto pasar las tardes en Internet. El sitio web creado por Hele se había convertido en un canal indispensable para mantener el contacto y, lo que había empezado como una afición, bandidotunar las Barbies, y su venta *online* había hecho rica a Hele; la misteriosa diseñadora de Barbies Bandit-H se había convertido en una celebridad.

Aún necesitaba un poco más de tiempo. Di un puntapié a la montaña de cajas junto a la mesa. Las cajas se desplomaron sobre las notas mojadas y de la caja que estaba encima resbalaron montones de bolsas de colores por todo el suelo. Mientras la directora se ocupaba de la nueva catástrofe y su horrorizada respiración silbaba como una tetera, vacié el historial de navegación. Otro truco que Hele me había enseñado. En ese instante alcancé a leer mejor lo que ponía en las cajas de cartón: chocolate con arroz inflado, 20 bolsas de 200 gramos. ¿Cómo es que aquí había chocolate si en el comedor solo nos ofrecían arroz y zanahorias hervidas, según las normas del campamento de «compañía agradable, magia de la música y vida sana?».

¡Llamada de socorro enviada! Ayer estuve flotando feliz todo el día. Soporté mi primera audición en solitario, en la que me reprocharon lo blandengue que sostenía el arco y mi mala postura al tocar. De todos modos, voy a estar poco aquí, dije para mis adentros. Mi suerte cambiaría pronto.

Mi desgracia ya había durado bastante. ¿Cuántas veces me había arrepentido de haber bajado de la bandidofurgona y haber regresado a casa al final del pasado verano? Mi padre estaba enfadado y mi madre fuera de sí y mi hermana Vanamo..., bueno, ella era la misma de siempre. Es-pan-to-so.

Durante la noche, la buena sensación se transformó en sudores angustiosos. Estaba segura de que mi mensaje de socorro no podía interpretarse correctamente. ¿Cómo se me había ocurrido

escribirlo así? «¡Pequeños músicos. Ypäjävuori!». ¡Pero si sonaba a publicidad! ¡Como si invitara a Hele y a Kalle y a toda la pandilla al concierto de fin de curso en lugar de rogarles que me salvaran! Ya los estaba viendo entre el público del concierto: Kaarlo el Feroz con las trenzas abiertas repeinadas, Pete Dientesdeoro con los piños lustrados de modo que centellearan en la puesta de sol estival. ¿Por qué no escribí «socorro, salvadme»? ¿Sabría Hele captar mi mensaje, entendería que «SOS» significaba llamada de socorro?

Si Hele no descifraba mi código, ya podía despedirme de un verano de saqueos.

Cerré mi cuaderno de notas y me preparé para otra audición en solitario. El resto de Barbalalas ya habían ido a clase y estaban ensayando para la gran velada en el campo de deportes del campamento. Cada habitación se presentaría a los demás de una manera divertida y nuestra tarea era pensar en un concurso musical simpático y con chispa. Esta expresión, naturalmente, procedía de la directora del campamento, siempre con sus vestiditos.

Entré en el aula. La profesora parecía estar en la pausa del café, pues daba clases desde por la mañana. Abrí el estuche del violín, fijé la almohadilla y tensé el arco. Había practicado poco. Coloqué las notas en el atril y me di cuenta de que me temblaban las manos. Tal vez era el hambre. Comer únicamente zanahorias hervidas mosqueaba y agotaba bastante. ¿Cómo tener fuerzas para ensayar? De pronto se apagaron las luces de la sala de ensayos. ¿Es que la maestra estaba probando algún nuevo método?

—¡Cierra los ojos! —dijo una voz apartada a mi espalda—. Deja con cuidado ese violín encima de la mesa. Coloca las manos en el borde del atril y ¡no mires!

¡La prueba de lealtad!, comprendí. La hermana mayor de una de las Barbalalas había participado el año pasado en el mismo campamento y esta nos había contado las alocadas historias de su hermana mayor y todo mi grupo esperaba con entusiasmo las pruebas secretas con las que durante el campamento se podía ganar el título de Pequeño Musicante. Y tras el concierto de fin de curso se conseguiría un pin de una clave de sol. Y se lloraría de felicidad.

—¿Te encanta el campamento de los musicantes? —me preguntó la voz.

—Bueno... —respondí sin ganas. Por mis compañeras de cuarto no quería meter la pata del todo, pero tampoco quería mentir.

—¿Tocar el violín y comer zanahorias es lo más maravilloso que te puedes imaginar?

—No —respondí y solté una carcajada. Luego traté de ponerme seria. Sentí en la nariz una ráfaga de aroma a abedul. Como si alguien hubiese pasado mucho tiempo entre los árboles o en el bosque y el dulce aroma de las hojas brotando se le hubiese pegado a la ropa.

—¿Qué opinas de la directora del campamento y su peinado a lo nido de búho?

—Eh, oye —dije—. ¿Se trata de una broma?

Durante un horrible instante pensé que la directora en persona había maquillado la voz con la intención de buscar halagos y después respondería machacando con su mantra: «¡Qué chupi, qué guay, qué chupiguay!». Por suerte me di cuenta de que la voz pertenecía a una persona más joven. Y a una muy conocida. Una cuya voz no encajaba en este lugar.

—¿Quieres quedarte en este campamento todo el verano o tienes otros planes?

—¡Los tengo! —exclamé y abrí los ojos. Había reconocido la voz.

Apoyada en la jamba de la puerta estaba Hele, saludando con una media sonrisa. Parecía mucho más alta y más delgada que el verano pasado, sus brazos asomaban fibrosos por las mangas de su camiseta negra.

—¿Nos vamos ya? —dijo.

—Nos vamos —grité de alegría.

No recuerdo la última vez que me sentí tan eufórica, feliz y aliviada.

—Ahora, vámonos por patas —dijo Hele—. Llévate el violín, que tus cosas ya las hemos sacado de tu cuarto y Kalle las ha metido en la furgó. Ahora tendríamos que largarnos sin llamar la atención.

El deseo de Hele se fue al garete en ese mismo instante. En cuanto cruzamos la puerta y salimos al campo de deportes, lo vimos y lo oímos. Habríamos tenido que adivinar que no sería tan sencillo. Kaarlo el Feroz Bandídez jamás hacía nada sin llamar la atención.



## **La herencia**

**Vigdís Hjorth** (Oslo, 1959)

Es una de las novelistas noruegas más importantes de la actualidad. Ha vivido en Oslo, Copenhague, Bergen, Suiza y Francia. Estudió Filosofía, Ciencias Políticas y Literatura. Con *La herencia* (2016), ganadora del Premio de los Libreros de Noruega, Premio de la Crítica y nominada para el prestigioso Premio de Literatura del Consejo Nórdico, ha sido su libro más exitoso. La novela se convirtió en una de las obras más aclamadas por la crítica y uno de los fenómenos editoriales más relevantes de los últimos años en Noruega.

Título original: *Arv og miljø*



© De la traducción:  
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

© De esta edición:  
Mármara ediciones  
marmaraediciones.es

First published in Finnish by Otava Publishing Company Published in the Spanish language by arrangement with Rights & Brands

© De la traducción: Luisa Gutiérrez Ruíz  
Edición en ebook: octubre de 2019

© Nórdica Libros, S.L.  
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B  
28044 Madrid (España)  
[www.nordicalibros.com](http://www.nordicalibros.com)

ISBN: 978-84-17651-94-7

Diseño: Ignacio Caballero  
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón  
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Índice

Portada

La herencia

Promoción

Sobre este libro

Sobre Vigdis Hjorth

Créditos


Contraportada



Cuatro hermanos, dos casas de verano en Hvaler y un terrible secreto.

El reparto de la herencia familiar se convertirá en un tema de desencuentro. La aparente disputa entre los hermanos por las propiedades encierra algo mucho más profundo: los fantasmas del pasado regresan y lo que parecía olvidado revive en la familia.

Galardonada con los más prestigiosos premios literarios de su país, *La herencia* se convirtió desde su salida en un éxito de ventas en Noruega y generó, junto a la serie *Mi lucha* de Karl Ove Knausgård, un importante debate sobre la relación entre literatura y realidad.

 mármara



ISBN: 978-84-17651-78-7  
IBIC: FA

Nørdicalibros  
*Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire*



**Hôzuki, la librería de Mitsuko**  
**Aki Shimazaki**

Traducción de Iñigo Jauregui



colección **Armadillos**

Nórdicalibros

# Hôzuki, la librería de Mitsuko

Shimazaki, Aki

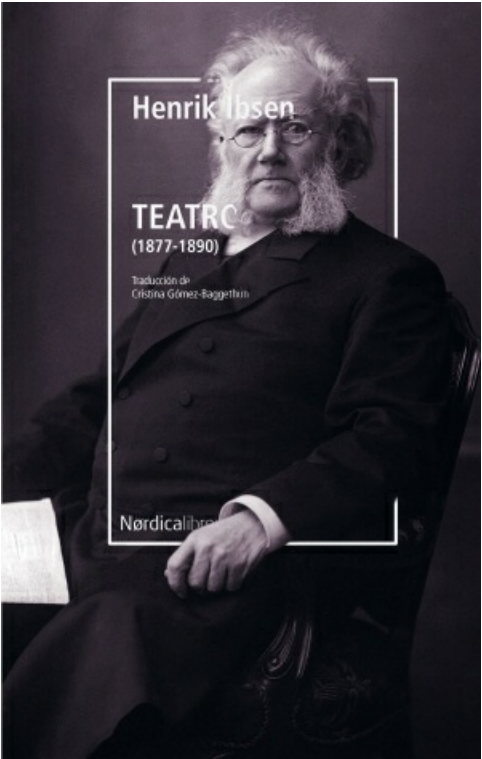
9788416830749

128 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Mitsuko tiene una librería de lance especializada en obras filosóficas. Allí pasa los días serenamente con su madre y Tarô, su hijo sordomudo. Cada viernes por la noche, sin embargo, se convierte en camarera en un bar de alterne de alta gama. Este trabajo le permite asegurarse su independencia económica, y aprecia sus charlas con los intelectuales que frecuentan el establecimiento. Un día, una mujer distinguida entra a la tienda acompañada por su hija pequeña. Los niños se sienten inmediatamente atraídos entre ellos. Ante la insistencia de la señora y por complacer a Tarô, a pesar de que normalmente evita hacer amistades, Mitsuko aceptará volver a verlos. Este encuentro podría poner en peligro el equilibrio de su familia. Aki Shimazaki sondea aquí la naturaleza del amor maternal. Con gran sutileza, cuestiona la fibra y la fuerza de los lazos. "Un libro de gran belleza, con tono ambiguo y sutil, que anima al lector a seguir pensando mucho después de cerrarlo. Elegante y cautivador". Valérie Gans, Madame Figaro

[Cómpralo y empieza a leer](#)





# Teatro

Ibsen, Henrik

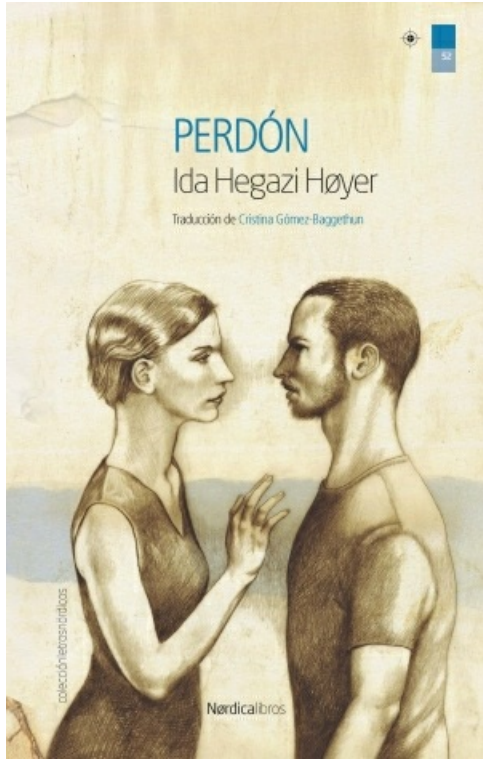
9788417651985

800 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Nórdica ha sido elegida para ser la editorial española del Proyecto Ibsen, un ambicioso plan del Ministerio de Cultura de Noruega para volver a traducir la totalidad del teatro de Ibsen por parte de los mejores expertos de cada país. El volumen que ahora presentamos es el resultado de ocho años de trabajo de la traductora y reúne las ocho obras más importantes del teatro del genio noruego. En su época, sus obras fueron consideradas escandalosas por una sociedad dominada por los valores victorianos, al cuestionar el modelo dominante de familia y de sociedad. No han perdido vigencia y es uno de los autores no contemporáneos más representados en la actualidad. Ibsen influyó en otros autores de su tiempo como en los entonces jóvenes Strindberg y Chéjov.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# Perdón

Hegazi Høyer, Ida

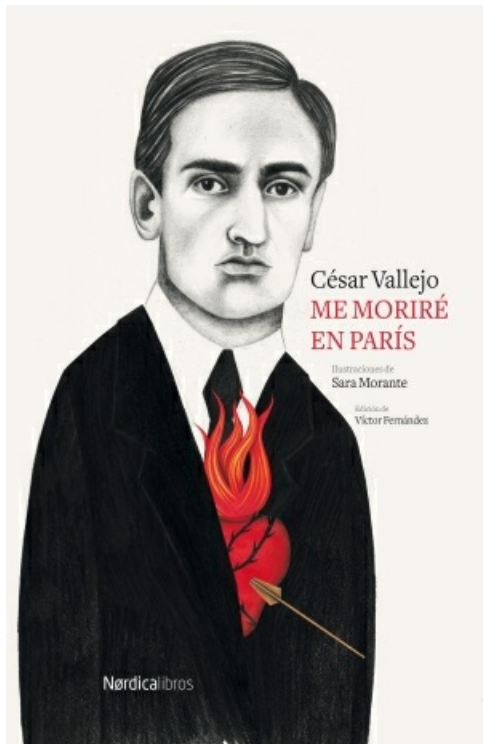
9788416830428

250 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

PREMIO DE LITERATURA DE LA UNIÓN EUROPEA 2015 Perdón es una intensa novela sobre el amor, el autoengaño y los secretos peligrosos. Dos jóvenes se encuentran y se enamoran a primera vista. Él es un estudiante de Filosofía que impresiona profundamente a la chica por su elaborado discurso intelectual; parece el hombre perfecto. Se trasladan a un pequeño apartamento, y en los días, semanas y meses posteriores no ven a nadie más. Pero empiezan a surgir sentimientos de malestar en la pareja. Pequeños signos, pequeñas rarezas que sugieren que las cosas podrían no ser como parecen... Esta novela, ganadora del Premio de Literatura de la Unión Europea y que consagró a su autora como uno de los jóvenes talentos más prometedores de todo el continente, explora el lado más oscuro de la vida cotidiana, con un realismo que raya en lo onírico y absurdo, y un lenguaje que atrae al lector hacia una atmósfera de sensaciones que vivirá como propias.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# Me moriré en París

Vallejo, César

9788418067020

128 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

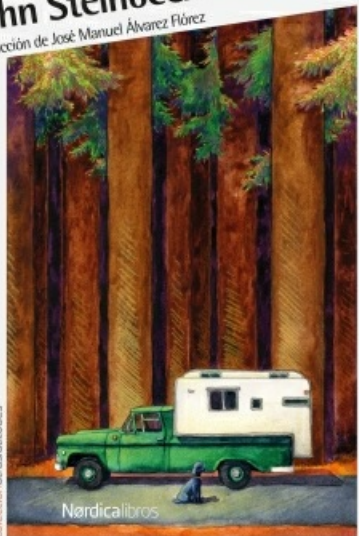
César Vallejo es uno de los grandes nombres de la poesía latinoamericana de todos los tiempos. El mito alrededor de su figura ha hecho que en ocasiones se haya desdibujado la potencia de su obra literaria. La siguiente antología propone una lectura de la poesía y la prosa de Vallejo, aquellos textos que nos permiten conocer al escritor en primera persona. Me moriré en París es un repaso a lo mejor de la producción del poeta, ilustrado por Sara Morante a partir de una selección de Víctor Fernández.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



**Viajes con Charley**  
**en busca de Estados Unidos**  
**John Steinbeck**

Traducción de José Manuel Álvarez Flórez



colección: nostrosabudes

Nórdicalibros

# Viajes con Charley

Steinbeck, John

9788416112319

250 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"Mi plan era claro, conciso y razonable, creo yo. He viajado por diversas partes del mundo durante muchos años. En Estados Unidos vivo en Nueva York, o me voy a Chicago o a San Francisco. Pero Nueva York no es más los Estados Unidos de lo que París es Francia o Londres es Inglaterra. Así que descubrí que no conocía mi propio país. Yo, un escritor estadounidense, que escribía sobre Estados Unidos, estaba trabajando de memoria, y la memoria es, en el mejor de los casos, un depósito defectuoso y deformado. No había oído el habla del país, ni olido la hierba ni los árboles ni las alcantarillas, ni visto sus cerros ni sus aguas, ni su color ni la calidad de su luz. Sabía de los cambios sólo por los libros y los periódicos. Pero, aparte de eso, llevaba veinticinco años sin sentir el país." En 1960, Steinbeck, acompañado por su perro Charley, recorrió más de 16.000 kilómetros a lo largo de treinta y cuatro estados a bordo de su autocaravana Rocinante. Durante el viaje conversó con camioneros y campesinos, sintiendo los miedos y las esperanzas de sus compatriotas. Este delicioso libro, que llegó a ser Número Uno en ventas en su país, fue publicado poco antes de recibir el Premio Nobel en 1962. "Pura delicia; un maravilloso viaje por Estados Unidos en el que Steinbeck estudia nuestros paisajes y también a sí mismo, analizando las dificultades emocionales de hacerse viejo." The New York Times Book Review

[Cómpralo y empieza a leer](#)